

MONTERO

868  
M77573  
CU  
1883

A 470893

GURNTOS  
FILIPINOS

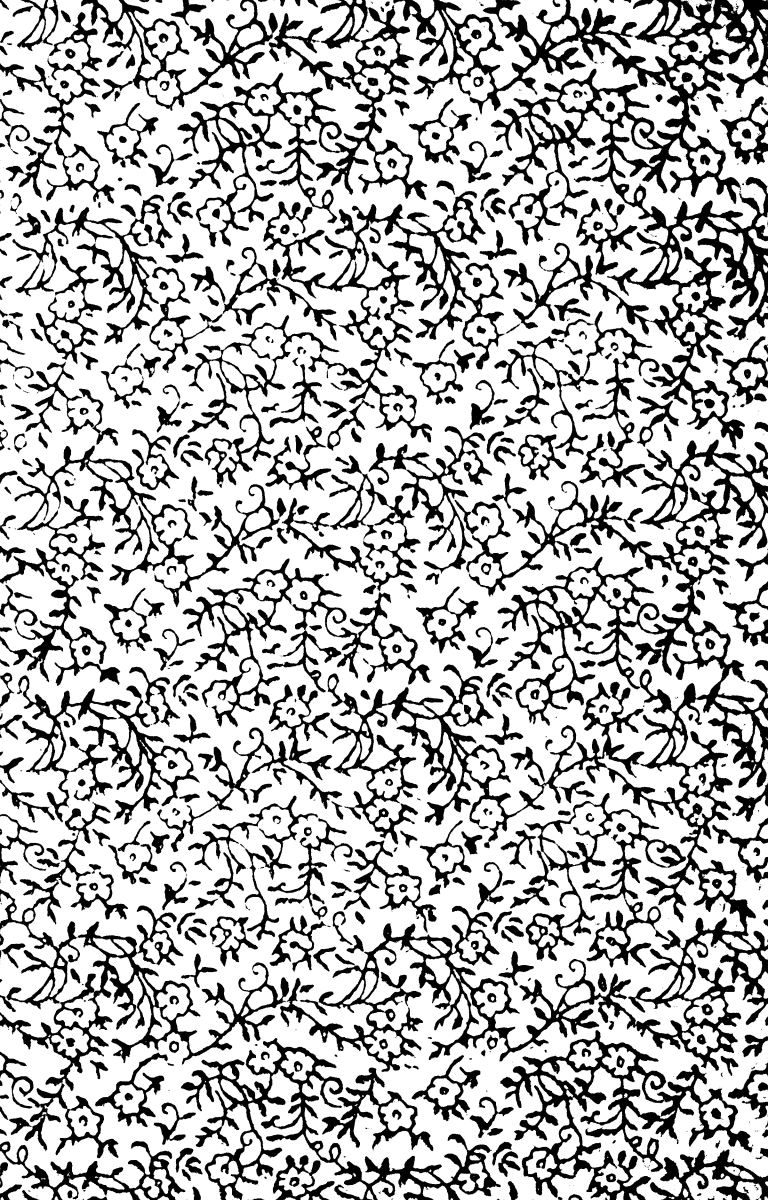
WINTERSTAY  
NIGHTMARE  
SOCIETY

THE CELESTIAL TOC SOCIETY

THE CELESTIAL TOC SOCIETY



11090 WYOMING  
DETROIT MICH 48221  
U.S.A.







JOSÉ SANZ Y DÍAZ

Genova, n.º 3, 5.º

MADRID

*Montecompil*



*M. J. ...  
...  
...  
...  
...*

CUENTOS FILIPINOS.



# CUENTOS FILIPINOS

POR

DON JOSÉ MONTERO Y VIDAL

---

SEGUNDA EDICION

---

MADRID

Tip. del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazon de Jesús,

68—ATOCHA—68

1883

S 68  
M 77573

1932

Es propiedad del autor.

## ADVERTENCIA.

---

Al publicar en 1876 la primera edicion de los CUENTOS FILIPINOS, la prensa de todos los matices tributó lisonjeros elogios á esta obrita en que hemos procurado retratar fielmente las costumbres de los habitantes de nuestro archipiélago oceánico, intercalando, de paso, en ella, multitud de datos históricos, geográficos, estadísticos, comerciales y descriptivos, así como todo lo referente á la organizacion politica y administrativa del país. El público se apresuró en España á adquirir nuestro modesto libro, pero en Filipinas fué aún mayor el éxito que obtuvo, habiéndose agotado, tiempo hace, los 4.000 ejemplares de que constaba la edicion que en aquella época hicimos.

El desestanco del tabaco motivó la constitucion de varias sociedades, que han aportado allí sus capitales para la explotacion de dicho artículo, fijando sobre las islas Filipinas su atencion miles de personas interesadas en tan pingüe negocio, por lo cual es

---

mayor en la actualidad el afán de conocer un país de que tan escasas y en general erróneas noticias se tienen en Europa.

Esta consideracion nos ha impulsado á publicar una nueva edicion de nuestros CUENTOS, título poco apropiado en verdad á su verdadera índole, pero que hemos respetado por la dificultad de sustituirlo con otro que exprese exactamente el carácter de este libro, remitiéndonos á su texto, que creemos ha de satisfacer las exigencias de cuantos anhelan noticias fidedignas del archipiélago, el cual nos preciamos conocer bastante, porque en él hemos pasado una buena parte de nuestra vida.



## PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

---

Dos son principalmente las razones que nos han impulsado á publicar el presente libro: reanimar la afición de los indígenas filipinos á la lectura, dándoles á conocer, siquiera sea ligeramente, la historia de su país, y proporcionar á los peninsulares algunos datos acerca de las costumbres, organizacion, producciones, industria y comercio del archipiélago.

Nadie niega hoy que el conocimiento de la lectura es una de las más poderosas palancas de la moderna civilizacion. Las estadísticas que con relacion á este asunto hacen todos los pueblos cultos responden satisfactoriamente á cualquiera añeja objecion que en contrario pudiera presentarse.

Para avivar el deseo de leer es preciso dar á los lectores obras que puedan agradarles.

Es indudable, y cada cual puede hacer la experiencia en sí mismo, que, literariamente hablando, hay siempre una tendencia marcada á interesarse por las obras que se ocupan de los mismos que las leen, llegando esto á tal extremo, que más de una vez los lectores se consideran como personajes de la fábula ó novela que están leyendo.

---

Apoyados en estas reflexiones, creemos haber prestado á los naturales de las Islas Filipinas un servicio útil escribiendo estas páginas.

Los indios son sumamente aficionados á historietas y cuentos, y si la lectura no se generaliza entre ellos tanto como fuera de desear, es porque carecen de obras cuyo contenido pueda interesarles. Verdad es que no todos conocen bien el idioma español; pero este inconveniente desaparecerá poniendo en sus manos libros que les den á conocer sus propias costumbres y analicen minuciosa y concienzudamente sus instintos, sus gustos, sus pasiones, es decir, su idiosincrasia.

Nuestros CUENTOS FILIPINOS, aunque no satisfactoriamente, salvan esta dificultad y llenan parte de un gran vacío.

Por lo que á los peninsulares respecta, debemos decir que, aparte del desaliño con que está escrito este opúsculo, los datos y noticias que consignamos en él bajo el punto de vista histórico, geográfico, agrícola, industrial y comercial son legítimos, tomados en el mismo país, merced á los muchos años de residencia que en dichas Islas llevamos.

No tenemos de ningun modo la pretension de haber hecho una cosa perfecta, pero sí creemos que, entre lo mucho que huelga, algo habrá que no sea completamente ocioso.

---

---

# CUENTOS FILIPINOS.

---

## ENRIQUETA.

---

### I.

Enriqueta Amalia de Alba figuraba entre la buena sociedad de Manila como una de las jóvenes más ricas y la más hermosa de las damas del país.

Era huérfana : vivía en casa de unos tíos suyos , que la servían de tutores , los cuales la amaban entrañablemente. Sus tíos pertenecían á una de las principales familias , estimada por su amable trato y muy conocida por sus inmensas riquezas. Enriqueta era española filipina. Así se denomina en el país á los hijos de español peninsular y de madre nacida en Manila , la cual á su vez es hija de padres españoles.

La cuestion de razas en Filipinas es de mucha trascendencia , por lo que se la da gran importancia.

De su cruzamiento proceden las razas mestizas , más ó ménos consideradas , segun sean de europeo , chino , indio ó mestizo.

La raza española filipina, que es la principal, se considera como humillada por los europeos, que hablan con menosprecio de aquel país y de las costumbres que en él observan, bastante diferentes de las de Europa. Hay filipinos que se avergüenzan de decir que lo son, y españoles peninsulares que los creen inferiores á ellos por no haber nacido en España.

Ni los primeros tienen razon, ni los segundos tampoco. Unos y otros, filipinos y peninsulares, son hijos de España, y si alguna distincion señalan nuestras leyes entre las provincias situadas en la Península y las de Ultramar, todas las cuales constituyen la nacion española, es en beneficio y honra de sus provincias ultramarinas, no en su perjuicio ni mengua.

Prescindiendo de la cuestion legal y ateniéndonos solamente á la de climas y países, si los peninsulares sienten orgullo porque España es una de las más hermosas regiones del globo y sus costumbres de tan grato recuerdo cuando de ella están léjos, no ménos orgullosos pueden estar los filipinos de la hermosa tierra en que nacieron y de los usos y condiciones de su apacible vida.

Filipinas es, sin exageracion, un prodigioso país. Su clima es saludable y grato como las suaves brisas que lo refrescan. La tierra tiene fertilidad asombrosa. Sus bosques, sus ríos, sus montes, sus volcanes, sus deliciosos valles, sus risueñas praderas, sus extensos campos, las producciones de su suelo, la majestuosa belleza de los elementos alterados, ya cuando la tempestad ruge, ya cuando reina el *báguio* (1), ora cuando llueve á torrentes ó cuando bri-

---

(1) Violento temporal que dura 24 horas, en las cuales varia el viento de direccion con mucha frecuencia.

lla el sol que vivifica las plantas, el país es admirable, es hermoso, sorprende la imaginación y eleva el espíritu.

Hay terremotos que espantan; ¿pero en qué región del mundo no se está expuesto á grandes peligros?

La tierra en que se cultiva tabaco tan bueno como el de Cuba; que produce el *abacá*, planta textil de superioridad indisputable para cordeiería y jarcia, y de cuyos filamentos se tejen finísimas telas; el azúcar, de calidad inmejorable; el añil, igual al del Indostan; el cacao y el café, de excelentes clases, cotizados en los mercados extranjeros á elevadísimos precios; el *palay* (1), tan útil, tan abundante y de tan diversas especies; el algodón, el *sibucáo* (2), el *carey* (3) y miles otros productos cuya exportación, no obstante la natural indolencia del indio y los pocos terrenos cultivados comparativamente con los incultos, asciende á unos 47 millones de pesos al año: la tierra donde se dan maderas de 730 clases distintas, en su mayoría riquísimas: la que cuenta con infinitos minerales y abundantísimo ganado en todas especies; la que produce árboles como el cocotero, que da vino y aceite: la que brinda espontáneamente el *Ilang-Ilang*, riquísima flor cuyo perfume hace las delicias de la mayor parte de las damas aristocráticas del mundo: esta tierra, repetimos, es una tierra privilegiada de la naturaleza. Cuantos nazcan en ella pueden decir orgullosos: *soy de Filipinas*.

Y si dejamos aparte la hermosura y la fecundidad prodigiosa de su suelo, y nos fijamos en las condiciones morales de sus habitantes, hallamos que, si bien algunos caen

(1) Arroz sin descascarillar.

(2) Especie de palo campeche.

(3) Concha de la tortuga de mar.

en vicios de que tampoco se ven libres los pueblos más cultos, tienen cualidades muy dignas de elogio, que sería por demás analizar, pudiendo asegurarse que si se compara la estadística de crímenes y vicios de este pueblo con la de otros más civilizados, la ventaja está de parte de aquel extremo de Oriente, donde la desmoralización, en todas sus fases, es infinitamente menor á la que existe en otros muchos pueblos del mundo.

## II.

Reanudemos nuestro interrumpido relato.

Los tíos de Enriqueta tenían frecuentes reuniones en su casa, á las que concurría lo más escogido de la sociedad de Manila, en damas y caballeros. Temporalmente solían dar bailes, á cuya diversion se muestran muy aficionados en el país, á pesar de ser tan cálido. A estos bailes acudían muchos jóvenes de todas carreras, algunos de los cuales estaban prendados de las gracias de la bella filipina, y aspiraban á una union que realizara sus amorosos deseos.

Enriqueta contaba diez y siete años. Era esbelta y elegante: ostentaba una rubia cabellera tan abundante, que su extremidad llegaba al suelo: sus ojos eran claros, grandes, de incomparable hermosura y de irresistible brillo. Su blanca tez, ligeramente sonrosada, tenía la frescura y la belleza de la rosa. Su cabeza era inimitable. Cuando sonreía, su pequeña boca mostraba finísima dentadura: de su sonrisa brotaba tal encanto, que era imposible verla sin que el corazón se conmoviese. A sus gracias físicas, gracias que la naturaleza se esmero en prodigarle, constituyendo el ser de más perfecta hermosura, unía Enriqueta ingenio

claro, exquisita educacion, talento distinguido, conversacion amena y amable trato; circunstancias todas que la hacian merecedora del aprecio, de la consideracion y aun de la idolatria de cuantos tuvieron el placer de contemplarla.

Si cantaba, su auditorio arrebatado por el timbre agradable y tierno de su voz, la interrumpia mil veces para prodigarle entusiastas aplausos. Cuando sus manos preciosas hacian vibrar las cuerdas del piano, todos prestaban profunda atencion para no perder una sola nota. Ella poseia el secreto, que solamente poseen los genios, de tocar con tanto sentimiento y con tan delicada expresion, que conmovia los corazones ménos sensibles.

Con tales condiciones, fácil es comprender cuantos, al aspirar á su amor, se hubieran conceptuado felices con que les correspondiera, y cuán nobles pasiones inspiraria á los que la trataran frecuentemente.

Enriqueta, por entónces, no queria separarse de sus bondadosos tios, quienes la consideraban como á una hija. Ocupaba el dia en agradables labores, en sencillas lecturas, en el cultivo de la música y de la pintura, por cuyo hermoso arte sentia verdadera pasion, y al que dedicaba muchos ratos de ocio, distrayéndose otras veces con el cuidado de las flores de su jardin, que por sí misma regaba, y cuyo delicado aroma le agradaba aspirar.

Sus tios tenian la costumbre de salir todas las tardes en coche. Despues de recorrer las principales calles, iban al *Malecon*, donde se reunian muchas familias distinguidas que deseaban gozar de las puras brisas del mar. Al anochecer los carruajes se desbandaban rápidamente para ir á detenerse de nuevo en el extenso campo de *Bagumbayan*, mientras las elegantes damas y caballeros que condujeran

discurrían por el paseo de la *Luneta*, ántes el único favorecido y hoy casi abandonado.

Los juéves y domingos animaban este sitio las músicas de los regimientos, disfrutándose además de la vista y frescura del mar, á cuya inmediacion se encuentra dicho paseo, que no tiene rival por lo poético de su situacion. En las clarísimas noches de luna se veía favorecido por numerosa y escogida concurrencia.

Otras tardes paseaban por las inmediaciones de Uli-Uli, Santa Ana ó Mariquina, cuya campiña es tan pintoresca. A poco que se avance por las afueras de los barrios anejos á la capital, preséntanse á la vista hermosos panoramas, una vegetacion que encanta, pueblecitos de alegres viviendas con cercos de caña cubiertos de enredaderas, casas ocultas entre las hojas de los plátanos y cocoteros; grupos de indios peleando sus gallos, y mujeres desnudas de medio cuerpo arriba descascarillando *palay* en un gran mortero hecho del tronco de un árbol, con el auxilio de mazos que alternativamente dejan caer sobre el *losong* (1) para limpiar el grano.

Esa sencilla distraccion de los parientes de Enriqueta es general en Manila, cuyas damas no gustan pasear á pié, siendo rarísimo encontrar una por las calles, á no ser en coche.

Los teatros no siempre funcionan, ni suele ser muy grande la concurrencia de señoras, como no sea en determinados casos. Tampoco asisten á los cafés, haciéndose la vida comunmente en las casas, donde se celebran amenas *soirées* ó tertulias familiares. El elemento principal en Fili-

---

(1) Nombre del mortero, del que ha recibido el suyo la isla de Luzon.



pinas, para gozar, es un carruaje con buenos caballos que troten mucho, condicion indispensable, porque allí cada cual tiene empeño en adelantar á los demas carruajes.

Enriqueta tambien hacia la vida de paseo en coche. Ademas frecuentaba reuniones escogidas, brillando donde quiera que se presentaba, por la galanura de su persona, su belleza y su natural elegancia.

### III.

Digamos algo de Manila, patria de Enriqueta.

Manila, capital del archipiélago filipino, está situada en la costa occidental de la isla de Luzon, mar de China, á 124.°, 37' longitud y 44.°, 36' latitud. Tiene espaciosas casas y buenas calles tiradas á cordel.

La principal de sus plazas, llamada de Palacio, forma un cuadrilátero de 9.000 varas cuadradas. En su centro, rodeada de un jardin con verja de hierro, se alza una majestuosa estátua de Carlos IV, de bronce, verdadera obra de arte, fundida en Méjico. Le fué levantada en reconocimiento á haber ordenado la conduccion de la vacuna, transmitida de brazo en brazo, con cuyo exclusivo objeto dispuso la salida de un vapor que arribó á Manila el 15 de Abril de 1805.

En un frente de esta plaza, que tiene vistas al mar, estaba el magnífico palacio del Capitan General, de elegante fachada de orden dórico, concluido en 1690.

En otro, la catedral, cuyo coste fué de diez millones de reales. La parte superior de la fachada pertenecia al orden jónico, y era toda de cantería. Se terminó en 1674.

El Cabildo, ó sea las Casas Consistoriales, ocupaba el

tercer frente. Era de construcción moderna, habiéndose inaugurado en 1738.

Estos tres soberbios edificios se desplomaron en el terremoto de 3 de Junio de 1863. El palacio y cabildo aún forman un monton de ruinas. La catedral se está reedificando con gran lujo.

Los mejores edificios que Manila encierra son los conventos. El de la comunidad de frailes Franciscanos y su iglesia ocupan una extensión de 30.000 varas cuadradas; el de los Agustinos, 25.000; el de los Dominicos, 15.000 y el de los Recoletos, 12.000. Todos ellos son grandiosos y tienen vistas á cuatro calles.

Son tambien buenos edificios la iglesia de Santo Domingo, de estilo gótico, levantada por quinta vez en 1868; los templos de San Agustin y San Francisco; la iglesia y convento de la Compañía de Jesus, que media un espacio de 34.000 varas cuadradas, habiendo sido destruida la iglesia por el terremoto ya citado (1). La Universidad de Santo Tomas y el colegio de San Juan de Letran, propiedad de los Dominicos, bajo cuya dirección se halla; la Escuela Normal de maestros y el Ateneo Municipal de los Jesuitas; los colegios de señóritas de Santa Isabel y Santa Rosa; el beaterio de Santa Catalina; la Escuela Municipal de niñas dirigida por las hermanas de la Caridad; el convento de monjas de Santa Clara; el colegio de indígenas de la Compañía, fundado por una mestiza bajo la dirección de los Jesuitas, y el palacio Arzobispal.

Pertenecientes al Estado los habia muy buenos, pero, aruinados en 1863, todavía están como los dejó el terremoto.

---

(1) El convento es habitado en la actualidad por los padres Paules.

to. La Maestranza, Parque de Artillería y varios cuarteles situados dentro de Manila, reúnen buenas condiciones. Las casas de Manila, en general, son desahogadas, de sólida construcción y perfectamente distribuidas, aunque bajas, por temor á los temblores.

El hospital de San Juan de Dios, arruinado en 1863, y reedificado á expensas de la caridad pública, y con el producto de varias casas que posee en Manila, y los de una magnífica hacienda en Bulacan, es un excelente edificio, donde por término medio hay 250 enfermos al cuidado de hermanas de la Caridad. Gobierna el Hospital una Junta directiva y administradora. La admision de enfermos, á los que se da un esmerado trato, es ilimitada.

Rodea la ciudad una fortísima muralla, obra admirable, con fosos, contrafosos, reductos, baluartes y un fuerte bien defendido, llamado de Santiago, cuya construcción presidieron los primeros Gobernadores de las Islas. Tiene la ciudad murada 1.080 metros de longitud y 626 de latitud máxima, en una circunferencia de 3.540 metros. Ocho grandes puertas con puentes levadizos, en las que presta servicio la guarnición, facilitan la entrada y salida de la plaza. Por una parte casi lame sus muros el mar: por otra los baña el río Pásig, y lo restante da frente á los extensos arrabales que, unidos á Manila por varios puentes, forman la capital, cuya población no baja de 260.000 almas.

En las afueras de la puerta llamada de Magallanes, junto al Pásig, se eleva un airoso monumento dedicado al ilustre descubridor de Filipinas. Es una columna coronada de una esfera armilar de cobre, sobre base de mármol, en la cuál está esculpido con letras doradas el nombre del malogrado navegante. A todo lo largo del Istmo donde se ha-

Ha este obeliseo, existe un bonito paseo, cercado de árboles, que se construyó en 1872. A su terminacion, frente á la puerta de Parian, hay un magnífico puente de hierro que une á Manila con el arrabal de Binondo. Esta hermosa obra, cuyo material se fabricó en París, fué inaugurada en 1.º de Enero de 1876, con el nombre de *Puente de España*: su longitud es de 457 piés por 24 de latitud. En el mismo sitio hubo uno de piedra hecho en 1626, que inutilizó el terremoto de 1863, siendo preciso prohibir el paso de coches por él y demolerlo en 1867. Poco despues de abrirse el tránsito por el de hierro, se desplomó uno de barcas que, durante algunos años, prestó grandes servicios.

El caserío de los arrabales, donde está el foco de la poblacion y el comercio, es muy bueno. Las calles son anchas. La de la Escolta, por su animacion, aunque más modesta, viene á ser en Manila lo que la *Canebière* de Marsella ó la *Rambla* de Barcelona: el movimiento comercial de la Escolta ofrece una copia de aquellas.

Los arrabales están cruzados de canales navegables para embarcaciones menores. Si los cuidaran mejor, sería Manila una segunda Venecia. Los indios, en sus ligeras piraguas, van por ellos á todos los extremos de la poblacion.

En Binondo tienen los extranjeros europeos sus mejores casas de comercio, y los chinos infinitos bazares. Llega este populoso arrabal hasta el Pásig: á sus orillas está la Capitanía del Puerto y la Comandancia general de Carabineros; al final del muelle se halla el faro de bahía, inaugurado en 1843; su luz es roja, distinguiéndose desde los buques á 14 millas. La iglesia de Binondo es grande; su fachada pertenece al orden dórico. El terremoto

de 1863 destruyó la célebre torre que tenía tantas ventanas como días el año. La hoy existente es más baja. A la mitad de la calle de Anloague se encuentra la Administración central de Rentas estancadas, la de Hacienda pública, la Tercena y los almacenes de efectos estancados.

El arrabal de Tondo conserva aún mucho caserío de *nipa* (1). Lo más notable que contiene es su mercado de la *Divisoria* y la Fábrica de Tabacos de *Meisic*, donde trabajan 6.000 mujeres. El teatro tagalo de Tondo se ha hecho famoso por las producciones *sui generis* que representan los indígenas en aquel dialecto.

El arrabal de Santa Cruz goza ventajosa posición. En su anchurosa calzada de Iris está la cárcel pública, que es vistosa, y frente á ella un coliseo llamado *Circo de Bilibid*, terminado en 1870, que puede contener desahogadamente 2.500 personas.

Existe también en la jurisdicción de Santa Cruz un Hospital de lazarinos y el cementerio chino de la *Loma*.

En Quiapo se halla el mercado principal. Pónese en comunicación este arrabal con el sitio llamado Arroceros, por medio de un puente colgante, construido por una empresa particular en 1852. Mide 110 metros de longitud por 7 de anchura, destacándose vistosamente sobre el río.

En Arroceros, punto que conserva este nombre por haber sido antiguamente mercado de arroz, se hallan los edificios siguientes: el teatro Español, de regular capacidad y bien decorado, donde actúan ordinariamente las

---

(1) Palmera de cuyas hojas se sirven los indios para techar sus casas. Del fruto puesto en fermentación hacen una bebida.

compañías de ópera italiana que van á Manila; el Jardín Botánico, abundante en plantas raras, aunque no todo lo bueno que podía ser; la Fábrica de Tabacos del Fortin, donde trabajan 8.000 mujeres, y la de Arroceros, en que prestan servicio 4.500 hombres; la Administracion central de Colecciones; los almacenes generales de tabaco rama; la Intervencion general de aforo; las máquinas de prensado; el Hospital militar; un cuartel de infantería y el Matadero público.

El arrabal de San Miguel, situado á orillas del Pásig, cuenta magníficas casas con bellos jardines. En una preciosa quinta, llamada *Malacañang*, reside el Gobernador Capitan general de Filipinas. En medio del rio existe una isleta de inapreciables condiciones higiénicas, donde hay un hospital que llaman de la *Convalecencia*, porque van á convalecer á él los enfermos procedentes del de San Juan de Dios. Tambien se halla en San Miguel un Hospicio para dementes y pobres, con el nombre de San José.

El barrio de Sampoloc, nombre debido á un arbusto que abunda en su término, es notable porque los indígenas aveciñados en él son, casi sin excepcion, cajistas de imprenta, con motivo de haber estado allí la primera y única que hubo en las Islas por algun tiempo. Las mujeres ejercen en este barrio el oficio de lavanderas. Muchas casas de Sampaloc están habitadas por europeos. La buena sociedad de Manila ha elegido este pintoresco sitio para pasear en coche. Su caserío es casi todo de *nipa*.

El pueblo de la Ermita es célebre por pertenecer á él las más primorosas bordadoras de tejidos de *piña* (1); y el

---

(1) Planta que produce la fruta llamada así. Los tejidos se hacen con filamentos de sus hojas.

de Malate, porque de él son casi todos los escribientes de las oficinas y las mejores bordadoras de chinelas. En Malate hay un mausoleo elevado á la memoria del naturalista Pineda, que fué á Manila á principios de este siglo. Hay tambien un cuartel de caballería y otro de infantería.

En el pueblo de San Fernando de Dilao se halla el cementerio general de *Paco*, con cuyo nombre se conoce tambien el pueblo. El cementerio es redondo, de buena construccion, con 64 columnas de orden dórico; el muro donde están contruidos los nichos tiene 8 piés de espesor; várias calles cubiertas de árboles lo recorren en todas direcciones; la capilla, que es de forma oval, sirve de panteon á los capitanes generales y prelados. Se construyó por el Ayuntamiento en 1820. Adolece del defecto de estar muy proximo á la capital.

En San Pedro Macatí tienen los protestantes su cementerio, en el cual hay algunos mausoleos de buen gusto artistico.

La capital carece de agua, por lo que la mayoría de las casas tienen grandes aljibes para conservar la de lluvia (1). Espaciosos mercados la surten abundantemente de toda clase de comestibles, llevados los más de las provincias comarcanas.

El clima es sano. Sin embargo de ser tan populosa la ciudad, hay dias en que no ocurre defuncion alguna, y semanas en que no fallece ningun peninsular.

Existen en Manila coches en tanto número como en cualquiera de las principales capitales de Europa. Los caballos

---

(1) Actualmente existe un proyecto para la conduccion de aguas á Manila. El ilustre general Carriedo dejó un legado con ese objeto, el cual, no obstante várias vicisitudes, asciende hoy á 250,000 pesos.

son pequeños y fuertes, trotan mucho y no necesitan herraduras por la dureza de sus cascos; pero muchos dueños de caballos suelen mandárselas poner. Las calles no tienen empedrado, son llanas y bien cimentadas. Posée muy buenas calzadas para los paseos en coche. Las calzadas son anchas vías con profuso arbolado, que les presta frescura y belleza. En una de las principales está el cuartel de Ingenieros, que es un bonito edificio de planta baja.

Manila tiene una de las bahías más hermosas del mundo. Mide 30 leguas de circunferencia y baña los límites de Bulacan, Pampanga, Cavite, Corregidor y Bataan, provincias limítrofes de Manila. El movimiento comercial es bastante grande, y pudiera serlo más sin la competencia que le hacen los inmediatos puertos francos de Hong-Kong, Shangae y Singapore, pertenecientes á los ingleses. En Manila residen las autoridades superiores de todos los ramos, los cónsules, la mayoría de los españoles peninsulares y de los extranjeros, los provinciales y priores de las órdenes religiosas, los regimientos de artillería, varios de indígenas y los de las armas especiales. En Cavite, puerto próximo á Manila, están el arsenal y los buques de la armada.

Manila tiene los títulos de *muy noble y siempre leal ciudad*. Sus armas consisten en un escudo cuya mitad superior tiene un castillo de oro en campo rojo, cerrado, con puerta y ventanas azules y con una corona encima. En la parte inferior, en campo azul, se ve el medio cuerpo superior de un leon enlazado al medio inferior de un delfin de plata; lampazo de gules, y la garra derecha armada de espada con guarnicion y puño. Sobre la almena principal del castillo hay una corona real. El Ayuntamiento goza título de excelencia.



## IV.

Hemos dicho ántes que los tíos de la hermosa Enriqueta tenían frecuentes reuniones en su morada. Allí se daban cita las personas más caracterizadas por su posición oficial, las más bellas señoritas y los jóvenes más distinguidos. Una noche en que se celebraba un animado baile, cierto amigo de la casa les presentó á un caballero de unos veinticinco años, de agraciado rostro, maneras escogidas y lujosamente vestido.

Llamábase D. Gustavo Alarcon, y era empleado de Hacienda con el modesto sueldo de 4.000 pesos al año. Mil pesos en Manila, donde la vida es tan cara, representan ménos que 6.000 reales de vellon en Madrid.

Alarcon, sin embargo, paseaba por las tardes en carruaje de alquiler, tenía abono en el teatro, cenaba muchas noches en los cafés, vestía con lujo, se hallaba en todas las reuniones, iba á todos los bailes, y no habia familia que no le conociera, ni casa en que no entrara con amigable franqueza.

Para las personas sensatas no habia ningun misterio en la procedencia de sus gastos. Alarcon era un petardista que debia al sastre, al dueño de los carruajes, al fondista, al chino zapatero y á cuantos se fiaban de él. Estaba lleno de deudas, continuamente entregado á todo género de vicios, é ideando siempre el medio de engañar al prójimo. Era ademas cínico y necio. Cínico, porque hacía gala de su insultante lujo ante las víctimas de su mala fe. Necio, porque en todas partes afirmaba que era hijo de un marqués, el cual, en castigo de sus calaveradas, le habia mandado á Filipinas: pero que le tenía señalada una renta para que

no careciese de nada , siendo esa la causa de haber ido al país con tan modesto empleo.

Las jóvenes , que por lo regular no se detienen á profundizar tales asuntos , daban crédito á las palabras de Alarcon , y por lo mismo que era calavera y necio , le distinguian y ensalzaban : que suele ser frecuente en el bello sexo pagarse más de exterioridades que del mérito real de las personas.

Enriqueta habia oido á sus amigas hablar con elogio de Alarcon ; le conocia de vista y le era simpático.

Alarcon no carecia de ese baño superficial de cultura que hace pasar á muchos por hombres de talento , y como tenia buena figura y su fisonomía era expresiva , gozaba de gran prestigio entre las damas. La noche que fué presentado á los tíos de Enriqueta bailó con ella , y aprovechando la ocasion , le prodigó las más galantes frases. La bella filipina , tan desdeñosa con los demas , oia agradablemente , sin darse cuenta de ello , á aquel arrogante jóven. Al entregarse al descanso , una vez terminado el baile , se sentia alegre y satisfecha. Los gratos recuerdos de aquella noche la robaban el sueño. Estos recuerdos , puros como el rocío de las flores ó inocentes como los pensamientos de un ángel , se relacionaban con el nombre de Alarcon. Cerró los ojos , con el fin de conciliar el sueño , y adormecida veia el hermoso rostro de aquel caballero , creia oír su agradable y persuasiva voz , y quedó al fin dormida pensando en él.

Al despertarse al siguiente dia , lo primero que hirió su imaginacion fué lo ocurrido en la pasada noche. Corrió al balcon , llevada de la curiosidad , al sentir el ruido que producian las ruedas de un coche , y vió al simpático jóven cuyo recuerdo tanto le perseguia. Alarcon la saludó cortes-

mente. Ella se retiró confusa de la ventana, pensando en semejante coincidencia.

Desde ese día Alarcon pasaba á todas horas por su calle, la seguía en los paseos y se presentaba en las casas á donde ella iba de visita. Muchas veces hablaron, creciendo en Enriqueta las simpatías y el agrado que le inspiraba el jóven, acabando por amarle con la vehemencia propia del primer amor, lo cual confesó así á Alarcon, al jurarle éste un día que la adoraba, y en que le suplicaba que se dignase poner fin á su horrorosa duda diciendo si le correspondía.

Feliz con su amor, Enriqueta se forjaba las más gratas ilusiones, pensando en él incesantemente, mientras que Gustavo calculaba que alcanzaria una fortuna si conseguia obtener la mano de la acaudalada jóven.

## V.

Como en Manila todo se sabe y de todo se murmura, pronto fué público que la más bella de sus damas estaba en relaciones con el más amable de los jóvenes. Se comentó el hecho, juzgándolo cada cual segun su capricho; criticaban á Enriqueta algunos comparando su proverbial desden anterior con su actual conducta: la compadecian otros; muchas amigas suyas la envidiaban, y todos se sorprendian de que hubiese distinguido con su afecto al dichoso Alarcon.

Llegó el rumor á oídos de los tíos de Enriqueta, los cuales notaron el continuo trato de aquél con su sobrina, y no les fué difícil adivinar el móvil de sus frecuentes visitas á la casa. Como amaban tanto á su sobrina, trataron de sondear su corazón, conociendo, con hartó sentimiento, que

estaba apasionadísima de Gustavo. Tomaron informes acerca de su conducta, obteniendo noticias en extremo desfavorables. Todos sus vicios, sus deudas, sus devaneos, y el escepticismo de que hacía gala, les fué revelado. Comprendieron que era un jóven sin corazon y que mentía amor á su sobrina seducido por el interes, más bien que dominado por la pureza de nobles sentimientos.

Pensando en la futura suerte de su sobrina, habláronle un dia en esta forma :

—Enriqueta, no ignoras que al morir tu padre quedaste por él encomendada á nuestro cuidado; como siempre te hemos querido como á una hija, deber nuestro es aconsejarte bien, servirte de guia con nuestra experiencia y evitar que incurras en los desaciertos propios de los pocos años, porque esto podria acarrearle para el porvenir terribles males. Persuadidos de que amas á D. Gustavo Alarcon, hemos tomado informes acerca de su familia, de su vida y de sus cualidades; en vista de ellos podemos asegurarte, porque tenemos pruebas bastantes, que ese hombre es indigno de ti, y que por consiguiente no merece tu amor. Te suponemos con el juicio necesario para que comprendas que no te conviene persistir en unas relaciones que en nada te favorecen. Al hablarte en estos términos, debes conocer que sólo tu felicidad ansiamos.

—Saben ustedes, queridos tios, les replicó Enriqueta, que siempre escuché sus consejos con el respeto que se merecen y procuré seguirlos; respecto al particular de que ahora me hablan, habrán de perdonarme que no obre del mismo modo, por más que les agradezco en el alma su interes por mí. Les diré el motivo. En el poco tiempo que hace que conozco al caballero que han nombrado, he concebido por él tal pasion que el perderle sería quitarme la

vida. Yo, y les ruego me perdonen, no creo sea verdad lo que sobre sus cualidades les han contado. No deben olvidar que tiene enemigos, y que existen personas interesadas en desacreditarlo á nuestros ojos, no sé con qué intenciones. Bien veo que su posicion oficial no es elevada, pero es por las circunstancias especiales en que con su familia se halla; y sobre todo, que siendo yo rica, poco importa que él nada tenga.

— Sentimos mucho, Enriqueta, que tan obcecada estés y que creas todavía, cuando Manila entero lo conoce y se rie, que ese señor es hijo de un marqués, y cuantas patrañas cuenta. Has de saber que su familia es de muy humilde condicion, y que no hay personas interesadas en desacreditarlo; sus vicios, sus estafas, porque no otra cosa puede llamárseles, y sus propios actos, son los que le desacreditan.

— Bien, tios, les dijo Enriqueta interrumpiéndoles; les agradeceré que no hablemos más de ese asunto y me dejen en mi error, que si la equivocada soy yo, ninguna otra ha de sufrir las consecuencias.

— Vas á ser desgraciada, hija mia, le decia su tia derramando abundantes lágrimas. Tú no conoces á ese hombre, tú estás engañada. Medita lo que haces, no busques tu perdicion eterna.

Insistieron los cariñosos tios en sus reflexiones sin que Enriqueta cediese en sus propósitos, terminando con el silencio tan desagradable escena.

Alarcon, previendo los sucesos, habia preparado á Enriqueta diciéndole que pensaban valerse de la calumnia para hacerle desmerecer á sus ojos. La amante jóven juró no dejarse engañar, y que á despecho de todos sería su esposa. Muchos acreedores de Alarcon, cansados de sufrir

dilaciones en el cobro de sus créditos, se pusieron de acuerdo é iban á llevarlo ante los tribunales; pero desistieron de su designio porque les firmó un contrato en que se obligaba á satisfacerles cuanto les adeudaba y un interes crecido al efectuar su enlace con la de Alba, cuya riqueza conocian.

Repetidas veces los tios de la enamorada jóven intentaron convencerla de la verdad de cuanto le habian dicho, respecto al libertinaje de su amante; pero siempre fué en vano. Enriqueta, firme en sus propósitos y cada dia más apasionada, desoyó los consejos de sus parientes, las reflexiones de sus amigas y las súplicas de otros adoradores mucho más dignos de ella que Alarcon, los cuales le profesaban intenso y desinteresado amor.

Como era dueña de una considerable fortuna, dejó traslucir á sus tios, por insinuacion de su amante, la duda de que si contrariaban sus amores era más bien por seguir beneficiándose con la administracion de sus bienes que por las causas que expresaban. Entónces determinaron, llenos de dolor y con el corazon angustiado, abandonarla á su suerte.

Enriqueta estaba subyugada por su profundo y verdadero amor; creia de buena fe, porque era incapaz de suponer doblez en el hombre á quien tanto amaba, que Alarcon era noble; no dudaba que cuanto decian de él era calumnioso; pensaba que las calaveradas propias de su edad y carácter le habian perjudicado, dando ocasion á que le supusieran vicioso, y queria persuadirse de que el amor de Gustavo era tan desinteresado, sincero y puro como el suyo. Asi fué que no dudó en realizar al fin su ideal más grato, uniéndose en eterno lazo al afortunado don Gustavo Alarcon, quien pocos dias ántes habia renunciado su empleo.

## VI.

Verificado el enlace de Enriqueta Amalia de Alba á disgusto de sus tios, éstos cortaron todo género de relaciones con su sobrina, que tan mal los habia juzgado. El mismo dia de la boda partieron los recién casados al alegre pueblo de Mariquina, donde ella poseia una hermosa quinta rodeada de verdes plátanos y aromatizada con el perfume de miles de *sampaquitas* (1), *ilang-ilang* y rosas de China. Mariquina es un pueblo que, situado en una extensa pradera de admirable vegetacion, goza de saludable temperatura y de riquísima agua ferruginosa, de la cual existe un manantial con el nombre de *Chorrillo* en el monte Turco. Pasaron tres semanas en Mariquina, y al cabo de ese tiempo, Alarcon, que no se conformaba mucho con tan pacífica vida, indicó á su esposa el deseo de que regresaran á Manila. Amueblaron lujosamente una casa de la propiedad de Enriqueta en la calzada principal de San Miguel, á orillas del rio Pásig; y como Alarcon solamente pensaba en figurar, principiaron á tener reuniones dos veces á la semana, en las cuales se bailaba y se servian espléndidas cenas, viéndose favorecidas por multitud de personas ansiosas de divertirse.

Enriqueta hubiera preferido continuar en la quinta de Mariquina, mejor que llevar la vida agitada que deseaba su esposo, pero por complacerle no se opuso á sus deseos. Alarcon parecia estar atacado de un vértigo; sólo pensaba

(1) Flor parecida al jazmin.

en gozar, en derrochar el dinero, en distraerse fuera de su casa con sus amigos, dejando sola muchas noches á su jóven y amante esposa.

Tan prematuro abandono le hizo dudar del amor de su marido; no le importaban tanto las riquezas como la necesidad de cariño que sentia su corazón.

Por aquel tiempo empezaron las carreras de caballos que anualmente se verifican con escogida concurrencia de señoras y caballeros en el hipódromo de Santa Mesa. Los socios del *Jokey-Club* desplegaron un lujo inusitado, y la asistencia fué mayor que nunca. Alarcon habia adquirido á elevados precios dos caballos de Batangas y uno de Albay, que corrió él mismo; hizo várias apuestas importantes, perdiendo en las tres tardes más de seis mil pesos.

Ni siquiera tuvo el consuelo de que sus caballos ganasen premio, y uno de ellos por poco le estrella contra la valla.

Enriqueta, cuando supo lo que habia perdido, le reprendió dulcemente, diciéndole:

— Gustavo, no has hecho bien en apostar tanto; á la vez que has perdido sin provecho alguno sumas considerables, te has expuesto á que el caballo te mate; mira si mi temor era fundado.

— Yo sé lo que me hago, respondió Alarcon bruscamente, y no necesito consejos.

Mandó poner el coche y se marchó solo, no regresando hasta el día siguiente.

Enriqueta pasó la noche en vela vertiendo lágrimas de dolor al ver lo trasformado que estaba su esposo y la conducta que, tan recientemente casado, observaba ya.

Ella, que le adoraba, le habia autorizado para que sacase de la casa de *Smith-Bell* treinta mil pesos que de tiempo atras tenian depositados sus padres, cuya suma puso en cuenta



corriente en el Banco Español-Filipino á nombre suyo, para ir atendiendo á los gastos de la casa.

Seis meses despues , Alarcon manifestó á su esposa que no les quedaba dinero disponible ; y era verdad , pues las deudas que de soltero tenía, las costosas reuniones que tan frecuentemente daba, sus apuestas en las carreras, los gastos superfluos que se permitia, y el juego, á cuyo vicio pernicioso dedicaba las horas que su esposa pasaba en triste abandono, habian consumido la suma depositada en el Banco.

Enriqueta se asustó al ver aquel despilfarro ; pero no dijo nada , temerosa de provocar un altercado , pues ya el carácter de su esposo no era el mismo que ántes , y más de una vez tuvo que sufrir los arrebatos de su cólera.

Conociendo Alarcon el motivo de su silencio, le dijo para destruir el mal efecto de la noticia :

— Comprendo , aunque nada me digas , que te extraña que hayamos gastado tanto ; pero no ignoras los desembolsos precisos que hemos hecho para sostener la fama de espléndidos que en toda Manila gozamos. Desde hoy suprimirémos las reuniones con pretexto de una expedicion á Quingua , y así aminorarán los gastos. Dentro de tres dias nos trasladarémos á ese punto.

Quingua , es un pueblo de Bulacan , hermosa provincia próxima á Manila , rica por su fertilidad y por el esmerado cultivo de sus dilatados terrenos. Sus habitantes son laboriosos , el clima sano , especialmente en Quingua , cuyas aguas son inapreciables , y el territorio de lo más agradable y pintoresco.

En ese precioso verjel , donde el alma goza en la contemplacion de la naturaleza , que parece se ha complacido en lucir allí todos sus encantos , la bella Enriqueta pudo

disfrutar breves días de solaz, adquiriendo su corazón la calma que había perdido en Manila al ver á su esposo entregado á una vida desarreglada que venia á corroborar los informes de sus tíos respecto á sus viciadas costumbres.

Una noche de luna, de la luna resplandeciente de los trópicos, á cuya viva luz pierden su fosforescencia los *alitaptap*, luminosos insectos que convierten los árboles en candelabros enormes de caprichosas luces que se agitan y deslumbran la vista de los caminantes, sirviéndoles de faro á grandes distancias; una noche poética, como pocas, en que ligeras brisas refrescaban la atmósfera, Alarcón invitó á su esposa á pasear bajo las anchas hojas de los plátanos que á orillas del río se alzan; proposición que ella aceptó gustosa.

Pasaron en aquel delicioso sitio, cogidos amorosamente del brazo. Enriqueta, feliz al lado del ídolo de su alma, aspirando el delicado aroma de las flores, viendo correr el agua del anchuroso río, que la luna plateaba, y embriagada por la voluptuosidad de la naturaleza, olvidó sus ratos de amargura para entregarse por completo á las delicias del amor. Allí, embelesada, oía de los labios de su esposo los más risueños proyectos.

— Desde ahora, alma mía, viviremos exclusivamente el uno para el otro, le decía Alarcón tiernamente; nos alejaremos poco á poco del trato de las personas que nos roban horas de dicha, y seremos felices. ¿No ves que hermoso paisaje nos rodea?

— Sí, esposo mío, contestaba Enriqueta entusiasmada; vivamos aquí, lejos del mundo, ocupados en nosotros mismos y sin que tengamos que ser esclavos de una sociedad que no nos ama, y que si nos adula es porque satis-

hacemos sus deseos y sacrificamos nuestra fortuna y reposo en su obsequio.

— Dices bien; y para realizarlo mejor, adquiriremos, si tú lo apruebas, esta lindísima quinta inmediata, que han sacado á subasta, y fijaremos nuestra residencia en estos deliciosos lugares.

Enriqueta, que creyó enloquecer de contento al oír á su esposo expresarse de aquel modo, le replicó:

— Aplaudo tu idea. Mañana, precisamente cumple el término de un contrato hecho por mis tíos con otras personas con quienes comerciaban; habrán de acordar si continúa la Sociedad ó se disuelve. Yo tengo parte en el capital, que ascenderá á una suma crecida; lo retiraré para adquirir la propiedad de esta hacienda; así podremos realizar cuanto ántes nuestros proyectos.

— En ese caso, mañana mismo marchó á Manila con poder tuyo para cobrar esa suma; dejaré comisionada la venta en almoneda de los efectos que en nuestra casa existen y que no nos sirven aquí; haré trasportar lo demás, y dentro de tres días me tienes de vuelta. Tú permaneces en este sitio, para ir recibiendo los muebles.

Hicieronlo como lo habían pensado. A la siguiente mañana, Alarcon se embarcaba en Bulacan en el vaporcito *Isabel Primera*, y dos horas y media despues entraba en la capital de las Islas con un documento que iba á hacerle dueño de cuarenta mil pesos.

## VII.

Pasaron los tres días y otros tres más, y Alarcon no volvía á Quingua ni daba noticias suyas. Enriqueta estaba

en la mayor ansiedad, sin saber qué hacer, temerosa de que á su esposo le hubiera ocurrido alguna desgracia. No atreviéndose á marchar en su busca, sin su consentimiento, escribió á una amiga de su confianza preguntándole por su esposo. La contestacion que obtuvo le hizo saber que su marido gozaba de buena salud, segun informes de los criados, pero que pasaba las noches fuera de casa, regresando al amanecer, sin que se supiera á dónde iba. El dolor que experimentó con tales nuevas no es necesario referirlo. Aquel mismo dia abandonó la provincia, y se dirigió á su casa de San Miguel. Cuando llegó supo que su marido dormia y que le acompañaba un amigo en la casa.

La pobre Enriqueta estaba desconsolada. Tenia por la suerte del dinero para cuyo cobro le autorizó, y sentia ver defraudadas sus esperanzas de vivir pacíficamente en Quingua, lejos de las seducciones del juego y la vanidad que tanto atractivo tenian para Alarcon. Despertó éste y quedó confuso y sorprendido al encontrarse con Enriqueta. Reprendióle ella por su silencio y por no haber vuelto á su lado en el término que dijo, dando lugar á que se verificase la subasta de la quinta que proyectaban adquirir.

Su esposo, en el momento no sabia qué objetarle: pero repuesto de su sorpresa, se encolerizó con la pobre jóven por haber dejado el pueblo sin participárselo.

Alarcon era un malvado que abusaba inicuaamente de la bondad de su esposa. Presentóle como su mejor amigo á Juan Velez, que salia en aquel momento de su cuarto, y que á juzgar por sus trazas, más que una persona decente, parecia un bandido.

Afligida por su desdichada suerte, ni áun siquiera se

cuidó de preguntar por el dinero. Él, sin dolerse de su pena, la dejó sola, yendo con su amigo á divertirse.

Al ver aquella conducta, Enriqueta no pudo contener su indignacion, y sintió crueles remordimientos por haber desoído los consejos de sus tios y dado su mano á aquel degradado jóven, incapaz de conocer lo que ella valia. Dominada por esas impresiones, fué á ver á sus tios, para pedirles perdon por su ligereza y desahogar en sus brazos la angustia de su corazon. Sus tios, al verla desgraciada, la acogieron con tierna bondad, lamentando al par que ella sus desdichas. Enriqueta supo por sus tios que, al presentárseles Alarcon con su poder, recibió la suma de cuarenta mil pesos que correspondian á ella, y que en vez de irse á Bulacan corrió á los cafés en busca de sus amigos, para tener aquella noche una escandalosa orgia. Le contaron tambien que ese Velez, á quien encontró en su casa, era un camarada de Alarcon, recién llegado á Filipinas, el cual tenia fama de jugador sempiterno, y que juntos habian ido á las casas de juego, abundantes aquellos dias por celebrarse la Naval de Binondo, á cuya fiesta habia concurrido gente hasta de las Visayas, y muchos jugadores del país.

Como la jóven estaba tan afligida, la consolaron sus tios como pudieron, acordando entre todos procurar el modo de que su esposo variara de conducta. Con este motivo, Enriqueta volvió á su casa algo más tranquila y resuelta á ser ménos sumisa á los caprichos de su marido.

Durante una semana, apénas logró verle. Se retiraba al amanecer, siempre acompañado de su amigo; se encerraban en su habitacion y comian en ella los dos solos. Algunos dias se quedaban á comer fuera de casa. Decidida la jóven á que terminara una situacion tan violenta,

aguardó la llegada de su esposo, y al verle solo, le dijo :

— Hace dias que deseo hablarte. Debo decirte que yo no me he casado contigo para ser tratada de la manera ofensiva con que tú me tratas. Estoy dispuesta á que concluya esta situacion, y desde hoy no consentiré que mi fortuna sirva para alimentar los vicios del que, por desgracia mia, acepté como esposo, muy ajena de que otra cosa buscaba más bien que mi amor. Es necesario que esto cese; que seamos esposos ó rompamos de una vez los lazos que nos unen; que se me considere como creo merecer, y que ahora mismo sepa el destino dado á los cuarenta mil pesos cobrados á mis tios, porque de lo contrario, y por más que me sea violento, tendré que implorar la intervencion de la justicia en nuestros asuntos.

Alarcon no esperaba ver tan enérgica actitud en su esposa. Acostumbrado á la sumision con que siempre habia accedido á sus pretensiones, se sorprendió de la resolucion con que ahora le amenazaba. Temiendo que realizase aquella amenaza, que tan desagradables consecuencias podia originarle, trató de tranquilizarla, contestándole hipócritamente de esta manera :

— Perdóname, querida Enriqueta, la conducta que contigo he observado: comprendo que tienes mil motivos para estar disgustada, pero ántes de condenarme, óyeme. Velez es un amigo de la infancia, cuya familia está unida á la mia por lazos de parentesco. A mi llegada á Manila se me ha presentado con recomendacion eficaz de mi familia para que le atendiese. Se entró en nuestra casa, y no era cosa de dejarlo solo, nuevo como es en el país, y sin amigos ni recursos. Él, como jóven y soltero, es aficionado á divertirse. Celebrándose la fiesta de Binondo, tuve que acompañarle: hé aquí el motivo del aislamiento

en que te he dejado; pero yo te prometo que en adelante no sucederá, y que seré para tí tan amante como siempre.

Enriqueta comprendia que su esposo trataba de calmarla con dulces frases: conocia que no era sincero y que esquivaba hablarle del destino dado al dinero que cobró, pero como lo amaba tanto, como al verlo cariñoso olvidaba todos sus agravios, le era imposible sostenerse mucho tiempo en la actitud que se propuso.

Disimulando, no obstante, sus sentimientos, le replicó :

— No es necesario, para atender á un amigo, pasar noches enteras fuera de su casa. Más que la amistad obligan los deberes que contrajiste conmigo al solicitar nuestra union. En tus disculpas, nada me has dicho aún acerca del dinero que, segun supe por mis tíos, has cobrado, y cuya inversion ó paradero ignoro.

— Ese dinero, contestó con una turbacion que denunciaba claramente la falta de verdad en sus palabras, lo he depositado en el Banco para evitar cualquier contra-tiempo.

— Pues ya que no sea posible darle el destino que en Quingua proyectamos, conviene que mis tíos lo apliquen á sus negocios, pues en ningunas manos estará más seguro ni producirá tanto; así lo he prometido y mañana vendrán por él.

— En ese caso, debo creer que ya te propones no contar conmigo para nada. Olvidas que nadie tiene derecho á ejercer sobre tí la tutoría, como ántes de casarte. Extraño que estando con ellos en tan malas relaciones, pienses en semejante cosa. ¿ Acaso no sé yo qué manejo deba darse á esos fondos para hacerlos producir tanto como tus tíos?

— Si es el mismo que diste á los treinta mil pesos que te dí anteriormente, preferible es que los manejen ellos.

Alarcon dejó escapar una interjeccion de ira, pero se repuso al instante, conociendo las difíciles circunstancias en que se encontraba.

Para terminar tan desagradable diálogo, dijo:

— He pasado muy mala noche y me siento indispuerto. Despues hablarémos de eso; ahora voy á guardar cama.

Enriqueta, que era buena, no quiso atormentarle más y le dejó acostarse. Escribió á sus tios enterándoles de la conversacion que habia tenido con su esposo. Aquellos fueron al Banco á preguntar si llevó éste los fondos que decia. Por la noche estuvieron en casa de su sobrina y le participaron que no era cierto hubiese llevado al Banco cantidad alguna, y que era público que habia perdido considerables sumas en juegos de azar.

Tanto ella como sus tios se lamentaban de la extraviada conducta de Alarcon, y de su falta de delicadeza al disponer así del dinero de su esposa.

La presencia de Gustavo, que habia dejado el lecho en aquel momento, hizo que los tios se despidieran, apénas lo saludaron, sin que les hubiera sido posible acordar nada.

Apercibido Alarcon de lo que ocurría, pasó la noche con gran inquietud.

Su conciencia le condenaba por su criminal conducta.

Al día siguiente, salió de casa muy temprano y fué á contar sus temores á su camarada Velez, que ya estaba en una fonda.

Velez, que veía irresoluto á su amigo, comprendió que si renunciaba al género de vida que llevaban, era perdido. Inspirándose en estas reflexiones, dijo:

— Veo que no sabes tratar á las mujeres: la tuya es lis-



ta y acabará por hacerte su esclavo. Si supieras gobernar-te serías el más feliz de los maridos. Tu esposa está enamorada de ti; ahora es cuando debes amoldarla á tus costumbres, hacer que obedezca y respete tu voluntad y se resigne á tus caprichos. La cuestion del dinero, tal como se presenta, es ardua y pudiera tener sensibles consecuencias para tí, no sólo por el escándalo que se produzca, sino tambien porque en adelante tendrán buen cuidado de que no veas un cuarto. Lo dicho, Gustavo; vas á ser una víctima, y en tu mano está que suceda lo contrario. Aprovecha el tiempo que tienes disponible aún. Realiza cuanto dinero puedas, y nos vamos á hacer una excursion á China. Cuando tu esposa se vea sin tí, no podrá vivir y te llamará, dando por bien empleado cuanto has hecho y hagas: no necesitas más; tu mujer adivinará despues tus pensamientos para complacerte en todo..... ¿Te queda mucho de los cuarenta mil pesos del otro dia?

— Unos quince mil.

— Magnífico. Haz lo que digo, y no te arrepentirás.

La infernal proposicion de Velez halló fácil acogida en el ánimo del corrompido Gustavo, el cual se despidió de él, decidido á ponerla por obra.

Fué á cierto conocido capitalista, quien bajo la garantía de dos buenas casas de su esposa, situadas en Quiapo, le facilitó la suma de veinte mil pesos sin desconfianza alguna de su parte, sabiendo que era rico y calculando que sería brevemente reintegrado.

Conseguido el dinero, obtuvo Alarcon pasaporte para él y Velez, bajo la fianza de otro amigo, fingiendo gran urgencia; precaucion necesaria para que no pudiese Enriqueta impedirle su marcha si veia inserta la solicitud de ese documento en la *Gaceta*, segun régimen de las Islas.

Arreglado todo de esa manera, tomó pasaje en un vapor que salía aquella tarde, y tres días después, él y su consejero Velez estaban en Hong-Kong, sin que su esposa hubiera sospechado lo más mínimo.

### VIII.

Cuando llegó á conocimiento de Enriqueta la marcha de su esposo, no quería dar crédito á los que aseguraban haberle visto embarcarse. Fué preciso que leyera en los periódicos el nombre de Alarcon entre los pasajeros del vapor que el día anterior habia partido para Hong-Kong, y así y todo se trasladó en persona á la Secretaría del Gobierno Superior á preguntar si se le habia expedido pasaporte, y luego á la Capitanía del Puerto, para saber si se habia embarcado.

Convencida al cabo de la fuga de su marido, cayó en un estado de estupor difícil de expresar. Sus tíos fueron al momento á verla y la encontraron en el mayor desaliento, presa de mortal angustia.

El suceso se hizo público en Manila, y la murmuracion se cebó en aquella infeliz jóven. Cada uno interpretaba el hecho á su manera. La crítica despiadada de las personas que viven de la crónica escandalosa esgrimió con tal motivo sus armas mejor templadas, y no quedó nadie que ignorase la marcha del esposo de la de Alba. Para complemento de su desdicha, la persona que habia anticipado á aquél los veinte mil pesos, enteró á la infeliz Enriqueta de su villana accion. Entónces, recordando lo sucedido con los cuarenta mil que le autorizó á extraer de casa de

sus tios, se convenció de que su esposo era un miserable, capaz de las mayores infamias: un jugador desenfrenado que todo lo sacrificaba á su torpe pasion; un hombre sin pudor, para quien nada significaba la honra: un ingrato que ni la amaba ni agradecia la distincion que con él tuvo al elegirle por esposo entre tantos otros más dignos. Y lo que más ilegaba al alma de Enriqueta, lo que no podia soportar y la tenía loca de dolor, era ver la indiferencia con que de ella se alejaba, la injustificada ligereza de separarse de un modo que evidenciaba á la faz de todos que no la amaba, que se casó por interes, en tanto que ella le pertenecia por completo, sin que le fuera dable arrancar de su corazon el intenso amor que lo abrasaba.

Fué tan grande su emocion y tan profundo su sentimiento, que cayó enferma y estuvo durante un mes luchando entre la vida y la muerte. Pudo al fin más la naturaleza, y recobró la salud del cuerpo, pero la enfermedad del alma en vano intentó curarla.

Triste es llorar un amor perdido y la ausencia de la persona amada. La luz del dia parece que ofende el sentimiento del que ama sin esperanza, y las sombras de la noche aumentan el dolor de los recuerdos cuando el amante se persuade que no ha de volver á gozar el bien que desgraciadamente perdiera. Cada hora que pasa aumenta la impaciencia del que sufre y la tranquilidad huye de él. Se siente un malestar infinito, la melancolía amarga su existencia, la vida es un martirio horrendo. No hay males físicos, por acerbos que sean, comparables á los males del espíritu. Las enfermedades del alma son más difíciles de curar que las del cuerpo. El que libra de una enfermedad, aunque quede defectuoso, puede llegar á conseguir la dicha: pero el que una vez enferma del alma, si su do-

lor es verdadero, quizá no vuelva á gozar en la tierra.

La vida, las costumbres y hasta la hermosa faz de la encantadora filipina sufrieron notable mudanza desde el dia en que dejó el lecho. Sus ojos no brillaban ya con el fulgor irresistible que ántes; aquella mirada de fuego que tan divinos los hacía, apagóse con el raudal de lágrimas que sin cesar se desprendía de sus párpados; sus mejillas, cuyos brillantes colores habrían podido envidiar las rosas, se tornaron pálidas; los trinos seductores de su privilegiada garganta no se volvieron á oír; las flores de que tan amante era y que por sí misma cuidaba todas las mañanas, se marchitaron, pareciendo que se habían asociado al dolor de la amable jóven. Cerró el piano, cuyas delicadas notas habían mitigado ántes sus pesares, y no quiso tocarlo más; cuando el pesar es demasiado profundo, la música hace saltar el corazón de pena y es casi imposible resistir el dolor que causa. La pintura le aburría. La sociedad le hastiaba. Inútilmente sus tíos y las amigas que la amaban idearon mil medios de calmar sus dolores; para Enriqueta no existía consuelo posible. Conocía que Alarcon era indigno de su amor, y sin embargo, le adoraba. La idea de lo feliz que habría sido si su esposo la hubiese amado como ella á él, trastornaba su mente. Había momentos en que temía volverse loca y le faltaba resignación para soportar su desgracia, preguntándose qué había hecho para merecerla. Sus cariñosos tíos, que durante la enfermedad que sufrió no se separaron de ella un solo momento, la llevaron á su casa, y en su compañía pasaban el mayor tiempo posible, para ver si así lograban distraerla.

Era por el mes de Mayo, el más alegre del año en Europa, porque los árboles se cubren de su verde ropaje, se

ven las praderas esmaltadas de hermosas flores, y los pájaros saludan con sus cantos el renacimiento de las galas de la naturaleza y el término del frío invierno. Pero en Filipinas, que se goza de una primavera eterna, jamás pierden sus hojas los árboles ni dejan de verse flores; los helados cierzos no se sienten nunca, ni se agosta en ninguna época la potente vegetación que tiene convertidas las montañas en macetas inmensas, viéndose brotar la hierba hasta en las mismas rocas; en Filipinas el mes de Mayo supera en brillo á todos los demás del año, y sus bosques y praderas, sus valles y jardines, sus montes y sus llanos son los más deliciosos del mundo. La populosa población de Manila y sus extensos arrabales, los vecinos de todos los pueblos de la provincia, los moradores de las inmediatas y muchos de otras lejanas, se dirigían en alegres caravanas, en coche, á pié ó en barcas adornadas de banderolas y ramas, por el río Pásig, al santuario de Antipolo, cuya fiesta se celebra en dicho mes.

Antipolo es un pueblo del distrito de Morong, cercano á Manila, donde se venera la Virgen que lleva el nombre del pueblo, por la cual sienten especial devoción todos los indígenas del archipiélago. El mes que dura la fiesta se ve un interminable cordón de gente por el camino del santuario, en el cual dejan las ofrendas que en señal de su veneración llevan. El bullicio es indescriptible, innumerable la concurrencia y general la alegría. Ruidosos fuegos artificiales, músicas por las calles, canciones, bailes en las casas y la asistencia al templo, que ni un solo momento se halla desierto, completan la romería.

El pueblo, sin embargo de abrir sus casas á los romeros, es insuficiente para contener aquel inmenso gentío, y muchos duermen al pié de los árboles, bajo tiendas de cam-

pañã que improvisan, ó detras de humildes *tapanços* ó co-  
bertizos de cañas.

Cuantos van á Antipolo regresan con escapularios de la Virgen, amuletos, estampas y frascos de agua bendita, cuyo producto asciende á muchos miles de pesos. La procesion es vistosísima por lo concurrida y por la profusa iluminacion, atronadores cohetes, luces de bengala, *loas* ó alocuciones en verso, arcos, músicas, universal entusiasmo y animado cuadro que á la admiracion de los *touristes* ofrece aquella variada multitud en su fervor religioso. Esta festividad tan famosa tiene el privilegio de conmovier hasta á los hijos del Celeste Imperio, que tambien acuden en crecido número. La mayoría de los devotos va á proveerse de agua de una fuente mineral, tenida por milagrosa, que se halla en las cercanías del pueblo de Tanay, cuyas aguas han hecho, segun dicen, admirables curaciones, no olvidando tampoco arrancar hojas del árbol de la sangre, allí próximo, las cuales, machacadas, producen un líquido rojo, de cuya particularidad cuentan los indios las más absurdas consejas.

Los tios de Enriqueta fueron al santuario de Antipolo con su sobrina, con el fin de proporcionar á la triste jóven algun lenitivo á sus amargas penas. Sin duda la oracion de la abandonada esposa fué grata á la Virgen, porque regresó, si no alegre, bastante resignada. Viendo esto, determinaron ir á Obando, cuya fiesta se celebraba tambien aquellos dias.

Obando pertenece á la provincia de Bulacan y está muy próximo á Manila. Existe la tradicion entre los indios y mestizos de que bailando ante la imágen del Patron se cura todo género de males y se evitan otros, siendo mayor la eficacia cuanto más se baila. Por esta causa el camino que

conduce al pueblo se ve cubierto en los dias de la fiesta de diversos grupos de hombres, mujeres y chiquillos, caprichosamente vestidos, adornada la cabeza con plumas y provistos de panderetas, guitarrillas que llaman *cinco-cinco* y otros instrumentos, bailando todos al alegre són de su música, sin permitirse ni un momento de descanso, á pesar del fuego que el sol deja caer sobre sus cabezas.

Miéntas la procesion recorre las principales calles de Obando, el furor del baile les enajena. Al divisar á San Pascual Bailon, cuarenta mil personas de todas clases, edades y condiciones se agitan, saltan y bailan sin cesar, imploran del Santo la curacion de sus dolencias, señalándole la parte enferma del cuerpo; bullen en todas direcciones, rezan, cantan y no dejan de bailar jamas, ni aun en el mismo templo, despues de concluida la procesion. El aspecto de tantas personas bailando, sus trajes de mil colores, sus parasismos de locura, sus alaridos, sus rezos y sus cantos forman un singularísimo contraste, difícil de describir y digno sólo de ser visto para formar exacta idea de lo extraño y sorprendente de tan animado espectáculo.

Enriqueta fué á Obando con sus tios, vió las escenas que hemos tan sucintamente bosquejado, y hubo momentos en que olvidó sus desdichas, admirada ante el entusiasmo de los devotos de San Pascual Bailon.

De ese modo los cariñosos parientes de la infortunada jóven procuraban los medios de proporcionar á su alma dolorida algun consuelo; pero aunque momentáneamente lograsen su noble intento, pronto Enriqueta volvía á ser martirizada por el recuerdo de sus desgracias, y de nuevo la veían sumida en su eterna tristeza. Así pasaron algunos meses, sin que hubiera recibido la menor noticia de su esposo.

## IX.

Vamos á referir lo que habia sido de Alarcon en el tiempo que llevaba fuera de Manila.

Apénas llegaron á Hong-Kong, trasladáronse ambos amigos al mejor hotel.

Hong-Kong es una pequeña isla de la bahia de Canton, en la costa meridional de China, á 14 leguas próximamente de Macao. Los ingleses, que de todo sacan partido, han convertido una árida roca en un jardin; y un territorio reducido en una poblacion importante y de mucho movimiento comercial. El puerto de Hong-Kong, que hoy es muy concurrido, no habria pasado de la categoría de mediano fondeadero si áun estuviese en poder de los chinos, pues éstos son refractarios á toda idea de civilizacion y opuestos á que los europeos se establezcan en su país.

En esta ciudad hay aglomeracion de gentes de todos los países, y muchos centros de corrupcion, por lo que las personas poco prudentes están expuestas á derrochar en breve grandes capitales. Del juego y de la bebida se abusa extremadamente. Alarcon y su amigo no tardaron en formarse una córte de los más viciados jugadores de la colonia inglesa, quienes les ganaron gran parte del dinero que llevaban.

Viendo que el negocio iba mal, se trasladaron á Macao.

Esta ciudad de la China, situada en la provincia de Kuangtung, sostiene un comercio de mucha importancia, y es célebre por existir en una colina próxima á ella la gruta donde se cree que el inmortal Camoens escribió sus *Lusiadas*.



Los portugueses no trataron mejor que los ingleses á Alarcon y á Velez, por lo que éstos, temerosos de perder toda su fortuna, se dirigieron á Singapore, renegando de la patria de los zapateros chinos, avecindados en Manila, de los que la inmensa mayoría son de Macao.

En Singapore tenían ancho campo para sus aventuras. La poblacion de esta pequeña isla de las Indias Orientales es de lo más heterogéneo que se conoce. Su puerto, visitado por los buques de todos los países del globo, presenta animadísimo aspecto. La vista de la ciudad revela el genio creador de los ingleses y su indiscutible superioridad para convertir en centros comerciales los más agrestes sitios, y en comerciantes activos á los seres más indolentes.

En esta ciudad, al lado del establecimiento de un europeo, se ve el del malayo. Junto á los bazares de los hijos del Indostan, los de los indígenas de la Indo-China; frente á las pagodas donde se rinde culto á Brama y Budda, las en que se idolatra á Visnú y Siva; al lado de la mezquita del árabe, la catedral cristiana; junto á la iglesia protestante, un templo en que se adora á Confucio.

En la misma confusion que los cultos se hallan los individuos de todas las nacionalidades del universo, hablando sus distintos idiomas y vistiendo sus diversos trajes. De aquí resulta un conjunto abigarrado que sorprende; pero lo que más se admira es el bullicio, la actividad comercial de los habitantes de Singapore, constantemente ocupados en las faenas de la compra y venta. El muelle está lleno de inmensos depósitos de carbon, las calles de vendedores y las casas de tiendas. En los alrededores existen, en medio de hermosos jardines, algunas quintas ó casas de recreo pertenecientes á las clases ricas.

Naturalmente, en una poblacion donde se reúne gente

del mundo entero, donde circula dinero en abundancia, donde á cada paso hay un café y á poco que se resida en la ciudad es fácil ser presentado á cualquier círculo que se pretenda, pues para todo hay allí agentes, se concibe que Alarcon y su amigo Velez hallaran quien les ayudase á desocupar algunas botellas y á probar fortuna en el juego. Al principio les fué bien, y por un momento se hicieron la ilusion de que iban á reintegrarse de lo perdido.

Los jugadores jamas pierden la esperanza; buscando siempre el desquite, por adversa que les sea la suerte, acababan por arruinarse.

Alarcon y Velez, en lugar de retirarse con sus ganancias, siguieron jugando hasta que llegó un dia en que la fortuna se cansó de favorecerles. Al cabo de cuatro meses el capital de Alarcon quedó reducido á cinco mil pesos. Una noche decia á Velez :

—¿Sabes que con otra como la de anoche nos quedamos sin dinero?

—¿Pues cuánto te resta?

—Cinco mil pesos.

—Poco es. ¿Pretendes ir á ver si te desquitas?

—Indudablemente: lo he prometido así á los dos franceses que me ganaron cuanto dinero llevaba; supongo que me acompañarás.

—Por esta noche no puedo, me siento algo indispuerto; pero te recomiendo que seas cauto.

—Tanto lo voy á ser que para no perder mucho, quiero dejarte cuatro mil pesos. Me llevo mil. Si no logro desquitarme, no juego ni un céntimo más de esa suma.

—Es una determinacion prudente que aplaudo.

—Pues guarda eso y hasta luégo, dijo entregando á Velez el dinero.

— Buena suerte; adios.

Llegó Alarcon á la casa donde le esperaban ya sus compañeros de juego, dándose principio á la partida. En poco tiempo perdió los mil pesos que llevaba, y con ellos la esperanza de recobrar lo anteriormente perdido. Como los jugadores vieron que no seguía apuntando, preguntáronle la causa, á lo que contestó manifestando que no habia llevado más dinero. Le ofrecieron mil pesos, que Alarcon no queria aceptar, pero insistiendo en la oferta sus nuevos amigos, accedió al fin y continuó jugando con los mil pesos que le acababan de prestar. Perdió tambien esta cantidad, y otra vez le adelantaron una suma igual. Temia continuar, pero, perturbado por la pasion, prosiguió jugando hasta que llegó á perder cuatro mil pesos, que le prestaron sucesivamente bajo su palabra, cuya cantidad era lo único que le quedaba en casa.

Desesperado entónces, y queriendo probar fortuna por última vez, puso sobre la mesa su reloj y sus sortijas, cuyos objetos ascenderian á la suma de trescientos pesos, rogándoles aceptasen aquella postura por igual cantidad. Se lo consintieron por deferencia, en consideracion á lo que tenia perdido, y fué tan desdichado que perdió tambien.

Firmó un recibo de los cuatro mil pesos que le habian adelantado, y aunque no querian admitirlo, lo dejó sobre el tapete, saliendo de la casa con la cabeza trastornada. Lo que padeció durante el tiempo que empleó en llegar á la fonda en que habitaba, es inexplicable. La frente le ardia, bullian mil ideas absurdas en su imaginacion, y creyó que la razon le abandonaba. En esa situacion de espíritu entró en su cuarto.

Buscó á Velez para referirle su infortunio, pero no le encontró en el cuarto ni en su lecho. Al aproximarse á tocar

un timbre con objeto de preguntar á los criados de la fonda si habia salido, halló sobre un velador una carta dirigida á su nombre. Por la letra del sobre conoció que era de su amigo.

## X.

La carta de Velez, que Alarcon se apresuró á leer, decia así:

•Querido Gustavo: Hay ocasiones en que el hombre ménos aficionado á calentarse los cascos, medita.

•Y yo, amigo mio, que sabes la poca aficion que á filosofar tengo, he meditado esta noche. El resultado de mis meditaciones podrá ser que no te agrade ni merezca tu aprobacion. Lo sentiré mucho, porque el remedio llegará tarde.

•He reflexionado, querido Gustavo, que eres aún más jugador que yo, que es cuanto hay que decir. ¿Y sabes las consecuencias de ser esclavo de un vicio que los moralistas califican como el peor de todos? Pues es bien sencillo: perderás hasta el último céntimo que poseas, y cuando no te quede dinero jugarás hasta tus alhajas.

•El día que esto suceda, que no tardará mucho, ¿cuál será nuestra situacion en un país extraño, sin habilidad ni vocacion ninguno de los dos para ganarnos la vida, expuestos á los horrores del hambre y de la miseria? ¿Lo has calculado?

•Creo que no, porque tú no has pensado todavía, que yo sepa; pero yo, que he meditado ya, como te digo, veo esto muy claro, palpable, inminente.

•Y viéndolo así, amigo mio, sería el colmo de la demencia no evitar á tiempo un trance tan poco lisonjero. He decidido, pues, embarcarme en un vapor americano que sale

dentro de media hora para Punta de Gales, y allí tomaré pasaje en otro de las Mensajerías Francesas.

• Como no tengo noticia de que se haya descubierto hasta ahora el medio de viajar sin dinero, no obstante habernos cabido la honra de nacer en el siglo de los descubrimientos más felices, me llevo los cuatro mil pesos que me dejaste, á condicion de devolvértelos cuando á mí me sobren y tú los necesites, cosa que no creo suceda. En agradecimiento, te daré un buen consejo.

• Con las ganancias que esta noche habrás realizado, paga la fonda y nuestros demas gastos. Hecho esto, no te detengas ni un solo dia en Singapore. Vuelve á Manila, y corre á echarte á los piés de tu esposa implorando su perdon. Ella es un ángel, te ama y perdonará tu ingratitude. A su lado podrás ser feliz; pero si no vences tu aficion al juego, puede que acabes en un presidio. Yo en Europa me acordaré de ti y espero que no me olvides.

• Te quiere tu mejor amigo,

EUGENIO VELEZ. •

Al mismo tiempo que Alarcon avanzaba en la lectura de la carta de su amigo, el corazon le palpitaba con tal violencia que parecia quererle saltar del pecho. Terminada su lectura, la sangre se le agolpó á la cabeza y cayó al suelo desfallecido.

Repuesto ya algun tanto, su mente se perdia en un mar de ideas. Primeramente reflexionó en la accion del que creia amigo, en el sarcasmo que revelaba su carta cuando él lo habia inducido á que abandonase á su esposa, y en la despreocupacion con que se fugaba, dejándole sin un céntimo en una situacion tan crítica. Luégo recordó que los cuatro mil pesos que se llevaba Velez los debia, y entónces pensó

en las consecuencias que esta deuda podría ocasionarle de no satisfacerla.

Se hallaba sin dinero, debía en la fonda y le amenazaba la miseria más espantosa.

Últimamente, cruzó por su imaginación el nombre de Enriqueta. Al recordar lo buena que había sido para él, lo infame de su conducta con ella, la fortuna que le gastó, el abandono en que la dejara y la felicidad que había perdido, exclamó :

— Velez tiene razón; he sido un villano.

Incapaz de resolver nada digno que le salvara de la terrible situación en que se veía, cogió un revólver y salió desesperado de la casa.

Comenzaba á brillar el crepúsculo matutino. No se veía persona alguna por las calles. Luchando con mil pensamientos siniestros, llegó al cementerio.

El cementerio de Singapore es digno de la atención del viajero. Está cercado por una elevada verja, y le da acceso una anchurosa puerta de hierro. A uno y otro lado de la entrada se elevan árboles corpulentos. El interior se halla oculto entre el ramaje de los sauces, y cubierto de diversas flores: más que un cementerio parece un jardín. No abundan los monumentos artísticos, pero hay muchas tumbas de formas variadas. En la misma amalgama en que los vivos están confundidos en la ciudad, se ven allí mezclados los muertos.

Los sepulcros católicos se distinguen por la cruz que se alza sobre ellos, y los protestantes por la sencillez con que están contruidos. En la mayor parte de estas sepulturas hay inscripciones en el idioma del país á que perteneció la persona cuyo cadáver encierran.

Los caracteres chinos, de diversos colores, sobresalen

por su particular forma en aquel vasto índice de los que dejaron de existir. Hay algunos mausoleos de mármol, cercados con verjas de hierro, á que prestan sombra elevados cipreses, en cuyas lápidas se descubren los nombres de altos personajes de la colonia. Vense tambien várias tumbas que guardan los restos de españoles, cuya desdicha les llevó á morir á tan lejanas tierras, alguno de ellos cuando volvía á su patria, despues de dilatados años de ausencia.

El cementerio se hallaba en el más profundo silencio. El guarda que abrió la puerta á Alarcon, preguntó el número de la tumba que deseaba visitar para guiarle á ella, pero le manifestó que no necesitaba sus servicios, porque la conocia. Se alejó el guarda, y Alarcon marchó á perderse entre el espeso ramaje que adorna aquella mansion del reposo eterno.

Principiaba el sol á colorear las nubes; las aves saludaban el nuevo dia. Alarcon dirigió una triste mirada á su alrededor. Divisando un huertecillo donde habia várias cruces, señal de que los allí enterados pertenecieron á la iglesia católica, fué á apoyarse sobre el tronco de un cipres que en el centro se eleva. Allí permaneció pensativo durante algunos momentos; la más profunda melancolía se retrataba en su rostro. Sin duda repasaba en su imaginacion todos los sucesos de su vida, y pensaba en su esposa, tan cruelmente abandonada. Se quitó el sombrero, alzó los ojos al cielo, y oró. Despues, sacando el revolver que á prevencion llevaba, con movimiento rápido se lo acercó á la sien y disparó. Exhaló un grito ahogado y cayó al pié del árbol. A la detonacion que produjo el arma acudió el guarda sobresaltado: al ver á un hombre bañado en sangre, hizo sonar un silbato. Acudieron sus compañeros,

y en tanto que los unos se apresuraron á dar cuenta de aquel suceso, los otros le prodigaban sus cuidados, procurando contener la sangre que de su cabeza brotaba. Alarcon respiraba todavía.

La autoridad dispuso se le trasladara á la sala de extranjeros del Hospital general, donde los facultativos le hicieron la primera cura.

En su precipitacion, al disparar el arma, alzó demasiado el brazo y la bala no hizo más que producirle una ancha herida que ofrecia peligro, pero que tambien presentaba probabilidades de ser curada.

Alarcon permaneció doce horas sin conocimiento. Al volver en sí, notó que el practicante que le asistia hablaba español. Preguntó de dónde era, y supo que habia nacido en Filipinas.

Alarcon entónces se dió á conocer, callando no obstante el motivo de su determinacion.

El practicante creyó que deliraba y no le dió crédito. Le parecia mentira que siendo el esposo de la jóven más rica de su país, se hallara en Singapore sin una persona amiga que le hubiera llevado á su casa, aumentando sus dudas el conato de suicidio.

Comprendió Alarcon que su enfermero no le creia: hizo algunas revelaciones, y al fin se convenció de la verdad de sus palabras. Desde aquel momento no se apartó de su lecho, prodigándole toda clase de cuidados.

La fiebre dejaba al herido pocos momentos de sosiego, pero los aprovechaba en hablar de su esposa, en recordarlo feliz que fué á su lado, y en llorar el bien que habia perdido. Sabía que era muy difícil su curacion y no queria morir sin ver á Enriqueta, sin obtener su perdon, sin darle el último adios.



El practicante se ofreció para avisar á la familia de Alarcon, el cual entónces le dictó esta carta:

• Idolatrada Enriqueta: en el momento supremo en que el hombre está próximo á dejar el mundo, es cuando reconoce y lamenta sus errores, sufriendo en castigo el acerbo dolor de no poder repararlos.

•Yo, que tuve la inmerecida fortuna de ser tu esposo, desconoci lo mucho que valias; y en vez de vivir dichoso á tu lado, me dejé arrastrar de mis pasiones y de los criminales consejos de un traidor, que creí un amigo, para venir á terminar mis dias léjos de tí y de mi patria, en un hospital de extranjero suelo.

•Tenia la mision de velar por tí, y te abandoné. Debí adorarte como los ángeles al Creador, porque eres buena y adorable, y no te he amado. En vez de ser fiel administrador de los bienes que tan generosamente me confiaste, los he dilapidado. He sido un criminal, un infame para contigo; hoy que la razon ha iluminado mi espíritu, deploro mi error, y arrepentido lloro mi injusto proceder. Próximo á morir, mi sola pena es no verte por última vez, y pedirte mil veces perdon. Si tú me perdonaras y yo pudiera alcanzar la dicha de verte, moriria tranquilo. Grande es mi culpa, pero tu bondad es mayor.

•Adios, querida Enriqueta; no me maldigas..... muere amándote tu desdichado esposo. •

Hizo un esfuerzo y firmó la carta.

El practicante partió en seguida á llevarla al *Irurac-bac*, vapor español, que iba á Manila.

Los médicos recomendaron á Alarcon la quietud; la fiebre, sin embargo, volvió á presentarse con mayor fuerza.

Su cariñoso enfermero, que no le dejaba nunca, comprendia por los terribles delirios en que caia el herido, los

cruces remordimientos que sufría y la impaciencia con que aguardaba á su esposa.

Cuando la fiebre disminuía, el practicante y Gustavo hablaban de Manila. El pensamiento constante del uno era su esposa, el del otro su patria. La herida, miéntras tanto, no sanaba. Alarcon llegó á perder la esperanza de ver á la que ahora amaba tanto, porque conocía su bondad; esta idea le puso peor. Los facultativos desesperaban de poderle salvar.

## XI.

Al leer Enriqueta la carta de su marido, olvidó todo el mal que le había hecho, recordando sólo que se hallaba moribundo, en país extraño, que era desgraciado y deseaba verla.

En el acto dispuso lo necesario para trasladarse á Singapur, porque en la tarde del siguiente día marchaba el vapor-correo *Marivcles* y no quería perder tan buena proporcion.

Sus tios intentaron disuadirla, temerosos de que le sobreviniera algun peligro, pero ella les dijo:

— Mi esposo se halla enfermo, y mi deber es estar á su lado asistiéndole; me abandonó y fué ingrato, pero está arrepentido y me ama. Lo que sentiré será llegar demasiado tarde; acaso muera sin que yo pueda verle, sin que sepa que le perdono con toda mi alma.

Conociendo lo inquebrantable de su resolucion, en vez de esforzarse más en estorbarla, manifestó su tio que la acompañaria.

Enriqueta le abrazó con efusion, agradeciéndole aquella elocuente demostracion de su cariño.

El viaje fué rápido y feliz.

Cinco días y medio despues de su salida de Manila , Enriqueta y su tío estaban en Singapore.

Desde el muelle se dirigieron al Hospital general. El cuadro que se ofreció á la vista de la infortunada jóven no podia ser más triste.

Alarcon estaba próximo á espirar; á su lado un sacerdote le exhortaba á confiar en la misericordia infinita de Dios, miéntras que el practicante le sostenia la cabeza entre sus brazos.

Al verle, la amante jóven lanzó un grito desgarrador, corriendo hácia él.

En la imposibilidad de detallar fielmente la tierna escena de la reconciliacion de Enriqueta y Gustavo, escena que hizo derramar lágrimas á todos los que la presenciaban, renunciamos á describirla. Pasados los primeros momentos de la entrevista, hizo Alarcon un esfuerzo para hablar y dijo :

— Gracias, esposa mia: has sido complaciente, logro verte, sé que me perdonas..... y muero feliz. ¡Si supiera, cuán arrepentido estoy de mi conducta para contigo, que tan buena eres!

— Olvida eso, como yo lo tengo olvidado. ¿Por qué no acudiste á mí, sabiendo lo que te amo? ¿Por qué has preferido dejarme cuando sin tí no puedo vivir?

— ¡Si comprendieras cuánto te adoro, Enriqueta!..... Acércate más, no te veo.

Enriqueta besaba frenéticamente á su esposo, como queriendo con la efusion de su cariño arrebatarle á la terrible parca, pero los días de su marido estaban contados, y la frialdad de la muerte le reveló á los pocos instantes que sólo besaba un cadáver.

Al verlo muerto se extravió su razon. No habia poder humano que la arrancora de sus brazos. No oia los ruegos de su tio, ni se daba cuenta de nada de lo que allí pasaba. Al cabo de algunas horas de fatal delirio, recobró la razon y sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquel llanto le dió la vida.

Desahogó su corazon, y haciéndose superior á las circunstancias, con una fuerza de espíritu que nadie la suponía, dió algunas órdenes, y rogó que la acompañaran á ver al Jefe del Hospital. Pidió permiso para hacer embalsamar el cuerpo de su esposo, con el fin de trasladarlo á Manila, y lo obtuvo, dispensándole aquel la atencion de ocuparse por sí mismo de todo lo necesario.

Hecho esto, hizo buscar á los acreedores de Alarcon, satisfaciéndoles cuanto habian prestado, cuyas cantidades creian perdidas al conocer la causa del suicidio de su deudor.

Embalsamado el cadáver y puesto en una doble caja de plomo, aprovecharon el primer vapor que hubo para Manila, á donde llegaron sin contratiempos.

Enriqueta era objeto durante el viaje de las más tiernas atenciones de su tio, y de los consuelos del practicante que asistió á su esposo en el Hospital. La jóven, agradecida al practicante, y sabiendo el deseo que tenía de regresar á su país, hizo que se embarcara con ellos, asegurándole una renta vitalicia, con la administracion de una de sus haciendas.

En todas las iglesias de la capital se celebraron magníficas honras en sufragio del alma de su inolvidable esposo, obteniendo la concesión especial de depositarle en un elegante mausoleo que hizo construir en un extremo de su quinta del pintoresco pueblo de Mariquina, agregándole una capilla. Los viérnes de cada semana, dia en que murió,

había un sacerdote á elevar preces al Supremo Hacedor por su descanso en la otra vida.

Enriqueta fijó su residencia en Mariquina, punto donde pasó los únicos dias de felicidad que había gozado recién unida á su marido, y todas las mañanas, al ir á orar sobre su tumba, depositaba en ella una corona de flores que cogia en su jardin y por sí misma entrelazaba.

Allí pasaba la vida con ménos disgusto, porque cada sitio, cada árbol, cada flor encerraban para ella un recuerdo; y repasando en su memoria las horas de placer que tan ligeras fueron, distraia los eternos dias de pesar que tan lentos se sucedian.

Cuando nosotros la conocimos hacia dos años de la muerte de su esposo, y seguia aún cubierta de luto practicando la misma vida.

Algunas amigas y todos sus parientes habian tratado, segun supimos, de apartarla de aquel sitio, pero ella de ninguna manera consintió en abandonarlo.

En el pueblo y sus alrededores gozaba fama de santa por las numerosas obras de caridad que ejecutaba. Donde habia un desgraciado, allí estaba ella para consolarle. El necesitado era socorrido; el enfermo cuidado. Su bondad, su afecto para con todos, era tan inagotable como su caridad.

La memoria de su virtud, de sus relevantes cualidades, de su bellissimo corazon, de su fidelidad, del amor que tuvo en vida á su esposo, de su abnegacion y constancia despues de muerto, no se borrará jamas de nuestra mente, como no podrán olvidar el recuerdo de sus buenas obras los desdichados á quienes pródigamente socorria.

Almas tan elevadas, caractéres tan superiores no pueden ser relegados al olvido; la vida del mundo es corta para ensalzarlos como se merecen.



---

# LA SULTANA DE JOLÓ.

## I.

Un día del mes de Enero de 1848 la ciudad de Cebú presentaba animadísimo aspecto.

Lucian lujosas colgaduras en los balcones de las casas ; en las calles se habían levantado vistosos arcos de caña primorosamente trabajada ; había gallardetes y banderas en los paseos. cucañas en las plazas, y ricas cortinas de terciopelo, flores, ramos y profusion de luces en los templos.

Los buques aparecian empavesados en el puerto.

Las campanas á vuelo, el estampido de los cañones y las armonías de músicas sin cuento dejaban oír sus ecos por todos los ámbitos de la poblacion.

Los balcones no podian contener tanta gente como en ellos se agolpaba, y las plazas, las calles y los paseos estaban materialmente cubiertos de un público innumerable, que vestia sus mejores trajes y se agitaba, hablaba y reia con sin igual algazara.

Era que se celebraba la fiesta del *Santo Niño*. Magallanes llevó á Cebú su imágen, y desde el tiempo de Legaspi la veneran los cebuanos con grandísima devocion.

En una sola casa parecia que no participaban de aquel inmenso y general regocijo.

Era un edificio de bella fachada, situado en punto céntrico, por lo que se notaba más fácilmente el contraste que ofrecia con las casas inmediatas.

Unos censuraban el hecho como falta de religiosidad; otros lo atribuian á diversas causas muy distantes de la verdadera, y muchos, sabedores del motivo, lo respetaban.

La hipocondría, terrible enfermedad en que degenera siempre la melancolía intensa, iba minando lentamente la existencia de los moradores de aquella casa, tan desprovista de exteriores adornos cuando tan engalanadas se veian las otras.

Y esa profunda tristeza que amargaba los dias de don Vicente Tupal y su esposa, dueños de ella, no podia estar más justificada.

Tenian una hija de diez y seis años de edad, llamada Lólen (Dolores), hermosa como la luz y pura como los ángeles, que era la alegría de su vejez y el orgullo de su raza, heredera de cuantiosas riquezas, conseguidas al cabo de una laboriosa vida de privaciones y trabajos, objeto exclusivo de todos sus afanes, depositaria del cariño más acendrado, hija querida que les habia sido arrebatada alevosamente, y que en aquellos momentos estaba sufriendo el martirio de una horrible esclavitud.

El infeliz Tupal tenía una hermana en Barili, puerto de la provincia de Cebú.

Escribió manifestando el deseo de que Lólen pasase una temporada á su lado y que fuese la madrina de su primer



hijo. Tupal, accediendo gustoso á la pretension de su hermana, mandó á Lólen á Barili.

Las jóvenes más distinguidas del pueblo se complacian en obsequiarla y en que las acompañara en sus paseos.

Una tarde estaban corriendo por la playa, gozosas al ver cómo las encrespadas olas azotaban los peñascos de la costa y extendian por la arena su blanquísima espuma, que muchas veces llegó á mojarles los piés.

Distraídas con sus juegos, no se apercibieron de una *vinta* (1) que cautelosamente se deslizaba rozando la arena. Cuando la distinguieron estaban en tierra los que tripulaban la embarcacion.

Asustadas al fijarse en los hombres de feroz aspecto que se dirigian hácia ellas, emprendieron precipitada fuga.

Sus perseguidores lograron alcanzar á cuatro, trasportándolas en seguida á bordo.

Lólen, la hija de D. Vicente Tupal, era una de las cautivas.

En la *vinta* habia algunos indios atados de piés y manos, sorprendidos igualmente en los pueblos de la parte Oeste de Cebú y Negros, islas separadas por un simple canal.

Los raptores empezaron á remar con fuerza, y á los pocos momentos se encontraban léjos de la costa.

Lólen y sus amigas, embargadas de terror, les dirigian elocuentes súplicas para que las dejaran libres, pero los remeros nada contestaban.

Estos eran moros joloanos, atrevidos piratas que continuamente recorrían las islas de Mindanao y Visayas en bus-

---

(1) Embarcacion muy velera, parecida á las piraguas de los indios.

ca de cautivos; talaban los campos, prendian fuego á las casas de los pescadores, que las abandonaban al verlos, y tenian en continua alarma á los habitantes de los pueblos de la costa, siempre castigados por los robos y vejaciones de los temibles moros.

Al saber D. Vicente Tupal y su esposa lo ocurrido á Lólen, su pesar fué tan acerbo, que la existencia de ambos desde entónces, más que vida, era una agonía mortal.

Esto explica que su casa permaneciera cerrada y triste, como tristes estaban sus corazones el día de la fiesta del *Santo Niño* de Cebú.

Los padres de la jóven cautiva lloraban y sufrían incesantemente; la alegría de los demas aumentaba su cruel tormento, trayendo á su mente el recuerdo de mejores tiempos.

## II.

Cebú, capital de la provincia de su nombre y de las islas Visayas, es ciudad antigua y la segunda del archipiélago en categoría.

No puede nombrársela sin recordar su historia, tan íntimamente ligada con los primeros pasos de la conquista.

Sabido es que habiendo accedido el rey Cárlos I de España á los deseos de Hernando de Magallanes, insigne navegante portugues al servicio de Castilla, organizó éste una expedicion, compuesta de 234 hombres, repartidos en cinco buques, llamados *Trinidad*, *Victoria*, *Santiago*, *Concepcion* y *San Antonio*, de los cuales el mayor no pasaba de 430 toneladas.

Salió Magallanes con su pequeña escuadra de Sevilla el 19 de Agosto de 1519, á bordo de la *Trinidad*.

El día 1.º de Noviembre de 1520, despues de muchas penalidades y contratiempos que tuvo que vencer en tan larga navegacion, descubrió Magallanes el estrecho de su nombre, que es un brazo de mar de 104 leguas de longitud y 8 de latitud máxima, el cual separa el continente de la América meridional de la Tierra del Fuego.

El 16 de Marzo de 1521, cuando la expedicion se veia en el mayor apuro, descubrieron las islas Marianas, que denominaron de San Lázaro, en honor al santo del día, proveyéndose en ellas de viveres.

Costeando la isla de Mindanao llegaron á Butuan, en cuya tierra se celebró la primera misa, que oyó la tripulacion, dejando plantada una cruz en un cerro próximo.

Los naturales los observaban con admiracion, sin inquietarles.

El 7 de Abril fondearon en Cebú. La playa estaba cubierta de hombres armados con lanzas, dispuestos á defenderse; pero no hubo combate, porque aceptando Magallanes la amistad que le propuso Hamabar, reyezuelo de Cebú, se hirieron ambos en el pecho y bebieron la sangre, quedando pactada así su alianza.

No lejos de la playa se construyó una cruz de piedra, bajo una cúpula sostenida por cuatro columnas, que aún existe, donde se dijo misa, ceremonia que impresionó á los cebuanos.

Enterados de lo que significaba, solicitaron el bautismo, y se les administró con grandes festejos.

Los naturales de Mactan, pequeña isla muy inmediata á Cebú, estaban en guerra con los súbditos de Hamabar.

Magallanes creyó conveniente terciar en favor de sus nuevos aliados, y marchó contra los de Mactan.

Quedaron derrotados, pero el heroico marino fué herido

por una flecha envenenada , que le arrebató la existencia, el 26 de Abril de 1521.

Su muerte fué tan dolorosamente sentida , que desapareció el placer de un descubrimiento á tan alto precio adquirido.

En Mactan se eleva actualmente una modesta tumba , donde se guardan sus preciosos restos.

Otras desgracias , originadas por la sensible pérdida de Hernando de Magallanes , obligaron á sus compañeros á abandonar á Cebú , yendo á las Molucas , célebres por los hermosos loros , *catalas* , especie de papagayos , y aves del paraíso , que tanto abundan allí , así como por las guerras que los portugueses tuvieron con los primeros expedicionarios españoles.

Almanzor , reyezuelo de Tidor ; Corrale , señor de Ternate , y Yusuf , soberano de Gilolo , les atendieron á porfía en las Molucas.

La *Trinidad* hacia agua , y hubo que abandonarla.

Diéronse á la vela en la *Victoria* en 1522 , á las órdenes del famoso vascongado Juan Sebastian Elcano ; pasaron por el estrecho de la Sonda , recorrieron el Océano Índico , doblaron el Cabo de Buena Esperanza á los 42<sup>o</sup> de latitud Sur , y despues de tocar en las islas de Cabo Verde , llegaron á Sanlúcar de Barrameda el 6 de Setiembre de 1522 , á los tres años cumplidos de su salida de España. De aquellos atrevidos expedicionarios , solamente 48 volvieron á ver su patria.

Sebastian Elcano , con sus intrépidos navegantes , fué el primero que dió la vuelta al mundo , produciendo universal asombro.

Tres expediciones más , al mando de Loaisa , Saavedra y Villalobos , enviadas sucesivamente , no dieron resultados

positivos. Villalobos dió el nombre de Filipinas á estas islas, en honor á Felipe II, á la sazón Príncipe de Asturias.

Este monarca, con su fuerza de voluntad, decidió la ocupacion de las Islas.

Para realizar ese intento comisionó al eminente patricio Miguel Lopez de Legaspi, dándole título de Adelantado, el cual, con cinco buques y 400 hombres, se hizo á la vela en el puerto de Natividad el 21 de Noviembre de 1564, llegando á Cebú el 27 de Abril de 1565.

Dirigió la escuadra el ilustrado Andrés de Urdaneta, marino primeramente y religioso agustino despues.

Legaspi fijó su residencia en Cebú, cuyos habitantes, gobernados á la sazón por el reyezuelo Tupas, le recibieron bien, figurando esta ciudad como capital del Archipiélago hasta 1571.

En 1598 fué erigida en sede episcopal.

Legaspi la hizo villa y creó el primer Ayuntamiento que hubo en las Islas, cuya acta, curiosísimo documento, se conserva aún en Cebú, siendo nombrado Gobernador Guido de Labezares.

Posteriormente se la elevó á ciudad.

Ocupa una posición muy pintoresca á orillas del mar, y está defendida por un fuerte.

Carece de ríos, viéndose precisados los que la habitan á surtirse del agua de lluvias, que recogen en grandes tinajas. Los conventos tienen aljibes.

Cuenta actualmente buenos edificios de mampostería, espaciosas plazas, algunos paseos bonitos, un elegante *pantalan* (1) para atracar á él los vapores, y pueblecitos muy

(1) Muelle de madera.

próximos, como el de San Nicolas, con vistosisima vegetacion.

Cebú es el centro de un gran comercio, y residencia de la autoridad superior de las Visayas; tiene estacion de buques de la armada, y su puerto está habilitado para el tráfico extranjero.

Las Visayas son seis islas situadas al Sur de Luzon y Norte de Mindanao, ricas por sus productos, siendo el máspreciado el *abacá*. Pertenecen á ellas las provincias de Cebú, Iloilo, Capiz, Antique, Negros, Samar, Leite y Bohol.

Los cebuanos son laboriosos y hábiles negociantes, hacen preciosos tejidos, tienen fábricas de cal, azúcar y aceite, trafican en perlas, balete, tabaco, abacá, cacao riquísimo y algodón.

Son muy nombradas las pastillas olorosas para sahumar la ropa y habitaciones, los *pebetes* para encender cigarros, sus quesos y exquisitos hojaldres que exportan á Manila y al extranjero.

Las frutas duran en Cebú todo el año y son de calidad inmejorable.

Existen algunos criaderos de hulla en explotacion, que prometen á esa isla de las Visayas un gran porvenir.

Del monte Buisan se extrae bastante oro.

Sorprenden por su hermosura unos pichones de siete colores muy vivos, que se crían en su término.

El comercio extranjero tiene en Cebú representantes de sus mejores casas de Manila, y hace negocios por valor de muchos millones de pesos.

Tambien sostienen buenos comercios los españoles y mestizos.

Los chinos ocupan un barrio entero, que está lleno de

bazares perfectamente surtidos, y los mestizos forman otro importante gremio.

En Visayas no hay colecciones de tabacos como en Luzon. Existe una Inspeccion de acopios, con aforadores pecificiales. El tabaco se recibe á peso y se paga á los cosecheros en el acto. El año de ménos productos se colectaron 12.454 quintales, y el de más 24.733. Se paga á seis pesos el fardo.

Varios vapores tienen á Cebú en frecuente comunicacion con Manila, de la que dista 130 leguas.

Los habitantes de Visayas son de color más claro que los de Luzon, y difieren algo en costumbres. Las mujeres llevan la saya suelta, lo que las hace parecer más airoas que las tagalas, quienes se ciñen el cuerpo con la prenda llamada *tápis*.

El clima es sano, pero caluroso.

El dialecto principal es el visaya.

### III.

El capitulo que hemos dedicado á dar una idea de Cebú, fundados en la importancia y significacion de esta ciudad, nos ha impedido participar ántes á nuestros lectores la suerte de la jóven cautiva.

El jefe de los piratas que tripulaban la *vinta* en que la dejamos, era un *Dato* pariente del Sultan de Joló.

Llegado que hubo á Balanguingui, residencia entónces del Sultan, presentóse á su señor para enterarle del feliz término de su excursion, rogándole aceptara algunos cautivos.

El Sultan, admirado de la belleza de Lólen, la eligió con preferencia á todas, y la hizo pasar á sus habitaciones.

Los demas cautivos fueron vendidos ó destinados á diferentes trabajos.

El Sultan despidió á su deudo felicitándole por la buena presa que habia hecho. Despues se dirigió á Lólen, y en dialecto visaya, le dijo :

— Tranquilízate, hermosa doncella ; calma el pesar que te domina y que descubres con el llanto de tus ojos, pues ojos tan bellos, mejor lucen encendidos por el amor que humedecidos por el llanto. En tu tierra carecias de poder, aquí serás sultana.

— Señor, le contestó Lólen ; prefiero ser la más humilde en mi patria á ser aquí la reina. Os ruego que me permitais volver al lugar de donde tan villanamente me han arrebatado, pues en estos momentos mis desdichados padres estarán muriendo de dolor por mi infortunio.

— ¡Que consienta tu vuelta á tu país! Sería preciso estar loco.

— ¿Por qué, señor ? ¿ Es justo vuestro proceder ? ¿ Con qué derecho se me hace esclava cuando nací libre ? ¿ Por qué se me trae aquí, si mi voluntad no es esa ?

— Yo no debo discutir contigo esa cuestion : sólo puedo decirte que eres hermosa como una huri y que serás mia.

— Primero moriré.

— ¡Cómo! ¿ Rehusarias ser mi esposa ?

— Prefiero no serlo.

— ¿ Por qué ?

— Porque no puede ser. Si consentís que permanezca en Joló, os aborreceré. Yo no doy mi corazon al que no amo.

— ¿ Y si no fueras mi cautiva, me amarias ?

— Tampoco, por que amo á otro.



— ¡Tienes marido! Exclamó el Sultan con un acento de ira que infundía miedo.

— Tengo un prometido que será mi esposo.

— No lo será, miéntras yo viva.

— Pues no he de tener otro.

— Sí, me tendrás á mí.

El Sultan se aproximó á Lólen en ademán de abrazarla. Lólen dió un paso atrás, y tomando un puñal que habia sobre un velador, dijo con enérgica resolucion:

— Si os acercáis, con este puñal heriré vuestro pecho ó atravesaré mi corazon.

El Sultan quedó inmóvil.

La actitud resuelta de la jóven le contuvo.

Presumiendo que los medios cariñosos y los halagos darian mejor resultado que la violencia, dijo:

— Eres una loca: deja el puñal y hablemos.

— Hablad lo que gustéis, contestó sin soltarlo.

— Conozco que te empizo á amar. Es necesario que seas juiciosa y te fijes en que si me irritas obtendré por fuerza lo que no me otorgues de grado. Aquí no hay más voluntad que la mia. Yo anhele tu amor y lo obtendré. Contra mi costumbre desisto de apelar á medios violentos. Estás ahora de mal humor, porque te han arrebatado de tu país; quiero dejarte tiempo bastante para reflexionar con calma. En la casa inmediata tienes habitacion y mujeres que te sirvan. Mañana iré á verte.

Tocó entónces un silbato y apareció una anciana, á quien dió algunas órdenes en idioma desconocido para Lólen; la dueña condujo á la jóven á la morada que el Sultan habia designado.

Lólen, al salir, se guardó el puñal entre sus ropas. Tenía la irrevocable resolucion de suicidarse ántes que consentir

su deshonra, que no otra cosa consideraba ella el unirse al Sultan, no amándole y difiriendo en religion y raza.

El soberano de Joló fué á verla al siguiente dia.

—¿Estás más tranquila ya, hermosa cebuana? le dijo.

—No lo estaré mientras continúe cautiva; replicó la joven con aspereza.

—Tú aquí no eres cautiva: las cautivas ya ves en qué se ocupan y cómo se las trata. Tú eres la reina de mi corazón.

—Pues destinadme á trabajar como las demas, y dad vuestro corazón á otra.

—Eso es imposible. Mi corazón, aún en contra de mi voluntad, es tuyo. Desde que nos separamos ayer no he cesado de pensar en tí. Siento necesidad de tu amor.

—Señor, yo no puedo amaros. Si no pretendéis ocasionar mi muerte, os suplico accedais á que vuelva á Cebú.

—¿A ver á tu prometido?

—A ver á mis padres.

—Dispondré que tus padres vengan y vivan aquí.

—No querrán.

—Les haré inmensamente ricos.

—Lo son.

—Tendrán poder.

—No lo necesitan.

—Pues ántes perdería mi reino que dejarte marchar.

—Señor, desistid de ese empeño y sed generoso. Yo en Cebú me acordaré de vuestra clemencia y os viviré siempre agradecida. Si quereis rescate, mis padres pagarán cuanto demandeis.

—No me es posible complacerte. Tu ausencia me mataría. Te amo, y no puedo renunciar á la dulce esperanza de conseguir tu amor.

El Sultan decia verdad. La belleza de Lólen , su carácter y su ingenio le habian impresionado tanto, que al lado suyo temblaba como la hoja que agita la brisa.

La hermosura de la jóven cebuana, hermosura superior á cuantas habia conocido , le puso en una situacion extraña, impresionándole vivamente hasta el extremo de que la pasion perturbaba sus facultades.

El Sultan sentíase por vez primera dominado por el amor. La facilidad de tener mujeres segun su capricho, fué causa de que nunca tomara parte el corazon en sus relaciones con el bello sexo.

Salió de la habitacion de Lólen ménos ilusionado de lo que habia entrado respecto á que le correspondiera , pero sin atreverse tampoco á usar con ella de violencia alguna, cosa extraña en su feroz carácter.

Un día , sobrecitado por la pasion , y despues de emplear inútilmente súplicas y halagos , y ofrecer riquísimas dádivas para que accediera á ser su esposa, intentó vencer por la fuerza la virtud de Lólen ; pero la temeraria jóven sacó el puñal que siempre llevaba consigo, y al defenderse hirió ligeramente al Sultan , infiriéndose despues una herida en el pecho que , sin la fortuna de resbalar el arma sobre un medallon que tenia puesto, le hubiera causado la muerte.

El Sultan, temiendo que se suicidase , y por consiguiente experimentar la dolorosísima desgracia de perder á la que tanto amaba , juró no volver nunca á usar de la violencia, halagándole la esperanza de que su amor al fin sería correspondido.

Aprovechando Lólen el estado de ánimo del Sultan , le obligó á jurar solemnemente que la respetaria durante seis meses, ofreciéndole unirse á él pasado ese término , pues

para entónces habria tenido ocasion, le dijo, de alejar de su memoria los recuerdos que la martirizaban y de habituarse á la vida y costumbres de Joló.

El Sultan lo juró contento. Aquel dia fué de inmenso regocijo para sus súbditos, á quienes dió á conocer como Sultana á la hermosa Lólen.

El Sultan le dijo:

—No te admire lo que hago; quiero que te respeten todos y sepan que tu persona es sagrada, puesto que eres su reina. Para mí lo serás de hecho cuando termine el plazo de los seis meses.

Lólen confiaba en que durante ese tiempo se le presentaria ocasion de fugarse. Con las esperanzas que habia dado al Sultan consideraba que podia estar más tranquila y conseguir más fácilmente recobrar su libertad.

Los *Datos* fueron á cumplimentarla, y el pueblo la aclamó como á su soberana. Con ese fausto motivo hubo tres dias de regocijos, simulacros, músicas, alborozo, bailes moriscos, excesos en el placer de la bebida, y entusiasmo general en Balañguingui.

La cautiva cebuana, como la nombraban ellos, se llamó desde entónces la Sultana de Joló.

#### IV.

Joló es un extenso archipiélago con más de 200.000 almas, situado entre Mindanao y Borneo.

Los mahometanos que lo pueblan, á las órdenes de un sultan y varios *Datos*, son belicosos y valientes.

El territorio está cubierto de cocoteros, abundando en sus espesos bosques los árboles llamados *balete* y *calambibit*.

Tambien se cogen en Joló buenas perlas, que los moros llevan á vender á Zamboanga, capital de Mindanao.

Desde la llegada de los primeros expedicionarios españoles se mostraron hostiles los joloanos, y ya en 1577, mandando las Islas D. Francisco Sande, hubo que medir con ellos nuestras armas.

En 1602 salió contra los piratas Juan Juarez Gallinato, viéndose en grande apuro para salir victorioso.

Lo mismo ocurrió en 1609 y 1633, gobernando Silva y Salamanca, respectivamente.

El Capitan general de Filipinas, D. Sebastian Hurtado de Corcuera, en 1638, dirigió una expedicion contra Mindanao y Joló, consiguiendo, despues de reñidos combates, la completa reduccion de aquellas islas. El Sultan no pudo ser habido, pero quedó prisionera la Sultana y un sobrino suyo llamado Tacun.

En 1731 y 1734 fueron necesarios nuevos desembarcos en las costas de Joló; los expedicionarios causaron á los piratas graves daños en propiedades y vidas, destruyeron sus fuertes y quemaron ó echaron á pique sus embarcaciones.

En 1836 el general Salazar celebró tratados con el Sultan, despues de haber castigado á los moros.

El general Alcalá, en 1843, les tomó la isla de Basilan.

En otros combates parciales, nuestra marina de guerra los derrotó en diferentes ocasiones.

Los joloanos, sin embargo, jamas se sometieron ni dejaron su vida de pillaje y merodeo por las costas de Mindanao y Visayas. Algunas veces hasta se atrevieron á llegar al Norte de Luzon, en cuyas playas aún existen castillos que los pangasinanes é ilocanos construyeron para defenderse de las invasiones de los moros. En los montes de di-

chas provincias vense tambien atalayas levantadas para vigilar los mares, á fin de que los pueblos estuvieran prevenidos á rechazarlos, al anunciarles por medio de señales convenidas la aproximacion de las embarcaciones piratas.

Desde 1843 al 48 los joloanos emprendieron frecuentes y atrevidas excursiones por todo el Archipiélago; cautivaron considerable número de personas, destruyeron los campos, incendiaron las casas, cometieron impunemente robos en las naves mercantes, y en todas partes infinitos actos de vandalismo, diezmado las provincias del Sur de Luzon y teniendo á sus habitantes en perpetua agonía.

Tantos desmanes no podian tolerarse.

Era llegado el momento de que España, cuyas banderas han ondeado victoriosas en las cinco partes del mundo, y cuyas glorias admira la generacion actual y causarán asombro á las venideras, pusiera coto á la temeraria arrogancia y al salvajismo feroz de los sectarios de Mahoma.

El ilustre general D. Narciso Clavería, uno de los más enfinentes gobernadores que ha tenido Filipinas, resolvió ir en persona á enfrenar la osadía de los piratas joloanos, para vengar á Visayas de las vejaciones que les habian hecho sufrir.

La noticia corrió por el Archipiélago como chispa eléctrica.

Un grito de gratitud y entusiasmo se alzó del fondo de todos los corazones, porque la guerra era justa y respondia al deseo de los pueblos, estando unánime la opinion en la conveniencia y utilidad de reducir por la fuerza á los que no reconocen otra ley, escarnecen el derecho y violan los pactos más sagrados.

Principiaron en Manila los preparativos para la expedi-

cion; las señoras hacían hilas, los pueblos donativos patrióticos, y se elevaban preces en los templos por el triunfo de nuestras armas y la destrucción de los creyentes del Koran.

Varios indios valerosos, amantes de su patria, se alistaron como voluntarios, ansiosos de compartir con el ejército la gloria de vengar tantos agravios inferidos á sus hermanos.

El primer voluntario que se presentó era hijo de un rico comerciante de Iloilo, jóven de marcial aspecto, llamado Ricardo Tagle.

Este quería saciar con sangre de moros el odio que les profesaba desde el día que cautivaron en la playa de Barili á su prometida Lólen, la hermosa cebuana, hija de don Vicente Tupal.

El matrimonio de ambos jóvenes, concertado de antemano por sus respectivas familias, debía efectuarse poco después del nefasto acontecimiento que Tagle sintió en el alma con tanto dolor como los padres de Lólen.

Días ántes de marchar su prometida á Barili, se despidieron Ricardo y ella con el corazón henchido de amor, abrigando halagadoras ilusiones, dulcísimos ensueños y alegres esperanzas.

Eran los dos ricos y dichosos, se amaban con pasión y tenían fe en el porvenir. Después de permanecer una temporada en Cebú, al lado de la que en breve iba á realizar su mayor ventura, enlazándose á él, Tagle marchó á Iloilo á ocuparse en los preparativos de su boda, juntamente con sus padres, que deseaban verlo unido cuanto ántes á la hija de sus más leales amigos.

Al saber la inicua fechoría de los joloanos, la ira de Ricardo rayó en locura. Ideando los más arriesgados proyectos para salvar á la desdichada jóven, organizó una parti-

da de valientes que se prestaron á seguirle, aunque se podia augurar corrian á una muerte cierta. Entónces supo que el ejército marchaba contra Joló.

Inmediatamente, sin participárselo á sus padres para que no lo estorbasen, fué á Manila, siendo el que primero obtuvo la honra de ser admitido como voluntario, segun dejamos dicho.

Al saberse el hecho en Iloilo, sus paisanos aplaudieron tan heroica determinacion.

La provincia de donde Ricardo era natural es la segunda de Visayas en categoria.

El puerto de Iloilo y su comercio es más importante aún que el de Cebú. La poblacion asciende á 600.000 mil almas.

Existen en la provincia unos 40.000 telares. Son estimadísimos sus delicados tejidos de *piña*, *jusi*, *sinamay*, seda y algodón, especialmente los que fabrican en los pueblos de Jaro y Molo, que no tienen rival en el país.

Los naturales de Iloilo son laboriosos labradores y activos comerciantes. Tienen bien cultivadas sus haciendas, donde se produce azúcar en cantidad muy crecida. También cosechan café, cacao, abacá, tabaco y trigo. El terreno es fértil.

Los extranjeros, europeos y chinos, explotan la riqueza de esta provincia, en la que sostienen un gran comercio.

Siendo gobernador de Iloilo D. Diego Quiñones, sus habitantes, dirigidos por su digno jefe, se cubrieron de gloria rechazando una invasion de los holandeses, quienes el 29 de Setiembre de 1716 les atacaron en número de 500. Don Diego Quiñones, hallándose herido de gravedad, dispuso que le condujeran en una silla de nraño. Los holandeses fueron completamente derrotados, muriendo 80 y quedando heridos 100.



Iloilo es sede episcopal desde 1865, residiendo el Obispo en Jaro.

La provincia se encuentra á 405 leguas de Manila. Como Cebú, Iloilo está llamado á alcanzar inmensa prosperidad.

## V.

El 5 de Febrero de 1848 salió de Manila la expedicion, que á las órdenes del general Clavería iba á combatir contra Joló.

Se componia de 600 hombres de infantería, 50 de artillería con dos piezas de batir, tres vapores de guerra, dos goletas, seis faluas y ocho lanchas cañoneras.

Al fondear frente á Balanguingui los buques que conducian al ejército, dió principio un nutridísimo fuego.

Los moros se defendian como fieras.

El ejército expedicionario desplegaba un valor heroico.

Comenzó el asalto de las *Cottas*, que son reductos fortificados, defendidos por una empalizada rellena de lodo y piedras. Las balas, al chocar contra ese muro, lo refuerzan, quedando empotradas en él.

Los joloanos son valientes y arriesgados.

Hay entre ellos unos fanáticos que denominan *juramentados*, en razon á que juran perder la vida atacando al enemigo, ántes que retroceder; lo cual cumplen con un valor ciego, esperando ser conducidos al paraíso de las hurries, segun la ley de Mahoma, que promete esa gracia á los que mueren peleando contra cristianos.

El ejército, á pesar del valor de los moros, llevaba la mejor parte.

Las *Cottas* de *Sungap* y *Bocotingol* cesaron de hacer fuego.

El cañoneo era horroroso.

La *Cotta Sipac* iba á ser tomada por las tropas.

Viendo los moros que principiaba el asalto, y movidos por sus instintos de barbarie, asesinaban á sus mujeres y á sus hijas para evitar que cayesen prisioneras.

Al notarlo el heroico Clavería, redobló sus esfuerzos; á los pocos instantes ondeaba la bandera española en la *Cotta* de *Sipac*. El valiente general consiguió librar de la muerte á más de 300 mujeres y niños.

Empezó el ataque de todas las fuerzas contra la *Cotta* del Sultan.

Éste no se hallaba á la cabeza de los suyos. Dirémos lo que era de él.

El soberano de Joló fué fiel al juramento hecho á la cautiva cebuana; y aunque intentó repetidas veces decidirla á anticipar el término fijado para unirse á él, no la violentó nunca, aguardando resignado la conclusion de los seis meses convenidos.

Importantes asuntos de otra índole le habian detenido en Selangan. Cuando supo la expedicion que contra Joló disponia el Gobernador general de Filipinas, los preparativos de guerra ocuparon todo su tiempo en union de los *Datos*.

Tenia fé en sus súbditos, y ni por un solo instante creyó fueran ellos los vencidos.

El dia del ataque, comprendiendo que la victoria se declaraba por el ejército, pensó con el corazon despedazado que iba á perder á Lólen para siempre, y que al recobrar su hermosa cautiva la libertad, sería feliz con su amante en Cebú.

Afligido por esta idea, dejó confiada la defensa del pueblo á los *Datos*, y se dirigió impaciente á la casa donde habitaba Lólen.

Al verle las mujeres á cuya guarda la confió, se pusieron de hinojos ante él, derramando lágrimas.

— ¿Qué ocurre? les preguntó.

— Señor, perdon; la Sultana no está, dijeron.

— ¿Dónde ha ido?

— Lo ignoramos.

— Así cumplís mis mandatos? Temblad por vuestra vida.

— Señor, tened compasion de nosotras: el continuo tiroteo que oíamos nos tenía aterradas y no la vimos salir; pero tal vez no esté lejos.

— ¡Ay de vosotras si no la encuentro! Exclamó iracundo, y marchó en seguida en busca de Lólen.

La buscó por todas partes, más su adorada cautiva no parecía por ninguna.

Desesperado, llegó á su *Cotta* sin hallarla.

Vió que los sitiadores seguían combatiendo con ventaja contra los suyos, y que ya aseguraban las escalas para asaltar el fuerte.

En aquel momento otros enemigos les atacaron de pronto por la espalda dentro del mismo reducto.

Eran los cautivos, los cuales habían sido encerrados en ocultas mazmorras al comenzar la lucha.

Admirado de verles en libertad, corrió á las prisiones, que se hallaban próximas, y preguntó, ciego de ira, á los que las custodiaban:

— ¿Quién ha mandado soltar los cautivos?

— Señor.... la Sultana; contestaron, temblando por sus vidas.

— ¿Y dónde está?

— Marchó con ellos á defender la *Cotta*, así que se les proveyó de armas, asegurándonos que obraba por vuestro orden.

El Sultan se alejó de allí enfurecido. Conociendo la traición de la que creía resignada á ser su esposa, corrió á su encuentro para hundir su alfanje en el pecho de la ingrata.

Lólen estaba en medio de los cautivos que se habian parapetado, animándolos á luchar y sosteniendo enhiesta sobre su lanza una bandera española.

Los moros que defendian la *Cotta*, viéndose atacados por los sitiadores de una parte, y de otra por los cautivos, empezaron á desbandarse.

Los más lejanos, al divisar la bandera enemiga en el interior del fuerte, creyeron lo habian tomado los cristianos y huyeron despavoridos.

Aprovechando la ocasion, el ejército dió el asalto: la *Cotta* fué invadida por un peloton de soldados. Algunos adalides moros seguian defendiéndose: otros escapaban. El Sultan los contuvo, y poniéndose á la cabeza de un grupo numeroso, se aproximó á los cautivos, gritando á los suyos:

— ¡Fuego contra esos perros!

Los moros se echaron á la cara los fusiles, pero los bajaron sin disparar, con señales de estupor.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Señor, la Sultana! contestaron los que le rodeaban.

— ¡Alah os confunda! ¡Fuego he dicho! exclamó con voz airada.

Ya no era tiempo.

Los soldados avanzaban rápidamente, casi sin encontrar enemigos.

Los joloanos rodearon al Sultan, aconsejándole que se salvara. Iba á retirarse, pero le detuvo un cuadro que desgarró su alma. La cautiva cebuana estaba abrazada á un oficial del ejército.

Frenético, y rugiendo de furor, corrió el Sultan hácia ellos agitando su alfanje.

Lólen al verlo gritó :

— Defiéndeme del Sultan.

El oficial, seguido de algunos soldados, salió á su encuentro.

— Dejádme al Sultan, dijo á su gente.

Entablóse entre ellos una lucha á muerte.

El soberano de Joló se batia como un leon: la vida de Tagle, que no otro era el oficial, estuvo en inminente peligro.

El recuerdo de que aquel hombre lo habia tenido separado de su amada, le infundió grandes ánimos para luchar con ventaja; así es que, dando de improviso un salto, hirió al Sultan en la cabeza.

Los moros que combatian á su lado, al verle caer desvanecido por el golpe que le asestó su contrario, arrojáronse furiosos contra Tagle.

Éste, peleando como un héroe, los puso en vergonzosa fuga.

El Sultan, entre tanto, habia sido puesto en salvo por algunos moros que lo llevaron en brazos, miéntras otros, para facilitar la salvacion de su señor, sostenian con los soldados un heroico combate, luchando hasta quedar muertos.

Tagle recorrió la Isla en todos sentidos, pero no pudo hallar al Sultan, trasportado por sus súbditos á otra inmediata.

Balanguingui cayó en poder del ejército.

Murieron unos 500 moros; se tomaron 124 cañones, en su mayoría de los que denominan ellos *lantacas*; se arrasaron sus pueblos; 460 embarcaciones de las llamadas *vintas*, *pancos* y *salisipans*, fueron destruidas, y 40.000 árboles talados.

Los muertos por parte del ejército ascendieron á 24.

Los heridos, entre jefes, oficiales y soldados, á 460.

Doscientos cautivos, entre los que había algunos súbditos holandeses, recobraron su libertad.

El general Clavería felicitó calorosamente á la heroína cebuana, condecorándola con la cruz de San Fernando.

Enterado de que era la prometida del valiente voluntario de Iloilo, Ricardo Tagle, quien por su arrojo mereció ser nombrado alférez sobre el campo de batalla, lo ascendió á capitán, recompensando así el comportamiento de uno y otra.

Lólen fué la admiración del ejército. Donde quiera que la veían, frenéticas pruebas de entusiasmo revelaban el afecto que se había conquistado por su heroísmo.

La historia de su cautividad en Joló corrió de boca en boca; ensalzaban su virtud y su constancia, y la felicitaban por haber dominado más en ella el amor á la patria que la ambición del poder con que la brindó el Sultan de Joló al pretenderla por esposa.

Ricardo Tagle estaba ebrio de contento con haber alcanzado la dicha de abrazar á la que tanto amaba, y por la que tanto había sufrido.

Se sentía orgulloso, á la vez, por amar á la que era tan digna de ser amada.

El placer inundó nuevamente sus corazones.

Eran tan felices, que olvidaron sus pasados dolores.

El amor alegra las almas, embellece los lugares sombríos, y hace dichosos á los desgraciados.

Quien no haya sido amado, desconoce la dicha.

## VI.

El Capitan general de Filipinas, D. Narciso Clavería, fué recibido en triunfo por los leales habitantes de la capital al volver de Joló.

El Gobierno de España le premió con el título de Conde de Manila.

Los naturales de las islas quedaron agradecidos, y el honor nacional satisfecho.

Ricardo Tagle consiguió que le destinaran al regimiento destacado en Cebú, donde casó con Lólen, siendo padrino de su boda el Gobernador general.

Don Vicente Tupal y su cónyuge tuvieron la alegría de abrazar á su hija, goce que no creyeron disfrutar más; la felicidad estuvo á punto de quitarles la vida, que tanto mata el exceso de placer como un profundo dolor.

Los padres de Ricardo, para no separarse de él, pasaron á Cebú, donde permanecieron hasta que sus asuntos reclamaron imperiosamente su vuelta á Iloilo.

Los naturales de ambas provincias estaban orgullosos de que pertenecieran á ellas unos jóvenes que en tan alto grado se habian hecho acreedores á la pública estimacion, combatiendo heroicamente á los enemigos de su patria, á los perturbadores de su sosiego, bajo la immaculada bandera de España.

Tres años despues volvió el esposo de la bella cebuana á luchar contra los joloanos.

Aquellos rebeldes moros, repuestos de los daños sufri-

dos, emprendieron otra vez, con una tenacidad digna de mejor causa, su campaña de saqueos, incendios y robos de cautivos en todo Visayas.

El digno general Urbiztondo, marqués de la Solana, marchó á Joló en 1851 al frente del ejército, tomando la capital, importante hecho de armas que dió por resultado la conquista total del Sultanato.

Tagle se distinguió mucho en la campaña, obteniendo en recompensa honrosas condecoraciones.

Al regresar de Joló, supo la triste noticia de la muerte de su padre, por lo que tomó el retiro, para poderse dedicar al cuidado de los bienes que heredó. Su pesar halló consuelo al lado de su esposa, cuyo amor hacía él era cada día más profundo.

Decidieron habitar periódicamente en Cebú ó Iloilo, lo que han ido realizando, sin que fueran á turbar nuevas desgracias la envidiable tranquilidad de su dichosa existencia.

Lólen era designada en Visayas con el título de *Sultana de Joló*, en memoria de que los joloanos la habían considerado como su soberana, cuyo hecho aun se complacen en referir los habitantes de Cebú.

Las gloriosas campañas de los ilustres generales Clavería y Urbiztondo mantuvieron sumisos desde entónces á los moros, sin que repitieran sus vandálicas correrías por las costas del Sur del Archipiélago.

Ligeros combates aislados que tuvieron últimamente con algunos buques de la Armada, originados por la afición á piratear de ciertos *Datos*, ó el deseo, tal vez, de evitar para lo sucesivo la repeticion de los antiguos desmanes de los joloanos, habrán influido para que el general Malcampo, actual Gobernador de Filipinas, creyera llegada la hora



oportuna de emprender una nueva conquista de aquel territorio, yendo á combatir á los moros al frente de la más numerosa expedicion organizada en las Islas, que no bajaría de 12.000 hombres de todas armas, realizando la toma de Joló el 29 de Febrero del año 1876.

La fragata de guerra *Cármen*, las corbetas *Santa Lucia*, *Vencedora* y *Vad-Ras*; las goletas *Filomena* y *Constancia*; los cañoneros *Arayat*, *Samar*, *Joló*, *Paragua*, *Míndoro*, *Prueba*, *Albay*, *Filipinas*, *Mindanao* y *Calamianes*, y el bergantín tambien de guerra *Subic*, formaban una poderosa escuadra en la rada de Joló, que con sus disparos auxiliaba al ejército de tierra. Varios vapores mercantes, entre ellos el *Leon*, de gran porte, y buques de vela llevados á remolque, sirvieron para la conduccion de las tropas y material de guerra.

La victoria no se alcanzó sin sensibles pérdidas, ocasionadas muchas por la falta de agua, pero el arrojo del ejército y los voluntarios peninsulares y filipinos de Zamboanga y de Misamis rayó á grande altura, acreditándose de bravos y sufridos.

Quiera Dios que la preciosa sangre vertida en las arenas de Joló durante la campaña de 1876 sea la última que allí se derrame, y para que de la tan costosa expedicion del general Malcampo obtenga Filipinas los beneficios que se prometeria su autor al realizarla, pues tiempo es ya de que la humanidad prefiera los pacíficos triunfos de la paz á los ruidosos de la guerra, que jamas deben pretenderse sin una necesidad ineludible y suprema, porque llevan consigo el triste privilegio de consumir en un dia la riqueza adquirida por un país durante muchos años, con gravísimo perjuicio de sus intereses y de su material progreso, y con pérdida dolorosísima de sus mejores hijos.



---

# EL VAGO Y EL MATANDÁ.

## I.

Cierta mañana paró un coche á la puerta de una buena casa de la ciudad de Manila.

La persona que lo ocupaba preguntó al apearse.

— ¿Es aquí?

— Sí, señor, respondió el auriga.

— Pues aguárdame, dijo, y entró en la casa.

En el zaguan habia un carruaje de los llamados allí *sipan*. El cochero, con el ligero traje que usan los indios para las faenas domésticas, compuesto solamente de un pantalon hasta las rodillas, se entretenia en quitar el fango de las ruedas, echádoles baldes de agua, miéntras el *sota* limpiaba las cadenas de la lanza.

— ¿Está vuestro amo? Le interrogó el caballero de que hicimos mencion.

— Arriba, señor, contestaron.

Subió una espaciosa escalera de anchos tablones de *nar-*

ra (1), y al llegar á la *caida* (2) halló dos *batas* ó criados, en igual traje que los cocheros, limpiando el suelo con hojas de plátano, que dejan más lustrosas las tablas que untadas de cera. La *caida* estaba adornada con macetas sobre pedestales de loza china.

— Avisad que hay visita, les dijo.

El más joven de los *batas* pasó al recodo que la *caida* formaba, y se le oyó decir:

— Señor, tiene *castila* (3).

— Que pase, contestó uno.

Al fijarse el que iba de visita en el raro atavío del dueño de la casa, tuvo que hacer poderosos esfuerzos para no reirse en su presencia.

Era aquel un señor ya de edad, grueso y de baja estatura. Estaba vestido de chino, con una ancha blusa transparente como el cristal, sentado en un sillón de caña, la cabeza hundida en el fondo, los piés en alto sobre los brazos del sillón y calzado con chinelas de paja. En la boca tenía un largo cigarro puro: en la mano derecha un *rascador* de caña y en la izquierda el *Diario de Manila*.

En una mesita inmediata humeaba un *pebete* en su correspondiente *pebetera* de metal. Sobre la misma mesa había varios descomunales *paipais* (4).

Se incorporó trabajosamente al entrar el caballero, y terminados los cumplidos de ordenanza, le entregó á aquel una carta.

Así que la leyó, dijo:

(1) Especie de caoba rojiza.

(2) Ancho y ventilado departamento que sirve de antesala.

(3) Español. Así llaman los indios á los blancos.

(4) Hoja de la palmera llamada *buri*, que sirve de abanico.

— Perfectamente, amigo mio. Viene V. recomendado por una persona á quien estimo mucho: desde este momento puede disponer de mí con entera confianza.

— Mil gracias.

— No; no vaya V. á creer que son cumplidos. Esta casa está á su disposicion: puede V. venir á comer cuando guste, y á pasar el rato. Si necesita dinero ó cualquier otra cosa, dígamelo, que será servido. ¿Y hace mucho que llegó V.?

— Treinta horas.

— Lo mismo que yo, exclamó riendo.

— ¡Cómo!

— Sí, con la sola diferencia que en vez de horas son años.

— ¡Treinta años de país!

— Méenos algunas horas. Mañana los hace.

— ¡Qué atrocidad! Dijo su interlocuter expresando con esa exclamacion vulgar su profunda extrañeza.

— ¿Se admira V.? Ya verá como en tomando gusto al país le sucede otro tanto. Aquí pasa el tiempo sin darse uno cuenta de ello. Cuando ménos lo piensa, nota que llegó á Manila poco despues que Legaspi.

— De mí, aseguro que será lo contrario.

— Eso lo dice V. porque es *vago*.

— ¡Caballero!

— No se alarme. Aquí con la palabra *vago*, que significa nuevo, se denomina al recién llegado al país.

— ¡Pero si este país es infernal!

— Eso decimos todos al principio, mas luégo se varía de opinion, y cuantos marchan á Europa y pueden volverse lo hacen.

— Pues no lo entiendo.

— Ya lo comprenderá V. ¿Y qué tal el viaje?

— Muy largo: hemos tardado cuarenta días.

— ¡Y le llama V. largo! ¿Qué le parece entonces el mio que duró seis meses?

— No vendría V. por el istmo de Suez.

— Vine por el cabo de Buena Esperanza, en un buque de vela. ¡Aquellos sí que eran viajes y no los de ahora! Fíjese V., tener que estar viendo seis meses las mismas caras, comiendo alimentos salados, galleta en vez de pan muchos días, conservas en lata á todo pasto, y agua sin hielo. ¡Y el mar! Había veces que se declaraba calma chicha: en quince días no adelantábamos una pulgada: aquello era insoportable: el mar parecía un lago de plata: no soplaban la más ligera brisa, y en puntos como la Línea, donde son seguras esas calmas, nos abrasaba el calor. Al pasar el cabo, sucedía lo contrario. Rugía el viento huracanado, montañas elevadísimas de agua amenazaban tragarnos, el balance del buque no dejaba cosa en su lugar, no podía cocinarse, saltaban las velas hechas jirones, destrozaban la obra muerta inmensas oleadas que convertían la cubierta del buque en un río, su tripulación era insuficiente para acudir á todo, teníamos los pasajeros que picar las bombas, ayudarles en sus maniobras, tiritando de frío, que en el invierno á la altura de 38 grados á que pasamos el cabo, temimos helarnos, trascurriendo semanas enteras sin ver el sol. ¡Ciento ochenta y cuatro días embarcados! Cuando despues de meses enteros divisábamos tierra á lo léjos ó pasaba frente al nuestro otro buque, sentíamos indecible gozo. El telégrafo de banderas nos enteraba á dónde se dirigia aquel buque, su tiempo de navegacion, el estado de salud á bordo y la latitud á que se encontraba. Cuando se perdía á lo léjos, nuestra alma se

entristecía. Hasta la vista de los peces voladores, la pesca de un tiburón ó tonina, el encuentro de alguna ballena, la infinita variedad de petrelos, pájaros acuáticos que abundan en determinados puntos, nos llenaba de febril gozo, siendo esas las únicas novedades que interrumpían la pesada monotonía de nuestra existencia. A esto y á los peligros de tan larga navegacion, hay que agregar las inconveniencias de algunos pasajeros, pudiendo asegurarse que en ninguna expedicion dejaron de ocurrir altercados y desafíos á bordo, que solian aplazarse hasta llegar á Manila, si bien al poner el pié en tierra todo se olvidaba. ¡Y se queja V. de su viaje en vapor, con mil comodidades de que en mi época carecíamos, empleando sólo cuarenta dias!

— Tiene V. razon, mas me permitirá le haga observar que entónces cobraban los empleados toda su paga durante el viaje, miétras que ahora solamente percibimos el exíguo sueldo de la Península.

— Es cierto. Esa era nuestra única ventaja, no pequeña en verdad. Por poco sueldo que un empleado trajera, venía á percibir, al liquidarle sus pagas de navegacion, unos ochocientos ó mil pesos, lo cual le ponía en disposicion de hacerse ropa adecuada á este clima, poner casa ó comprar coche, y hasta girar algo á la familia. Es verdaderamente sensible que en la actualidad no gocen idéntico beneficio los funcionarios que vienen á este lejano país, máxime siendo tan breve la travesía.

Un criado apareció llevando dos copas en una bandeja de maque, cerveza y tabacos.

— Fúmesse V. uno de estos tabacos que son de la Isabela, y acompáñeme á tomar una copa de cerveza, dijo el dueño de la casa.

— Como V. guste.

— ¿Conque viene V. empleado?

— Si señor, con 7000 pesetas, en Impuestos.

— No es mucho, pero puede vivirse.

— El sueldo, como V. sabrá, es lo de ménos. Lo importante, segun me dijeron, son las obvenciones del destino.

— ¡Las obvenciones! Pues si no tuviera V. otra cosa para comer, ya podia solicitar una plaza en el Hospicio.

— ¡Como! Si no fuera por ellas no habria venido con tan poco sueldo.

— ¿Pero qué obvenciones son ésas?

— Lo ignoro. En Madrid supe que aquí el sueldo se gasta en palillos para los dientes; que lo esencial es lo que produce el destino.

— Pues es un error: viene V. engañado. Aquí no tiene más que lo que reza su credencial: el sueldo solo, y con él ha de cubrir todas sus atenciones. En las oficinas en vez de obvenciones, hay muchos expedientes que despachar, como pronto lo verá por sí mismo.

— Pero si me dijeron en España...

— Lo creo: tambien á mí me lo dijeron, y sin embargo, jamas he tenido otra obvencion que mi sueldo, ni existen, créamelo usted. No hace mucho que un empleado de Aduanas tuvo la original pretension de que le correspondia una parte de los derechos que se recaudan para el Estado, y á poco pone pleito contra la Administracion, porque en vez de abonárselos se rieron de él. Y se fundaba en lo que usted, en que se lo habian dicho en España. Jauja, amigo mio, es una ciudad ideal: el que haya creido que está en Filipinas, se equivoca.

— ¡Cómo ha de ser! Ya no hay otro remedio que resignarse.

— Es lo mejor.



— Con el permiso de V., le dejo.

— ¡ Tan pronto !

— Sí, tengo varias cosillas que hacer.

— Pues lo dicho: Joaquín Alvaredo, y mándeme cuanto le plazca.

— Gracias. Genaro Fonseca, servidor de usted.

— Mañana lo espero para presentarle á mi familia, pues hoy no está en casa. Véngase temprano, que vamos de expedición, y tendremos mucho gusto en que nos acompañe.

— No faltaré.

— Pues hasta mañana.

— Beso á V. la mano.

## II.

A las siete de la mañana siguiente, D. Genaro Fonseca entraba en casa de D. Joaquín Alvaredo.

Apénas éste lo divisó, dijo:

— Lo esperamos á V. con el desayuno en la mesa.

Pasaron al comedor, donde fué presentado á su familia y á otras varias personas que les acompañaban.

— Esta es mi esposa, esa mi hija *Nena*, y aquella otra mi hija *Chata*, decía Alvaredo señalándoselas.

*Nena* y *Chata*, con cuyos nombres designan en Manila á la mayor y á la más bella de las hijas, eran jóvenes muy lindas, de diez y ocho años la primera y quince la segunda.

— Aquí, franqueza, amigo Fonseca; siéntese y tome el desayuno, agregó Alvaredo.

El chocolate estaba servido; la mesa aparecía cubierta de ensaimadas, bizcochos, y de varios platos conteniendo *poto*

encarnado y blanco, *zuman-latic* y *bibimca*, que son pastas hechas de arroz, con que los filipinos toman el chocolate.

— ¿Ha probado V. el *poto*? preguntó Nena á Fonseca.

— Más le gustará el *zuman*, dijo Chata.

— Que pruebe de todo, gritó Alvaredo. Es necesario que se vaya acostumbrando á las comidas del país.

Fonseca probó el *zuman*, la *bibimca* y el *poto*, pero hizo un gesto de desagrado, manifestando que prefería las ensaimadas.

— No lo extraño; ya le gustará más adelante: yo, como soy *matandá* en Filipinas, estoy acostumbrado á todo.

— ¿Qué quiere decir *matandá*?

— *Matandá*, amigo mio, significa viejo, antiguo en el país.

Terminado el desayuno, subieron á los carruajes, de antemano dispuestos, dirigiéndose á Pandacan, risueño pueblo á dos kilómetros de Manila.

— Primero nos bañamos, decía Alvaredo á Fonseca; comemos *mangas*, que saben muy bien en el baño, y despues á bailar y divertirse, que es preciso celebrar el trigésimo aniversario de mi llegada á las Islas.

El programa se cumplió exactamente. Llegados á una bonita casa de piedra, cubierta de zinc, próxima á un *estero* ó canal, las damas se bañaron, sin olvidar ponerse *gogo*, planta que arroja una espuma como jabon y limpia el cabello admirablemente. Los caballeros se refrescaron á *tabos*, baño de impresion más usual que el de tina. A continuación dió principio el baile.

El personal masculino se componia de empleados, militares y parientes de las expedicionarias, todos jóvenes y alegres. De ellas habia una docena de encantadoras polli-

tas, españolas manileñas, á cual más agraciada. Por capricho habian acordado vestir el airoso traje de mestiza, que lucian con singular donaire. Para que se les secara el cabello lo llevaban suelto, luciendo hermosísimas cabelleras.

Los caballeros tuvieron que ponerse camisas de *piña* de vivos colores, por fuera del pantalon, al uso del país. A Fouseca tambien le hicieron vestirse de mestizo. Bailaron sin descansar toda la mañana á los acordes de una orquesta de músicos indios, quienes tocaban magistralmente.

A las doce suspendieron su predilecto placer para ir á recuperar las fuerzas perdidas. La mesa, donde habia treinta cubiertos, era de una sola pieza de hermosa *narra*, de que abundan bastantes ejemplares en el Archipiélago. Sobresalia entre los demas platos la *morisqueta*, ó sea arroz cocido con agua, arroz blanquísimo, que áun los hijos de españoles prefieren al pan en sus comidas.

En Filipinas es costumbre poner en la mesa á la vez todos los platos de que se compone la comida, desde el primero al último, cosa que extrañaba á Fouseca.

— ¿Tomará V. morisqueta? le preguntaron varias jóvenes.

— Lo haré, pero no creo que me sepa bien; debe ser insípida.

— Mézelela V. con la comida y póngale salsa.

— No me gusta; prefiero el pan, manifestó al probarla.

— Ya se irá acostumbrando, amigo mio; áun es V. *vago*, le dijo Alvaredo.

— Me parece que no.

— Así decia yo, y hace mucho tiempo que la vengo comiendo con preferencia al pan. ¡Si conociera cuán con-

veniente es para los que carecen de muelas! Cuando V. se *aplatane* ha de mascar *buyo* (1).

— ¡ Hombre, calle V. por Dios! El *buyo* es lo más repugnante que existe, exclamó Fonseca, que por poco cambia la peseta.

— No es agradable á la vista, convenido; pero fortifica el estómago y afirma las encías. Las indias aseadas se limpian los dientes con la corteza de la *bonga*, y por eso los tienen tan blancos.

— El *buyo* sí que apuesto la cabeza que nunca lo mascaré.

— Eso mismo dije yo, y lo he mascado. Amiguito, tomará V. más adelante hasta la *sapa* (2).

— Se chancea V., D. Joaquin.

— Ya me lo contará cuando principie á enamorar indias. Es un fenómeno admirable, digno de estudio, pero positivo, que, no siendo hermosas ni coquetas, han *chiflado* á más de un *castila*.

— No serian de mi tierra.

— Usted conserva aún la sangre de España; deje que se le vuelva horchata, y me lo dirá.

— ¿Quieres que te sirva de esto, *niña* Chata? dijo una señora mayor á la hija de Alvaredo.

— *Usted cuidado*, contestó ella.

(1) Betel. Especie de enredadera de hojas grandes; untadas éstas de cal, las enrollan colocando en el centro un pedazo del fruto de la palma llamada *bonga*. El *buyo* lo mascan los indios á todas horas.

(2) Residuo de la *bonga* despues de masticada. Las indias lo ofrecen á sus amantes para que lo mastiquen á su vez en prueba de cariño.

— Hé ahí dos cosas que me chocan, exclamó Fonseca. Oigo llamar *niño Quicoy* á un señor que tiene setenta años, *niña* Carmen á otra anciana, y *usted cuidado* á todas horas. ¿Tienen la bondad de explicarme lo que significa?

— Con mucho gusto. *Niño* lo decimos familiarmente, en señal de cariño, por ser costumbre inveterada en el país. *Usted cuidado* es una frase admirable, que lo mismo se expresa con ella asentimiento que amenaza, indiferencia que recomendacion del cumplimiento de algun encargo, *et sic de ceteris*.

— En verdad que es elocuente.

— Ya irá conociendo otras locuciones que han de llamar su atencion.

— ¿Y le gusta á V. el país?

— Voy á serle franco. En este momento, gozando de la agradable compañía de ustedes, con la inapreciable franqueza que me tratan y la amabilidad de estas hermosas pollitas, comprendo que se pase bien; pero si hubiera de juzgar por ciertos inconvenientes que el país tiene, la vida aquí es detestable.

— A ver, cuéntenos eso, dijo Alvaredo, que gozaba, como *matandá*, en recordar sus impresiones de cuando era *vago*, y deseaba á la vez ir ilustrando á su recomendado respecto á determinadas particularidades que á todo recién llegado causan gran extrañeza en Filipinas.

— En primer término, contestó Fonseca, cuentan que aquí hace estragos la disentería.

— No es exacto. Durante mi dilatada permanencia en el país he tenido ocasion de experimentar lo que voy á decirle. La disentería suele atacar solamente á los que no tienen buen régimen higiénico, á los que cometen grandes excesos de todo género, y á muy contadas personas que

tengan propension á esa enfermedad. Así y todo, son poco frecuentes los casos que se presentan, existiendo un remedio salvador para su curacion, que es marchar á Europa con tiempo, porque de lo contrario son rarísimos los que sanan.

— Dicen tambien que todos los años se sufren vendavales horrendos, llamados *báguios*.

— Es cierto. Causan gran estrago á menudo en mar y tierra, pero limpian la atmósfera, evitando muchas enfermedades. Por ellos es tan saludable el clima de Filipinas, de manera que sus perjuicios resultan ventajosamente compensados.

— ¿Y los incendios que en un instante hacen desaparecer pueblos enteros?

— Ocurren en los *bahais* de *nipa* (1) generalmente. Los indígenas las construyen otra vez á las dos semanas con poco coste; se hacen mejores trazados de calles al edificar las nuevas viviendas, ó las levantan de mampostería, y por consiguiente los incendios son hasta cierto punto beneficiosos, porque gana con ellos el ornato público.

— ¿Y esas *collas* durante las cuales llueve torrencialmente meses enteros, le parecen á V. divertidas?

— No mucho; pero son convenientes á los campos y refrescan la temperatura, cosa grata aquí, donde el verano es constante. Además, hay contra ellas el recurso de los coches. ¿Quién en Filipinas no tiene siempre un peso en el bolsillo para estos contratiempos?

— Los mosquitos me desesperan.

— Ponga mosquitero al catre y no le molestarán.

---

(1) *Bahai*, que se pronuncia *bajai*, significa en tagalo casa.

— El calor me sofoca.

— Porque aún no se ha hecho V. á la vida del país. En Filipinas no se debe salir á las horas de sol como no sea en coche : sostenerlo cuesta poco. Se está en casa vestido de chino , que es el traje más fresco; se baña uno todos los días; no se deja el *paipai* de la mano , y se recuesta uno cómodamente en la butaca. Como nunca dejan de correr brisas frescas y las casas son grandes y ventiladas , se siente poco el calor.

— ¿ Y el sarpullido ?

— Para evitarlo conviene no excederse en comer la rica fruta llamada *manga* ; desaparece bañándose al aire libre en los aguaceros fuertes , y en último término existe el recurso del rascador de caña , que habrá visto en casa.

— ¿ Y eso de que los criados entienden todas las cosas al revés ?

— Aprenda á hablarles en el idioma *sui generis* , que llamamos aquí *español de cocina* , repitiéndoles tres veces la misma cosa. Verá V. cómo lo entienden.

— Pero se necesita la paciencia de Job.

— Cuando se *aplatane* la tendrá. Aquí es indispensable tomar las cosas con mucha calma y no alterarse por nada. Imite V. al indio , que es el sér más paciente que se ha conocido.

Gozaban las jóvenes con los apuros del *vago* y con las explicaciones del *matandá* , más como hacía rato que habían terminado de tomar café , *niña Chata* dijo á Fonseca :

— Vaya , basta de preguntas y vamos á bailar. Recuerdo á V. que le tengo prometido bailar con V. una habanera.

— ¡ A bailar , á bailar ! gritaron todas levantándose.

En aquel momento la casa principió á mecerse ; los gritos de alegría se tornaron en ayes de terror , y volviéronse

pálidos todos los rostros. Bajaron precipitadamente al zaguán; resguardados debajo de los arcos de las puertas, tartamudeaban una oración que les era imposible terminar, temiendo á cada momento ver desplomarse la casa sobre sus cabezas. Los músicos y sirvientes indios, tendidos boca abajo en el suelo, no hallaban otra frase que gritar: ¡Temblo! ¡Temblo! El *matandá* era el que más asustado estaba. Sólo Fonseca, que bajó pausadamente la escalera, mostraba tranquilidad y se reía de Alvaredo, como si fuese ajeno al peligro que tanto demostraban temer los demás.

Fonseca gritaba, dirigiéndose á Alvaredo:

— ¿No decía V. que todos los fenómenos de este país son convenientes? ¿Y los temblores?

### III.

El temblor duraría unos cuarenta segundos, terminando sin causar desgracias, por haber sido de oscilación, aunque fuerte.

Tranquilizados los ánimos, dijo Alvaredo á Fonseca, viéndole reír:

— Usted, jóven, no sabe lo que son temblores, ni conoce aún sus fatales consecuencias. Los temblores son la mayor calamidad que aflige al país. En un principio tampoco yo los temía; muchas veces, al despertarme un temblor, me volvía del otro lado, quedando en breve dormido, sin tomarme la molestia, como ahora, de huir apenas veo que se mueve una lámpara. En la actualidad, cuando hay alguno, los pelos se me ponen de punta, tiemblo como un azogado, la respiración se me corta, pierdo el habla, y mientras



dura estoy en una agonía cruel. Esto me sucede desde el desastroso terremoto ocurrido el 3 de Junio de 1863. Jamas se borraré ese día de la memoria de cuantos sobrevivieron en Manila á tan espantosa catástrofe. Todavía los derrumbados edificios patentizan lo monstruoso de aquel terremoto, quellenó á Manila de luto, arruinándola para muchos años. Al recuerdo de ese siniestro, todo mi sér se conmueve. He ahí la causa de mi terror de hace un momento.

—Efectivamente, observó Fonseca, que he visto ruinas en varios sitios de la capital; ignoraba el motivo. Desearia mucho conocer los detalles del terremoto de 1863.

—Pues voy á satisfacer su curiosidad, porque, testigo del desastre, recuerdo, como si hubiese acaecido ayer, todas sus circunstancias. Escuchad. Eran las siete y veinte y cinco minutos de la noche de aquel nefasto día. Se oyó un imponente ruido subterráneo, é inmediatamente tembló la tierra, desplomándose, con pavoroso estruendo, muchos edificios.

Al fuerte movimiento oscilatorio que hubo, siguióse otro de trepidacion y algunos circulares, ocasionando la caída de las casas resentidas en la primera conmocion. Las restantes quedaron en inminente ruina. Una especie de llamada se elevó de la ciudad, mezclada con una columna de polvo. Las aguas del Pásig se alteraron, adquiriendo marcado color plumizo. La tierra se abrió en varios puntos. Las campanas de todas las iglesias sonaron lúgubremete por sí solas, extinguiéndose de pronto el eco de algunas al hundirse con las torres que las sostenian. Un grito estentóreo, lanzado por toda una populosa poblacion, atronó el espacio; grito de agonía en las víctimas, de angustia en sus parientes, de terror pánico en los demas. La confusion fué tremenda. No era posible estar sereno en los prime-

ros momentos que sucedieron al terrorífico cataclismo.

El cuadro que Manila ofreció más tarde, no es posible describirlo, que en vano buscaria frases que lo bosquejaran siquiera con aproximado parecido. La catedral se habia hundido, sepultando entre sus escombros á los canónigos, capellanes, cantores y personas que la ocupaban, por estarse celebrando las vísperas del Córpus. Solamente pudieron salvarse, por dichosa casualidad, unos pocos que quedaron en un hueco formado por los maderos de la techumbre, de donde se les extrajo. Los mejores edificios de Manila se desplomaron, entre ellos el palacio del Capitan general, las Casas Consistoriales, la Intendencia, la Aduana, la Audiencia, las Fábricas de tabaco, el Consejo de Administracion, las iglesias de Santo Domingo, San Francisco, San Juan de Dios, Quiapo, Santa Cruz y Recoletos; los cuarteles del Carenero, Meisic y Fortin; el Hospital militar, el mercado de la Divisoria, la cárcel pública y muchos otros, quedando inhabitables el Tribunal de Comercio, el convento de Dominicos, y los colegios de San José, Santa Catalina y Santa Rosa. El convento de San Agustín solamente, construido por un sobrino de Herrera, el arquitecto del Escorial, quedó en pié.

El puente de piedra se resintió mucho. Los muertos pasaron de 300; igual número próximamente hubo de heridos. La guarnicion tuvo 45 muertos, 88 heridos y 41 contusos. Cuarenta y seis edificios del Estado se desplomaron, quedando 25 más en inminente ruina.

Los de particulares ascendieron á 570 y 530 respectivamente.

Tanto las pérdidas que el Erario sufrió, como las de los propietarios de Manila, fueron incalculables. Actualmente aún son un monton de ruinas casi todos los edificios públi-

cos que el terremoto hizo desplomarse. Los aterrados moradores de Manila abandonaron la ciudad, trasladándose á las casas de tabla y nipa de los pueblecitos inmediatos. Nosotros fuimos á vivir á Malate. Esas casas, tan baratas de ordinario, adquirieron elevadísimo precio, por la aglomeracion de personas que acudian á alquilarlas. Cinco dias despues hubo un temblor que destruyó los edificios que quedaron amenazando ruina al ocurrir el memorablemente aciago del 3 de Junio. En mucho tiempo la vida fué un tormento continuo para los habitantes de Manila. Todas las noches se soñaba con temblores. Desde entónces, cuantos libraron de segura muerte aquel dia temen más un temblor que todas las calamidades juntas.

—¿Y duró mucho el terremoto?

—Medio minuto; si se prolonga más desaparece la ciudad por completo. ¡Qué escenas de horror, amigo Fonseca! Aún me parece oír las voces de agonía de los infelices emparedados entre los escombros, que pedían agua por el amor de Dios é imploraban se les sacara de aquella tumba, sin que se pudiera hacer nada por ellos, pues el menor movimiento de los escombros les habria anticipado la muerte.

—¿Y son frecuentes esos terremotos?

—Los principales que la historia de este país registra, ocurrieron en 1600, 1645, 1658, 1754, 1824 y 1852. Con frecuencia se sienten temblores, que, segun ha visto V. por el que acaba de pasar, solamente ocasionan un buen susto. Al conocerse en la madre patria los enormes daños causados por el terremoto de 1863, se abrió una suscripcion en la Península y en las Antillas, para socorrer á los perjudicados, suscribiéndose el Tesoro público por dos millones de pesos. El temblor más largo conocido tuvo lugar el 1.º

de Octubre de 1869. Duró dos minutos, pero fué de oscilacion y no produjo desgracias. Aseguro á V. que los tales temblores me quitan muchas veces el sueño. Los detesto con toda mi alma.

—Alvaredo, es necesario volver á Manila, por si ha ocurrido algo en casa, dijo una señora.

—Cuando ustedes gusten, contestó.

Dispúsose todo al momento. La alegre caravana, que tan delicioso rato habia pasado en Pandacan, volvió triste á Manila, recordando los horrores del 3 de Junio de 1863, y temerosa de nuevas desdichas. Al llegar se supo que el temblor no habia ocasionado daño alguno.

—Señor de Fonseca, dijo Alvaredo, confiamos que nos vendrá á ver con frecuencia.

—Tendré especial gusto en ello.

—Si quiere V. quedarse á cenar, no se vaya; pero le advierto que en el cenar soy sobrio. Por las noches convienen alimentos de fácil digestion. Yo no tomo otra cosa que *tinola* con morisqueta, y huevos pasados por agua. A veces suelo alternar con *puspás* y *basa-basa*, que son todos ellos guisos excelentes para mantener ligero el estómago. ¿Se anima V.?

—No, señor; lo agradezco en extremo. Me retiro, que siento necesidad de descanso.

—Mucho cuidado con las indias, indicó Chata.

—Despues de haber conocido á V., han de parecerme feas las indias más hermosas.

—¡Qué lisonjero es V.!

—Soy justo.

Los expedicionarios se despidieron unos de otros. Cuando Fonseca iba por la calle, oyó á Alvaredo que le gritaba:

—Duerma V. siempre vestido y con luz en el dormitorio.

rio. Si hay temblor, bájese al entresuelo. Es V. *vago* y conviene que lo sepa.

— Gracias : así lo haré.

Vamos, decia entre sí, miéntras iba camino de la fonda ; este *matandá* es una ganga y tiene dos hijas que bien merecen la pena de sufrir su cháchara. No ha sido mala recomendacion. Lo visitaré con frecuencia. *Niña Chata* me gusta mucho. ¡ Estaba tan linda vestida de mestiza , con el cabello destrenzado ! No he visto jamas una cabellera semejante. ¡ Y qué bien baila ! Vaya, pensaré en otra cosa, no sea que me *chifle* por ella.

La peregrina imágen de Chata perseguia á Fonseca.

Tal vez se habria enamorado de la hermosa filipina.

#### IV.

En la misma fonda donde Fonseca estaba, habia un militar apellidado Gomez, con quien contrajo amistad.

Acostumbraban salir juntos á recorrer la ciudad y sus arrabales, sirviéndole su amigo de *cicerone*.

Una tarde que iban los dos de paseo , Gomez decia á su compañero :

— Esta noche nos aguarda un buen rato de solaz.

— ¿ Por qué ?

— Porque se celebra la fiesta de Santa-Cruz.

— ¿ Y qué clase de fiesta es ?

— Animadísima, deleitable, como todas las de Filipinas.

Aquí, donde no se conocen las luchas de la política, no hay otro pensamiento que divertirse. Los indios gastan cuanto ganan en funciones de iglesia, en fiestas y en juegos.

Nace uno; bautizo con campanas al vuelo, música y banquete en la casa. Se realiza un casamiento; campaneo continuo, la iglesia iluminada, cubierta de colgaduras, y la mesa servida á todas horas con abundancia. Muere cualquiera; entierro de primera clase, tres curas para acompañar el cadáver desde la casa mortuoria á la iglesia y de ésta al cementerio, túmulo, responsos, un novenario de rezo y despues el *pamisan*, dia en que despues de la misa se bebe, come, baila y juega, todo en honor del difunto. Al celebrarse la fiesta del patron de un pueblo, como ahora verás en la de Santa-Cruz, no hay casa, por pequeña que sea, en que deje de haber una gran cena, vinos, dulces, música y baile para cuantos quieran subir á ella. Los *principales* contribuyen con las cantidades necesarias para costear un castillo de fuegos artificiales, sin lo cual ninguna fiesta les agrada. Elevan millones de cohetes y multitud de enormes globos de papel vegetal, haciendo las delicias del innumerable gentío que acude á recrearse en ese espectáculo. Ya verás como bailamos y nos divertimos grandemente.

. — ¿Pero conoces á las personas que dan esos bailes?

— No es necesario. En las fiestas de los pueblos, su rumboso vecindario recibe gustoso en sus casas á cuantos quieran honrarles subiendo á ellas. La amabilidad de los filipinos es proverbial. Gozan con que los concurrentes á sus bailes salgan complacidos, les importunan materialmente para que tomen algo, pues lo contrario lo creen un desaire; usan de una esplendidez que admira, y son finos, deferentes, obsequiosos y galantes con los peninsulares que les visitan el dia de la fiesta de su pueblo; aunque no les conozcan, ni hayan sido presentados por nadie, ni esperen volverles á ver en la vida.

— Es una cualidad que les hace simpáticos á mis ojos.

— Y tanto: las poseen muy excelentes.

Miéntras así hablaban llegaron á Santa Cruz.

En cada boca-calle se elevaba un arco monumental, caprichosamente adornado. Todas las casas estaban con colgaduras y banderas: los balcones llenos de gente. Transítaba por las calles un gentío inmenso, é infinidad de músicas las recorrían tocando alegres marchas. Las campanas al vuelo hacían oír su metálico sonido.

Los carruajes apénas si podían avanzar: en muchos puntos estaba prohibido su paso.

Gomez y Fonseca bajaron del *sípan* en que iban.

— Entremos en esta casa, que oigo música, dijo aquél.

— A mí me parece eso inconveniente, objetó su compañero.

— Nada temas. Verás un pueblo de costumbres patriarcales.

Así que los dueños de la casa les vieron, se apresuraron á hacerles pasar á la sala, invitándolos á tomar asiento. La sala estaba llena de airosas *dalagas* y de *bagontaos* (1), luciendo vistosos trajes.

Algunos de éstos acompañaban con guitarras á varias indias que estaban tocando el arpa.

El arpa es un instrumento muy generalizado entre los indígenas filipinos, que lo tocan admirablemente.

Otras *dalagas* entonaban alegres canciones en tagalo, luciendo muy buenas voces.

Al terminar ellas, un indio empezó á cantar el *cundi-man*, mezclando coplas en *español de cocina*, con las tagalas de esa popular canción.

---

(1) Jóvenes solteras y solteros.

Algunas de las coplas decían así :

Cundíman, cundíman,  
Cundíman si jele,  
Mas que está dormido  
Ta soñá con ele.

Desde que vos cara,  
Yo ta mirá,  
Aquel morisqueta  
No puede tragá.

Cundíman, cundíman,  
Cundíman, cundáman,  
*Mamatay*, me muero,  
*Sacamay mo lámang.*

La música del *cundíman* es melancólica.

Concluida la canción, algunos sirvientes pusieron ante Gomez y Fonseca una mesita con dos pocillos de chocolate y gran variedad de pastas.

— Nos es imposible tomar chocolate, dijeron, porque acabamos de comer.

— No importa, señores, replicó el dueño de la casa : eso se toma sin gana.

— No, no podemos. Nos dispensará V., pero en este momento nos haría daño.

— Pues tomen ustedes sorbetes : yo no puedo consentir que salgan de mi casa sin haber tomado alguna cosa.

— Bien, para complacer á V., tomaremos los helados. Sirviéronselos, saliendo á poco de la casa.

Diez pasos más arriba dijo Gomez :

— Subamos á esta casa y verás el *balitáo*.

— ¿Qué es?

— Un baile de Mindanao y Visayas.

El *balitáo* es gracioso : los indios lo bailan cantando co-



plas al compas de la música. A Fonseca le gustó mucho. También allí les hicieron tomar cerveza helada, única cosa que aceptaron. La mesa estaba cubierta de fiambres, dulces y vinos.

Por la noche en todas las casas, en los arcos, en la torre de la iglesia y hasta en los árboles, había profusa iluminación de vasos de colores, globos de papel y faroles chinoscos. La alegría era general; inexplicables la animación y el bullicio.

Terminada la procesion, que tanto distrae á los indios, principiaron los bailes en multitud de casas. Gomez y Fonseca subieron á várias de ellas. En todas reinaba grandísima animación: se bailaba sin descanso: los helados, dulces y caldos circulaban con profusion, para las señoras. Para los caballeros había riquísimos cigarros puros, ponches y cerveza. Las mesas cubiertas de pavos, jamones, asados de todas clases, frutas y dulces. Cada uno tomaba lo que queria, sin que nadie objetase lo más mínimo, ántes al contrario, apresurándose ciento á servirles. A la hora del *buffet*, la mesa se cubrió seis veces: el *menu* era exquisito, abundante y variado. Los vinos, inmejorables.

Los bailes concluyeron al amanecer. La velada fué deliciosa. Fonseca salió encantado de costumbres tan dignas de encomio, principiando á conocer que la vida en Filipinas tiene tambien sus encantos.

Esta clase de fiestas ocurren allí casi diariamente, pues cada uno de los muchos pueblecitos limítrofes celebra la suya en distinto dia, de modo que una buena parte del año se pasa en romerías y bailes.

Las fiestas más notables en la capital son la Naval de Binondo, la de Santa Cruz, y las de Quiapo y San Sebas-

tian. En estas dos últimas hay feria por muchos días. Todas terminan con la fastuosidad que dejamos indicada.

A los indígenas filipinos les preocupa poco el mañana. Teniendo ellos para las necesidades del día, que cubren á poca costa, por ser muy sobrios en sus comidas, lo demás les tiene sin cuidado. Por esta causa jamás reparan en gastar en un día, el de la fiesta del patron, por ejemplo, cuanto han ganado en un año. Si no tienen dinero, lo buscan, hipotecando sus tierras ó empeñando sus alhajas: todo, ménos no ser espléndidos con sus convidados el día en que los demás vecinos echan la casa por la ventana, como vulgarmente se dice.

## V.

Pasados algunos días, Fonseca fué á visitar á Alvarado, á quien una india núbil estaba haciendo el *mata-mata* (1).

— Dichosos los ojos que ven á V., exclamó éste mientras le estrechaba afectuosamente la mano.

— Bien se conoce que le va gustando el país cuando tan ocupado anda, agregó Nena.

— Callen ustedes, por Dios: si creo que van á volverme loco.

— ¿Pues qué ocurre?

— Que he dejado la fonda y ahora estoy convertido en ama de llaves.

— ¿Conque ha andado V. con el *casancapan* á vueltas?

---

(1) Operacion que se practica oprimiendo con la uña del dedo pulgar la raíz del cabello.

— ¿Qué es el *casancapan*?

— Los trastos, hombre: ¿no se ha mudado V.?

— Sí, señor; como las fondas son caras y se está mal en ellas, me aconsejaron que pusiera casa para vivir por mi cuenta. Yo acepté el consejo con doble motivo, pues un capitán que vivía conmigo, se ha marchado con su regimiento á Mindanao. Indudablemente se goza de más independencia y desahogo, pero yo no tengo carácter para lidiar con los sirvientes indios.

— A ver, á ver, cuente V., que será curioso.

— Alquilé un entresuelo de dos piezas por doce pesos al mes, que me parece caro, pues ni tiene cocina; ni baño, ni ninguna otra dependencia.

— Aquí las casas cuestan mucho, y cada vez van aumentando los alquileres, manifestó la esposa de Alvarado.

— Compré á un ebanista chino los muebles precisos, prosiguió diciendo Fonseca, y á la verdad, para ser éste el país característico de la molicie, extraño que no tengan colchones las camas.

— ¡Y quién los resiste con el calor! Una buena cama de *narra*, con el centro de bejuco, bien ancha, su correspondiente mosquitero, petate, almohadas de algodón, y á lo sumo una colchoneta, es suficiente. Cuando usted se acostumbre á dormir en ella verá cómo la encuentra irremplazable para este clima. ¡Como que aquí se pasa uno en la cama la mitad del día!

— Lo que sí me parece un feliz invento es el del *abrazador*.

— ¡El *abrazador*! Pues ya lo creo. Colocado entre las rodillas, permite la circulación del aire, facilitando mayor reposo al cuerpo. ¿Mas qué le ocurre con los *batas*?

— Que me queman la sangre con su resistencia pasiva á mis mandatos. Ellos dicen á tódo que sí, jamas se niegan á nada, no se alteran ni sacudiéndoles el cuerpo con un *bejuco*, pero hacen siempre su voluntad. El cocinero sisa en la compra.....

— Eso pasa en los demas países.

— Unos dias pone abundante comida.....

— Cuando gana en el *tianguí*.

— Y otros, ó la sirve muy escasa ó no pone ninguna, á pretexto de que se le extravió el dinero, lo cual manifiesta á la hora precisa de sentarme á la mesa.

— Ese dia ha perdido en el *palenque*.

— ¿Qué es *tianguí* y *palenque*?

— El mercado. Los cocineros, ántes de proceder á la compra, juegan entre ellos las cantidades que llevan. Los amos de los que ganan son felices ese dia, porque tienen exquisita comida; los otros ayunan. Es ya costumbre.

— Pues no hay duda que la costumbre es buena; tan buena como la de servir mañana y noche pollos y gallinas invariablemente.

— Señal de que abundan.

— Por eso cansan. Contaré lo ocurrido con un *bata*. Vino á mí, muy compunjado, solicitando le adelantara la paga del mes, porque se le habia muerto su madre. Lo hice, compadeciendo su desgracia. Aquella noche su madre fué á verlo, y al decir á ésta lo que pasaba me contestó que, como era domingo, querria el dinero para jugarlo al gallo. Al reconvenirle luégo por haberme dicho que murió su madre, sin ser cierto, contestó con el mayor desparpajo: « ¡Ah señor! pude yo equivocar: resucitó mismo. » El lavadero pide adelantado para jabon; el cocinero, porque está enferma su esposa; el cochero, para pagar el tri-

buto; el *zacatero*, para la *banca*; todos piden y ninguno cumple bien; si falta el cocinero, no quiere guisar el *bata*, porque dice que no es su obligacion; si falta el *bata*, no limpia el cocinero; le digo á V. que me tienen frito.

— La servidumbre aquí es mala, amigo Fonseca, pero no hay que apurarse; calma, y tomar esas cosas á risa. No dé V. adelantado aunque le aseguren con lágrimas en los ojos que ha muerto la familia en masa. A los domésticos indios se les muere toda la parentela cuantas veces necesitan dinero. Sépalo para lo sucesivo. En cambio tiene V. la ventaja de que le cosen los botones, zurcen la ropa y desempeñan otras funciones mujeriles. Son tan habilidosos, que saben algo de todos los oficios; se cosen su ropa, se lavan y se cortan el cabello los unos á los otros.

— Pues los míos, sino están durmiendo, que es su cotidiana ocupacion, se entretienen en arrancarse los escasos pelos del bigote uno á uno con dos cañitas á manera de pinzas, ó van á mi tocador á arreglarse el cabello con mis peines, gastan toda la pomada, las esencias, el jabon, y me roban los cigarros, teniendo el descaro de negármelo aunque los coja *infraganti*.

— Eso no vale la pena; ¡si supiera V. que á lo mejor se visten la ropa del amo, entreteniéndose en imitarle, adoptando sus posturas, voz y acciones! Usted ha debido irse á vivir á una *república* de amigos.

— ¡A una república! ¿Y con qué empleo?

— No me ha comprendido. Vivir en *república* se llama en Manila á la reunion de varios amigos, que ponen casa, contribuyendo por partes iguales al gasto total que les origina. Mensualmente se encarga uno de administrar la casa; se vive más barato y mejor, siempre que sean personas razonables. Para V., que todavía no conoce bien el país,

era lo más conveniente, porque se evitaba los disgustos que sufre. Cuando le correspondiera el turno, ya habrían pasado cuatro meses de su llegada y conocería las costumbres.

—¿Y dónde hallar esos amigos?

—Nunca faltan entre los compañeros de oficina, y se pueden encontrar también valiéndose de una recomendación.

—Siento no haberlo sabido antes.

—La culpa es suya por no haber acudido á mí. Ustedes los *vagos* dicen que estamos *chiflados* los *matandás*, esquivando nuestros consejos. No negaré que algunos se chiflan, pero creer que lo estamos todos..... es notoria exageración y evidente injusticia.

—Una costumbre encuentro buena.

—¿Cuál?

—La de que los almacenes de comestibles, los cafés y toda clase de establecimientos facilitan los efectos que se piden, á poco que le conozcan á uno, mediante un simple *vale*.

—Yo lo creo perjudicial. Poner un *vale* cuesta poco trabajo; á fin de mes es ella, cuando pasan la cuenta. Entonces halla uno que insensiblemente hizo mayor gasto del necesario, resultando que al otro día de cobrar la paga, se queda sin un céntimo.

—¿Y la confianza que eso revela?

—Tiene su explicación. Manila es una población oficial, donde los más perciben sueldo del Estado. Como el *vale* es un pagaré, su cobro es seguro.

—¿Estuvo V. en la fiesta de Santa Cruz? preguntó Chata.

—Sí, señorita; por cierto que me distraje, admirando el desprendimiento de los indígenas, y la amabilidad con

que obsequian á los que suben á sus casas, aunque no sean sus conocidos.

— Esa apreciabilísima costumbre, contestó Alvaredo, va ya desapareciendo, porque nunca faltan, por desgracia, personas insensatas que abusan de todo. Antes era mucho mayor la franqueza que en las fiestas reinaba. Los vecinos de los pueblos, especialmente el hermano mayor, deseaban afanosos la concurrencia á sus casas, considerándolo como un gran honor.

— Por lo visto no todo le parece á V. malo en el país, dijo Nena.

— Algunas cosas hallo tan extrañas, que no acierto á explicármelas.

— Veamos, señor de Fonseca, sepámoslas, exclamó Alvaredo sonriendo.

— Me llama la atención que á las señoras jamás se las encuentra á pié por las calles.

— No lo extrañe. La pereza es grande; prefieren ir en coche.

— ¿Y la que no puede sostener ese lujo?

— Se está en casa, advirtiéndole que en Manila el coche no es objeto de lujo, sino una necesidad.

— Tampoco se las ve en butaca en los teatros.

— Por una preocupación que no tiene razón de ser.

— Ni van á los paseos.

— Sí, las noches de música concurren al de Magallanes. Antes iban al de la *Luneta*.

— Pero si no hay música, están desiertos; y aunque la haya, muchas no bajan de los carruajes, lo que no se explica siendo las noches tan á propósito para disfrutar las frescas brisas que aminoran el calor á esas horas.

— Tienen pereza.

— ¡Pues no es poco perezosa la gente en este país!

— También le sucederá á V. cuando se *aplatane*.

— ¿Mas quiere V. descifrarne qué es *aplatanarse*?

— Aclimatarse, adquirir las costumbres de la tierra. Conforme vaya V. comiendo plátanos, modificará sus ímpetus de ahora; la molicie enervará sus fuerzas.

— Siendo así no los comeré más.

— Con haberlos probado sobra. También perderá los colores del rostro, que se tornará verdoso como el mio. La influencia del sol no puede combatirse.

— ¿Y varios indios que he visto con una caña de pescar en medio de los campos? Estarán *chiflados*.

— No, que están pescando.

— ¿Pescando en tierra? Usted se burla.

— Pescando, sí señor. Cuando inunda las *sementeras* el agua de los *esteros*, formando lodazales que duran algunos dias, se crian unos peces que los indios comen; los pescan en mitad del campo, como lo harian en el mar. La pesca les reporta grandes utilidades. En los rios y en la bahía forman corrales de caña, donde cogen abundantes peces, que luégo venden. El pescado es su principal vianda, especialmente el *datag*, *hito* y *halobaybay*.

— He oido decir que en el país no se celebra el Carnaval.

— Es verdad. Aquí no convienen máscaras.

— Y que no hay burros ni mulos.

— ¿Para qué los queremos? Con los *carabaos* basta.

— También he observado que las mujeres y chiquillos fuman tabacos enormes.

— Lo mismo pasa en todos los países aquende los mares. Lo da el clima.

— El agua de aljibe me parece malsana.



— No lo es, pero conviene mezclarla con tinto, café ó azucarillos, sobre todo yendo de viaje. Tenga V. presentes estas observaciones. Toda la ropa de uso interior, que sea de algodón. El hilo es perjudicial, porque corta la traspiración. Evite V. los *traspasos de hambre*, ó sea no comer á la hora de costumbre; lo contrario le haría perder el estómago, que es fatal en Filipinas. Guárdese mucho de los vapores de tierra, no saliendo jamás en los primeros momentos de llover. Cuando haya pasado tiempo, no importa. Tema al sol y á los aguaceros. Procure no aburrirse, porque si principia á entrar la melancolía, si se le cae el país encima, como solemos decir, la *chifladura* es inminente.

— Lo cumpliré al pié de la letra.

Alvaredo tenía razon. La *chifladura* es una enfermedad real en Filipinas: A cada cual le da por su estilo; apenas se halla uno que no la tenga, siendo lo notable que ninguno quiere reconocer que está chiflado, enfadándose si se lo dicen. Hay chiflados sentimentales, murmuradores, petulantes, enamorados, indiferentes, inofensivos, dafinos y monomaniacos, que son los verdaderos chiflados.

Fonseca y la familia de Alvaredo siguieron departiendo largo rato respecto al país, hasta que fué á interrumpirles un parte del semáforo, avisando que el vapor-correo estaba á la vista.

Despidióse Fonseca, se dirigió á su casa, comió y fué despues á la puerta de la Central de Correos á aguardar el reparto de la correspondencia de Europa.

El dia que arriba el vapor-correo se nota en Manila animacion desusada. El zaguan de la casa-administración se llena de empleados, que, con el alma en un hilo, esperan saber si es portador de su cesantía, para marcharse caracontécidos si sus temores salen ciertos, ó respirar libre-

menta quince días en caso contrario. Algunos acuden con la esperanza de recibir un anhelado ascenso. Otros para forjar *bolas*, que circulan con la velocidad del rayo por toda la población, impresionando los ánimos, según su género. Corren las más estupendas noticias, forjan ministerios á su placer, matan la mitad de los personajes célebres del mundo, cuentan declaraciones de guerra, y si existe, inventan batallas ó anuncian la paz. Durante breves horas es imposible saber nada con certeza, teniendo sobreexcitados todos los corazones. Los coches invaden los alrededores de la Administración. Se atropellan los porteros para coger ántes los apartados. Los allí presentes les arrebatan la correspondencia de las manos, devoran el contenido de sus cartas, suspirando impacientes por el reparto de la hoja volante ó suplemento que los periódicos dan con las principales noticias y telegramas recibidos.

Como allí no hay política palpitante ni se publican las novedades de esta índole, generalmente se creen más las *bolas* circuladas al fondear el buque, las cuales se comentan, se desmienten, se confirman y discuten hasta la siguiente quincena, en que llega otro correo, y nuevas *bolas* reemplazan á las anteriores. ¡Es tan difícil averiguar la verdad de lo que pasa en la madre patria á tanta distancia!

## VI.

Fonseca fué tomando cariño al país conforme pasaba tiempo.

La existencia se hace allí grata por las comodidades que todos gozan, bienestar que en Europa sólo determinadas clases están en condiciones de disfrutar. La vida es tran-

quila. Para que no degenera en monótona y aburrida, conviene relacionarse con las familias que reciben todos ó determinados días de la semana.

Los cafés se ven poco concurridos. Los teatros no siempre están abiertos. Algunos *matandás* acostumbran formar grandes tertulias á la puerta de los bazares chinos situados en la calle de la Escolta.

Allí recuerdan la feliz época de su llegada al país, en que no se usaba otro traje que el blanco de dril, sombrero de *nito* ó *jipijapa*, y sombrilla chinesca: época dichosa, en que la exigente moda no ejercía su tiránico imperio en Filipinas; eran desconocidos los hoy usuales trajes de paño ó lana, el engorroso frac, los molestos guantes y el sombrero de copa. Pululaban entónces por las calles ejércitos de rapaces, ofreciendo el fuego de sus *pabetes* para encender los cigarros, mediante la corta remuneracion de un *pitillo*, sin que hubiera precision, como en la actualidad, de llevar una caja de fósforos, importados del extranjero en tamaña abundancia, que acabaron con aquella industria.

No se conocian las cesantías. Los empleados entraban á servir de meritorios en una oficina, y al cabo de treinta y cinco años se retiraban con el máximo de haber pasivo, habiendo servido durante ese tiempo un mismo negocio, en el cual iban ascendiendo gradualmente á oficiales y jefes.

Los militares que morian á los diez lustros de llevar al cinto una espada, digna de consideracion por lo virgen, dejaban en su limpia hoja de servicios la nota de *valor se le supone*, por falta de guerras en que poderlo probar, que en aquella parte de la Malasia, donde los indios buscan la langosta para comérsela, ni el recurso quedaba de mandar el ejército á perseguirla.

Solamente se recibia un correo al año. El día que llegaba la *Nao de Acapulco* con el situado metálico de Méjico, víveres y pasajeros, se celebraba con vuelo de campanas y con músicas. Ahora, si con algo se recibe al correo es con malas caras, por temor á ciertas noticias, que más bien son tristes que alegres las que por regla general conduce.

Si los perros no se ataban con longaniza en aquellos famosos tiempos, como algunos *matandás* aseguran, iban sin bozal por lo ménos: en vez de contribuir el vecindario al sostenimiento del actual alumbrado público de *aceite de coço*, las calles estaban tan oscuras como ahora, sin que costara un cuarto.

Fonseca, bien aconsejado, prefirió las tertulias de muchas amables familias del país, en cuyas casas se pasa muy bien el rato, porque se canta, baila, toca el piano, y hasta se murmura un poco, á sentarse en los bancos de los adoradores de Confucio, juntamente con ciertos *matandás*, que, ensalzando las bondades de su época, les falta lengua para censurar en grande escala lo malo de la presente.

La casa á que más concurría era á la de Alvaredo, no sabemos si por deseo de que le fuese éste dando á conocer las costumbres del país, lo que hacen con mucho gusto los *matandás*, ó por disfrutar de la agradable conversacion de *niña Chata*, en quien no sabía Fonseca qué admirar más, si su pequeña boca y blanquísima dentadura, ó sus hermosos ojos negros al lanzarle una mirada ardiente como el sol de aquella tierra tropical, ó su abundante cabellera de ébano, la cual lucía destrenzada despues del baño para que se le secase, ó su voluptuosidad propia del clima, ó el diminuto pié que le dejaba entrever la breve chinela sembrada de perlas con que se lo calzaba cuando no salía.

La vida de Fonseca era la siguiente: se levantaba á las

siete, tomaba el chocolate, y á las ocho iba á la oficina. Allí trabajaba un poco, leía los periódicos y se enteraba de la crónica escandalosa. A las doce le llevaba el almuerzo su *bata* en un porta-viandas de maque del Japon. A las dos salía de la oficina y dormía la siesta hasta las cuatro y media. A las cinco iba al *Malecon* en su *sípan*, recorriendo ántes las calles que conducen al barrio de Sampaloc, y saludando al paso á las muchas pollitas que pasean en coche ó están en los balcones de sus casas. Comia á las siete. La noche la dedicaba á visitas, yendo por último á casa de Alvaredo, donde se entretenía hasta las doce. Así trascurrieron tres meses. Un dia, el suplemento que los periódicos reparten á la llegada del correo de Europa, no contenia noticias de interes, pero en cambio ocupaban tres columnas los nombres de los funcionarios públicos declarados cesantes. El primer nombre que figuraba en aquella lista de difuntos era el de D. Genaro Fonseca.

La cesantía es la espada de Dámocles suspendida sobre la cabeza de los empleados. Cuando hierre á alguno, muere para el dios-presupuesto.

Fonseca, al leer su esquila de defuncion, quedó más frio que un habitante del Polo, á pesar de que el termómetro marcaba cuarenta grados á la sombra. Cesante á tres mil leguas de su país, cuando le duraba aún el mareo del viaje, sin haber podido economizar ni siquiera cinco céntimos para comprar un *mecate* y ahorçarse, era más de lo que puede sufrir un cristiano.

Fonseca, no obstante serlo, pensó en el suicidio.

Batallando con esa idea, vió que ni suicidarse podia, porque la falta de dinero le impedia realizarlo de una manera conveniente. Arrojarle al rio, ó por un balcon, le parecia muy vulgar.

La lectura de una carta de Alvaredo, que le entregó su *bata*, en la cual el *matandá* le invitaba á comer, hizo que sus ideas tomaran otro rumbo.

— Veré á Chata ántes de poner fin á mis dias, se dijo ; y en seguida dió á su fámulo la órden de prepararle ropa para vestirse.

El criado pasó al dormitorio, del que volvió á poco diciendo :

— No tiene mas ropa, señor.

— ¿Cómo que no hay más ropa?

— Sí, mismo, señor.

— No puede ser. Si ha venido la lavandera hace dos dias.

— Más qué, señor : acabó todo.

— ¿Pero cómo es posible eso? Explicate.

— Comió el *anay*, señor.

— ¿Qué es el *anay*?

— Aquel *anay*, señor.

Fonseca, no pudiendo entender bien á su criado, corrió á la habitacion inmediata.

El doméstico habia dejado abierto el aparador de manera que á la primera ojeada se hizo cargo de su desgracia. Cuanta ropa contenia aquél estaba reducida á polvo.

La admiracion de Fonseca rayó en lo indescriptible.

La noche anterior quedó intacta su ropa, y doce horas despues no tenía ni un mal pañuelo con que enjugarse las lágrimas que tanto infortunio hizo brotar de sus ojos. A cualquiera otro más ignorante le habria parecido cosa de duendes.

Impaciente por averiguar qué era el *anay*, marchó á seguida á casa de Alvaredo, poniéndose el mismo traje del dia último, único que, por estar en distinto sitio, se salvó.

Así que hubo enterado á Alvaredo del suceso, dijo éste :

— El *anay*, amigo mio, es una especie de hormiga blanca, sumamente diminuta, armada de dos dientes agudos con los que taladra la madera, pulveriza las telas y destroza en un segundo lo mismo el maderámen todo de un edificio, que el mayor archivo de papeles, como ya ha sucedido. Este animalito se multiplica prodigiosamente. La casa que V. habita tendrá maderas mal curadas ó no serán de *molave*, única que por su dureza y amargor respeta el *anay*. Provéase V. de unas cómodas ó haules de alcanfor, que se importan de China, pues no les ataca la polilla ni ninguna clase de insectos. Deploro mucho el suceso, y sobre todo su cesantía.

— ¿Marchará V. á España? le preguntó Chata con acento que llegaba al alma.

— ¡Qué he de hacer! contestó Fonseca tristemente.

— ¿Siente V. ya dejar el país? dijo Alvaredo.

— Sí, señor, lo siento mucho, replicó dirigiendo á Chata una elocuente mirada. Iba tomando cariño á este hermoso suelo, y me contrista tenerme que separar tan pronto de las personas con quienes he contraído sincera amistad, á cuya cabeza figuran ustedes. Si conociera un medio de ganarme la vida decorosamente, me quedaria.

— Siendo así, en su mano está realizarlo. Tanto mi familia como yo apreciamos las buenas cualidades que á usted adornan, por lo que, al saber su cesantía, tuvimos verdadero pesar. He ideado un medio de comerciar con ventaja: si á usted no le desagrada, lo pondremos por obra.

— Le escucho á usted.

— Cuando quedé cesante, aunque con mi haber pasivo podia vivir, no quise estar ocioso y me dediqué al comer-

cio. No me arrepiento, porque logré en pocos años lo que jamás hubiera conseguido siendo empleado. Mi proyecto es el que voy á explicarle. En las provincias de Cagayan y la Isabela escasea mucho el arroz, pues dedican todos los terrenos á la siembra del tabaco. Tampoco tienen telas. Va V. á trasladarse á esas provincias con una buena cantidad de *cavanes* de arroz, géneros para sayas, camisas, *tapis*, pañuelos y diversos efectos de uso ordinario. No habiéndose hecho todavía el pagamento del tabaco carecerán de dinero, más usted les deja los efectos que deseen en cambio de papeletas ó recibos de tabaco, con un interes proporcionado. Es negocio seguro y muy productivo, de que más detalladamente le enteraré. La ganancia líquida que se obtenga la partiremos por mitad, pues si yo pongo el capital, V. sufre las molestias. ¿Qué opina V?

— Que acepto agradecido.

— Pues dentro de ocho días saldrá V. en un vapor que está anunciado para Aparri, puerto de Cagayan. Desde hoy irémos disponiéndolo todo; ya llevará V. cartas para personas que le han de servir en aquellas provincias. La excursion le dará á conocer el país, que sólo estando en provincias es como se conoce. El que no sale de Manila, ignora lo que es Filipinas.

— Está dicho: tomo carta de naturaleza en el país.

Chata expresó su gozo con una graciosa sonrisa.

Fonseca le dijo en voz baja:

— Si no hubiera visto á V. habria sentido ménos tener que marchar á España: conociéndola, sería inmenso sacrificio.

— ¡Usted siempre tan galante!

— Ménos que V. hermosa.

— Muchas gracias por la lisonja.



— ¿Se acordará alguna vez de mí cuando me ausente?

— ¿Por qué no? Ha oído V. ya decir á papá que le apreciamos mucho.

— Lo que más ambiciono es la estimacion de V.

— No dude de ella.

— Gracias, Chata. La hermosa imágen de V. va grabada en mi alma: allí, como aquí, su recuerdo la ocupará enteramente.

Un criado interrumpió la conversacion avisando que la comida estaba servida.

Alvaredo dijo:

— A comer, que ya he mandado preparar champagne para brindar por el buen éxito de nuestra empresa.

— Y por mi cesantía, motivo de que nos hayamos asociado para su realizacion.

— Es verdad: ahora, en vez del pésame, debemos darle la enhorabuena; dijeron Nena y Chata.

— Aceptada.

## VII.

Cagayan y la Isabela, provincias situadas al Norte de Luzon, son las colecciones más importantes de Filipinas. El tabaco que producen, bien cultivado, podria competir con el de la Vuelta Abajo de Cuba. Todos los habitantes de las dos citadas provincias se dedican á la siembra de esa planta.

La Hacienda interviene las operaciones de los cosecheros por medio de Interventores y alumnos de aforo, que-

nes vigilan la observancia de las prescripciones establecidas para el mejor cultivo y beneficio del tabaco (1).

Esta planta alcanza una altura máxima de dos varas: sus hojas son verdes, de medio metro de largas, en general, y de cinco á siete pulgadas de anchas. Para su cultivo forman primeramente *semilleros*, que cubren en los primeros días con *tapancos* de *cogon*, para preservarlos del sol y de los aguaceros fuertes. A los cuarenta ó sesenta días trasplantan las matas á los terrenos destinados á esa siembra, que aran y limpian de antemano. Diariamente arrancan la hierba que nace junto al tabaco, destruyendo á la vez los gusanos, que tanto le perjudican. Al mes lo despuntan y quitan los chupones. Cuando la hoja está en sazón, lo que se conoce por su color amarillento, y porque crujen las venas al partirlas, efectúan el corte, enganchando las hojas en palitos, que cuelgan al oreo en camarines de caña con techo de *nipa* ó *cogon*. Así que se secan y toman color oscuro, las colocan en grandes *mandalas* ó piras, cubriéndolas con *alupasi*, corteza del plátano, sobre la cual ponen algun peso, teniendo que voltearlas cada veinte días para que no fermente el tabaco ni se requeme. Al estar en sazón lo arreglan en *manos* de cien hojas de iguales dimensiones, conduciéndolo á los camarines del Estado, llegada la época del aforo.

Seis clasificadores nombrados por el pueblo, con la aprobacion del Colector Jefe de la provincia, bajo la inspeccion y fiscalía del Interventor de aforo, hacen la separacion de clases, segun la medida y calidad del tabaco en

---

(1) El general D. José Basco y Vargas estableció en 1781 la renta del tabaco.

rama, cuyas clases son de 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Al aforar una partida, se expide al cosechero la *papeleta* justificativa de la entrega de su tabaco, con la cual cobra su importe el día del pagamento. Hay colecciones donde no se les da justificante alguno del recibo de aquel artículo, pagándolos por el *Manual de aforo*, donde se anota el nombre del cosechero y el tabaco que llevó. Los mismos cosecheros *enfardelan* ó envuelven el tabaco con *alupasi*, poniendo cuarenta *manos* en cada fardo (1).

En Ilagan y Maquilá, pueblos de la Isabela, hay prensas: en vez de fardos hacen tercios de cuatro quintales. En esa disposición se remite á Manila.

El tabaco en rama y elaborado de las dos colecciones enunciadas, se vende en subasta ó almoneda para la exportación al extranjero. El de las otras, llamadas de Igorotes, y el de Visayas, se remite en su mayoría á España. El de Nueva-Ecija, mezclado con clases inferiores de Cagayan, se elabora para la venta en el país. Existen en Manila tres fábricas, una en Malabon y otra en Cavite. En las cuatro de mujeres, trabajan unas 26.000 operarias; en la de hombres, sobre 4.500. Estas cinco fábricas pueden elaborar á mano 360.000 millares de cigarros puros al año (2). La renta del tabaco es la que más produce á la Hacienda de Filipinas (3).

(1) La Hacienda paga por cada fardo de tabaco de Cagayan y la Isabela 9,50 pesos, siendo de primera; 6 por el de segunda; 2,75 por el de tercera, y 1 por el de cuarta.

(2) En un quinquenio han elaborado las fábricas 507.383  $\frac{1}{2}$  arrobas de tabaco de menas superiores, y 552.183 arrobas de menas inferiores.

(3) Según datos del presupuesto de 1866-69, vigente en las Islas

Cuando lo permite el estado del Tesoro, se efectúa el pago del tabaco en las colecciones, acto curioso por la aglomeración de gente que, organizada por *cabecerías*, acude á cobrar: El mismo día gastan los cosecheros casi todo lo que perciben, satisfaciendo deudas, comprando los efectos que necesitan y abonando el tributo y las demás contribuciones. Al rededor del Tribunal establecen los chinos innumerables tiendas, con toda clase de efectos.

La provincia de Cagayan está cruzada por cincuenta y cinco ríos. Existe en ella una laguna llamada *Carua*, que mide 11.800 metros de circunferencia, en la cual hay numerosos caimanes. Es provincia rica en ganadería. La Isabel produce excelente tabaco. Si lo cobrase á tiempo, su tabaco sería para ella una mina de oro.

En el interior de estas provincias se hallan diferentes rancherías de salvajes, quienes siembran tabaco, siendo famoso por su buena calidad el de los *Calauas*.

Dada esta sucinta reseña de las colecciones de tabaco, dirémos qué había sido de Fonseca.

En Aparri, donde fondeó el vapor que le condujo, tomó un *barangayan*, cuya embarcación le llevó al pueblo de Lal-lo. De aquí pasó á Tuguegarao, cabecera de la provincia. En estos puntos hizo muy buen negocio, cambiando por

por no haberse aprobado los sucesivos, se calculan los ingresos anualmente en esta forma:

Venta en el interior de tabaco elaborado.. . . .	\$ 4.550.000
Id. elaborado para la exportación. . . . .	» 1.000.000
Id. en rama para id. . . . .	» 1.162.500
Producto de las cenizas del tabaco averiado. . . . .	» 2.000
<b>TOTAL. . . . .</b>	<b>\$ 6.714.500</b>

Deducidos los gastos, la ganancia viene á ser de unos. » 3.000.000

Esta renta, bien administrada, puede producir un doble.

papeletas de tabaco muchos de los efectos que llevaba. Lo mismo consiguió en Tumauni, cabecera de la Isabela.

Colocados sus géneros, quiso volver á Manila cuanto ántes, aguijoneado por el deseo de ver á Chata.

Como no habia vapor, tomó pasaje en un *pontin*, á condicion de desembarcar en cualquier puerto de Ilocos, para seguir por tierra su viaje á Manila, pues aunque desde Cagayan podia hacerlo, temia el difícil paso del monte Caraballo.

Dos dias estuvo detenido en la rada de Aparri, sin que el buque pudiera pasar la barra, que á veces incomunica aquel puerto. Una vez en mar ancha, parecia que las olas iban á tragarse la frágil embarcacion. Al anochecer se levantó un viento muy duro. El *Arraez* del *pontin* reunió á todos los tripulantes, cantaron las Ave marías en monótono són, y al terminar se entró en su camareta recomendando vigilaran mucho. Algunos marineros se acostaron á proa. Fonseca estaba intranquilo. Viendo que arreciaba el viento, y los marineros no daban señales de vida, fué á hablar al timonel. El timon estaba sujeto con cuerdas, y el timonel durmiendo. Lo despertó al instante, pero el indio, sin incorporarse, le preguntó:

—¿Cosa ese, señor?

—¿Estás durmiendo tranquilamente y dejas abandonado el timon con el temporal que reina?

—No hay peligro, señor; amarré con él.

Supuso ebrio al timonel y buscó al *Arraez*.

—Vamos á naufragar, le dijo; está soplando un viento horroroso y no han tomado precaucion ninguna.

—No hay cuidado, señor; *ha de pasar siempre*.

—Lo que va es á echarnos á pique. Tienen el timon amarrado.

—Es costumbre, señor.

—¿Que es costumbre? Esta gente está loca.

—Duerma V. ya, señor.

Fonseca salió á la cubierta. La calma de aquellos indios ante el peligro que corrian le asustaba. Creyó llegada su última hora. Quiso le sorprendiera la muerte durmiendo, como á los tripulantes del pontin, pero le fué imposible dormir. La noche trascurrió sin novedad de importancia; al amanecer cesó el viento. A muy poca distancia habia tierra.

—¿A dónde pertenece esa costa? preguntó.

—A Ilocos-Norte. Allí está el pueblo de Bangui, respondieron señaládoselo.

—Arribemos á él, que quiero desembarcar.

—Mejor en Dirique, señor, dijo el Arraez desde su camarata.

—¿Por qué?

—Méenos molestia para V., señor.

—Pues á Dirique, si hemos de llegar pronto.

Dirique es puerto, bastante peligroso, de Ilocos-Norte. En él hay un camarín perteneciente á la Hacienda, donde se deposita tabaco, que el contratista de conducciones hace trasportar á Manila. El encargado del camarín, que era un fornido catalán apellidado Martínez, tuvo la amabilidad de proporcionar á Fonseca un guía que le acompañó al pueblo de Pasuquin. El viaje lo hicieron á caballo. Los árboles que se elevan á ambos lados del camino, estaban llenos de *chongos* (1), los que saltaban, haciendo gestos á Fonseca, cuando los miraba. La mayoría eran de color pardusco; algunos pocos lo tenían blanco, negro ó rojo.

De Pasuquin fué á Bacarra, pueblo grande, al que llegó

---

(1) Monos.

de noche. Vió sobre unos algodoueros, inmensos murciélagos llamados *paniques*, que se entretuvo en cazar mientras le preparaban caballos. Una hora despues de su salida de Bacarra llegó á Laoag, cabecera de Ilocos-Norte.

Laoag es el pueblo más grande de Filipinas desde que se dividió el de Taal.

En Ilocos-Norte hay coleccion de tabaco, siendo de buena calidad el que se cosecha en la parte Oriente.

Desde 1864 al 71, que mandó la provincia un ilustrado y dignísimo jefe que ha dejado en ella imperecedero recuerdo por su rectitud y bello carácter, la coleccion alcanzó un grado de prosperidad asombroso, figurando desde entónces á la cabeza de las de Luzon, exceptuando las de Cagayan y la Isabela, superiores á todas por la calidad de su tabaco.

En Nagpartian, pueblecito próximo á Dirique, existe la gran laguna de Banban, abundante en caimanes. En Paoay, pueblo donde se tejen las excelentes mantas llamadas de Ilocos, hay otra laguna.

La provincia es famosa por sus tejidos de *guingon*, algodón y seda; por sus mantelerías, su abundancia de ganado vacuno y caballar, y sus productos forestales. En los montes habitan diversas tribus de igorotes. Hay tambien muchos jabalíes y venados. Sus habitantes son dóciles, honrados y laboriosos; es fértil el terreno, y sano el clima. En la época que reinan los vientos del Norte, se siente frio en Ilocos. La provincia cuenta 160.000 almas, distando de Manila 88 leguas.

Fonseca permaneció seis dias en Laoag, á consecuencia de una ligera fiebre, que le curó un paisano suyo, natural de Medina-Sidonia, llamado D. Manuel Ortega, vacunador general de la provincia.

Como en Ilocos no hay fondas, fué á hospedarse al *Tribunal*, ó sea la casa-ayuntamiento, pero de allí lo llevó á su morada el escribano, tambien paisano, pues era natural de Antequera, el cual, segun Fonseca, gozaba fama de generoso y tenía un excelente carácter.

De Laoag marchó á Vigan, en Ilocos-Sur, donde ajustó con el conductor del correo su viaje, para evitarse los inconvenientes de lidiar con los tribunales. La provincia de la Union, que atravesó, le gustó mucho por su buena carretera y lo bien situada que está. Es coleccion de tabaco muy importante (1). Los igorotes que residen en sus montes lo siembran en grande escala, y cuando bajan á aforarlo, llevan á la vez oro en pasta y en polvo; recogido en los rios, cuyo precioso metal venden á poco precio, si bien es de inferior calidad.

Fonseca estaba arrepentido de su precipitacion en salir de Cagayan, sin aguardar vapor. Los viajes por tierra, en la estacion de aguas, son peligrosos, caros y en exceso molestos. El carro-correo, por no tener condiciones para viajeros, es un medio de locomocion que sólo debe aceptarse por una necesidad suprema. Al pasar el Amburayan, rio caudaloso que separa las provincias de Ilocos-Sur y la Union, entre Tagudin y Bangar, estuvo á punto de ahogarse, pues la corriente era fuerte y tuvo que atravesarlo en unas balsas de caña que los *polistas* arrastran, metidos en el agua, en las cuales trasportan de una á otra orilla los caminantes y carros. Los rios de provincias no tienen pten-

---

(1) El precio que satisface la Hacienda por el tabaco de ésta y las colecciones de Masbate y Ticao, Ilocos-Norte, Sur, Abra y Nueva-Ecija es el de 8 pesos por fardo de 1.<sup>a</sup>, 5 por el de 2.<sup>a</sup>, 2,50 por el de 3.<sup>a</sup> y 75 céntimos de peso por el de 4.<sup>a</sup>



tes. En la época de secas construyen unos de tablas, que quitan en la de lluvias para que las avenidas no los destruyen.

A cada rio que habia que atravesar, Fonseca temblaba, con sobrada razon, pues á veces no pueden los polistas contrarestar su corriente, y son arrastradas las balsas á enormes distancias, si no se hunden. Con temores, contratiempos é interrupciones, pasó una elevada y pendiente cuesta entre Binaca y Tarlac, en Pangasinan, peligrosa por los terribles bandidos que en ese punto han asesinado á muchos viajeros. El carro-correo iba tirado por carabaos, con motivo del mal estado ordinario de los caminos: esto, unido á la proverbial calma del conductor llamado Lladoc, ocasionó que llegara con mucho retraso á Guagua, punto de la Pampanga donde van vapores de la capital. Fonseca entró en uno, y cuatro horas despues estaba en Manila.

Hablando con Alvaredo, decia :

— Hemos hecho un gran negocio, porque coloqué todos los efectos que llevaba. Deducidos los gastos venimos á ganar un 50 por 100, pero si he de tener que viajar otra vez en *pontin* ó por tierra, más quiero ser pobre. ¡Qué indios, qué balsas, qué rios, qué aguaceros, qué calor, qué tribunales, qué calzadas, qué peligros, qué carro, qué pesadez, qué conductor, qué hambre! Jamas he padecido tanto. Hubo momentos en que temí que no nos volviéramos á ver.

— Era natural; ha sufrido V. un poco, pero en cambio se ha creado una fortuna. El dinero no se gana, ni en Filipinas, sin trabajar y sufrir.

Chata dió á Fonseca la bienvenida, sonriéndole graciosamente, y al instante olvidó sus sufrimientos. Durante dos

horas hablaron de lo que todos los enamorados hablan después de algún tiempo de ausencia. Conocieron el amor que se profesaban; se dijeron que creían haber nacido el uno para el otro, y se hicieron mutuas protestas de fidelidad eterna.

El *matandá*, cuyo consentimiento imploraron, lo concedió de buen grado á su protegido el *vago*; pidiéronse á España los papeles, y en seguida que estuvo dispuesto todo, Julia Alvaredo, ó *niña Chata*, como la llamaban en su casa, se unió en indisoluble lazo con D. Genaro Fonseca, quien, feliz y cada día más contento sigue en Manila con su adorada esposa, decidido á concluir sus días en Filipinas.

Dios les conceda largos años de vida y mucho dinero, que los casados, aún habiendo jurado de amantes ser felices con sólo morisqueta y sal, si son filipinos, ó con pan y cebolla, si son peninsulares, pasados algunos meses conocen su yerro, y si les falta harina, como dice el refrán, todo se vuelve mohina.

El amor, para que satisfaga, necesita estar bien alimentado. Al ménos, en esta materia, opinaban enteramente de acuerdo el *vago* y el *matandá*.

---

---

---

ROSA YÁCSON

ó

LA MESTIZA ILOCANA.

---

I.

Es creencia general entre los europeos que no conocen á fondo el carácter y naturaleza de los indígenas filipinos, que no existen en este país esas grandes pasiones que el amor produce y fueron causa en otros pueblos de tan dramáticos sucesos, fundando su errónea suposición en la indolencia y habitual calma del indio para todo lo que no sea sus distracciones favoritas de la *gallera* y el juego.

Semejante parecer no es exacto : impulsados por el amor es como únicamente destierran su pereza, hija del clima, y son capaces de llegar al heroísmo.

Vamos á narrar la historia de unos amores que en constancia, sinceridad y desinterés no reconocen supremacía en los que inmortalizaron á tantos amantes célebres en el mundo. Modesta y desconocida es la protagonista de esta historia, más no importa ; pues el sacrificio de la vida he-

cho en aras del amor es apreciado lo mismo en la que orna su frente con una corona régia, que en la más humilde hija del pueblo.

Por el año de 1865, llamaba la atención en Vigan, capital de la provincia de Ilocos-Sur, una joven mestiza llamada Rosa, bella como su nombre, é hija única del *capitan pasado* D. Mariano Yáson, el más rico vecino de su gremio.

Los capitanes pasados, ó sea los que ejercieron el cargo de *Gobernadorcillos*, constituyen á su manera la aristocracia de las poblaciones indígenas. Gozan algunos privilegios, tienen asiento especial en la iglesia, derecho al *Don*, y las consideraciones consiguientes al que alcanza el puesto más elevado en la municipalidad de su pueblo, siendo los más respetables de la *principalía*.

Esto, unido á que el capitan Mariano era dueño de varias casas, dos de ellas de mampostería, una goleta, dos pontines, sementeras y animales de toda especie, hacía que su familia fuese la primera de Vigan, y Rosa un partido envidiable para cualquiera.

No le faltaban pretendientes en quienes ella, que aún no sabía lo que era amor, jamás fijó la atención. Con la misma indiferencia que oía llover, así escuchaba las canciones que le dedicaban al pié de su ventana, y las continuas serenatas que allí llaman *emprentadas*.

Además, sus padres acordaron desde que era muy niña con Juan Alvarez, rico *cabeza de barangay*, casar á Rosa con un hijo de éste llamado Ramon.

Tienen costumbre las familias en Ilocos, ya por conveniencias materiales, ya por rivalidades antiguas que quieren desaparezcan, ya por parentescos que desean contraer ó estrechar, convenir entre sí la union futura de

unos hijos con otros, cuando aún están dándoles el pecho, y una vez acordado, llevan á cabo su convenio así que los jóvenes alcanzan la edad competente, sin cuidarse de que se amen ó no, ni de que puedan ser felices ó desgraciados más adelante.

En virtud de tan arraigados usos, Rosa aceptaba resignada y sin disgusto ni deseo, el esposo que le tenían designado, y con el cual apenas se había tratado, pues desde muy joven le tenían sus padres en Manila, estudiando en el colegio de San Juan de Letran, con el fin de que después siguiese la carrera de abogado.

## II.

Rosa era una joven lindísima. Sus ojos en extremo rasgados, eran sumamente expresivos, tiernos y dulces á la vez, y era imposible fijarse en ellos sin sentirse fascinado por su mágica influencia.

Tenia hermosa cabellera negra, tan abundante y larga, que cuando la destrenzaba, una parte de ella llegaba al suelo: pié diminuto, mano pequeñísima, cuerpo arrogante, airoso y muy bien formado; color claro, casi blanco y ligeramente sonrosado; boca pequeña y dientes de perfectísima blancura y simétrica igualdad; bonita garganta, nariz, aunque pequeña, nada defectuosa; mucha gracia; notabilísimo ingenio, singular donaire, voz dulce y melodiosa, habilidad extremada en el piano y perfecta educación.

Los padres de Rosa tenían cifrada en ella toda su delicia; ésta les correspondía con ternura, y tan excelentes eran sus condiciones morales, que se tenían en más esti-

ma por los que la trataban que su belleza física. Con tales atractivos conseguía de propios y extraños cuantos gustos le sugería su deseo.

Tenía un bonito carruaje, una briosa pareja, y muchas tardes iba de pasco á la *Mira*, pintoresco sitio desde donde se descubren preciosísimas vistas.

Por las noches concurrían á su casa algunas amigas suyas y los hermanos y parientes de ellas. Cantaban, bailaban algunas veces, y cuando no, el piano, instrumento muy generalizado en Vigan, sonaba con los acordes de piezas escogidas.

Rosa les obsequiaba con tabacos de Cagayan, *de extra-vío*, únicos que les gustan, con el consabido *buyo*, y con dulces hechos en la casa. Todos quedaban muy complacidos de su bondad y amable trato, y nadie, por consiguiente, podía quererla mal.

### III.

El 25 de Julio se celebraba la fiesta de Bangued, cabecera del Abra, á la que acude mucha gente de Ilocos-Sur.

— ¿No irás á la fiesta de Bangued, Rosa? le preguntaban noches ántes sus amigas Juanita y Társila.

— No sé si mis padres querrán ir, les contestó.

— A ti nada te niegan; diles que te lleven é irémos juntas.

— ¿Y qué hemos de hacer allí? Yo no conozco á nadie en esa provincia.

— No importa; nosotras tenemos parientes en ella: decídetes á venir y verás como nos divertimos. Habrá comedia, carreras de caballos y baile en el *Tribunal*. El año

pasado estuvimos y nos gustó mucho el Abra. Es una provincia muy bonita y el viaje por el río de Santa, hecho en balsa, muy distraído y poético.

— Bien ; como queráis, les dijo Rosa.

Habló á sus padres y se determinó la ida á Bangued.

El viaje fué agradable, como indicaron las amigas de Rosa.

Fueron varias familias reunidas, hospedándose en la casa de un capitán de Bangued que las recibió con grandísimo agasajo, obsequiándolas cuanto pudo.

Lo primero que hicieron fué oír la misa mayor el día de la fiesta, que se celebró con gran pompa, y terminada aquélla, pasaron, en unión de las *principales* del Abra, á saludar al Jefe de la provincia, acompañadas de música, según costumbre. Después fueron á besar la mano al párroco, y luego ocuparon la mañana en ver la comedia, escrita en lenguaje ilocano, espectáculo que encanta á los ilocos, y por el que se olvidan hasta de comer. La representación fué vista con agrado y el *bolbol-lagao* ó payaso hizo las delicias del público. Por la tarde hubo carreras de caballos y juego de sortijas, espectáculo que les divirtió muchísimo.

Rosa estaba alegre, y sus amigas que lo conocieron, la decían :

— ¿No es verdad que hemos hecho bien en animarte para que vinieras ? ¿ Ves qué divertido es esto ?

— Sí, dijo Rosa, y os lo agradezco. La comedia estuvo muy bien. El juego de sortijas está animadísimo, y me admira la destreza de aquel jinete que tiene cogidas tres.

— ¿Cuál? le preguntaron.

— Aquel joven que lleva gorra con plumas y banda azul.

— ¡Ah! sí: es un guapo chico, ¡Y qué buena figura tiene á caballo! — decia Társila admirada.

— Será hijo de algun *principal*, replicó Juanita.

— Nada de eso, interrumpió una de las hijas del capitán en cuya casa se hospedaban: su origen es bien oscuro. Desciende de los *alzados* del interior, y fué cogido cuando tenía seis años, residiendo desde entónces en Abra, al cuidado del Jefe de la expedicion militar que le aprehendiera, quien le educó con tanto esmero y le queria tanto, que al marchar á España le dejó confiados todos sus intereses para que se los administrase hasta su vuelta. Es honrado, trabajador y de tan buenos sentimientos, que se desvive por rodear de comodidades á su anciana madre y á una hermanita que vinieron hace tiempo en su busca, convirtiéndose á la religion á que ya pertenecia su hijo y hermano. Se espera á su señor, y creemos recompense su lealtad.

— Me interesa la historia de ese jóven, dijo Rosa.

— No es extraño. Aquí no hay una sola persona que no le distinga. Es guapo, generoso y de talento: su trato es tan agradable, que quien habla con él una vez se ve obligado á quererle.

— ¿Y no tiene novia, preguntó Rosa?

— No se le conoce ninguna: las trata á todas con la misma galantería, es siempre amable, pero no se singulariza en sus atenciones.

— Es extraño: ¿y cómo se llama?

— Luis Dominguez.

— Mirad, mirad, gritaron várias; ha cogido otra.

— ¡Bravo! ¡Bravo! dijeron todas.



## IV.

El jóven volvió la cabeza hácia donde se hallaban las de Vigan, y al ver que aplaudian, pasó por delante de ellas saludándolas, y descubriéndose al darles las gracias.

Al fijarse en Rosa se detuvo un poco, y siguió su carrera como distraido, volviendo la cabeza várias veces para verla mejor.

Rosa, que le seguia con la vista, observó aquella mirada, quedó toda turbada, bajando la vista en seguida, como si hubiese cometido una falta.

Luis habia cogido ya cuatro sortijas, haciéndose admirar de todos por su gallardía y habilidad. Las llevaba en la punta de la caña, sin haberlas ofrecido á ninguna jóven, galantería que los demas se apresuraban á tener con sus favoritas.

Quedaba la sortija más importante, la más lujosa, comprada á escote por las hijas de los principales, y por ellas adornada. El que la cogiese obtenia un premio y el honor de ser coronado por la hija del Gobernadorcillo.

Todos los jinetes hacian prodigiosos esfuerzos por conseguirla. Su cansancio fué en vano, pues Luis Dominguez que hasta entónces no habia mostrado empeño por ella, la ensartó al extremo de su caña con admirable destreza, yendo á escape tendido: este triunfo le valió espontáneos y frenéticos alpausos.

La hija del Gobernadorcillo le puso la vistosa corona del vencedor. Luis corrió en el acto hácia donde estaba Rosa, y con las maneras más delicadas le dijo:

— Señorita, si fuera V. tan amable, tan atenta conmigo que se dignara aceptar la corona y sortijas que he gana-

do, yo me consideraria muy dichoso y se lo agradecería en el alma.

Rosa, llena de rubor, viendo fijas todas las miradas en ella, y sin saber qué hacer, nada contestaba.

Sus compañeras la indicaron que aceptase, y lo hizo, dando las gracias al galante jóven con una mirada mucho más elocuente que todas las palabras.

Aquellos objetos le quemaban la mano: ella no sabía, no se daba cuenta de lo que le pasaba; pero notó en su corazón algo extraño, algo desconocido, cuya causa no comprendía.

El recuerdo del gallardo jóven le preocupaba sin quererlo. Sus ojos le buscaban maquinalmente entre la multitud que se iba, y no acertaba á moverse.

— ¿No nos vamos? dijeron las demas.

— Vámonos, exclamó Rosa, distraida.

Miéntras merendaron en la casa donde se hospedaban, la conversacion giró sobre los acontecimientos del dia.

Rosa no prestó atencion alguna, ni daba su parecer, pues no oía otra cosa que lo referente al vencedor en el juego de la sortija, cuya fortuna ensalzaban. En seguida principiaron á cambiar de traje para ir al baile.

## V.

Rosa se engalanó con esmero; se puso una preciosa saya de seda azul, y sobre ella un *tápis* de seda ceñido con coquetería, camisa labrada de finísima piña, que segun moda del país, no pasa de la cintura, pañolito al cuello, tambien de piña, sujeto por un rico alfiler de brillantes; aretes, peineta, clavos y numerosas sortijas de igual cla-

se; una bella gargantilla de perlas con crucecita de brillantes, y abanico de plata filigranada.

Su diminuto pié desnudo iba medio oculto en lindísimas chinelas bordadas de oro y con adornos en que abundaban las perlas.

Algunas olorosisimas *sampaguitas*, artísticamente colocadas en sus cabellos, formando juego con los brillantes, la hacían aparecer hermosa cual jamás lo estuvo.

Cuanto la miraban no podían por ménos que alabarla. Estaba siendo la envidia de las mujeres y la delicia de los hombres. En el baile ella sola llamaba la atención: todos se apresuraban á obsequiarla.

Rosa parecía distraída. Sus ojos se fijaban en la entrada del salón del *Tribunal*, como esperando la llegada de alguna persona que le fuese grata.

La sala se había adornado con lujo; infinidad de luces la iluminaban, varias músicas iban alternando en tocar walses, habaneras y polkas. Hallábase allí el Gobernador con los demás funcionarios públicos y peninsulares particulares. *Solteros del Abra* y *Vígan*, naturales y mestizos, bien vestidos, andaban acá y allá haciendo el amor á las bellas, y todo era animación, bullicio y alegría.

Rosa, sin embargo, estaba triste. Parecía ser ajena á cuanto la rodeaba. Sus amigas, creyéndola indispueta, la preguntaron qué tenía, mas ella les replicó que no era nada, y ocupadas en bailar no la importunaron más con sus preguntas.

De pronto la fisonomía de Rosa se iluminó: un relámpago de gozo brilló en sus ojos, y ella misma hubo de admirarse de aquel cambio, operado sin duda alguna por la llegada de Luis Domínguez, el apuesto jinete que tan simpático le había sido aquella tarde.

Iba elegantemente vestido, dentro de las condiciones que permite el traje del país.

Una camisa de rica piña labrada, de color, entónces de moda, por encima del pantalon: éste de hilo blanco, botas de charol y botonadura en la pechera, no rica, pero de gusto.

El cabello negro y lustroso, cuidadosamente peinado.

Los ojos de Luis eran grandes, negros, hermosos y brillantes. El color de su tez era moreno, pero más agradable que el de muchos naturales; la nariz, aunque algo chata, era graciosa; el cuerpo, bien proporcionado y airoso; el andar, elegante y sin afectacion.

Saludó á sus conocidos con naturalidad y soltura, y las jóvenes lo acogian con muchos mimos y sonrisas, en que él no reparaba. Parecia que buscaba algo con la vista y al fin lo halló.

Rosa y Luis cruzaron una miradá penetrante, profunda, intensísima, que revelaba las simpatías que mutuamente se inspiraban.

## VI.

La simpatía es precursora del amor, y en ellos más bien era esto último que lo primero.

Luis se aproximó á Rosa. Esta temblaba como la hoja en el árbol al soplo de la brisa.

Se estrecharon la mano con efusion, y el contacto acabó de desarrollar el oculto fuego que en sus corazones ardia, de igual modo que el aire produce aterrador incendio cuando penetra en un local en que el fuego arde comprimido.

— Agradezco á V. mucho, señorita, fué la primera ex-

presion de Luis, que se haya dignado aceptar esta tarde mi insignificante obsequio. Es V. tan buena como hermosa.

— Yo soy quien debe dar á V. gracias por su atencion; le contestó Rosa toda ruborizada, expresándose en el dialecto de la provincia.

— Los que viven en Vigan son felices: hay allí jóvenes que conmueven el alma, y que, como V., hacen desear la vida.

— Será porque V. quiera. Veo en esta sala algunas mucho más bellas que todas las de Vigan.

— Eso no es más que una galantería de V. para con mis *compoblanas*. Habrá bellas aquí, las hay en Vigan, pero existe algo superior á la belleza, que no lo hallé jamas en las de Abra, ni lo veo en las de Vigan, excepcion hecha de V.: algo de divino que no ví nunca, y que no sabré explicarle: una atraccion irresistible que subyuga y esclaviza la voluntad. Yo, que hasta ahora no tuve interes en acercarme á ninguna, me siento arrastrado hácia V. por una fuerza superior: lo que ello sea no lo adivino.

— Doy á V. gracias por lo lisonjero de sus frases hácia mí, pero conozco muy bien que ó V. se engaña, ó son alabanzas hijas de su natural cortesía, á las que no soy acreedora.

Luis la invitó á bailar, y siguieron hablando. La conversacion aumentó el placer de haberse conocido. Pronto se estableció entre ellos esa dulce confianza que las simpatías, si no el amor, desarrollan entre dos personas.

Él la pintó con frases expresivas lo dulce que le sería vivir cerca de ella para disfrutar de su ameno trato; su sentimiento al tenerse que separar tan pronto, despues de haberla conocido, pues su recuerdo sería un motivo de dolor para su alma, por muy grato que le fuera haberla visto.

— ¡Sería yo tan feliz pudiéndola ver á V. con frecuencia!

— ¿Por qué no viene V. á Vígan, que es más divertido que esto? le dijo Rosa queriendo disimular lo que sentía.

— Lo haría con gusto; mas por ahora es imposible. Sin embargo, tanto será mi placer en verla de nuevo, que tal vez no pase mucho tiempo sin que vaya.

Hablaron mucho, y mutuamente se revelaron los sentimientos de afecto que ambos se inspiraban. Al despedirse, ese afecto se había trocado en amor.

## VII.

Rosa se volvió melancólica: ella, tan alegre ántes, estaba ahora triste y distraída, no pudiendo desechar de su imaginación el recuerdo del primer hombre por quien se había interesado.

Sus padres no podían averiguar la causa de su tristeza. La creyeron enferma, y aunque llamaron al médico, nada consiguieron, pues su enfermedad era de aquellas para las que no existen remedios en la farmacopea.

A los veinte días de su vuelta del Abra, Luis, que no perdonó medio alguno por verla cuanto ántes, llegó á Vígan con algunos efectos de comercio. Tuvo habilidad bastante para entrar en transacciones con el capitán Mariano, y éste le franqueó las puertas de su casa.

El contento de Rosa al ver á Luis fué indecible. Sus mejillas recobraron en breve el color que habían perdido días ántes, se la vió más animada y volvió á brillar en sus labios la seductora sonrisa que tanto la agradaba.

Luis aprovechó el primer momento de libertad que tuvo

para revelarle su amor. Su pasión arrebatadora, contenida por tanto tiempo, pues veinte días son siglos para quien bien ama, le daba una elocuencia irresistible y lleno de ardor decía á Rosa :

— Viendo que el sueño huyó de mis ojos, que su hechicera imagen no se separaba un momento de mí, tuve miedo de volverme loco. Conozco que adoro á V. con toda mi alma.

Rosa, que habia cifrado en Luis todas sus ilusiones, acogió con placer aquella expresiva manifestacion de su amor, tan deseada y grata para ella, contestándole que tambien le amaba, que no le olvidó ni un solo instante desde que le viera, que su corazón le pertenecia.

Un mes estuvo Luis en Vigan : todas las noches iba á casa de Rosa, y nunca faltó ocasion para reiterarse sus protestas de amor : mes feliz, en que las horas trascurrían como minutos.

Pasado este tiempo, volvió al Abra y con frecuencia iba á Vigan á ver á su amada. Diariamente se escribían cartas cariñosísimas y haciendo cálculos para lo futuro, creyeron su felicidad imperecedera.

## VIII.

Vigan es, á nuestro juicio, la mejor capital de provincia, por su hermosa edificación.

Las casas de tabla y nipa, tan abundantes en las demas, están en minoría en Vigan.

Hay barrios enteros, como el de los mestizos, donde todas las casas son de piedra.

Posee dos plazas espaciosas, en una de las cuales se ha-

Ha la Alcaldía mayor, residencia del Jefe de la provincia, llamada *Casa real*; el palacio del obispo, la catedral, la administración de Hacienda, el tribunal de Naturales; un seminario, á cargo de los padres Paules; la Casa-Comandancia de carabineros y la de un español de antigua residencia en Vigan, apreciado de los ilocanos por su filantropía. La Casa real, el Palacio y la Administración son muy buenos edificios. Ocupa el centro de la plaza un bonito paseo, con un sencillo monumento al ilustre Salcedo.

Merece también honroso recuerdo D. Miguel Vicos, mestizo nacido en Vigan, por haber dado muerte á un jefe de motin que trató de sublevar á Ilocos-Sur en favor de los ingleses, cuando invadieron la capital de las Islas.

En 1578 se concedió á Vigan el título de ciudad. Sus moradores son muy sociables y bastante ilustrados.

La fiesta de la *Naval*, que anualmente dedican á la Virgen del Rosario, es muy nombrada y acude á ella gente de todo Ilocos. Suele bailarse mucho, distracción que entusiasma á las mestizas de Vigan.

Ilocos-Sur es la provincia más cosechera de añil, artículo que la hizo rica: hoy está en decadencia.

Los labradores han ido destinando los terrenos á otras plantaciones, aunque sin renunciar por completo á las de añil, cuyas ventas fabulosas recuerdan deplorando la paralización actual.

El tabaco que produce es de mala calidad.

Su temperatura es sana y agradable, ménos en cierta época del año que reina un fuerte viento excesivamente cálido, llamado *dugudo*, que molesta muchísimo.

Tiene excelentes aguas, ricos minerales, fértiles campos, abundantes maderas, ganadería, pesca, caza y muchos telares. Sostiene un movimiento marítimo importante.



con Manila, Cagayan, Pangasinan y Zambales, por medio de buques, en su mayoría pontines y goletas, construidas en la misma provincia.

Los principales fondeaderos son: Salomagué, en el pueblo de Cabúgao; Pongól, á una legua de Vigan; Pandan y Butao, en Caoayan, bonito pueblo próximo á la cabecera; el de Santiago y el de Bibingilan en Candón. Este pueblo es grande, tiene cocoteros en abundancia y buen caserío.

La provincia cuenta sobre 480.000 almas. En el interior hay innumerables rancherías de salvajes; los más próximos á los pueblos pagan la contribucion llamada *reconocimiento de vasallaje*: siembran tabaco, que venden á la Hacienda, y trafican con los cristianos.

Vigan dista de Manila 74 leguas.

Dada esta breve noticia de Ilócos-Sur y su capital, patria de la protagonista de nuestra historia, reanudaremos la relacion de sus amores con Luis Dominguez.

## IX.

La primera nube que se interpuso en el dorado cielo de sus amores, fué la llegada del prometido de Rosa, en quien no habian pensado. Los enamorados cuando son felices sólo piensan en su amor.

Los padres de la jóven recibieron á Ramón con la amabilidad propia en quienes le habian de llamar hijo, pero Rosa apenas si pudo disimular el disgusto que su venida le habia ocasionado, sin otro motivo que el prever los inconvenientes que se ofrecerian para realizar sus proyectos de union con Luis.

Disculpaban á Rosa sus padres creyendo que era natural cortedad y algo de rubor el despego que mostró á su prometido y no hicieron gran caso de esa circunstancia.

Ramon, enamorado de Rosa tan pronto como la viera, lo sintió más y supo explicarse, ó por lo ménos, presentir lo que podia ser.

Coincidió la llegada de Luis á Vigan, que experimentó un pesar inmenso al enterarse de lo que ocurría, ignorante como estaba del compromiso de los padres de Rosa.

Crejó á ésta poco sincera, mas ella le convenció de cuán equivocado era su juicio, y le juró no ser de otro qué de él.

Apercibido Ramon de las preferencias con que Rosa distinguía á Luis, y el disgusto que á la jóven causaba el verle y hablarle, impulsado por el despecho, hizo partícipe al capitán Mariano y á su mujer de sus sospechas.

Éstos no dieron crédito á sus palabras: llamaron á Rosa, y la jóven, que no sabia mentir, les reveló su amor á Luis, manifestándoles que en vano quiso luchar contra su corazón, y que les agradecería en el alma no se opusieran á sus amores.

Léjos de ser así, tomaron un gran disgusto: apreciaban las buenas cualidades de Luis, pero llevaron muy á mal que sin ellos saber nada hubiesen estado en inteligencia. Era imposible además consentir en tales relaciones, tanto por la promesa empeñada al padre de Ramon Álvarez, como por las mayores ventajas que este casamiento ofrecía.

Luis era pobre: Ramon rico. Luis estaba vecindado en Abra, y no podia abandonar los intereses confiados á su honradez: Ramon era de Vigan y podria ser útil á los padres de Rosa, cuidando su hacienda. Luis era de origen

despreciable para el capitan Mariano, y Ramon pertenecia á familia de *principales*.

Las ventajas todas estaban de parte de éste y por cima de ellas el convenio de casarle con Rosa.

El capitan Mariano lo participó así á Luis, rogándole se abstuviese de ir por su casa.

## X.

Rosa y Luis tuvieron con este motivo un pesar grandísimo.

Aquella sólo tuvo tiempo de mandarle una sortija que estimaba mucho, y reiterarle el juramento de su inextinguible amor.

Luis marchó al Abra con el corazon despedazado, á fin de no aumentar el rigor que los padres de Rosa principiaron á tener con ella para evitar que se viese con su amante.

Cuando la mujer ama realmente, intentar contrariarla es querer sujetar un torrente con una arista.

Rosa, tan angelical, se volvió díscola: su sueño era inquieto, perdió su alegría, olvidó el piano, y en vez de cantar, lloraba.

El trato de sus amigas, que tanto la distraia ántes, le era ahora penoso; y conociéndolo, acabaron por abandonarla. Encerrada á solas con su dolor, ni tenía gusto de ver á nadie, ni de que la vieran. Los recuerdos que de Luis poseia eran sus únicos compañeros. Su salud principió á resentirse, y temieron le sobreviniese una enfermedad.

El capitan Mariano y su esposa eran inflexibles en el

cumplimiento de la promesa hecha al padre de Ramon, y por nada de este mundo se hubieran retractado de su palabra.

Compadecido un pariente de Rosa de su dolor, suplicó á Juan Álvarez eximiese de su compromiso al capitan, pero se opuso; pues su hijo padecia tambien muchísimo con el desden de Rosa.

La pena de la bella mestiza aumentaba de dia en dia, y en aquella casa, ántes tan alegre, todo eran rostros tristes y descontentadizos.

Creyendo sus padres que la ausencia le haria olvidar á su amante, la mandaron á Manila, á casa de unos parientes.

El mal de Rosa era incurable: en Manila, como en Vigan, no tenía otra ocupacion que llorar sobre los objetos que habían pertenecido á Luis. Su recuerdo aumentaba sin cesar el amor que por él sentia, abrigando solamente el deseo de verle, oírle y hablarle.

Sus parientes se esforzaban en distraerla; mas para Rosa, los paseos no tenían atractivo; los teatros le disgustaban y los bailes se le hacian insufribles.

Así pasaron seis meses en una agonía continua. Escribia á Luis y jamas obtuvo contestacion. Las cartas de uno y otra eran recogidas sin que jamas llegasen á su destino.

Probablemente el dolor hubiera concluido con su apenada existencia, si Luis, que no tenía más anhelo que volver á su lado, arrojándolo todo y confiando su familia é intereses á cargo de un amigo, no hubiese ido á Manila, atormentado por el pesar terrible de no saber lo que habia sido de su amada, pues desde que salió de Vigan no volvió á tener noticia ninguna de ella.

Los parientes de Rosa impidieron cuanto les fué posible que se vieran, pero todo fué inútil. Ellos buscaron la ocasion de hablarse ó tan sólo de verse, cuando otra cosa no podia ser, y en vano trataban de contener la vehemente pasion que abrasaba sus corazones.

Viendo que eran inútiles las advertencias á Rosa, escribieron á su padre lo que pasaba. El capitan Mariano llegó á Manila lo más pronto que pudo, y comprendiendo que el llevarse á Vigan á su hija era peligroso, la hizo entrar en el Colegio de Santa Rosa, con encargo especial á las madres ó hermanas de la Caridad que lo dirigen, que sólo le permitiesen hablar con sus parientes.

Luis y Rosa desde entónces no pudieron hablarse, pero se veian alguna que otra vez cuando las educandas iban en corporacion á actos religiosos.

## XI.

Luis no era rico: para sostenerse en Manila, donde á nadie conocia, tuvo que dedicarse á trabajos penosos que soportaba con gusto, pues sin ello le hubiera sido imposible permanecer allí tanto tiempo. Cuando terminaba sus ocupaciones se iba á la plaza de Santo Tomás, y con la mirada fija en el Colegio de Santa Rosa, se pasaba horas enteras esperando ver á su amada.

La situacion de Luis era crítica: abandonados sus negocios del Abra en manos extrañas, y careciendo de recursos, solamente lo inmenso de su pasion podia obligarle á continuar en Manila.

Por fin la noticia de que un viaje repentino de su amigo dejaba todos sus intereses sin persona que velara por ellos,

y una aguda enfermedad de su madre, determinaron su inmediato regreso al Abra. Se detuvo aún dos días con la esperanza de ver á Rosa para decirle adios, pero no pudo ser, y marchó con el corazón angustiado por esa desgracia.

Trascurrieron muchos meses sin que Rosa le viera por ninguna parte ni volviese á saber de él. De nuevo la tristeza llenó su alma de luto, y si bien en un principio los consuelos de la religion y el amor de las bondadosas madres aminoraron algo su pena, ésta llegó á hacerse superior á su naturaleza y cayó enferma.

Cuantos cuidados la prodigaron eran inútiles. El médico se desesperaba, y Rosa estaba peor cada día.

Así pasaron cinco meses. Al cabo de este tiempo, tanto se agravó la enfermedad, que tuvieron que enterar al padre del estado de su hija, recomendándole fuese inmediatamente á Manila.

Lo hizo así el capitán Mariano, á pesar de lo penoso del viaje, por ser época de lluvias, y al llegar encontró á Rosa moribunda.

La presencia de su padre y la promesa formal de llevarla á Vigan, reanimaron su espíritu con la esperanza de ver á Luis.

Por su padre supo la dolorosa pérdida de la anciana madre de su amante, y la enfermedad de éste, á consecuencia de sus pesares y fatigas en la asistencia de la autora de sus días.

Dos meses pasó aún la pobre Rosa luchando con sus padecimientos: una extremada debilidad la impidió hasta entónces levantarse del lecho, y ya bastante mejorada pidió á su padre la llevase á Vigan.

Lo hizo así el capitán Mariano, fiel á su promesa, y en

breve se vió Rosa en su pueblo. La enfermedad del cuerpo quedaba curada, la del alma era de más difícil curacion: así es que una tristeza profunda la embargaba, pues cada lugar que veía llevaba á su mente el recuerdo de las felices horas pasadas junto al amado de su corazón, cuando el infortunio no les perseguía.

Avisó á Luis su regreso, el cual, medio convaleciente aún, corrió á su lado. Pudieron hablarse, y tanta fué su alegría que creyeron morir por el exceso del placer que al verse experimentaron.

— Creí que me habías olvidado, Rosa. En los delirios de la calentura que he sufrido, parecíame tenerte á mi lado, y cuando me apercibía de mi error me ahogaba la pena. ¿Por qué no me has dado noticias tuyas?

— ¿Y tú? Te he escrito algunas veces y no he obtenido la menor noticia de tí. ¿Crees posible que yo te olvide? Me ofendes con decirlo solamente.

— Perdóname, Rosa; te amo tanto que el temor de que no me correspondas de igual modo, por más que sea infundado, me hace ser injusto contigo.

— Luis, he estado á punto de morir: sólo me dió vida la esperanza de verte, pues hubiera sido para mí el dolor más acerbo fenecer lejos de tu lado y sin poder decirte adios.

— También yo tuve el mismo pesar en mi enfermedad, pero gracias á Dios nos volvemos á ver. ¿Insisten tus padres en que no te cases conmigo?

— No lo sé. He temido preguntárselo, pues su negativa me será más dolorosa que la misma muerte. Creen que es un deshonor faltar á su ridículo trato, sin comprender lo absurdo de esa costumbre que tan infelices hace á infinidad de matrimonios. El uso puede más que las lecciones de la

experiencia y los esfuerzos de la reflexion. No tenemos otro recurso que padecer.

— Triste es nuestro porvenir, Rosa ; lo que más me desespera es que te he hecho infeliz amándote tanto.

## XII.

El capitán Mariano sentia el dolor de su hija ; pero el temor de incurrir en la falta de deshacer un convenio tan antiguo, que le hubiese acreditado de débil ante sus *compoblanos* que jamas al casar á sus hijos se cuidaron de si eran gustosos ó no en su union, le afirmaron en su propósito, y determinó en consecuencia apresurar la época del proyectado enlace con Ramon, fijándolo para el 22 de Setiembre.

Era á últimos de Agosto, y á toda prisa se hacian los preparativos para el dia de la boda.

Rosa les rogó de rodillas que no la obligaran á unirse con quien no amaba, pues harian su infelicidad eterna.

Sus padres no la oyeron, y con profundo pesar participó á Luis tan cruel resolucion.

Tan luégo como lo supo, marchó éste á Vigan á ponerse de acuerdo con Rosa sobre lo que debian hacer.

Despues de algunos dias logró verla, y en su exaltacion maldijeron el rigor exagerado y crueldad suma con que los padres de Rosa trataban de separar dos corazones nacidos exclusivamente el uno para el otro.

Los padecimientos sufridos, lo excesivo de su amor, y el juramento que Rosa hizo, no consentian un matrimonio que era para ellos un suicidio, puesto que se hallaban resueltos á sacrificar su vida ántes que sufrir el acerbo dolor



de verse separados para siempre, teniendo ella que pertenecer á un hombre á quien no amaba.

Entónces Luis le dijo:

— En lo más escondido de las montañas del Abra existe una ranchería que, aunque en estado salvaje, por no haber penetrado en ella todavía la luz de la civilización, forma un estado poderoso por su riqueza agrícola, por su numerosa población y por la abundancia de productos que tan elevado precio tienen entre los cristianos. En ella nació yo; y cuando el más atrevido de los expedicionarios que en diferentes épocas se internaron en aquellas espesuras me arrebató del lado de mis padres, yo era muy niño, y sólo conservaba el recuerdo de que á la presencia de mi padre todos los demás se humillaban. Jamás mi anciana madre quiso revelarme quién era el autor de mi existencia, temerosa, como después me dijo, de que cambiara de religión y perdiera la tranquilidad que tenía en el Abra, por las feroces discordias de la ranchería donde nació, cuyos envidiosos vecinos la hacen cruda guerra, aunque sin fortuna ni éxito alguno.

Mi padre era el jefe de esa ranchería, según me dijo mi madre al morir. Su poder en ella era absoluto y discrecional; su voluntad, ley; y ante sus mandatos inclinaban todos la frente. Mi padre acaba de morir. Un hermano suyo, que me cuidó en la niñez se ha encargado de la jefatura, y llevado del entrañable cariño que me profesa, conociendo mi residencia por uno de los muchos *alzados* que vienen á hacer compras á Bangued, acaba de mandarme un pariente que me propone en su nombre ir á recoger la herencia paterna, sin que sean obstáculo mis nuevas creencias. Triste es una ranchería por el estado incivil en que se vive, y la falta de sociedad es terrible para el que ha conocido

un mundo mejor ; pero como dos que se aman tienen su paraíso en cualquier lugar donde se encuentran , por malo que sea , se me ha ocurrido la idea de que vayamos á disfrutar de nuestro amor léjos de estas poblaciones ingratas donde tanto hemos padecido y tan crueles dias nos esperan. Allí viviremos felices : serás respetada de todos , nadie te ha de igualar en poder , y , reina de mi corazón , aún podremos ser dichosos. Si me amas , no rehuses mi ruego : sígueme , y mi pasión vehemente te creará nueva patria y un afecto más dulce que el que pierdes al abandonar á tus padres , que te dejan padecer , y á los parientes que ven con indiferencia tu dolor , cuando tan fácil les sería hacerte dichosa. Antes de irnos á mi ranchería , un sacerdote nos unirá en Bangued , que no tu deshonra , sino tu felicidad deseo.

—Acepto , dijo Rosa conmovida. Tienes razón ; donde yo goce de tu amor , allí estará mi patria , mis más tiernas afecciones , mi dicha. Sin tí no quiero la vida , y ántes que quitármela , ofendiendo á Dios , vamos allí á adorarle aunque los hombres le ofendan en Vigan. Dios tomará en cuenta la necesidad que me impele á resolución tan extremada ; dejo á mis padres , cuyo cariño , no obstante su proceder conmigo , jamás olvidaré.

—Corro al Abra á disponerlo todo , para que no tengamos después dificultad alguna y no se frustren tan halagüeños proyectos. Tan luego como lo realice , vendré por tí. No me olvides... Adios , Rosa.

—Adios , y acuérdate que el 22 de Setiembre es el día señalado para mi casamiento , y si no vienes será el en que deje de existir.

—No lo olvidaré.

Ignoraban indudablemente que el párroco de Bangued

no les podia casar sin el consentimiento paterno y licencia del de Vigan.

### XIII.

Luis marchó al Abra. Rosa, mas tranquila, aguardó el regreso que habia de poner término á sus males.

Padeciendo por tener que abandonar á sus padres, y en vista del poco tiempo que le restaba de permanecer junto á ellos, quiso mostrarles todo su afecto en aquellos dias, y recobrando su bondadoso carácter, estaba siempre amable y cariñosa, y no se separaba de su lado para nada.

Creyeron con este inesperado cambio haber acertado al apresurar su enlace con Ramon Álvarez, y se felicitaron por su idea.

Entre tanto, llegó el 20 de Setiembre y Luis no volvia.

Rosa principió á inquietarse, porque llovía mucho; el rio podia crecer y ser causa de que no llegase á tiempo, lo cual hubiera sido un gran compromiso para ella, ignorando qué resolución debia adoptar al cumplir el plazo de su casamiento.

El 21 su impaciencia fué cruel: cada hora que trascuria era para ella un martirio. El tiempo empeoraba, y el temor de que hubiese acontecido alguna desgracia á su amante llenaba de mortal angustia su apenado corazon.

Cerró la noche: la lluvia iba en aumento, y ningun otro ruido que el acompasado que formaba al caer, interrumpia el solemne silencio en que estaba envuelta la calle donde vivia Rosa.

La triste jóven, ya desconsolada, perdió toda su esperanza. Se puso á rezar, siéndole imposible dormir, y pasó

aún largo rato con el oído atento por si escuchaba la señal convenida con Luis.

Momentos despues de las doce, su corazon, transido de dolor, se inundó de pronto de alegría. [Era que habia escuchado el aviso que tan impacientemente esperaba. Llegó por fin su amante, y con él el momento de su libertad. Tanta fué su alegría, que permaneció algun tiempo como petrificada, y acaso hubiera continuado en aquella actitud, si una segunda llamada de Luis no le hubiese recordado su situacion. Entónces acercó una luz á la ventana, anunciándole que le habia oido y se disponia á seguirle.

Con el miedo del que teme ser sorprendido, desarrolló una escala de cuerda que tenía oculta, la prendió á la ventana, y despues de coger un pequeño lió de ropa, y dejar sobre la mesita donde solia escribir una carta para sus padres, dióles un triste adios, así como á todos los objetos queridos que veia á su alrededor. En seguida se postró de rodillas ante una imágen de la Virgen, le pidió perdon fervorosamente por lo que iba á hacer, y descendió por la escala. Luis la recibió en sus brazos, donde quedó desmayada, víctima de tan fuertes emociones.

Los padres de Rosa, que dormian en una habitacion inmediata á la suya, de nada se apercibieron.

Recobró pronto el sentido, y cubriéndola con un capóton de goma que llevaba prevenido, pues la lluvia era fuertísima, la condujo á donde dejó los caballos, y ayudándole á montar, salieron á escape en direccion á la bocana del rio.

El ruido del agua amortiguaba el de los caballos, así es que nadie se apercibió de aquella fuga.

Las indias por lo general montan bien á caballo, y Rosa, que lo tenía por costumbre, corria sobre el suyo sin temor

alguno, llegando en breve al punto donde Luis dejó preparado un *vilog* con doce buenos remeros, todos *igorrotos* y gente de su confianza.

Se pusieron á remar afanosamente y al cabo de muchos é inauditos esfuerzós, pues la corriente era poderosa y el viento y la lluvia les molestaba, lograron ir subiendo el rio y llegar á Talamey, ya muy entrada la mañana, rendidos, jadeantes, muertos de fatiga y empapados en agua.

Descansaron un poco, y montando de nuevo á caballo, anduvieron un corto trecho. La lluvia torrencial que caía, y la espantosa furia del viento que reinaba, les imposibilitaba seguir adelante. La crecida de los rios les impedía pasarlos. Sus cabalgaduras apénas si podían contrarrestar el furor de los elementos, y no tuvieron otro remedio que refugiarse en una casa de las inmediaciones.

Los infelices indios que la habitaban los recibieron con la mejor voluntad, sintiendo no tener provisiones de ningun género con que obsequiarles, pues se alimentaban con las que diariamente podían proporcionarse.

Las que llevaba Luis iban mojadas, así es que se resignaron á comer de cualquier modo que fuese.

Calmó algo el viento, pero como había llovido mucho y los rios no permitían el paso, se decidieron á esperar.

Estaban con la zozobra natural de que les persiguiesen, mas les tranquilizó aquello mismo que ocasionaba su zozobra, que era el mal tiempo.

#### XIV.

Al siguiente dia, léjos de amenguar, la lluvia arreció. Por momentos se hizo más copiosa y el viento aumentaba.

Hacia veinte y cuatro horas que ninguno de cuantos en la casa se hallaban habian tomado alimento. La ansiedad más cruel les tenía embargados: todo eran lamentos y hondo pesar.

Nunca se vió llover con tan horrible furor, ni con tan desmesurada abundancia como éntonces.

El agua tenía convertidos los campos en un mar sin límites. No pudieron comer tampoco un bocado en aquel horroroso dia y la fiebre les abrasaba.

La angustia de la infeliz Rosa era indecible y su amante sufría más que ella al verla padecer tanto. En su dolor, se culpaba de haber acarreado sobre su amada aquella desgracia: su pesar se aumentaba con esta idea y Rosa se sentía morir de pena al verle tan afligido.

Por la noche el viento se desencadenó y redobló su fuerza la lluvia. El agua subía hasta el piso de la casa, y por el techo entraba á torrentes á consecuencia de haber volado parte de la cubierta.

— Esto es horrible, decía Luis acongojado. Estamos muriendo de hambre y acabaremos por perecer ahogados. ¡Cuán desgraciada has sido en conocerme, Rosa!

— Ten confianza en Dios, le replicó ésta. Todo pasará.

Léjos de ser así, les rodeaba el agua por doquiera y una ráfaga de aire inclinó la casa llevándose algunos *din-dines*.

— La casa va á ser arrebatada, gritó el dueño de ella; estamos cercados de agua: no hay salvacion probable si no en los árboles. Y dando el ejemplo, subió, aunque penosamente, á uno inmediato á su morada.

Le imitaron los demas de su familia, y Rosa y Luis subieron á su vez en otro de espesas ramas, sobre una de las cuales se colocaron.

Sería la una de la mañana del día 25 de Setiembre de 1867, fecha fatal, que recuerdan aún con horror los moradores del Abra.

— ¡Qué amor tan desdichado el nuestro! decía Luis á Rosa. Me ahoga el pesar considerando lo que por mi causa sufres. Yo que daría por un solo momento de felicidad para tí mil vidas que tuviera, he sido quien te proporciona una muerte horrible. ¡Ah! maldíceme.

— ¿Te has vuelto loco, Luis? Si Dios no se apiada de nosotros, y ha decretado nuestra muerte, yo muero contenta estando junto á tí. Lo que me desespera es verte expuesto al mismo peligro, es el temor de que mueras tú también.

— ¿Para qué querria yo la vida sin tí? Morirémos juntos, amándonos con todo nuestro corazón, y aún podrémos llamarnos felices. ¿Qué es la vida? Compara los ratos de dicha que has pasado en el mundo, y los que sufriste, y verás qué desproporcion tan grande. Un momento de placer se paga con meses enteros de dolor. La muerte será un bien para nuestras almas, que quizá vivirían agitadas..... pero no, vivirémos, vivirás tú, pues yo no quiero que mueras; yo te salvaré.

La calentura hacia desvariar á Luis. Abrazaba á Rosa con febril fortaleza; un temblor continuo agitaba sus miembros; se sentia desfallecer.

Rosa á su vez exclamaba :

— ¡Tengo frio : tengo hambre : me muero!

— Vén, gritó Luis : acércate más. Y la estrechaba contra su cuerpo para darle calor.

## XV.

El viento, que iba arreciando por momentos, se convirtió de pronto en violentísimo huracán. Se movía el árbol donde estaban los tristes amantes, lo mismo que si fuera un débil junco.

Serian las dos de la mañana. El agua caía entonces como si el mar, suspendido en el espacio, se hubiese desplomado sobre la tierra.

Un grito intenso, siniestro, se dejó oír; grito de angustia, seguido de dolorosos ayes. Era que una de las ramas del árbol donde se habían refugiado los dueños de la casa, destruida por el vendaval y envuelta en la corriente, se desgajó, arrastrando en la caída á cinco desdichados que desaparecieron al instante, llevados por las aguas.

Como si el peligro no fuera bastante, sobrevino la más horrenda inundación que jamás se conoció. El espantoso retumbar del trueno, el rugido del mar en su mayor furia, no igualaban ni con mucho al horrible son, á la fuerza asoladora de aquella mole enorme, descomunal, irresistible de agua.

Los árboles cedían á su empuje, las casas eran arrancadas por su base, todo lo arrastraba tras sí, y sobre su furibunda corriente iban animales á miles, despojos de todo género, y lo que era más sensible, multitud de cadáveres de todos sexos y edades, sorprendidos de improviso, ó que no hallaron un refugio contra aquella desoladora inundación.

Luis y Rosa se hallaban extenuados por la lucha de tan prolongada agonía. El árbol donde se refugiaron iba á des-



aparecer también, impotente por más tiempo contra los desordenados elementos.

— Esto es un castigo de Dios por oponerme á la voluntad de mis padres y haber deshonrado sus canas con mi huida de la casa, donde me dieron el sér, y que con ellos habitaba, — decia Rosa próxima á fallecer.

— No lo creas, contestó su amante. La voluntad de tus padres iba contra tu corazón.

— No puedo más: nos arrastra la inundación: el árbol cae; yo desfallezco. Adios, Luis: muero amándote.

Luis se había cogido á Rosa fuertemente. Las últimas palabras de éste se perdieron con el ruido que hizo al caer el árbol donde se sostenían, que desapareció rápidamente entre las aguas.

Se oyó un grito de horror: fué lanzado por el anciano dueño de la casa en que habían parado los malogrados amantes, el cual se mantenía aún milagrosamente sobre la copa de otro árbol inmediato.

La inundación lo arrasó todo: el agua se elevaba sobre los lugares donde ántes hubo casas y árboles: los montes habían desaparecido: tan sólo se veía una inmensa cascada que se precipitaba espantosa, en busca de esa tumba grandísima llamada mar.

Cadáveres sin cuento de seres humanos y de irracionales iban envueltos en aquel líquido campo de muerte.

Cuadro tan sombrío sólo puede imaginarse recordando el castigo dado por Dios á su ingrato pueblo con el diluvio universal.

La riqueza pública, el fruto del trabajo asiduo y paciente, quedaba destruido para mucho tiempo en las ricas provincias de Ilocos y del Abra.

La caridad pública y el celo é interés de las autoridades

debían iniciar más tarde una suscripción, á la que concurrieron con notable desprendimiento las clases todas de la sociedad, para atender en lo posible con sus productos á la reparacion de las inmensas pérdidas sufridas por los vecinos de las mencionadas provincias.

Desgracias de otro género no podían ser remediadas: sobre ellas no había más que verter amargas lágrimas.

¡Dios tenga piedad de los muertos!

## XVI.

Han pasado algunos años.

Era el día de difuntos del año de 1873.

Llevados de la costumbre de ir á orar por los que ya no existen, y á quienes nuestro corazón jamás olvida, nos encaminamos aquella tarde al cementerio de Vigan.

Una multitud fervorosa llenaba el sagrado recinto. Internados en una de sus estrechas calles, nos llamó la atención, al final de ella, un grupo de lindas jóvenes que, llorando, sembraban de coronas una tumba sobre la que había grabada esta inscripción:

D. O. M.

DESCANSAN AQUÍ LOS RESTOS DE LUIS DOMINGUEZ

Y ROSA YÁCSON,

MUERTOS EN LA INUNDACION DE 1867.

ROGAD Á DIOS POR SUS ALMAS.

Algo apartado de las jóvenes se hallaba un hombre muy anciano puesto de rodillas, con la cabeza descubierta y rezando.

Surcaban sus mejillas abundantes lágrimas, y tanto su dolor como el de las jóvenes que derramaban flores en aquella tumba, cuya inscripcion revelaba el lúgubre fin de dos personas, despertaron poderosamente nuestra curiosidad.

Respetamos su dolor, y cuando iban á marchar pedimos al anciano nos dijese quiénes fueron en vida los seres cuya desaparicion les causaba tan doloroso sentimiento.

Quedó el anciano á nuestro lado, y sobre la tumba de Luis y Rosa nos relató la triste historia que dejamos narrada, oida por él repetidas veces á los padres de ésta, con quienes trabó conocimiento más tarde, y á los cuales dió á conocer los últimos momentos de la desgraciada jóven y su amante.

El anciano era el que los hospedó en su casa de las afueras de Talamey, salvado por milagro de una muerte que creyó inevitable.

El infeliz luchó toda aquella noche contra el poder desencadenado y avasallador de las furiosas aguas y de la impetuosa corriente.

Asido á la frágil rama desgajada del árbol durante el huracan; arrastrado sin voluntad como una masa inerte; golpeado contra los techos de las casas, contra las copas de otros árboles, contra las masas de troncos y ramas que seguian como él aquella lucha terrible, llegó á perder la conciencia de sí mismo, y á ser solamente uno de tantos objetos como las aguas arrastraban en su violenta marcha.

Aquel desgraciado pintaba con tan vivos colores sus amarguras y sufrimientos hasta que perdió el sentido, que nos sería difícil seguirle en su conmovedor relato. Lo que no se siente no puede explicarse con todo su terrible colorido.

Cuando cesó la invasion de las aguas, cuando poco á

poco fué desapareciendo de la tierra la masa líquida que la cubria, y se señalaron sucesivamente las cumbres de los cerros, las copas de los árboles y los frágiles techos de nipa que habian resistido el embate de la corriente, el anciano fué hallado sobre una colina, asida su diestra con desesperacion á un pequeño arbusto, con el que tropezó sin duda en su agonía.

Allí perdió el conocimiento, y cuando recobró la memoria hacía dos semanas que una caritativa familia le cuidaba en la penosa enfermedad que habia contraído.

Las jóvenes mestizas que en la tumba de los infortunados amantes rendian aquel hermoso tributo á la amistad, eran las antiguas y buenas amigas de Rosa, que enteradas de su desastrosa suerte, sintieron acerba pena, y todos los años se reunen á depositar fúnebres coronas donde se hallan los restos de tan desventurada amiga.

Los cuerpos de Luis y Rosa, segun el anciano, fueron hallados juntos en una isleta del barrio de San Julian, despues de la inundacion; é identificadas sus personas por un pariente, se les dió sepultura en el lugar donde hoy descansan.

## XVII.

Retrocedamos.

Los padres de Rosa, al notar su desaparicion, se dolieron mucho de aquella desgracia, ocasionada por su intransigencia; pero el mal estaba hecho.

Las preocupaciones de familia, la ambicion quizá, habian sido causa de que separaran violentamente aquellas dos existencias, que parecian nacidas la una para la otra.

El padre de Ramon fué víctima de crueles remordimientos.

---

Una especie de arrepentimiento habia penetrado en el corazon de aquel hombre, arrepentimiento que le obligaba á confesarse culpable de la temprana muerte de Luis y de Rosa.

Despues de este triste suceso, no consiguió vivir mucho tiempo.

Su hijo, el pretendiente de la bella cuanto infortunada mestiza ilocana, tampoco fué feliz.

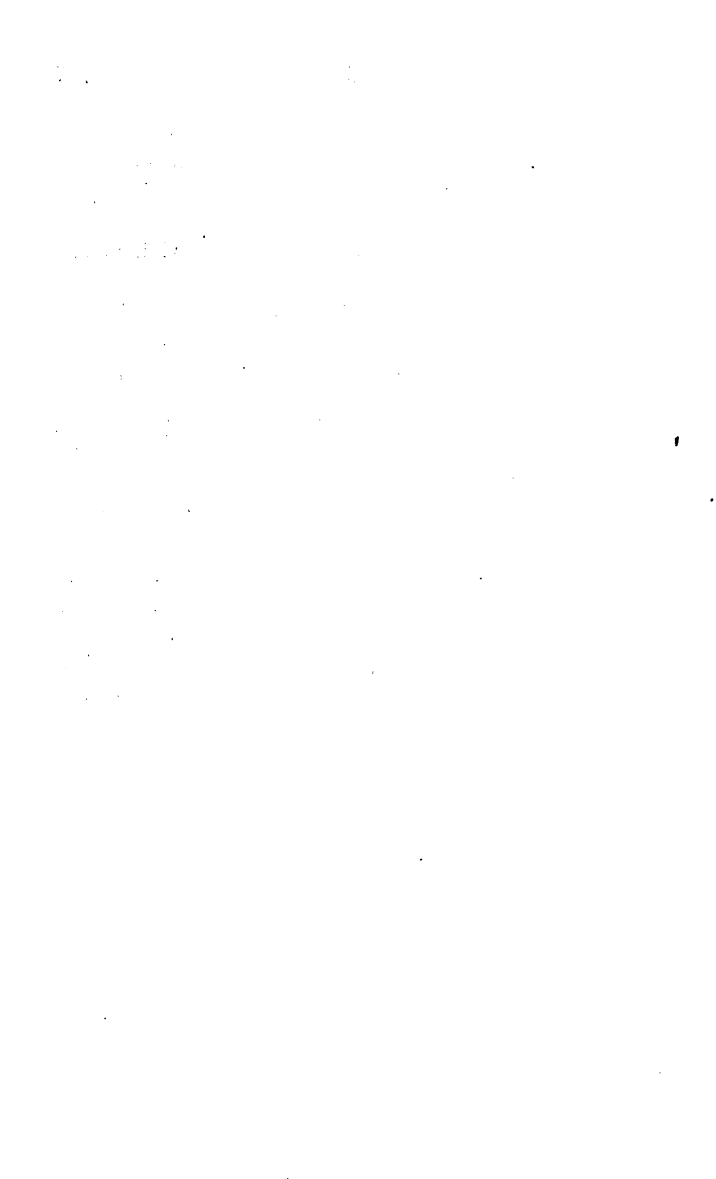
¿Obraba en su corazon el arrepentimiento? ¿Imperaba acaso el dolor? Lo ignoramos.

Ramon no volvió á dirigirse á ninguna de las jóvenes del pueblo, ni ménos pretendió contraer matrimonio. Aún se conserva soltero.

Conocida en Vigan la historia de los contrariados amores que dejamos reseñados, y la desdichada conclusion que tuvieron, no pudo borrarse en mucho tiempo de la memoria de cuantos habian podido apreciar las buenas cualidades de Luis y la belleza y ternura de alma de Rosa.

Pidamos tambien á Dios que sus almas gocen en el cielo la quietud que en la tierra no les fué posible encontrar.

---



---

---

# EL PIRATA LI-MA-HONG.

---

## I.

Li-Ma-Hong habia sido, hasta cumplir los veinte y cinco años, un pacífico ciudadano del Celeste Imperio.

Poco aficionado á trabajar, pasaba el dia vagando por las calles de su ciudad natal, requebrando las muchachas bonitas que hallaba al paso, pues áun á los chinos hace perder la chaveta el bello sexo; y si son algo traviesos como Li-Ma-Hong lo era, no dejan de echar flores á las mujeres cuando se presenta la ocasion.

Una tarde quiso su desgracia que viera entrar en un bazar de telas á cierta dama de elevada alcurnia, á juzgar por el lujoso *palanquin* en que fué y los sirvientes que la acompañaban.

La dama era jóven y hermosa, cualidades que Li-Ma-Hong estimaba más en las mujeres, aunque fuesen livianas, que todas las virtudes recomendadas desde Laon-King al último filósofo chino conocido, á pesar del respeto que le merecian. Esta manera suya de pensar, demostrará de cuánto era capaz quien tales ideas abrigaba.

Se acercó á la dama y le dijo :

—Hermosa jóven, digna representacion de *Tchangno* (1) en la tierra, por cuyos desdenes vengo sufriendo los más horribles pesares, compadécete de tu adorador y hazme el más dichoso de los hombres concediéndome tu cariño.

La dama, que en su vida habia visto á Li-Ma-Hong, lo creyó loco, al oírle expresarse de aquel modo.

Viendo que insistia en requebrarla, manifestó desagrado por tanta tenacidad.

Como el Tenorio no demostró la mayor circunspeccion, la dama salió de la tienda, dando órden á sus acompañantes para que la condujesen á su casa.

Li-Ma-Hong no se arredró, y fué tras de ella con el propósito de averiguar dónde vivia.

Anduvieron un buen trecho y vió, lleno de asombro, que el *palanquin* entraba en el palacio del Gobernador, que era un mandarin célebre por lo intransigente.

Dió media vuelta y tomó á buen paso el camino del barrio opuesto de la ciudad.

La dama, que era una favorita del mandarin, se quejó del atrevimiento de Li-Ma-Hong, y ántes de que concluyera de hablar, ya habia dispuesto el Gobernador la ida de algunos oficiales en busca de aquel menguado.

Así que lo llevaron á su presencia, ordenó que lo pasearan por la ciudad, aplicándole sendos azotes en cada esquina, lo cual fué exactamente cumplido, no sin grave daño de las espaldas del paciente. Terminado el vaporeo, recibió aviso de salir ántes de una hora de la provincia, para no volver jamas, encargándole al propio tiempo impetrara de Confucio que conservase la salud al man-

---

(1) Diosa de la luna.



darin que tenía con él la benevolencia de no hacerle cortar la cabeza.

Li-Ma-Hong salió de la ciudad como cuerpo á quien han propinado doscientos azotes, que es una excelente receta para no dormirse sobre las pajas, aunque apénas podia tenerse en pié.

Se detuvo en casa de una conocida suya de un pueblo inmediato, quien le bañó con agua y vinagre para que sanara pronto. Restablecido, se puso otra vez en marcha. El recuerdo de su último paseo por la ciudad en que nació, le hacía ser diligente.

Ansioso de venganza, entró despues á formar parte de una compañía de ladrones, los que, admirados de su travesura, le aclamaron á poco por jefe.

Algunas fechorías realizó; pero muy mal se le presentarian las cosas, porque cambiando de modo de vivir, se hizo corsario. Li-Ma-Hong habia, al fin, acertado la vocacion. De tal modo se las compuso, que en breve era comandante de una poderosa escuadra de *champanes*. Sus vandálicos hechos llevaron de pánico á toda la China. El Emperador, cansado de oir hablar del famoso pirata, que tanto alcanzaron sus hazañas, hizo reunir todos los buques del Imperio, y los mandó en su persecucion.

Acordándose entónces de la manera con que le trató el mandarin de su ciudad, por el leve pecado de decir unos cuantos chicoleos á su favorita, calculó lo que sucederia si le pescaban y el Emperador ordenaba su castigo; así es que conceptuó lo más en relacion con la prudencia irse donde estorbara ménos.

Puso el rumbo hácia la isla de *Tacootican*, y allí estaba hecho un sultan, á la fecha en que comenzamos esta verídica historia.

## II.

Serian las dos de la tarde.

Li-Ma-Hong, despues de haber comido opíparamente, se disponia á dormir la siesta, entreteniéndose miéntras cogia el sueño, en fumar *anfion*, para que en vez de soñar que le estaban abriendo el vientre de órden del Emperador, se le aparecieran hermosas chinas brindándole con dulcísimos deleites. No pudo lograr esa fortuna, porque le anunciaron la llegada de su lugarteniente Sioco.

— Jefe y amigo, dijo éste despues de saludarle, vengo á desahogar en tu cariño las penas que devoran mi alma.

— ¿Qué te ocurre, Sioco?

— He sido víctima de la más negra perfidia que registra la historia de la volubilidad y mudanza de las mujeres.

— ¿Y te han apaleado?

— Más lo hubiera preferido.

— Bien se conoce que no sabes lo que es eso.

— Juzga tú si mi dolor es fundado.

— Te escucho, amigo.

— Me habia prometido unirse á mí la más bella jóven que idearte puedas.

— ¡ Hermosa sería !

— Era un portento de hermosura. Ella aseguraba amarme, y sus padres me prometieron que no habia de ser de otro. La dejé en esa confianza para compartir contigo los azares y la gloria de nuestra última correría, esperando volver pronto; pero como mi tardanza se prolongaba, dió oídos á las falaces promesas de un seductor, que la ha llevado consigo á una isla donde aseguran que muchos de nuestros paisanos han emigrado y hacen grandes negocios, to-

do lo cual he sabido por el jefe de la escuadrilla que acaba de fondear.

— ¿Y qué deseas ?

— Que me des licencia para ir con algunos buques á esa isla, á fin de que tome cumplida venganza de la pérfida y de su aborrecido amante.

— ¿ Qué isla es ?

— Se llama Luzon. Unos cuantos españoles la han ocupado, mas no podrán hacernos retroceder, pues son pocos é insignificantes los medios de defensa que tienen. La isla es grande y fértil, fáciles de dominar sus habitantes y punto el más á propósito para que fundes allí la base de tu Imperio. La conquista de ese país no te sería difícil. Ten en cuenta que hay allí mujeres seductoras y recursos para crear un reino que no te haga envidiar el del hijo del Sol.

— Magnífico. Es un gran pensamiento. Sioco, disponlo todo, y adelántate con el grueso de la escuadra sobre la isla de Luzon. Yo iré en tu seguimiento, y ántes que la nueva luna alumbre la tierra, serémos los dueños de aquel privilegiado país. Nada de cuartel. Sorpréndelos de noche y pásalos á cuchillo. Que no quede con vida ni uno solo de la guarnicion. Los indígenas que se entreguen serán nuestros esclavos. Desde ahora te pertenece la vida de la que no ha sabido guardarte la fe que te prometió, y la de quien la sedujo, sabiendo su compromiso contigo.

— Mi venganza será terrible.

— Y yo ganaré un reino.

— Hasta despues, que voy á cumplir tus órdenes.

— La fortuna te guie, Sioco.

Aparejaron la escuadra, que se componia de sesenta y

dos *champanes*, pertrechados convenientemente. Embarcada la tropa, viraron con rumbo á Manila.

### III.

Para que nuestros lectores puedan formar idea del peligro á que iba á verse expuesta la naciente colonia de Filipinas, harémos una sucinta reseña del estado en que se encontraba aquella parte de los dominios de España en 1574.

El adelantado Miguel Lopez de Legaspi, desde Cebú, donde habia fijado su residencia, salió á reconocer las demas islas. Habia oido hablar de una mayor que las descubiertas hasta entónces, y se encaminó en su busca.

Tomó posesion de la de Panay, que se compone de las provincias de Iloilo, Antique y Cápiz, deteniéndose algo en ésta, cuyos habitantes le recibieron bien. Al cabo de una navegacion penosa, descubrió la isla de Luzon.

Encomendó el reconocimiento de ella á su sobrino Juan de Salcedo, quien, seguido de 120 españoles y varios indios, entró en el Pásig.

La vista de aquel ancho rio navegable, desembocando en una bahía susceptible de fácil y segura defensa, estableciendo fuertes en las estrechas *bocanas* ó abras, por las que sucesivamente tienen que pasar los buques para entrar á ella, le sugirió la idea de fundar una ciudad en sus inmediaciones.

Todo el territorio que hoy comprende Manila y sus principales arrabales obedecian á dos *rajahs*, llamados Soliman y Lacandola, quienes recibieron á Salcedo amigablemente.

Tranquilo estaba el animoso caudillo, creyendo de buena fe en las pacíficas miras de ambos caciques, cuando inesperadamente asaltaron sus buques innumerables indios mandados por Soliman, *rajah* de Manila.

La resistencia fué enérgica, logrando poner en fuga á los agresores. Para castigarlos mandó Salcedo les siguieran ochenta españoles, y puso cerco á un fuerte de madera existente donde se alza hoy el de Santiago, que tomó por asalto al cabo de un breve, aunque reñido combate.

Los indios huyeron, incendiando el fuerte: Quedaron en poder de Salcedo 12 cañones y algunos pedreros portugueses.

La defensa fué dirigida por un portugues, á quien se dió muerte.

Lacandola, *rajah* de Tondo, no tomó parte en la agresion. Durante la lucha tuvo enarbolada sobre su casa una bandera blanca en señal de neutralidad.

El mal tiempo obligó á Salcedo á refugiarse en Cavite, y de allí, para proveerse de víveres, marchó á Cápiz.

Este activo capitan visitó la isla, y no descansaba en organizar su pequeño ejército.

Legaspi á su vez fué á Cebú, creó una ciudad en toda forma, repartiendo tierras á 50 vecinos que se presentaron á empadronarse, organizó su municipalidad y nombró gobernador.

Pasó despues á Cápiz, de donde salió con una escuadra el 15 de Abril de 1570, con el designio de conquistar á Luzon. En Leyte revisó sus fuerzas, que ascendian á 280 hombres. En Mindoro impuso á sus naturales la contribucion llamada *tributo*, que más tarde se hizo extensiva á todo el país. Fondeó en Cavite, cuyos naturales le rindieron homenaje.

Los *tagalos*, que suponía aguerridos, no parecían dispuestos á hostilizarle. Entónces los invitó á declararse vasallos del rey de España, ofreciéndoles su proteccion y amparo.

Lacandola primero y luégo Soliman lo hicieron así, quedando asegurada desde aquel momento la pacífica posesion del país.

Legaspi fundó la ciudad á que puso el nombre de Manila; mandó reconstruir el fuerte incendiado, é hizo levantar un palacio para él, un convento para los religiosos de San Agustin, una iglesia y casas para los vecinos, todo de madera, declarando que aquella sería en adelante la capital del Archipiélago.

El 19 de Mayo de 1571 tomó posesion solemne de la ciudad, designándose como patrona á Santa Potenciana, por ser aquel su dia. El Ayuntamiento juró cumplir fielmente su cargo, y hubo un besamanos.

Destruida por un incendio esta poblacion primitiva, se levantaron mejores casas, señalando Legaspi el magnífico trazado de calles que conserva.

Envió embajadores á China, y permitió establecerse en Manila á los comerciantes chinos.

Los *tagalos* en aquella época vivian á manera de salvajes, sin ropas apénas, hacinados en malas casuchas de *nipa*, y sin ningun mueble ni utensilio. Adoraban infinitos ídolos. Los ancianos aplicaban las leyes. Admitian la poligamia y la esclavitud. Generalmente corregian á lós delinquentes con la pena del Talion.

Eran aficionados al canto, música y baile.

Su canto era monótono; los instrumentos que usaban eran de caña, y su baile pantomímico.

Legaspi, con un tacto exquisito, supo organizarlo todo;

creó la Administracion y dictó sábias leyes, no desatendiendo ni por un instante la reduccion de las islas. Débese á su heroicidad, á sus virtudes cívicas, á su genio superior, á su gran patriotismo y á su noble desinterés la pronta, pacífica y cabal incorporacion á España de las Islas Filipinas.

Fué un héroe, cuya memoria no han honrado como se merece, pues ni un monumento existe que recuerde en Manila á los que visiten aquella capital ó nazcan allí, los gloriosos hechos del ilustre Miguel Lopez de Legaspi, primer Gobernador general de las Islas. Tan sólo un pueblo de la provincia de Albay y una modesta calle de Manila llevan su nombre. Murió el 20 de Agosto de 1572, con universal y sincero sentimiento de peninsulares é indígenas. Sus restos yacen en la iglesia de San Agustin.

A su fallecimiento quedó encargado del mando superior el maestre de campo Guido de Labezares.

Juan de Salcedo estaba en Ilocos realizando la conquista de aquel punto de Luzon.

Repartidas así las escasas fuerzas que habia, Manila sólo contaba en su recinto, á la llegada de los piratas, con 60 peninsulares para la defensa de la plaza.

#### IV. •

Sioco, seguido de 400 hombres, efectuó su desembarco en la mañana del 30 de Noviembre de 1574, no habiéndolo realizado de noche, como habia dispuesto Li-Ma-Hong, por impedirlo el viento.

Apercibido el Gobernador general, se defendió con bravura, causando algunas bajas al enemigo.

Sioco no esperaba encontrar resistencia; temeroso de

sufrir un descalabro, se retiró, diciendo á su jefe que deseaba dirigiera él en persona la toma de la ciudad, para que la gloria del triunfo fuese exclusivamente suya.

Li-Ma-Hong se hallaba en Cavite, donde fondeó para organizar desde allí el ataque.

La retirada de Sioco vino perfectamente á los defensores de la plaza, porque aprovecharon el tiempo en fortificarse, fijando además cuatro cañones sobre las murallas.

Los moradores de Manila se encerraron en la fortaleza. Abandonada la ciudad, pudo Li-Ma-Hong penetrar fácilmente en ella, cometiendo la barbarie de incendiarla.

Comenzó el ataque. Los sitiados se defendían heroicamente, cuidaban de todo y se multiplicaban en la lucha, acudiendo allí donde el peligro era mayor.

Li-Ma-Hong, admirado de un heroismo semejante y sobreexcitado por la lucha, parecía un tigre; no creyó que fuera tan difícil apoderarse de un fuerte defendido nada más que por unos cuantos españoles, siendo diez veces superiores las fuerzas que él mandaba.

Enardecido el pirata, redobló sus ataques, y tal vez el valor hubiera sucumbido al número sin la oportuna llegada de Salcedo á la cabeza de su gente.

Este valeroso jefe se hallaba en Ilocos, como dijimos. Desde Vigan, donde hay una atalaya bastante elevada que se llama *La Mira*, vió numerosa escuadra de *champanes* chinos en direccion á Manila.

Presagiando que el objeto de sus tripulantes sería caer sobre la capital, salió para Manila inmediatamente.

Su prevision salvó al país de las garras del feroz Li-Ma-Hong, quien tuvo que reembarcarse á toda prisa, perdiendo 200 hombres. Esta memorable hazaña valió á Salcedo el nombramiento de maestro de campo.



Furioso el atrevido pirata por su derrota, desembarcó en Pangasinan, exigió á sus naturales un tributo, é hizo construir una fortaleza resguardada por fuertes estacas.

Inmediatamente que Labezares tuvo conocimiento de ello, encargó á Salcedo marchase contra Li-Ma-Hong.

El infatigable sobrino de Legaspi, á la cabeza de 200 europeos y 2.000 indios, se trasladó á Pangasinan.

Su llegada fué fatal á los chinos, porque redujo á cenizas todos sus buques.

Salieron á probar fortuna, y los puso en precipitada fuga, ocasionándoles muchas bajas. Algunos pudieron refugiarse en su fuerte; otros no pararon hasta los montes.

Para economizar sangre, Salcedo cercó el fuerte, confiado en reducirlos por hambre.

Los chinos lo conocieron, y dia y noche trabajaban en construirse algunas pequeñas embarcaciones con las maderas que se proporcionaban, logrando escapar de noche por el rio, aunque considerablemente mermados, y con inminente peligro de sus vidas, por lo inseguro de sus esquifes.

Salcedo es otro de los héroes, digno de eterno renombre, que más trabajaron por la conquista y organizacion del país.

Desinteresado, noble, sin más ambicion que la de afianzar el dominio de España en aquellas regiones, incansable en su patriótico propósito, sometió á todo Luzon, más por la persuasion y medios pacíficos, que valiéndose de la fuerza; y cuando tuvo que combatir, como contra Soliman y Li-Ma-Hong, quedó siempre victorioso.

Se hacía amar por su bondadoso carácter, temer por su valor, y respetar por su dignidad y nobleza. Acabó sus dias en Vigan, á cuya ciudad tuvo especial predilección, erigiéndola en villa, con el nombre de Fernandina.

En la plaza principal de Vigan existe un modesto monumento que hizo construir en memoria de Salcedo el año 1850 una celosa autoridad de Ilocos-Sur. Tambien llevan su nombre un pueblo de la provincia de Samar y una calle de Santa Cruz, arrabal de Manila.

## V.

El pirata Li-Ma-Hong y algunos pocos de sus secuaces, pudieron llegar á *Tacootican*, no sin grandes riesgos, que les tuvieron bastantes dias en cruelísima zozobra.

Al recordar su importante escuadra destruida, sus mejores soldados muertos, su vergonzosa derrota, el deshonor que habia caido sobre su ántes respetado nombre, las penalidades que sufriera, acorralado como un lobo en su fuerte de Pangasinan, y hasta el hambre que padeció, Li-Ma-Hong maldecia su desdichada resolucion de secundar los planes de venganza de su lugarteniente Sioco, comprometiéndole á una empresa que tan al revés habia salido de lo que supuso.

Li-Ma-Hong fué un Quijote, que, por querer desfacer agravios, enderezar entuertos y conquistar reinos, á poco más le administran un molimiento de palos, como el aplicado por los malandrines yangüeses sobre las flacas costillas del Hidalgo manchego, ó como el recibido en sus propias espaldas por órden del mandarin que gobernaba la ciudad donde vió por vez primera la luz.

Aquél que fué por algun tiempo el terror de los mares, estaba engolfado en parecidos pensamientos, cuando se le ocurrió llamar á su lugarteniente Sioco.

— Señor, Sioco no puede venir, le contestaron.

— ¿Por qué? preguntó.

— Por muy sencillo motivo. Sioco era un muchacho pundonoso y enamorado. Frustrada tan desastrosamente la aventura, que por su consejo emprendiste, de conquistar la isla de Luzon, su pundonor le impedía ponerse más en tu presencia. No habiéndose realizado tampoco su proyecto de tomar venganza de la infiel que lo engañó, y á la que, á pesar de ello, amaba con pasion, y martirizándole el recuerdo de que sería feliz con su nuevo amante, pues tambien Sioco era celoso, ha decidido pener fin á sus dias, lo que hoy mismo acaba de realizar estrangulándose con una cuerda. Ve ahí por qué motivo no podia venir.

— ¡Se ha suicidado! ¡ Infeliz! Era un héroe.

Li-Ma-Hong se bebió seis tazas de chá, porque se le anudaba la garganta por el dolor de la pérdida de su lugarteniente; y temeroso de que la impresion le fuera perjudicial, pidió su pipa y se puso á fumar opio, á ver si lograba que se ofrecieran á su imaginacion distintas imágenes de las que se le representaban, pensando en el fatal destino del malogrado Sioco.

Los documentos fehacientes de que hemos tomádo las noticias verídicas de esas particularidades de la vida privada de Li-Ma-Hong, documentos escritos en caracteres chinos, de cuya autenticidad no podemos dudar, por haberlos visto en el archivo de un descendiente del célebre pirata, en un viaje que hicimos á China en Marzo último, concluyen en el punto en que nosotros lo dejamos, disponiéndose á fumar *auñon*.

Ignoramos cómo acabaria sus dias.

Posible es que tan embelesadoras fuesen las imágenes que en su placentera somnolencia se le aparecieran, que perdiese la vida, embriagado de goce contemplándolas.

Aún recuerda Manila el día 30 de Noviembre de cada año, día en que puso en tanto peligro las islas ese mal aconsejado pirata con su referida intentona, celebrando una solemne función religiosa, con asistencia de las corporaciones oficiales, en acción de gracias por tan señalado favor de la Providencia.

Como el hecho descrito tuvo lugar el día de San Andrés, fué este santo elegido patron de Manila.

La gloriosa defensa de aquellos valientes españoles se conmemora asimismo, sacando el pendon de Castilla por las principales calles de la ciudad, llevado por el alférez Real. Le acompañan los funcionarios públicos y un piquete de tropas.

Los vecinos de la capital adornan sus casas con colgaduras, y cubren las calles con toldos, reinando gran animación en la ciudad. Terminado el acto cívico-religioso, obsequia el alférez Real á sus amigos y á las autoridades con un suculento almuerzo, en el que, recordando las glorias de nuestros antepasados, se termina siempre con calorosos brindis á España.

---

---

---

# EL ESTUDIANTE DE LA LAGUNA.

---

## I.

Manila era víctima de la *colla* más fuerte, conocida en la época de aguas, allá por los últimos días del mes de Octubre de 1873.

A todas horas, incesantemente, se sentía caer una lluvia torrencial, con simétrica intensidad, desde la mañana de un día á la del siguiente, sin que en toda una semana hubiera tenido ocasion de lucir sus resplandores el astro diurno, velado por espesísimas nubes.

El barrio de Tondo, el de San Miguel y otros de los más bajos, estaban inundados en tales términos, que para ir á algunas de sus calles era preciso valerse de pequeñas embarcaciones.

No obstante la frecuencia con que en Filipinas se sufren *collas* que duran meses enteros, la que reinaba en la época á que nos referimos sobresaltó al vecindario. Se temía que las provincias del S. E. estuvieran padeciendo los estragos de una horrible inundacion.

El día 25 soplabá el viento desencadenadamente, cru-

jian con espantoso estruendo las puertas y ventanas de los edificios de mampostería, volaban por los aires los techos de las casas de caña y nipa, veíanse otras derrumbadas, árboles corpulentos eran arrancados de raíz, y los faroles del alumbrado público yacían rotos por tierra.

Los buques de vapor fondeados en bahía encendieron las calderas, los de vela rastreaban sobre sus anclas, y no pocos de éstos fueron á encallar en la playa de Santa Lucía, que estaba cubierta de restos de embarcaciones.

Un *báguio*, ese vendaval horrible, ese espantoso temporal de aquellos agitados mares, en toda su imponente majestad, en su desenfrenada violencia, en su devastadora furia, asolaba la ciudad de Manila.

La oscuridad era densa, aterraba el aspecto del cielo; el viento corria con una velocidad de 343.000 pies por hora, rugiendo espantosamente, y gruesas gotas de agua, impulsadas por él, iban á chocar con estrépito contra las ventanas de conchas de los corredores.

Una ráfaga de viento hizo volar el empinado techo de nipa de cierta casa del arrabal de Tondo.

Instantáneamente los *dindines* ó tabiques, que eran de *saji* ó sea de caña tejida, saltaron, dejando desnudo el esqueleto de la casa. La familia que habia en el interior de ella quedó de improviso al descubierto, azotándose el rostro la lluvia y expuesta á los furiosos del viento. Un indio como de veinte y cuatro años de edad saltó al medio de la calle, con evidentes señales de desesperacion. Los demas se colocaron *en cuclillas*, aguardando *filosóficamente* la terminacion del *báguio*. Otros vecinos les imitaban con igual calma.

Despues cada uno se las agenció como pudo en las casas de sus conocidos, y pasado el huracan reconstruye-

ron las suyas, gracias al eficaz auxilio del bejuco y la caña.

## II.

Tres dias despues del *báguio* indicado, bogaba rápidamente por el hermoso rio Pásig una ligera *banca* (1).

Dos remeros tagalos, cubiertos con anchos sombreros de hoja de palma, desnudo el cuerpo, cuya bronceada y lustrosa piel brillaba á los rayos del ardiente Febo como si fuera de charol, agitaban con rapidez la pala que sirve de remo y timon á sus canoas, haciéndola deslizarse velozmente sobre las aguas del caudaloso rio.

La *banca* estaba provista de su correspondiente *cayan*, toldo de caña tejida que preserva su parte céntrica del sol y la lluvia, é iba ocupada por varios indios vestidos á la europea, que demostraban ser estudiantes, pues son quienes generalmente han preferido nuestro traje que les abraza, por ir *chichiricos* (2), al suyo fresco y holgado, tan propio para aquella tierra.

Todos animaban á los *banqueros* á bogar deprisa.

La corriente era favorable, y unido esto á la natural ligereza de la *banca*, cortaba el agua con mayor empuje que si fuera de vapor, separando á uno y otro lado las compactas masas de hierbas llamadas *quiapos*, que el rio arrastra constantemente en cantidad fabulosa.

Uno de los pasajeros, que ya conocemos por haberle visto arrojarse á la calle desde el poco elevado piso de la

---

(1) Canoa estrecha y larga de una sola pieza.

(2) Muy compuestos.

casa de caña que habitaba en Tondo, cuando el *báguio* hizo volar sus *dindines* y techumbre, al cual designaban con el nombre de Juancho Alcira, decia á sus compañeros en dialecto tagalo :

— Estoy impaciente por llegar á mi pueblo. Si es cierto, como me han escrito, que el *báguio* último ha destruido mi casa y anegado mis terrenos en términos de que será imposible sembrarlos en algunos años, soy perdido, porque la falta de recursos me hará renunciar á seguir estudiando en Santo Tomás.

— Pues cuéntalo como seguro, le replicó uno. Mi familia ha quedado en la mayor miseria, y esa es la causa de que regrese á Santa Cruz apenas principiado el curso.

— Yo, que, como sabeis, soy de Tayabas, agregé otro de elevada estatura y expresiva faz, marchó tambien á mi provincia por igual causa. El *báguio* del 25 de Octubre no lo olvidarán jamas nuestros compatriotas de la Laguna y Tayabas, provincias que ha devastado con su maldito furor. El espectáculo que presentaban, dice mi padre, era horroroso. Los rios se desbordaron, fueron las poblaciones inundadas, las siembras destruidas, muertos innumerables ganados de todas especies, y afligidos nuestros paisanos con el cruel azote del vertiginoso huracán y de la copiosa lluvia, que ya sus casas no podian servirles de abrigo contra la inclemencia de los elementos, porque el *báguio* las habia arrollado.

— ¡Qué horrible calamidad!

— Afortunadamente, dijo el segundo que habia hablado, el Gobierno, que tanta parte toma siempre en el alivio de las desgracias del país, ha iniciado una suscripcion en todo el Archipiélago para reparar en lo posible estos males; y como la filantropía es una de las cualidades que



más distinguen á los habitantes de Filipinas, peninsulares é indigenas, puede asegurarse que en breve se habrá recaudado una considerable suma , con la que algun remedio podrá oponerse á tanto desastre (1). Avanzaba la *banca* mientras tanto , y la hermosa vegetacion que á ambas orillas del Pásig existe, prestaba al anchuroso rio encantador aspecto.

De trecho en trecho aparecia un apiñado barrio de *ba-jais de nipa* , construidas sobre estacas de bambú enclavadas en el agua , á que daban sombra vistosos plátanos de largas hojas.

Algunas indias se bañaban en el primitivo traje de Eva, luciendo sus negras cabelleras destrenzadas, sin cesar de echarse *tabos* (2) llenos de agua sobre la cabeza , género de baño que prefieren al de la completa inmersion.

Otras , en igual fresca atavío , lavaban , ó mejor dicho, machacaban la ropa con un mazo , para limpiarla ; que el palo, y no la mano, pone allí blanca la ropa.

En Filipinas, dicho sea de paso, lavan bien , planchan con un aparato que llaman prensa , semejante al conocido en Europa por plancha de vapor , y bruñen la ropa primorosamente , usando arroz en vez de almidon.

En otros sitios eran graves *carabaos* los que se bañaban; estos sesudos animales , especie de búfalos, aunque calmosos, trabajan mucho y tienen descomunal fuerza , pero el inconveniente de que el calor les sofoca y rinde, siendo necesario irlos refrescando continuamente en las horas de sol. Cuando se les concede descanso, buscan los lodazales,

---

(1) La suscripcion produjo sobre 10.000 duros.

(2) Pieza cóncava hecha de la segunda cáscara del coco.

en los que se enfangan, gozando con estar cubiertos por el lodo, sin dejar fuera nada más que sus larguísimas astas.

El río se veía cruzado en sentido opuesto del que llevaban nuestros estudiantes, por otras canoas cargadas, las unas de *bangas*, ollas de forma especial, para el agua y otros usos, sujetas por una red; las otras estrechas y larguísimas con *zacate*, hierba que comen los caballos, y muchas más con diversos frutos y con pasajeros procedentes de los pueblos de orillas del río, los cuales llevaban mercancías ó iban á sus asuntos á Manila.

Así pasaron ante el pueblo de Pásig, del que recibió nombre el río, por ser el primero que baña, y entraron en la gran laguna de Bay, nacimiento del mismo, á que debe su nombre la provincia de la Laguna. Los estudiantes que conducía la *banca* de que hemos hablado, se separaron en la expresada provincia, yendo cada uno á su pueblo.

### III.

La Laguna, por su proximidad á la capital, por el hermoso río que la tiene en frecuente comunicacion con Manila, por su frondosidad, su magnífica laguna, sus aguas termales, su gran cascada del Bototan, sus elevados montes Banajao y Maquiling, y sus ricas producciones, está reconocida como una de las mejores provincias del Archipiélago filipino.

Es célebre por su aceite de *coco*, que exporta á todo el país y al extranjero, en cantidad muy respetable, y por sus sabrosos *lanzones* y *chicos-mamey*, frutas que aprecian mucho y pagan bien los manileños.

En el Banajao, monte el más elevado del país, que cuenta cerca de 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar, hay un volcán que en otros tiempos estuvo en erupción; su cráter presenta el diámetro de una legua, estando lleno de árboles que espontáneamente brotaron en el interior, de cuyo fondo nace un río.

El monte Maquiling es riquísimo en aguas termales de propiedades salutíferas inapreciables.

En el sitio denominado *Maynit*, hay baños de aguas hirviendo, tibias, frías, heladas y naturales.

El arroyo de Bácon ofrece la notable particularidad de que sus aguas se irritan y alborotan con el ruido, elevándose mucho ó poco, según la mayor ó menor intensidad del estruendo que se produzca.

Las de Bombongan, pertenecientes al pueblo de Pangsanjan, situadas en un lugar delicioso, á que proporcionan sombra y frescura elevadas cañas, son eficacísimas para las afecciones cutáneas. También en otras provincias del país existen manantiales de aguas medicinales.

El estudiante Juancho Alcira era natural del pueblo de Majajai, de la provincia de la Laguna.

Llegó á su pueblo y vió que el cuadro que le habían bosquejado de los destrozos de sus propiedades era pálido ante la realidad.

Viéndose sin albergue, encaminó sus pasos á la gran cascada del Bototan, la cual está á la parte N. O. de Majajai. Le guiaba el propósito de poner fin á sus días arrojándose desde el lugar en que se despeña majestuosamente el agua á una altura de 500 piés, ofreciendo el más sorprendente panorama que imaginarse pueda.

La vista de la bellísima catarata, cuyas espumosas aguas en sus caprichosos juegos adquirían infinitos colores al

herirlas los rayos del sol, distrajo á Alcira de las terroríficas ideas que le condujeron allí. Pasado aquel primer instante de desaliento, regresó al pueblo, decidido á ganarse la vida del mejor modo posible.

En breve obtuvo ocupacion lucrativa.

Juancho era *filósofo*, que así llaman en las provincias de Filipinas al natural de ellas que, despues de haber cursado algunos años académicos en la Universidad de Santo Tomás, vuelve al pueblo de su nacimiento dándose importancia de sabio. Visten á la moda de Europa, se cortan el pelo á lo *romántico*, se miran las botas al andar, y hablan doctoralmente, aunque sin conseguir desterrar el vicio de convertir la *f* en *p* y vice versa. De este modo logran hacerse notables en su pueblo y que se ocupen de ellos.

El *filósofo* de Filipinas es un tipo algo parecido al *pedante* de España.

Si no terminaron carrera alguna, que es lo frecuente, y el estado de su fortuna les impide seguir residiendo en Manila, pasan á ocupar plazas de escribientes en los juzgados ó de *directorcillos* de los *tribunales*.

En esto último vino á parar Juancho Alcira.

El Pedáneo de un pueblo de la Laguna, cuyo nombre ocultamos por lo reciente de los sucesos que vamos á referir, le confirió aquel cargo. Juancho, satisfecho de semejante honor, acordó celebrar la posesion con un *catapusan* ó baile en el *tribunal*, que es con lo que en Filipinas se solemniza todo, hasta la muerte.

Los concurrentes al baile quedaron complacidos del *gaudeamus* disfrutado, diciendo para sus adentros que no podia aconsejar mal quien inauguraba su ministerio tan generosamente.

## IV.

La organizacion municipal de Filipinas difiere bastante de la de España. Unas provincias, como la mayoría de las de Luzon, están mandadas por alcaldes mayores letrados, que ejercen el gobierno civil, y á la vez son Jueces de primera instancia, Subdelegados de Hacienda y ramos locales, Colectores de tabaco en las provincias donde se cosecha esta planta, Administradores de correos, Comandantes á guerra, y Presidentes de las Juntas de Almonedas y de Instruccion primaria.

Otras, como las de Visayas y Mindanao, son regidas por gobernadores político-militares, pertenecientes al Ejército y Armada, que tambien reúnen idénticos cargos que los alcaldes, con la diferencia de que en éstas hay jueces para la administracion de justicia, y en las de Luzon desempeñan los Gobernadores el juzgado, con asesor letrado, que lo es el juez de la más próxima. En las que no existe administracion de Hacienda pública, son tambien Jefes económicos.

En los pueblos los *gobernadorcillos* ejercen el mando, y vienen á ser como los alcaldes y jueces municipales de España, puesto que desempeñan á la vez funciones de jueces y escribanos, con determinadas facultades.

En las colecciones de tabaco, son á la vez caudillos del ramo.

Aun cuando á los *gobernadorcillos* se les retribuye con un tanto por ciento de la recaudacion de las contribuciones, y tienen gratificacion por el tabaco, y algunos derechos más, es tan exiguo el total que llegan á percibir, que está conceptuado su cargo como honorífico.

Los indios lo ambicionan, sin embargo, con un interés tal que admira.

El secreto del móvil que les impulsa está en su afición á figurar, y en que casi todos consiguen hacerse ricos ó quedar en posición desahogada, pasados los dos años de mando. La elección se hace bajo la presidencia del jefe de la provincia, por doce principales del pueblo, sorteados la mitad entre los que fueron *gobernadorcillos* y *cabezas de barangay*, y los seis restantes entre los *cabezas* en actual ejercicio, votando además el que sea *gobernadorcillo* al tiempo de la elección.

El individuo que obtiene más votos es propuesto al Gobierno general en primer término, el que le siguió en votos en segundo, y en tercero, el actual pedáneo.

De esa terna el Gobernador general nombra uno, con vista del informe del presidente de la elección.

Como auxiliares suyos se eligen varios tenientes y alguaciles, en número proporcionado al vecindario.

Los *cabezas de barangay* son jefes de cincuenta familias, á las que cobran las contribuciones, que ingresan en las dependencias de Hacienda y Gobierno.

Esta institución, anterior á la conquista, es utilísima.

Los *cabezas* en ejercicio, ó que lo fueron, con el *gobernadorcillo* y los *capitanes pasados*, como se designa á los que dejaron de ejercer el cargo, forman la *principalía*.

Su traje ordinario es chaqueta negra, pantalon á la europea, sombrero hongo y chinelas de colores, aunque muchos usan botas de charol; la camisa es corta y la llevan fuera del pantalon.

El *gobernadorcillo* usa baston de borlas. Los tenientes, varas.

En las grandes ceremonias visten de etiqueta, con frac

y sombrero de copa, prendas que heredan de padres á hijos.

El dia de la posesion del *gobernadorcillo*, hay en su pueblo universal *fiestajan*. Todos comen, beben, fuman y se divierten á costa del municípe.

En el *tribunal*, ocupa un monumental sillón, construido dos siglos atras, que luce las armas de Castilla y caprichosos dibujos.

Los dias festivos va á la iglesia; la *principalía* y los cuadrilleros forman en dos filas delante de él, precediéndoles la música. En la iglesia ocupa un asiento preferente al de los principales, que tienen bancos de distincion.

Terminada la misa vuelven al *tribunal* en el mismo órden, tocando los músicos un ruidoso paso doble; allí celebran junta bajo su presidencia, en la que acuerda con los *cabezas* los trabajos públicos de la semana.

En muchos pueblos los tributantes, despues de la misa, oyen de viva voz las órdenes que los *cabezas* les comunican.

Para llamar á unos y otros siempre que se les necesita, tienen adoptados ciertos toques de tambor; al oírlos acuden al *tribunal*.

Si el *gobernadorcillo* es enérgico, ó tiene mal genio, le temen y respetan mucho; pero si es irresoluto, abusan. Cuando sale le precede un alguacil con vara alta.

Como la mayoría de estos pedáneos no habla español, están autorizados para nombrar *directorcillos*, que cobran un sueldo muy corto.

El *directorcillo* redacta las diligencias judiciales, la contestacion á las órdenes de las autoridades locales, sirve de intérprete al pedáneo cuando tiene que hablar con los europeos, y ejerce omnímoda influencia en todos los asuntos,

por cuyas circunstancias es el cargo bastante lucrativo. Prevalido de esta influencia, comete á veces abusos que el *gobernadorcillo* se ve en la necesidad de tolerar, para no verse privado de sus servicios, pues hay pueblos donde seguramente no encontraría otro vecino con quien sustituirle, por desconocer todos el castellano.

## V.

Indicada la forma en que están constituidos los pueblos de aquellas islas, se comprenderá toda la importancia y significacion del cargo conferido á Juancho Alcira.

La vanidad es una de las pasiones que más dominan á los indios que ejercen mando, y si se tiene en cuenta lo que hemos dicho respecto á los estudiantes *filósofos*, y se recuerda que Juancho lo era, podrá tenerse idea de la grandosis de presuncion con que se exhibiria ante sus provincianos el nuevo *directorcillo*.

Los antiguos *manguinones* ó caciques del pueblo murmuraban de las ínfulas de Juancho, sin más razon que no haber tenido con ellos la cortesía de pedirles consejo en las cuestiones arduas que fueron presentándose. Su inesperado encumbramiento y su rápida prosperidad despertaron la envidia de muchos, cuya animadversion se atrajo.

Antes de su llegada, algunos abogadillos explotaban la aficion de los indios á pleitear, sacándoles dinero, ganados y hasta terrenos por los escritos que les hacian.

Juancho aminoró en grande la parroquia de esos leguleyos, presentándose á su vez como abogadillo. Los pleitistas acudian á él, suponiendo que habia de valerles más la



posicion suya que los fundamentos en que basara sus escritos, por lo cual todos los *pica-pleitos* le declararon la guerra.

Son los abogadillos una plaga que causa más daño en las provincias que la langosta. La codicia hace que en vez de aconsejar á sus clientes que desistan de aquellos pleitos en que no está la razon de su parte, les animen á llevarlos adelante, ocasionándoles su ruina.

Los llamados allí abogadillos, por supuesto, no son letrados, sino *filósofos* de esos que hemos dado á conocer: cursan unos cuantos años en Santo Tomás, sin aprender nada provechoso: hay, no obstante, honrosas, aunque muy contadas excepciones.

Consignarémos á este propósito que si bien los indígenas filipinos tienen gran facilidad para imitarlo todo, son limitadas las facultades superiores de su inteligencia. Brillan en la música y tienen aficion á otras artes: si fueran más laboriosos y tuviesen profesores que dirigieran sus trabajos, podrian seguramente producir obras de mérito. En cambio no obtienen resultado en el estudio de las ciencias que exigen la aplicacion de las facultades superiores del alma. A lo que son más aficionados es á la lectura y escritura: raro es el indio que desconoce estas materias, aún en las provincias más atrasadas.

Volviendo á Juancho, dirémos, á fuer de imparciales, que pocos directorcillos, y los hay muy atrevidos, lo eran tanto como él para sonsacar á cuantos tenían asuntos pendientes en el *tribunal*; tan á las claras lo verificaba, que en breve se hizo de dinero y compró una buena casa de tabla, que pasó á habitar.

Sus vejaciones fueron tantas que los *sementereros*, ó sea los labradores y algunos industriales, conocieron al cabo

los abusos de que eran objeto, y se confabularon para alejarle del pueblo.

Reunidos una noche sus enemigos, el que los dirigía, que era un abogadillo travieso, expuso la conveniencia de deshacerse de Juancho, y que para lograrlo le parecía lo mejor dirigirse todos á la casa de aquél y obligarle á salir en el acto de la provincia, á condicion de que no volviera, y si resistía, asesinarle.

El vino de nipa, que circulaba de intento con profusion, tenía exaltadas las cabezas de los conjurados, por lo que acogieron con aplausos la idea del abogadillo.

Provistos de *bolos*, arma que los indios *sementereros* llevan al cinto, y algunos con lanzas, se dirigieron en tropel á casa de Juancho, quien al verles, suponiendo las intenciones que los guiaban, montó sobre un caballo en pelo y escapó á galope tendido del pueblo. Algunos de los más exaltados le persiguieron sin lograr alcanzarlo.

Otros, ebrios como estaban, prendieron fuego á su casa, que ardió en el acto como si fuera de yesca.

Reinaba viento fuerte, y al instante el fuego se comunicó á las inmediatas. Como las casas de los pueblos de provincias son en su mayoría de tabla y caña, ó caña y nipa ó *cogon*, materiales sumamente inflamables, el incendio adquirió en breve espantosas proporciones, porque las chispas de fuego y trozos de caña ardiendo, que saltaban como cohetes, llevadas por el viento á grandes distancias, lo iban comunicando á otras situadas á cien metros, y en breve el pueblo ardía por sus cuatro costados.

Alarmados sus moradores al oír el tambor que llamaba á todos los vecinos, miéntras las campanas anunciaban tan temida calamidad, acudieron en masa, llevando unos *bombones* ó tubos de caña llenos de agua, otros ciertos garfios

de hierro que arrojaban á las casas para destecharlas y hacer caer sus *harigues* ó postes de madera, con objeto de aislar el fuego.

Los dueños de las casas próximas á las invadidas por las llamas cubrían con mantas humedecidas los techos de sus viviendas ó los rociaban con el agua de unas *bangas* que á prevención colocan en su parte exterior, apagando instantáneamente las chispas que veían caer sobre ellas.

Las mujeres, llorando y mesándose el cabello, se apresuraban á sacar á la calle sus muebles y ropas.

La confusion era horrible. Gritaban todos, y ninguno se entendía.

Gracias al derribo de algunas casas se logró dominar el incendio, quedando quinientas familias sin albergue, pues el voraz elemento habia reducido á cenizas sus moradas en ménos de cuatro horas.

Esta clase de siniestros suelen repetirse con bastante frecuencia en Filipinas: los indios se resignan pronto, y cuando ven su casa reducida á cenizas, exclaman estoicamente:

— ¡Era mi suerte!

Van luégo al monte, cortan maderas, y con algunas cañas, bejuco y nipa levantan otra nueva en breve, que no tarda mucho en sufrir igual destino. Destino inevitable mientras siga habiendo *tinjois* en el país, que son una especie de candiles de caña que al menor soplo de viento comunican su llama á la de que construyen esas viviendas, ocasionando un incendio.

El motin contra el *directorcillo* costó al pueblo más caro de lo que sus autores creyeron, y dió no poco que hablar.

## VI.

Mientras ardía el pueblo, Juancho, á quien el peligro á que estuvo expuesto dejó sin ganas de volver á la Laguna, hacía volar á su caballo, no considerándose seguro hasta que entró en la jurisdicción de la inmediata provincia de Tayabas.

El pedáneo de un pueblo del interior era pariente suyo, y á él acudió en demanda de socorro. Prometió éste ampararlo, y le tuvo en su casa en tanto veían el resultado de lo ocurrido en la Laguna.

Como el propósito de los amotinados fué alejarle del pueblo á todo trance, y lo habían conseguido, no volvieron á ocuparse del *directorcillo* Juancho.

Su pariente, entónces, quiso se avecindara en el pueblo de su mando, y aprovechando la oportunidad de hallarse vacante una plaza de teniente de cuadrilleros, hizo que la comunidad de principales propusiera á Juancho, que fué nombrado para ese cargo por el jefe de la provincia.

Cada pueblo de Filipinas cuenta con un número de cuadrilleros proporcionado á su vecindario: tienen la obligación de servir el cargo tres años, gozando únicamente de la exención del pago de tributo y de *polos*.

El tributo es la contribucion que los indios y mestizos pagan para ayudar á sostener las cargas del estado. Los *polos* es la obligación de trabajar cuarenta dias en obras vecinales.

Los cuadrilleros están armados con fusiles antiguos y lanzas, prestan servicio de policía, custodian el *tribunal*, la cárcel y la *Casa real* ó Gobierno. Tambien salen á perseguir criminales.

Aunque Juancho jamas habia cogido un fusil, trató de ejercitarse en su manejo, y todas las tardes salia con su tropa á hacer evoluciones, muy satisfecho de su aire marcial.

Tayabas es provincia montuosa, con espesos bosques de una gran riqueza forestal, muy á propósito para construcciones navales, á que los indígenas destinan buena parte de sus excelentes maderas. Tambien se halla en ellos abundante caza.

Muchos *tulisanes*, como denominan allí á los bandidos, residen en los bosques de Tayabas, y de sus inaccesibles guaridas bajan á los pueblos y caminos á asesinar y robar.

La persecucion de estos bandoleros por el bosque es casi imposible y extremadamente peligrosa, porque como conocen á palmos el terreno, matan á mansalva á cuantos pretenden hostigarles.

Sus crímenes causan espanto, y se dieron casos de haber sido saqueados é incendiados pueblos enteros por partidas de *tulisanes*.

Cuando Juancho fué nombrado teniente de cuadrilleros, vagaba una de estas partidas por las cercanias del pueblo; con este motivo el *gobernadorcillo* dispuso que saliera en persecucion de ella.

Reunió á los cuadrilleros, y el antiguo estudiante, convertido en general en jefe de aquel ejército de valientes, tomó el camino del bosque.

Noticias de sus espías le hicieron saber el lugar donde los malhechores estaban, y desechando el temor, encamióse en su busca.

Cerca de un arroyo que se deslizaba por entre los corpulentos árboles del espeso bosque en que habian penetrado, divisaron una casucha de *cogon* y varios caballos ensillados.

A pesar de ser mediodia, el bosque estaba oscuro, por-

que las hojas de los árboles entrelazadas formaban tan tupido toldo, que los rayos del sol jamas pudieron encontrar paso.

Juancho arengó á sus subordinados, ordenándoles cercaran la casa.

Los *tulisanes* estaban desprevenidos, pero el relincho de un caballo hizo que se apercibieran de lo que ocurría.

En el acto cogieron sus fusiles, y al ataque de los cuadrilleros contestaron con una descarga que hirió á dos y dejó á otro sin vida.

Juancho, despreciando las balas, se aproximó al casucho y le prendió fuego. Las llamas se elevaron iluminando el bosque, mientras los bandidos escapaban como podian para no morir achicharrados. Aprovechando los cuadrilleros su confusion, les acuchillaban, y ya la victoria era suya, cuando se sintieron atacados por la espalda. Otra partida de *tulisanes*, mayor que la que combatia contra ellos, oyendo los tiros, acudió en defensa de sus compañeros. Los cuadrilleros estaban perdidos. La resistencia era inútil. Los bandidos intimaron la rendicion, pero respondieron que preferian morir. El combate se empeñó con doble furor por ambas partes.

Heridos casi todos los cuadrilleros, y estando en mayoría sus contrarios, fueron cercados, cayendo prisioneros los que aún oponian resistencia.

Murieron en la refriega cinco *tulisanes*, y resultaron ocho heridos. Los cuadrilleros tuvieron seis muertos. Juancho, enardecido en la lucha, se habia portado como un bravo.

Los indios, una vez empeñada la accion, desprecian la muerte.

Algunos *tulisanes* opinaban por fusilarles; pero el que

les mandaba ordenó fueran conducidos á presencia de su jefe, que por hallarse ocupado en otro punto, no asistió al combate.

Se internaron por el bosque, y despues de media hora de marcha hicieron alto.

Las casas y terrenos sembrados que allí habia denotaban que aquella era la guarida de los facinerosos. A poco llegó con sus secuaces el capitan de éstos.

Al verse él y Juancho, lanzaron un grito de sorpresa.

Despues se abrazaron, dejando estupefactos á *tulisanes* y cuadrilleros.

El jefe de los bandidos era el estudiante que en compañía de Juancho fué en *banca* desde Manila á la Laguna despues del horrible *báguio* del 25 de Octubre. Entre su gente era conocido con el nombre de Radjak.

Juancho contó á su antiguo camarada las peripecias que le habian conducido á ser teniente de cuadrilleros de un pueblo de su provincia.

Radjak, despues de oirle, le dijo:

— Mi vida ha sido mucho más agitada aún. Llegué al pueblo de mi nacimiento, y el estado de mi morada causóme horror. Mi familia estaba pereciendo. Fuí, como tú, *directorcillo*; porque aconsejaba bien al pedáneo, me atraje el odio de todos, y decidieron perderme. Falsificaron en el *tribunal* unos documentos, extrajeron otros, y suplantaron algunos, pues ya sabes el abandono que hay en esta clase de dependencias: mis enemigos me acusaron de esos delitos. El *gobernadorcillo*, ganado por ellos, confirmó la acusacion.

Fuí preso por el juzgado miéntras se sustanciaba la causa. Faltaban pruebas; salí absuelto, mas no pude hacer nada contra los calumniadores. Decidí vengarme, pero lo estor-

bó una pasión que contraí por la más hermosa doncella de mi pueblo. Ella correspondió á mi amor. Sus padres se oponían. La saqué depositada; entónces, puestos de acuerdo mis enemigos, la hicieron desaparecer de la casa donde estaba, sin que hasta ahora me haya sido posible averiguar su paradero.

La ira me cegó. No tuve calma para intentar un procedimiento contra los que así abusaban de su posición, y busqué á los más culpables.

Mi puñal dejó sin vida á dos. Desde aquel momento era imposible mi estancia en la provincia. Escapé á estos bosques, donde llevo tres meses al frente de cincuenta hombres. Había declarado guerra á muerte á todos los de mi pueblo, y diferentes encuentros en que probé el furor salvaje de que estoy poseído, hicieron que tomara cariño nuestro jefe. Murió de una herida que le infirieron en un encuentro con la tropa, y por su indicación fui elegido en su lugar. Hé ahí lo que me ha ocurrido de más notable desde que no nos vemos. Ahora, aunque seas mi prisionero, vamos á comer juntos. Mis muchachos cuidarán de tus subordinados.

Los *tulisanes* condujeron á los cuadrilleros á sus chozas para festejarles, según dispuso su capitán, después de hacerles la primera cura de sus heridas.

Radjak invitó á su amigo Juancho á pasar á su departamento.

## VII.

Los sirvientes de Radjak extendieron un petate sobre el *sají* del piso de su vivienda, y además de la indispensable morisqueta, sirvieron distintos platos de *gulaís* ó verduras,



pescadillos, sal y *manga* verde en vinagre, que toman los indios como estimulante.

Sentáronse él y Juancho, y principiaron á comer con buen apetito.

— Me admira, le dijo Juancho en tagalo, que hayas podido acostumbrarte á la vida que haces, despues de la que juntos hemos llevado en Manila.

— No lo extrañes: mi vida aquí es deliciosa. Si la mujer que amo tanto estuviera á mi lado, acabaria mis dias en estos bosques vírgenes, gozando de los seductores encantos que encierran.

Hay lugares que aún no ha hollado la planta de ningun hombre; arroyuelos de agua clara y salutífera, que nadie sino yo bebe, y montañas donde se respira aire puro, embalsamado con el aroma del *caviqui*, *champaca* y romero, las que por su elevacion descubren embelesadores paisajes, jamas de otros ojos vistos.

Muchos árboles y diferentes raíces me brindan sabrosos manjares; si quiero aves, las cazo, que aquí abundan palomas torcaces y gallinetas; si mejores carnes, tengo las de los jabalíes y los venados. Soy el rey de estos bosques: mis soldados me adoran; cuando deseo distracciones salgo á los caminos y atajos; si prefiero descanso, me tiendo bajo la grata sombra de un árbol, donde reposo halagado por las suaves brisas que aquí templan el calor constantemente. Créeme: la vida de los bosques es preferible á la de los pueblos.

— Lo dices tan formalmente, que casi dan ganas de *remontarse*, objetó Juancho.

— Pues para que te convenzas, vas á permanecer conmigo algun tiempo. Despues elegirás.

— Bien, tienes razon. Estos sitios son hermosos, no lo

dudo; mas yo encuentro ménos monótona la vida en poblado.

— Para el que sólo busca la materialidad de las cosas, perfectamente; pero no para las almas elevadas.

— Ó soñadoras, como la tuya.

— Será lo que quieras; pero voy á proponerte, porque te estimo, un medio de que tu actual vida de penalidades y trabajos, se torne en vida regalada y de goces. En vez de teniente de cuadrilleros, que no te hará rico, sé mi teniente.

— ¡Que sea *tulisan*! Pues no es mala proposicion; contestó Juancho, riéndose de la ocurrencia de su amigo.

— Es el medio más rápido de hacer fortuna.

— Y tambien de ir al palo.

— ¡Bah! Lo mismo es esa muerte que cualquiera otra.

— ¡Qué se diria de mí!

— Que no era el primer cuadrillero que habia hecho otro tanto.

— Vamos, quieres tentarme; pero no conseguirás que peque.

— Pues tú te lo pierdes.

— Mejor será que durmamos la siesta, pues estoy rendido.

— Allí tienes almohada y *petate*.

— Consultaré con ella las ventajas del empleo que me ofreces.

— Déjate de preocupaciones y acepta, que no ha de pesarte.

Por la tarde salieron juntos á recorrer el bosque, y Radjak insistia en demostrarle la conveniencia de permanecer á su lado.

Juancho empezó á dudar. Tanto porfió el capitan de *tulisanes*, que logró su objeto.

Al acceder Juancho á sus ruegos, lo abrazó Radjak con efusion.

Los cuadrilleros habian fraternizado con los *tulisanes* durante la comida, y llevados al propio tiempo de la apatía é indiferencia que distingue al indio, no opusieron objecion alguna á lo resuelto por Juancho.

Radjak, hizo sacar algunas tinajas de vino, para celebrar la entrada en la compañía de los nuevos camaradas. Bebieron á *tabos* el vino; cantaron, bailaron y se divertieron hasta quedar rendidos de cansancio, despertando bien avanzado ya el siguiente dia.

— Ahora, compañeros, dijo Radjak reuniendo á sus subordinados, á cumplir cada cual con su deber. Ya sabeis mi programa: el que cumpla bien, será premiado; el que se distinga y salga herido, botin doble; el que sea cobarde ó falte, se le fusila.

Formó dos secciones, designándoles los puntos en que habian de situarse, y marchó en direccion de Tayabas. Llegada la noche, estaban á vista del pueblo en que habia nacido Radjak.

Aguardaron á que todo estuviera en silencio para penetrar en él. Radjak dispuso prendieran fuego á una casa; al arder comenzó á gritar el vecindario. Sonaron las campanas, y todos los que custodiaban el *tribunal*, con el *gobradorcillo*, corrieron hácia el punto del incendio. Momentos despues llegaron algunos á participarle que los malhechores habian invadido el pueblo por el lado opuesto. Dió el tambor la señal de alarma, y abandonaron el peligro del fuego por el de los *tulisanes*, mucho más temido.

Los vecinos acudieron armados de *bolos*, lanzas y escopetas, entablándose entre unos y otros sangrienta lucha. Los bandidos resistieron algun tiempo, pero como sus con-

rarios eran en mayor número, se retiraron, llevándose las armas que en el *tribunal* había, y dejando sembrado el terror y la muerte por donde pasaron.

Los del pueblo intentaron perseguirles, pero al ganar los *tulisanes* el bosque, nadie se arriesgó á internarse en él.

El incendio pudo ser sofocado.

Radjak estaba alegre con la alarma causada, que no otra cosa pretendía al molestar tanto á sus paisanos.

Llegados á su escondido bosque, celebraron con una gran hecatombe de reses y abundante vino su fortuna en la lucha, pues sólo tuvieron algunos heridos leves.

— Pasado mañana, dijo Radjak á su gente, irémos á cazar venados. Verás cómo nos divertimos, Juancho.

— No me desagradará, le replicó.

Suelen los indios efectuar las cacerías de venados por la noche. Los *tulisanes*, siguiendo esta costumbre, penetraron en el interior del monte al anoecer del día convenido. Encendieron hogueras en distintos lugares, situándose convenientemente, provistos de lazos y enormes flechas de palma brava. Para hacer salir á los venados de sus refugios, daban feroces aullidos; luégo que pasaba alguno, lo que conocían por el ruido que ocasiona su marcha entre la hierba ó los elevados *cogonales*, tiraban la flecha por alto con tal habilidad, que iba á caer perpendicularmente sobre el venado, quien al sentirse herido lanzaba un grito estridente. Los cazadores entónces echaban tras él hasta lograr alcanzarlo. Muchos venados morían en el acto. Otros eran cogidos vivos, y les sanaban las heridas para venderlos despues. Cazaron seis, con los que se proporcionaron succulento manjar. Para conservar la carne, acostumbra los indios partirla en tiras delgadas, que secan despues al sol. A la carne así preparada llaman *tapa*. La *tapa* de venado

es muy estimada. Los chinos compran los nervios del animal cuando están secos, haciendo de ellos muy buena cola.

La caza, á que tan aficionados son los indígenas filipinos, constituye uno de sus principales recursos, ya para su alimentacion, ya para comerciar. Son muy hábiles cazadores.

Aunque usan tambien armas de fuego, se valen más de la flecha, cuyo tamaño es mayor que el ordinario.

Solia Radjak repetir con frecuencia esas cacerías, segun dijo á su teniente Juancho.

### VIII.

El asalto de los *tulisanes* al pueblo de Radjak y la tardanza en regresar los cuadrilleros al suyo, hizo suponer á su pedáneo que habian sido muertos por los bandidos, sospecha que le tenía desconsolado.

Comunicados ambos hechos al jefe de la Guardia civil de aquel distrito, salió una seccion en busca de los malhechores, auxiliada de cuadrilleros y gente de los pueblos, afanosos de vengar á sus parientes.

Radjak tuvo noticias de ello por sus espías; pero léjos de huir, aguardó á que llegasen, en la confianza de vencerlos.

La partida que mandaba era aguerrida y numerosa, estaba bien armada y tenía la ventaja de conocer el terreno.

El jefe de la Guardia civil dividió su fuerza en tres secciones, á cada una de las cuales agregó determinado número de cuadrilleros y paisanos, marcándoles la forma de efectuar el ataque y lugar en que debian reunirse, segun

los indicios que tenía de la parte del bosque en que los *tulisanes* estaban.

La medida era acertada, porque irían á caer por distintos sitios al ocupado por los malhechores.

Apénas los divisaron, se entabló por ambas partes nutrido fuego de fusilería. Los paisanos, armados de flechas, les molestaban mucho, pues rara vez erraban el blanco. Los guardias se batian bizarramente.

Una de las secciones que llegó por el costado derecho empezó su ataque resguardada por los troncos de los árboles, mientras los paisanos, que habian escalado las ramas, herian impunemente con sus flechas á los bandidos.

Radjak estaba desesperado, pues no supuso fueran tan numerosas las fuerzas contrarias, y en esa confianza descuidó tener preparados mejores medios de defensa.

Sin embargo, acogidos á sus barricadas, se defendian bien. Juancho y su gente combatian con la cara pintada para que no les conocieran.

Se prolongaba la lucha; los guardias no adelantaban gran cosa, y su jefe sufría con la tardanza de la tercera columna, que debió ser la primera en llegar, y aún no se la veía.

Radjak, viendo ceder el empuje de los que atacaban de frente, salió seguido de sus mejores tiradores, presidiarios huidos y desertores del ejército los más, que se batian como fieras, y tan brusca arremetida les dieron, que cuantos los auxiliaban escaparon, quedando los guardias solos decididos á morir en su puesto.

Mal lo hubieran pasado sin la casual llegada de la tercera columna, que, extraviada toda la mañana por el bosque, oyó al cabo el tiroteo, y guiándose por las detonaciones pudo llegar sin que la apercibieran, haciendo una des-

carga cerrada , casi á boca de jarro , contra los *tulisanes*, con la feliz suerte de que una bala causara instantáneamente la muerte del valeroso Radjak y á cinco malhechores.

Reforzados los guardias con el anhelado auxilio , y animados los paisanos , se arrojaron contra los bandidos , que no sabian á qué parte acudir , viéndose atacados por tres puntos al mismo tiempo.

Juancho reunió á cuantos pudo é hizo un supremo esfuerzo á ver si lograba inclinar en su favor la victoria ó vengar al ménos á su amigo , pero fueron en vano sus tentativas , que ya el desaliento cundia entre los *tulisanes* con la muerte de su capitán. Entónces dió la señal de retirada , que verificaron con buen órden , teniendo á raya á sus perseguidores , pues conforme ganaban el interior del bosque iban haciendo fuego , ocultos por el *cogon* y la maleza.

Los guardias desconocian la topografía del bosque ; así es que para evitar más bajas retrocedieron , contentos con la victoria alcanzada.

Este hecho de armas fué importantísimo por haber logrado la muerte del temido bandolero que tenía aterrorizada aquella comarca.

Los pueblos de Tayabas , á su regreso , saludáronlos como á vencedores , y su valor fué premiado más tarde.

Juancho y los bandidos que le seguian hicieron alto al llegar á lugar seguro.

Los heridos se curaron , unos con el admirable aceite de *tagulaguay*, que saua maravillosamente las heridas , y otros con hierbas eficacísimas , de ellos sólo conocidas.

Despues dedicaron un triste recuerdo al animoso jefe que habian perdido , y se trató de elegirle sucesor. En el acto aclamaron á Juancho como capitán , en consideracion á la

amistad que con Radjak le unia y á su demostrado valor.

Los *tulisanes* lo contemplaban con admiracion, creyendo que tenía el *anting-anting*, en razon á que no salió herido en ninguno de los combates en que habia tomado parte.

Abrigan los indios la supersticion de que hay personas á quienes no pueden herir las balas ni acontecerles daño alguno si llevan sobre su cuerpo una especie de amuleto con unos polvos á que llaman *anting-anting*. El individuo que suponen en posesion de ese talisman les inspira el mayor respeto. Juancho, segun ellos, salvado sin lesion alguna de tantos peligros, poseia el *anting-anting*. Esta creencia influyó para que le eligieran jefe por unanimidad.

Despues de darles las gracias, les dijo :

— Nuestra estancia en estos lugares, que ya conocen los guardias, es peligrosa; si nos atacaran de nuevo, seriamos vencidos. Alejémonos de aquí para volver en mejor ocasion á vengar al malogrado Radjak.

— Estamos dispuestos á ir donde nos mandes, replicaron todos.

— Pues en marcha, á los montes de Batangas.

— A Batangas, gritaron alborozados.

Emprendieron la marcha por senderos extraviados, que ellos nada más conocian, acopiando las raíces alimenticias que al paso hallaban, en especial las de una planta llamada *baino*, de hojas encarnadas, y las del *alibamban*.

Así que caminaron largo trecho, se detuvieron para condimentar su frugal comida. Carecian de fuego, pero cortaron ramas de un árbol resinoso, y frotando un palo con otro produjeron la llama, encendiendo troncos, que ardian como teas.

Para guisar, á falta de otros medios, se proporcionaron una gruesa caña, de medio metro de diámetro, recortán-



dola á seis pulgadas de altura de uno de los nudos. Obtuvieron el agua, de que allí carecian, extrayéndola de unas hojas duras que tienen forma de tacitas, las cuales se cierran luégo que se llenan de líquido. Este raro producto, que los indios llaman *nepentes*, conserva siempre en su interior pura y fresca el agua, y presta inmenso servicio á los caminantes.

Así que satisficieron su apetito, como el calor era sofocante, se acostaron al pié de un árbol, quedando en breve dormidos.

## IX.

El cielo iba cubriéndose de ligeras nubes blanquecinas, y á poco el brillo de los relámpagos y el estampido de los truenos indicó la proximidad de una tormenta en seco, que tan peligrosas y frecuentes son en aquel clima tropical. Un relámpago iluminó el espacio, ensordeciendo inmediatamente los aires el más estentóreo trueno.

Despertaron sobresaltados los *tulisanes* cuando aún la tierra retemblaba, y el imponente aspecto del cielo les amedrentó.

Brilló otro relámpago, y tres exhalaciones cayeron sobre los árboles que les rodeaban, empezando á arder en el acto.

El penetrante olor á azufre que se dejó sentir estuvo á punto de asfixiarles.

Dos exhalaciones más fueron á hundirse en las entrañas de la tierra en un monte que á las inmediaciones se elevaba, produciendo terrible ruido al herirlo. Tres de los malhechores cayeron al suelo desvanecidos.

Juancho animó á sus aterrados compañeros, exponiéndoles el peligro en que estaban, é hizo cargar sobre los fusiles á sus camaradas desmayados, alejándose de allí con precipitación. En el mismo momento otra chispa eléctrica partió en dos el corpulento árbol bajo el que estuvieron guarecidos, incendiándose sus frondosas ramas.

Innumerables exhalaciones más cayeron en distintos sitios.

El fuego del bosque, alimentado por un fortísimo viento que se levantó, se comunicaba rápidamente de unos á otros árboles, presentando el aspecto de una inconmensurable hoguera.

Los *tulisanes* se hallaban rodeados de llamas por todas partes. El calor que despedían les abrasaba la piel.

Sus fauces principiaron á secarse, y la falta de agua les martirizaba. Algunos carabaos cimarrones pasaron ante ellos á todo correr, lanzando bramidos horrendos. Los venados huían despavoridos en todas direcciones. El crujir de los secos troncos al quemarse, mezclándose con el continuo estrépito de los truenos, les hería los oídos. Las exhalaciones caían incesantemente. Aquello era una lluvia de fuego. La electricidad de que la atmósfera estaba cargada hacía la respiración dificultosa. El constante brillar de los relámpagos les privaba de la vista. Los *tulisanes* creyeron llegada su última hora. Juancho ordenó abandonar á los que aún seguían desmayados, que fatigaban extraordinariamente á sus compañeros, y les dijo:

— Es necesario romper á todo trance la barrera de fuego que nos va rodeando, ántes que se haga imposible toda salida. Adelante, resolución y que se salve quien pueda. Algunos, ya desalentados, no intentaron huir.

Otros, y Juancho á su cabeza, emprendieron una violen-

ta carrera en direccion á la parte del bosque que presentaba ménos llamas, saltando sobre riscos que herian sus piés, alcanzados muchas veces por chispas de fuego, y entorpecida su marcha otras con troncos de árboles que el rayo habia cortado de raíz.

Algunos *tulisanes*, atacados de asfixia, sucumbieron ántes de llegar á los árboles incendiados. Otros, rendidos de fatiga, abrasados por la sed, teniendo que aspirar un aire que quemaba, suspendieron su marcha, esperando indiferentes la muerte.

Sólo Juancho, poseido de un ardor frenético, corria desatentado, salvando precipicios, hasta conseguir atravesar la última línea de árboles. Al cruzar aquella barra de fuego, la ropa se le incendió; pero divisando un lago en una hondonada, se arrojó á él, bebió con avidez de su agua, y tuvo un momento de goce al sentir su fresca impresion despues de haber estado á punto de perecer abrasado.

El salto le produjo una ligera contusion.

Al salir del lago apénas podia sostenerse, sintiéndose todo magullado y lleno el cuerpo de quemaduras, que, aunque ligeras, le hacian sufrir horribilmente.

Como el lago se hallaba separado del bosque por una gran hendidura, á poco que anduvo se vió fuera de peligro.

Buseó raices que tienen virtud para curar las quemaduras, y despues de machacadas se las fué aplicando á todo el cuerpo. Se tendió en seguida sobre la hierba, pudiendo dormir un rato: al dia siguiente amaneció curado.

Fué á explorar el terreno, y conoció que se hallaba en territorio de Batangas.

Se detuvo allí dos dias, y ninguno de sus compañeros pareció.

Unos habian perecido de asfixia en el bosque , y otros habian sido devorados por el fuego. Una gran zona de árboles habia ardido. El incendio se extinguió al cabo de algunos dias por sí solo. Tormentas como la que hemos detallado acaecen con demasiada frecuencia en los espesos bosques de Filipinas , cubiertos de asombrosa vegetacion.

A veces estas tormentas han azotado tambien las costas; el 29 de Mayo de 1873 sufrió una Manila, que duró setenta minutos, en que puede decirse que sólo hubo un relámpago y un trueno de esa duracion, pues se sucedian casi sin intervalos, cayendo en la ciudad cuarenta exhalaciones. En la bahía fueron innumerables las chispas eléctricas que estallaron , algunas de las cuales alcanzaron á los buques fondeados en ella. Fué el fenómeno más imponente y majestuoso que hemos presenciado. El vecindario de Manila sufrió durante una hora la más dolorosa agonía, y algunos edificios padecieron daños de consideracion , pero afortunadamente no hubo que lamentar desgracias personales.

## X.

La provincia de Batangas presenta á la faz del Archipiélago un ejemplo de que el trabajo hace ricos á los pueblos.

Los batangueños son quizá los más laboriosos agricultores del feraz suelo filipino , viendo recompensados sus afanes con abundantes cosechas y pingües ganancias.

Anualmente recolectan 100.000 *picos* (1) de café y

---

(1) El pico tiene 63.261 kilogramos.

450.000 de azúcar, de inmejorable calidad ambos artículos, cuya exportacion les reporta inmensos beneficios. Las 446.580 cabezas de ganado con que la provincia cuenta, están avaloradas en 1.692.000 pesos. Sus tejidos, que fabrican en crecida cantidad, se venden en Manila y las provincias limítrofes á buenos precios, apreciándose mucho por su fortaleza. Se cosecha además cacao, arroz, trigo, maíz y algodón. En maderas posee una gran riqueza.

Cada año se celebra en Batangas una feria ó exposicion agrícola, industrial y de ganados, á que acuden expositores en crecido número, adjudicándose premios á los que presentan mejores artículos ó animales.

La poblacion de la provincia pasa de 325.000 almas.

Tiene aguas minerales muy saludables, en especial las del manantial de *Punta Azufre*, y excelentes puertos.

Tal es la provincia por cuyos elevados montes vagaba Juancho con el alma contristada. Y era su dolor muy justo. La muerte de Radjak le habia privado de un cariñoso amigo. Dias ántes estaba rodeado de alegres camaradas, y era el jefe de una partida de valientes. Ahora ni siquiera podia desahogar con uno sólo las penas de su alma. Recordaba el siniestro fin de sus amigos y el inminente peligro de que habia escapado, extrañándose verse vivo. Le parecia su salvacion sobrenatural. Avanzando por el monte, sin saber qué partido adoptar, halló una profunda caverna, obra de algun terremoto. Entró en ella, y sobre un *lancape* ó cama de caña, habia ropas de uso, flechas, *tabos* y *bombones* de bambú con restos de comida. Recorrió la cueva, que era espaciosa, más no vió á nadie en ella. Quizá sería algun refugio de *tulisanes*. La vista de aquellas ropas le hizo recordar la necesidad que tenía de cambiar la suya, toda rota y chamuscada.

Se puso una camisa, un pantalon y un *salacot* (1), ciñéndose un *bolo* á la cintura. Vestido así parecia un campesino. Abandonó la cueva, prosiguiendo su marcha por el monte Macolot.

Una columna de humo blanquecino que se perdia entre las nubes, le hizo comprender que se hallaba en las inmediaciones del pueblo de Taal. Entónces le ocurrió la idea de visitar el gran volcan existente en la laguna de Bongbong. Tal vez, al dirigirse á él, abrigabala misma idea que tiempos atras le condujo á la catarata del Bototan. A los pocos pasos descubrió el famoso volcan de Taal.

En el centro de una laguna que tiene 25 leguas de perimetro, y comunica con el mar por el rio navegable Pansipit, se eleva un cono de 400 metros de altura, en cuya cúspide está el cráter del volcan, de 400 metros de circunferencia y 500 de profundidad.

El 24 de Setiembre de 1716 tuvo lugar una espantosa erupcion. Fué un espectáculo grandioso. La tierra tembló con horroroso estruendo, y la inmensa columna de fuego que produjo al inflamarse se extendió 15 millas en direccion del monte Macolot, arrojando á la vez agua y ceniza en cantidad fabulosa. La laguna se tornó negra, y sus aguas empezaron á hervir, despidiendo fortisimo olor á azufre.

Asustada la gente abandonó los pueblos, y en mucho tiempo no recobró la calma, siendo su eterna pesadilla aquel monte que despedia fuego y humo, al ver como brotaba siempre de su enorme cráter un rio de lava. La fuerza de la erupcion terminó al cabo de tres dias. Otra erup-

---

(1) Sombrero ancho en la base y agudo en la parte superior.

cion terrible, que se recuerda aún con terror, llenó de luto á Batangas. Duró ocho dias, destruyendo los pueblos de Taal, Lipa, Tanauan y Salas. La laguna se desbordó, y sus abrasadoras aguas quemaron extensos campos. Las cenizas del volcan, conducidas por el viento, fueron á cubrir pueblos situados á más de 25 leguas de Taal, alcanzando á las provincias de Manila, Pampanga, Bulacan y Cavite. El ruido que la erupcion produjo durante ocho dias fué oido con espanto á increíbles distancias. Desde entónces el volcan continúa arrojando lava y humo, si bien no se ha conocido otra erupcion igual.

La vista que ofrece es admirable: en noches oscuras, sobre todo, presenta un aspecto fantástico, que le presta insuperable belleza.

En Filipinas hay muchos volcanes: el *Mayon*, de Albay, se descubre desde grande distancia, y sirve de faro á los buques que atraviesan el estrecho de San Bernardino. En una erupcion habida el 24 de Octubre de 1767, destruyó los pueblos de Camalig, Palangui, Guinubatan, Ligao y Malinao. En 1814 sus cenizas cayeron sobre Manila, que está á 78 leguas, y tanta agua despidió, que se formaron diversos rios. El cráter es grande y el volcan se halla sobre un cono muy elevado.

En la gran isla de Mindanao son innumerables los volcanes que existen. El principal está situado en el término de Buheyan; en 1640 hubo una erupcion que hizo saltar montes enteros.

En la islita de Camiguin, dependiente de Misamis, hace poco tiempo hubo otra explosion volcánica, que arrojó verdaderos rios de lava. Los existentes en algunas otras provincias del archipiélago no son tan notables.

## XI.

Juancho ascendió hasta el volcan de Taal, é inclinado sobre su cráter, devoraba con la vista extraviada el negro fondo, donde se producía un ronco é imponente ruido.

En aquel momento, solamente salía por el extremo opuesto una ligera columna de humo.

Haria media hora que estaba absorto en aquel sitio, cuando sintió ruido á sus espaldas. Se incorporó al punto, y con movimiento rápido, que á poco le arrastra al fondo del volcan, pudo evitar que una jóven india se arrojara por su ancho cráter en busca de inevitable muerte. La india no pudo ver á Juancho, inclinado como estaba sobre aquel abismo, y corría á precipitarse en el volcan. Consiguió separarla, y ella, con colérico acento, le dijo:

— ¿Por qué me sujetas?

— Porque es mi deber. El suicidio es un crimen, respondió Juancho *filosóficamente*.

— ¿Qué te importa, no cometiéndolo tú?

— Importa mucho no privar al mundo de una jóven tan hermosa como tú, le replicó galantemente al fijarse en la belleza de la india.

— *Abá!* exclamó ella sin saber que decir.

— Sí, tú eres muy linda y no debes morir tan jóven.

— Ha muerto el hombre á quien mi alma adoraba, y debo morir yo; me aburre la vida; dijo la india con exaltacion.

— ¿Y quién era ese dichoso mortal?

— Era un héroe.

— ¿Algun soldado, muerto en campaña?

— No; un *tulisan*.



— ¡ Un tulisan ! ¿ Su nombre ?

— Radjak.

— ¡ Radjak ! exclamó Juancho asombrado.

— ¿ Qué te extraña ? preguntó la india admirada de la sorpresa de su interlocutor.

— ¡ Radjak ! repitió Juancho conmovido. ¡ Pobre Radjak !

— ¿ Le conocias ? dijo ella con ansiedad.

— Murió á mi lado y era mi mejor amigo.

— ¿ Luego tú estabas con él ? ¿ Eres *tulisan* ? ¡ Oh ! Cuéntamelo todo.

Juancho la enteró detalladamente de cuanto deseaba.

Al terminar, dijo á la india :

— ¿ Y por qué querias suicidarte ?

— Porque mi vida , como te he dicho , es insoportable. Yo me llamo Lelay (Manuela). Mis padres, para impedir mi casamiento con él , me arrebataron de la casa donde estaba depositada, trayéndome á Batangas, al cuidado de unos parientes que residen en Taal, los que de su órden me tenían como prisionera. Hace algunos dias logré escaparme, teniendo noticias de que Radjak se hallaba cerca, y he vagado por los vecinos montes, sufriendo horribles penalidades, sin encontrar á nadie que me guiara , hasta que supe por unos cazadores el aciago fin de mi amante. Los cazadores intentaban llevarme á Taal, mas yo huí mientras dormían, y desesperada, no sabiendo qué hacer ni á dónde ir, porque no quiero volver á mi casa, cansada de una existencia tan penosa, tuve, al divisar el volcan, la idea de poner fin á mi vida, lo que habria realizado si no lo hubieras impedido.

— Pues ahora me alegro doblemente de ello. Ya sabes que Radjak era para mí como un hermano; desde el otro

mundo me agradecerá que yo me consagre á velar por tí. Yo tambien pensaba arrojarme al volcan , ignorando qué hacer en la tierra , pero ahora tengo una mision sagrada que cumplir, y viviré gustoso.

— ¡ Oh ! gracias, le dijo Lelay reconocida.

— No debemos permanecer en estos lugares, donde podríamos ser descubiertos. Volvamos al bosque, que allí determinaremos lo que convenga hacer.

— Vamos, que en tu proteccion confio.

— Nada temas.

Internáronse en el bosque , y haciendo pequeñas jornadas, comiendo raíces, ó el fruto del *alinsanay* (1) y las aves que Juancho cazaba á lazo , bebiendo la fresca agua de los arroyos que al paso veian, ó la que les proporcionaban los *nepentes* , llegaron al cabo de algunos dias al mismo lugar del monte de Tayabas, donde Juancho habia hallado por vez primera á Radjak. Durante esos dias de continuo trato, la simpatía, precursora siempre del amor, habia brotado en los corazones de Juancho y Lelay.

La vida de *tulisan*, que habia Juancho aceptado por complacer á Radjak, le hastiaba ya.

Residir toda su vida en los montes no era muy del agrado de Lelay, así es que hallaron razones uno y otra para desear la vuelta á poblado.

Juancho le dijo un dia :

— Lelay, siento por tí una afeccion tan grande, que dudo no sea amor. Opino que bien podríamos, si tú me tienes algun aprecio, unirnos en matrimonio , pues así podré velar mejor por tí , y creo que, si posible fuese conocer la voluntad de Radjak, aprobaria esta determinacion.

---

(1) Plátano silvestre.

— Acepto tu proposicion, Juancho, porque creo, como tú, que ese paso, dada la gran amistad que con él te unió, no es ofensa á su memoria.

— Dices bien, y hoy pondré en práctica un proyecto que tenía para que podamos volver á tu pueblo. Quédate en esta casa, que marchó á verme con mi pariente el *gobernadorcillo*; en breve estaré de vuelta.

— Te aguardo impaciente. Vuelve pronto.

Se trasladó Juancho al pueblo, entrando en él por la noche, y fué á casa del pedáneo, pasando á su cuarto al enterarse que estaba solo.

Éste, al verle, dió un grito de pavor, creyendo que el difunto teniente se le aparecía, é hizo la señal de la cruz.

— ¿Qué significa eso? ¿Por ventura me creias muerto? preguntó.

— ¿Conque no te mataron los *tulisanes*?

— ¡Donosa pregunta! ¿Pues no me ves vivo?

— ¡Oh! Me alegro con toda mi alma, dijo abrazándole. Cuéntame lo que ha sido de tí, porque te lloré por muerto.

— Te lo diré brevemente. Los *tulisanes* nos vencieron. Algunos de los cuadrilleros que me seguian murieron peleando, y otros fuimos hechos prisioneros. Conducidos á los montes de Batangas, quedamos á la custodia de algunos, tal vez con intento de pedirnos rescate, miéntras el resto de la partida quedó en la jurisdiccion de esta provincia. La Guardia civil derrotó á los *tulisanes*, y los que se salvaron volvieron donde estábamos en prision. El mismo dia hubo una tormenta, y durante ella logré escaparme, siendo no poca mi fortuna, pues segun he sabido más tarde, perecieron allí todos al incendiarse el bosque, por las innumerables exhalaciones que cayeron. Ahora,

para volver aquí, necesito que consigas de los padres de Lelay Rivas que me cedan su hija en matrimonio.

— ¡Vaya una ocurrencia! Estás muy atrasado de noticias. Tal vez haga un año que no se halla en este pueblo, y creo que ignoran hasta lo que ha sido de ella.

— Lo sé: tú consigue lo dicho, que ella parecerá.

— Segun eso está en poder tuyo.

— Me la encontré en el monte.

— ¡Feliz encuentro! Corro á complacerte: aguardame aquí.

Salió el *gobnadorcillo*, y una hora despues regresaba satisfecho de su embajada.

— Concedido, dijo al ver á Juancho. La única condicion que te ponen es que la traigas cuanto ántes, pues desean abrazar á la hija por quien han llevado luto.

— Marcho, pues, á buscarla. Hasta la vuelta.

— Que Dios te acompañe, dijo su pariente.

Regresó Juancho con Lelay, pasados dos dias, y algun tiempo despues realizaron su casamiento, que fué suntuoso, habiéndoles servido de padrino el *gobenadorcillo*.

En dos semanas no se habló de otra cosa en toda la comarca.

La aventura de la prision de Juancho, y su encuentro con Lelay, creida por todos, fué el pasto de las conversaciones, hasta que nuevos acontecimientos hicieron olvidar al teniente de cuadrilleros, quien con su esposa y la eficaz proteccion del pedáneo y sus padres políticos, vive feliz en ese pueblo de Tayabas.

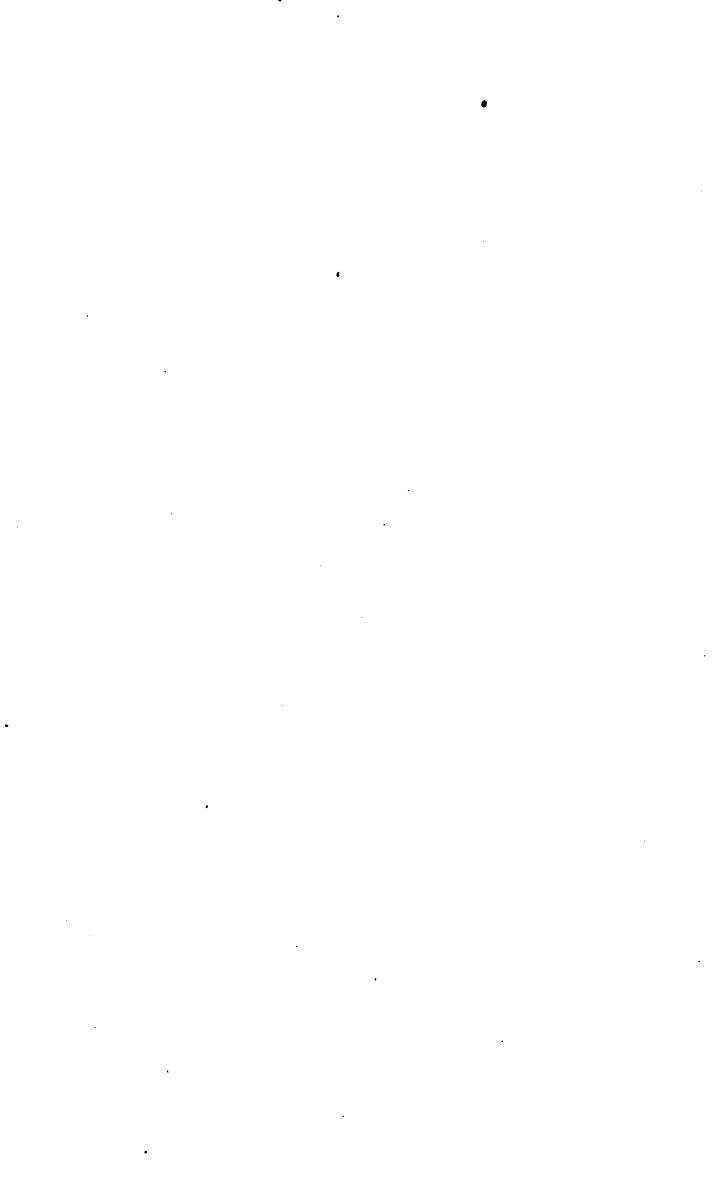
Juancho, al verse dichoso, tranquilo y considerado bendijo al *báguio* que le arruinó, y fué causa de que abandonara sus estudios: el motin contra él cuando era *director-cillo* de un pueblo de la Laguna, que le obligó á refugiarse

---

en Tayabas ; su encuentro con los *tulisanes*, y sobre todo, al volcan de Taal, en cuya cima conoció á la adorable jóven que tenía por esposa, hallándose libre, gracias al *an-ting-anting*, de tantos peligros á que se vió expuesto durante esa agitada época de su vida.

Con razon dice el adagio que no hay mal que por bien no venga.

---



---

---

# EL PAYO DE CHANG-CHUY.

---

## I.

Los chinos se han creado en las Islas Filipinas una especie de colonia. No dominan el país, pero lo explotan.

Desde muy antiguo sostenian relaciones mercantiles con los indígenas, fijando al cabo su residencia en el Archipiélago gran número de aquéllos, al poco tiempo de su ocupacion por los españoles.

Actualmente existen en dichas Islas sobre 30.000 chinos empadronados, aparte de los muchos que hay ocultos. Ellos ejercen allí toda clase de industrias, profesiones y oficios.

La principal mira de los gobernantes de aquel tiempo al permitirles su instalacion en el país, fué la de que se dedicaran á la Agricultura, arte que poseen con habilidad é inteligencia. Para coadyuvar á este intento, se les concedieron grandes franquicias; pero son rarísimos los que

han querido gozar de esos privilegios y dedicarse al cultivo de los campos. El haberse considerado con indiferencia tan importante asunto, ha dado lugar á que la inmigracion de los *sangleyes* (1) no haya reportado al país ventajas de ningun género, y sí, por el contrario, perjuicios muy lamentables.

La Agricultura en Filipinas es una base inmensa de riqueza que los indios, por natural indolencia, no explotan todo lo que debieran. Si los naturales tuvieran aficion al cultivo de los campos, sería este país el más rico del universo.

Dedicados los chinos casi exclusivamente al comercio, para cuya profesion tienen notables condiciones, han monopolizado hasta tal punto ese ramo, que los indígenas de todas razas en vano intentan oponerles una escasa competencia, teniendo que ver con pena cómo los chinos, verdaderas sanguijuelas del Archipiélago, extraen para su tierra las riquezas del suelo filipino, sin proporcionar á éste utilidad alguna.

No se da un paso por cualquier sitio de Manila y sus barrios más apartados, sin encontrar una tienda de *sangleyes*. Hay arrabales, como el de Binondo, donde apenas se ve un habitante que no sea chino; y calles, como la del Rosario, San Fernando, San Jacinto, las dos de Santo Cristo, la Nueva y otras, en las que cree uno hallarse en una ciudad del Celeste Imperio. En la calle de la Escolta, á excepcion de algunos bazares de europeos, la generalidad de los demas pertenecen á chinos acaudalados.

---

(1) Así denominan en Manila á los chinos: significa comerciantes viajeros.



No bastándoles la capital, han invadido las provincias, en todas las cuales trafican.

Todos llegan pobres á Manila: al cabo de algunos años, con laboriosidad, talento y economía, se conquistan una fortuna, que van á disfrutar á China. Muchos se casan con las indias ó mestizas, quedando en el Archipiélago.

De los chinos procede la raza mestiza existente hoy en Filipinas, la cual es numerosísima, trabajadora y rica. Heredaron de los chinos su afición al comercio, y á ellos deben los mestizos la posición que gozan: chinos son sus parientes y antepasados, lo cual no obsta para que estén en pugna con esos extranjeros y hasta les aborrezcan, aunque no tanto como los indios, quienes los odian de muerte.

Los chinos conservan en Manila su traje, idioma, costumbres y religión.

Por más que esté ordenado que los comerciantes *sangle-yes* lleven la contabilidad en español, no todos lo observan. Para hacer sus cálculos se valen de un contador especial llamado *suampan*. Son excelentes aritmólogos.

Los que por haberse casado determinaron vivir en el país, si tienen bienes habitan buenas casas, gastan coche y suelen ser espléndidos con las personas de su confianza.

Los pobres se reúnen y viven amontonados en casuchos inmundos, especie de gallineros, donde se acomodan del mejor modo que pueden.

Por regla general visten con limpieza, si bien el traje de algunas clases es en extremo libre.

Poseen medianamente el español y el tagalo: los establecidos en provincias hablan el dialecto de la localidad. Son muy notables las academias para iniciar á los recién

llegados en ambos idiomas. Varios graves chinos les enseñan las palabras de uso más corriente, que pronuncian de un modo tan original, que es imposible dejar de reír oyéndoles: la *r* la hacen *l*, y al final de los verbos agregan ya la letra *o*, ya la *e*; de manera que para expresar la palabra *comprar*, dicen *complalo*; por *jugar*, *jugalo*; por *quiere*, *quiele*.

Forman un gremio aparte de los demas. El *gubernadorcillo* de chinos ejerce el mando entre sus paisanos. Usa baston de borlas.

Chinos son tambien los dependientes del Municipio.

Pagan la contribucion llamada *patente personal*, y los comerciantes la industrial de 1.<sup>a</sup> á 4.<sup>a</sup> clase, segun el comercio ó industria á que se dedican (1). Las cuotas que satisfacen son exiguas, y debian haberse aumentado en razon al beneficio progresivo que han ido obteniendo.

Los tenderos tienen una paciencia sin límites, la sonrisa siempre en los labios y una docilidad aparente.

El chino es retraido y suspicaz; humilde y adulator con quien puede servirle, altanero y orgulloso con aquellos de quienes no espera nada.

Al país, repetimos, no le reportan grande utilidad. Las ganancias que con su comercio obtienen las mandan á China, á donde se retiran cuando logran hacer fortuna, yendo todos los años nuevos chinos á reemplazar á los que se marchan.

En las Pascuas se acreditan de generosos, regalando á sus mejores *suquis* (2), y á las personas importantes, algunos

---

(1) En el presupuesto de 1868-69 se calculan \$ 234.400 de ingresos, por ambas contribuciones.

(2) Parroquianos.

objetos de maque, jamones, castañas, peras, manzanitas, azúcar cande y otras frioleras que importan de su país.

Las leyes dictadas por el Gobierno de la metrópoli ó por el de Filipinas, respecto á los chinos, exigen sean reformadas unas, y que se pongan en vigor otras.

Organizados como están; con el incremento que van tomando; con las excesivas libertades que gozan; la significacion que se les concede, y la influencia que por ciertos medios se conquistan, en breve no habrá quien pueda contrarrestarlos. Si hoy son, como todos allí reconocen, un Estado dentro de otro Estado, mañana Dios sabe qué llegarán á ser.

Esto es antipolítico. Su estancia en el país, tal como están constituidos, es un peligro constante. Lo prueba suficientemente la historia del Archipiélago.

Díganlo, si no, sus alzamientos en 1590 y 1639, el asesinato del gobernador general Das Mariñas, cuando iba contra las Molucas, su conducta durante la invasion inglesa y otros acontecimientos análogos.

Cuestion es esta digna de la atencion del Gobierno. Nosotros la tratamos ligeramente, por la especial índole de nuestra obra.

Despues de esta digresion, que para prólogo es demasiado larga, entremos en materia.

## II.

Entre la floreciente colonia de *sangleyes* establecida en Manila, era conocido en 1870, como uno de los más acomodados, el chino Tieng-Chuy, dueño de distintos bazares, y activo é inteligente industrial.

A su llegada al país, por los años de 1848, no contaba otro capital que la recomendacion de cierto pariente para un comerciante paisano suyo. Se presentó á éste, que le acogió bien, destinándolo á su tienda de *chuchelias* ó quincalla, al objeto de que fuera aprendiendo el comercio, y á chapurrear el español y el tagalo.

Tieng era listo, así es que pronto estuvo al corriente de lo que le convenia saber. Con ingenio, economía y constancia, consiguió, despues de algunos años, hacerse de dinero y emprender negocios por su cuenta.

Entró en sus miras cristianarse, para tener un padrino influyente que le protegiera, y estar en aptitud legal de contraer matrimonio, única mira de estos especuladores al cambiar de religion; bautizáronle, pues, con el nombre de Ramon de Molina, nombre y apellido de su padrino, conservando ademas el suyo, así como su traje y costumbres.

La fortuna le favoreció en todas sus operaciones mercantiles, por lo que en breve fué poderoso.

Tomó cariño á la tierra donde tan bien le iba; construyó una hermosa casa en la calle del Rosario, del arrabal de Binondo, y contrajo matrimonio con una india, de la cual tuvo varios hijos. Dedicado él á sus negocios, su esposa á cuidarle y sus hijos á estudiar, pasaba la vida en la más envidiable felicidad, respetado de sus parientes y considerado entre los que no lo eran.

Cuando vió en el estado de la pubertad á su hija mayor, que era una agraciada morena, llamada Páning (Estefanía), se le ocurrió la idea de casarla con un sobrino suyo de Ningpo. Este matrimonio, á la vez que realizaba el decidido propósito de enlazarla á un individuo de su raza, convenia mucho á sus proyectos comerciales, por la buena posicion que sus parientes gozaban en China.

Lo escribió así á éstos, quienes aceptando la proposición, porque conocían la prosperidad de Tieng-Chuy, le mandaron á su hijo en uno de los viajes del vapor inglés *Esmeralda*.

### III.

Ramon de Molina Tieng-Chuy, que no sin razón tenía fama de rumboso, quiso solemnizar con un baile la llegada de su sobrino Chang-Chuy.

Adornó las habitaciones de su bien amueblada casa, haciendo ir una orquesta de músicos indios: á las nueve de la noche era inmensa la concurrencia.

La sala estaba llena de elegantes mestizas lujosamente engalanadas, las cuales lucían sus encantos y extremada é inimitable ligereza y habilidad en el baile, para cuyo ejercicio puede decirse que no tienen rival.

Veíanse grupos de alegres hijos del Celeste Imperio, saboreando su delicioso néctar, el *chá* ó té, en tacitas poco mayores que dedales, haciéndose aire con anchos *paipais*: algunos en lugar más retirado se entregaban á voluptuosos ensueños, adormecidos por el aníon; otros, en escondido aposento jugaban al *llampó* y al monte, á que son tan aficionados como los indios, y muchos indolentemente recostados en butacas, con los piés recogidos sobre el asiento, se distraían en ver bailar.

En los dormitorios se veían grandes veladores rodeados de respetables mamás, entreteniendo el tiempo en jugar al *panguingui* y al *tapa-diablo*, envueltas en la espesa atmósfera del humo de sus desmesurados tabacos, saboreados con igual contento que el *buyo*, de cuyos dos estimados artículos circulaban grandes bandejas á cada instante.

La *caída* se hallaba atestada de músicos, curiosos y sirvientes, llevando éstos maqueadas bandejas con dulces y helados para las damas.

La casa entera resplandecía, iluminada con profusion, interior y exteriormente, ofreciendo animado y encantador aspecto.

En el testero principal de la sala se destacaba un cuadro de proporciones gigantescas, con el retrato de Confucio, á cuyo pié lucían diez y seis grandes velas encarnadas (1). Algunos adeptos quemaban en ellas papelitos dorados, impresos en caracteres chinos de diversos colores.

A las diez y media se suspendió el baile para que los concurrentes chinos gozaran de las delicias de una representación teatral que Tieng-Chuy había preparado.

La música china, esa música que los hijos del Celeste Imperio tienen por la más armoniosa del mundo, y cuyo inventor indudablemente era sordo ó tenía el juicio perdido, que no de otra manera puede componerse nada más inarmónico, atronador y desafinado, lanzó al viento sus espeluznantes sonidos, haciendo saltar de gozo en sus asientos á los *sangleyes*, apasionados del arte.

Sonaba el destemplado *bandolin* de dos cuerdas; chillaba, con ruido más irritante que el de cien cigarras junto al oído la discordante *ty*, flauta de bambú de seis agujeros, y ensordecía el espacio con mayor estruendo que la detonación de una batería de diez cañones disparados á la vez, el sonido del *batintin*, campana de dos metales, de

---

(1) Los chinos establecidos en Manila, aunque sean cristianos, reverencian á este filósofo y le tienen adoratorios en sus casas.

forma de caldero, que unida al sonar incesante de los otros instrumentos nombrados, eran más que suficientes para dejar sordo á cualquiera que no hubiese nacido en el extenso territorio del Imperio chino.

Se alzó el telon : aparecieron en el improvisado escenario algunos que figuraban mandarines, vestidos con lujosísimos trajes talares de seda de vivos colores, cantando y poniendo las manos á la altura del rostro, una sobre otra, extendidos los brazos á toda su longitud. Varios satélites sostenían las banderas del Imperio. Hubo despues una empeñadísima riña con otros personajes llegados á la escena, terminando el espectáculo con bailes caprichosos, miéntras la música heria despiadadamente los oidos de los que no eran chinos.

Fuéronse á descansar de sus fatigas actores y músicos chinos, dando principio de nuevo el baile á la europea.

#### IV.

Tieng-Chuy y su familia hacian los honores, desviviéndose porque todos quedaran satisfechos de su baile.

Al llegar la hora del *buffet*, pasaron á una galería dispuesta al efecto. La mesa se veia cubierta de exquisitos manjares. El anfitrión estuvo verdaderamente espléndido con sus comensales.

El paladar del chino más delicado y descontentadizo no tenía nada que echar de ménos : allí habia abundancia y variedad. Entre grandes fuentes de morisqueta, blanca como la nieve, del mejor arroz *mimis* de Ilocos, veíanse

otras de pescados secos; junto al *pansit* (1), el *cutchay* (2); al lado de platos llenos de aletas de tiburón y de *hog-shum* ó sea balate, otros de cecina de ternera y de nervios de ciervo; capones y gallinas frente á camarones, langostinos y pequeños *babuis* ó cochinitos; y en lugar preferente, atrayendo las miradas de todos, brillaba una primorosa bandeja de plata colmada de nidos de *salanganes* (3), manjar el más preciado para el gastrónomo chino.

En el centro de la mesa, mezcladas con ramos de flores, se veían en elegantes fruteros las más ricas frutas del país, como la *manga*, la *piña*, el *ate*, los *chicos*, *plátanos*, *lanzones* y *guayabas*; había también dulces en abundancia de China y de Manila.

A la vista de aquel banquete, que no desdeñaría el mismo *Hijo del Sol*, las miradas de sus súbditos allí presentes brillaron como luciérnagas, alegrándoles al mismo tiempo ver algunas botellas de nuestros vinos, á que se van aficionando mucho, con especialidad los filipinos.

Provistos los chinos de sus *sipit*, lujosas varitas cilíndricas de marfil ó ébano, que tan admirablemente manejan, colocadas una entre el dedo pulgar é índice, y otra entre éste y el del medio, con las cuales se llevan la comida á la boca, y preparando los indios los cinco dedos de la diestra, único cubierto de que se sirven, principiaron á engullir como pavos, menudeando las libaciones algunos,

(1) Especie de paella, compuesta de fideos gruesos de harina de arroz y pequeños trozos de jamón, gallina, carne de ternera y diferentes especies.

(2) Hierba que importan de China.

(3) Sustancia glutinosa con que la golondrina *salangane* fabrica su nido. El *pico* de nido se paga en China á 4.000 pesos.



muy ajenos de que el terrible *Mame Thecel Phares* de la última cena de Baltasar acababa de escribirse sobre sus cabezas.

Fué el caso que en aquel mismo momento un vivo resplandor iluminó toda la casa, y las campanas de la iglesia de Binondo tocaban á fuego.

Un grito estentóreo, horrible, salió de todos los labios: el de Tieng-Chuy y familia, porque su casa, con las riquezas que contenia, iban á ser pasto de las llamas; el de muchos convidados tal vez por el sentimiento de tener que sacrificar tan exquisita cena á la imperiosa necesidad de salvar su vida.

La casa inmediata á la del chino Molina ardía como si estuvieran atizando el fuego con petróleo, de forma tal, que las llamaradas que el viento hacía penetrar en la de Tieng-Chuy, comenzaron á prender en ésta.

Instantáneamente se disolvió la reunion como por encantamiento; cada uno por su lado, empujándose los unos á los otros, sin cuidarse los padres de los hijos, ni los jóvenes de sus novias, volaron á la calle como alma de Júdas camino del infierno. La confusion fué extremada, el terror espantoso, la afliccion general y profunda.

Tieng-Chuy y su familia, más atentos á ponerse en salvo que en procurar la arriesgada salvacion de los bienes que en ella tenian, la abandonaron á las llamas, acompañando con sus lamentos y sus lágrimas el incendio de su casa.

En aquella nefasta noche (29 de Marzo de 1870), fueron pasto del devorador elemento multitud de casas y depósitos de comerciantes chinos, algunos de los cuales estuvieron á punto de perecer por resistirse á abrir las puertas de sus tiendas, que tuvo que forzarlas la tropa.

Ascendieron á muchos millones las pérdidas causadas por el voraz incendio, cuya causa es aún hoy un misterio, á la que no debió ser ajeno un hombre, tiempo hacia oculto á la justicia, cuyo cadáver apareció en la playa de Santa Lucía la madrugada del día en que ocurrió el siniestro, encontrándose sobre él las pruebas de su suicidio.

## V.

Treinta y seis horas duró el incendio en aquella parte de la calle del Rosario, donde estaba situada la casa de Tieng-Chuy, siendo no poca fortuna que lograsen aislarlo, sin lo cual hubiera sido presa del fuego el barrio más rico de Manila.

Tieng se trasladó provisionalmente á la morada de un amigo; á Chang-Chuy lo alojaron en casa de otro, porque la casa del amigo de su tío no era bastante espaciosa para tanta familia.

Chang-Chuy se alegró porque así gozaba de más libertad.

Al ver á la prima que le destinaban para esposa, se conceptuó feliz; pero no opinaba del mismo modo cuando en la noche del baile se presentó ante él, radiante de belleza, la más arrogante mestiza de la calle de Jaboneros.

Era ésta hija también de un chino; llamábase Titay, (María) y gozaba fama de desdeñosa.

Chang-Chuy le dió á entender por señas que era muy agraciada y que le agradaba: ella correspondió á su galantería con la más amable de las sonrisas.

Chang quedó prendado de su gracia; desde entónces no tenía otra ocupacion que pasear su calle, sin acordarse apénas de su prometida.

Un día en que por quinta vez reprendíale su tío por esa conducta, aburrido Chang, le manifestó que no quería casarse con Páning, porque estaba enamorado hasta la punta de su larga coleta de la mestiza Titay.

Oírle aquella atrevida declaración y tirarle furibundo su birrete, fué todo uno.

Chang escapó de allí gritando que no contara con volverle á ver. Tieng-Chuy le replicó que se fuese en buen hora, que más valiera no hubiese pensado en él; pues como coincidió con su llegada á Manila el primer infortunio que había experimentado en el país, lo atribuyó á la mala sombra de su sobrino, y le tomó ojeriza.

Páning lloró aquella afrenta, pues no era un misterio para nadie la nueva de su casamiento con su primo: á no ser porque juró adorarla más que nunca un novio que, sin saberlo su familia, le escribía cartas saturadas del más ardiente romanticismo, posible es que le hubiera causado la muerte tan inesperado agravio á su hermosura.

Como Chang-Chuy tenía algún dinero, no le preocupó mucho que su tío dejara de protegerle. Se trasladó de casa para no depender de él en nada, y ocupaba el día en pasar á todas horas frente á la morada de su ídolo.

Decidido á salir de dudas, exigió á María el sí que había de hacerle el más feliz de los chinos.

La orgullosa mestiza, por poco estalla de ira al ver la avilantez de aquel *suya*: en el acaloramiento de su indignación, le mandó á decir por su cochero que ella no estaba en el mundo para casarse con un *babuy* (1).

Chang quedó tan anonadado como si el cielo se le hubiese caído encima.

---

(1) Cerdo.—Los indios, por desprecio, llaman así á los chinos.

María era impresionable, aficionada á la lectura de novelas románticas, algo vanidosa, y lo bastante rica para aspirar á casarse con otro de distinta nacionalidad; pues aunque su padre fuese chino, á ella no le agradaba mucho dar su mano á un *sangle*. Hasta los mestizos y los indios le parecían poco, pues quería nada ménos que un español que fuera noble de nacimiento, rico, jóven, guapo, inteligente y de elevada posicion oficial.

Con cualidades tan excepcionales, claro es que á María se le pasaba su época, sin encontrar su ideal, del cual estaba muy léjos el chino Chang-Chuy.

Sonaba ella con imaginarios impedimentos, por parte de su padre, para unirse á su amante, y que, á despecho de todos, hasta de su honor, huía con él á un bosque, donde pudieran gozar libremente de su amor, haciendo la vida errante de los nómadas, ó la deliciosa y tranquila de los pastores de la Arcadia, segun la pintan los poetas.

Encontraba la confirmacion de estas ilusiones, viendo en las novelas que el amor no repara en razas ni categorías; así es que todas las noches se acostaba pensando que iba á hallar á su puerta al despertarse algun príncipe que, muerto de amor, la demandaba por esposa.

## VI.

Al verse Chang-Chuy desairado de semejante manera, cuando habia cifrado todas sus esperanzas de ventura en el amor de la elegante mestiza de Binondo, cuyo tipo era tan parecido al de sus paisanas, la decepcion fué tan cruel, que cayó enfermo.

Su casero llamó en seguida al afamado Si-Coco, médico chino que gozaba reputacion envidiable entre sus paisanos.

Así que le vió el médico, tomó ambos pulsos al enfermo, segun sistema de ellos; despues de meditar brevemente, dijo con un aplomo que le hubiera envidiado el charlatan más práctico :

• La enfermedad de éste procede de exceso de calor : es necesario á todo trance restablecer su equilibrio con el frio : para conseguirlo, que vayan á la botica de Khai-Fung-Sing con esta receta : le darán unos polvos, los que debe usar mezclándolos con el agua del baño : así que cure, habrá de procurar distraerse. •

A la edad de Chang-Chuy las penas duran poco; pasados algunos dias, pareciéndole prudente el consejo del facultativo Si-Coco, dejó el lecho y la casa.

Chang habitaba en la calle de Santo Cristo de Longos; salió á la de San Fernando, y entrando bajo los arcos que existen á la izquierda, en direccion al rio, halló muchas tiendecitas de *sinamayeras*.

Las *sinamayeras* deben este nombre al género que expenden. Ademas del *sinamay*, tela hecha con filamentos de *abacá* y seda, tienen á la venta sayas de seda y de algodón, pañuelos y camisas de *piña*, *tápis*, *guinaras*, *cambayas* y otras telas diversas. Son en su mayoría mestizas chinas, á quienes gusta vestir bien, y cuyo genio encanta por lo festivo, decididor y alegre.

Chang-Chuy contemplaba una muy linda, á quien sus compañeras llamaban *Charing* (Rosario).

Pasaba por allí un indio conocido suyo, el cual, al verle, se le acercó preguntando :

— ¿ Cosa, señoría ?

—Mia miralo ese *chabó-suy-suy* (1), dijo Chang.

— ¡ Oh! Pues suya cuidado, pero esa tiene novio *castila* y seguro no ha de querer con suya, objetó el indio en el chapurreado español que en general hablan.

Como llegara el novio de la mestiza en aquel momento, el indio se marchó aconsejando al chino que hiciera otro tanto.

Los chinos se distinguen más por lo vocingleros que por lo valientes. Chang, sin embargo, no quiso seguir el consejo que le daban.

La *sinamayera* debió decir algo á su amante, el cual, observando la actitud insolente del chino, hizo sentir sobre las espaldas de éste el peso de un *palasan* ó *rotén* de quince nudos, cuyo elocuente argumento le obligó á ponerse de un salto en el puente allí próximo, gritando como un descosido.

Para consolarse entró en una *pansitería*, comió un buen plato de *pansit*, otro de *tajú*, y algunas *jópias*, saliendo de allí tan satisfecho.

No sabiendo qué hacer, fué á un fumadero de anñon. El ópio ó anñon constituye en Filipinas una importante renta del Estado (2). La Hacienda saca á subasta su contrata en todas las provincias; los contratistas, que por lo regular son chinos, establecen fumaderos públicos en diferentes sitios, prévia autorizacion.

El contrabando del opio se castiga con crecidas multas.

Son los fumaderos unos cuchitriles inmundos, sucios, oscuros é infectos, donde solamente un chino es capaz de entrar.

---

(1) En chino, mujer hermosa.

(2) En el año 1873 ingresaron por ese concepto 221,686 pesos.

Chang-Chuy se recostó en un sofá, le sirvieron su pipa, y pasó las horas de la siesta fumando ansion, halagado en su lasciva somnolencia por las imágenes de *Titay* y *Charing*, que le juraban amor inmenso.

Cuando salió del fumadero eran las seis de la tarde.

Fué á devolver su visita á un tendero que habia estado á verle por encargo de sus padres, el cual acababa de regresar de un viaje á China. Este comerciante era *cabecilla* de la primera tienda de la Escolta, situada en la plaza de San Gabriel.

Se sentaron ambos á la puerta del establecimiento, departiendo amigablemente. A los pocos momentos, el cuadro más animado se ofreció á los ojos de Chang.

Una procesion, que parecia interminable, compuesta de 8.000 mujeres, cruzaba el puente de Barcas en direccion á Binondo.

Eran las cigarreras de la Fábrica de Tabacos del Fortin, que se retiraban á sus casas, terminada la faena del día.

Chang-Chuy se distraia agradablemente viéndolas. Le admiraba su desenfado, el ruido particular de tanta chinela, y su continuo agitar de brazos.

Vió una de fisonomía picaresca, que le sonrió amorosamente al pasar junto á él, lo que le produjo grata impresion. Despidiéndose de su paisano, echó á andar tras de ella.

Notó la cigarrera que le seguia el chino, y encarándose con él, le dijo en ese lenguaje especial que muchas indias hablan:

— ¿Cosa quiere suya conmigo?

— Mia quiere platicalo, contestó Chang, chapurreando el castellano á la manera de ellos.

— ¿Y para cosa?

— Por que vos *mangandan dalaga* (1).

— ¡Abá! exclamó ella.... ¡Está enamorando conmigo este chino!

— ¡Oh, oh! *icaò mariquit* (2).

— *Kánsia* (gracias), le replicó ella en chino.

— Mia quiere mucho con suya y tiene cualtas para puede compla saya y candonga, insistió Chang.

Al oír lo de los *cualtas* la cigarrera abrió unos ojos como ventanas.

— Bien, dijo: sigue suya conmigo, para habla buenobueno con aquel mi tia.

Chang-Chuy se prestó gustoso á acompañarla, al ver que accedía á su amor. La cigarrera vivía en Sibacon. El incauto *sangley* habló á la tia de aquella Vénus, que se llamaba *Quicay* (Francisca). La tia, que era una tia muy larga, le permitió entrar en relaciones con la sobrina, previa formal promesa de que había de casarse.

Chang prometió cuanto quisieron, regresando alegre á su casa porque al fin había encontrado una india que le amase.

## VII.

Dos meses duró á Chang-Chuy el dinero que le habían dado para su boda con la hija de Tieng, y dos meses duró el amor de Quicay.

Tan buena traza se dieron tia y sobrina en gastárselo, que cuando lo echó de ver no le quedaba ni una *chapeca*.

---

(1) En tagalo. buena moza, hermosa.

(2) Sí; tú muy bonita.



Lo peor fué que aquel mismo día lo pusieron en medio de la calle.

Le habia suplantado un ayudante de la fábrica, al que agasajaba Quicay, porque prometió hacerla *cabecilla*, puesto á que todas las cigarreras aspiran.

El chino clamó á Confucio contra desaguisado tal; mas Quicay se mofaba de él descaradamente, amenazándole con decirlo al Ayudante si la importunaba mucho.

Tuvo que resignarse con perderla, pero se devanaba los sesos para conseguir el prodigio de vivir sin dinero.

Vió que la cosa era más difícil de lo que parecia y apeló á otro recurso.

La lotería nacional que mensualmente se celebra en Manila, favorece tanto á los chinos, que casi siempre obtienen el *premio gordo*.

Con el producto de algunos efectos que le sobraban, compró un billete.

Temeroso de que se extraviára, ocurriósele la idea de colocarlo dentro de la caña de su sombrilla de papel chino, á las que en Manila se da el nombre de *payo*.

El papel de los billetes de la lotería filipina es sumamente fino. Lo enrolló como si fuera un cigarro, hizo un pequeño agujero en la parte interior del puño de su sombrilla, y lo colocó dentro, tapándole despues con un pedacito de caña untado en cola.

Los chinos son tan habilidosos en el trabajo de la caña, de la que hacen sillas, sofás, abanicos y miles de objetos, que nadie hubiera encontrado despues la señal de la rotura, ni ménos podia temer que se le perdiera el billete, porque áun en el caso de saltar la tapa, el rollo se ensancha al estar dentro de la caña, y en manera alguna podia salirse.

Como el calor es tan sofocante, y muchas veces llueve de improviso, los *sangleyes* no abandonan nunca su *payo*, que importan de China. A causa de su gran baratura, está también muy generalizado entre los indígenas.

Chang se hallaba de huésped en casa de unos paisanos, con el convenio de pagar sus gastos á la llegada de un correo que esperaba de China. Esperanzado en la lotería, no quiso dedicarse á ningun trabajo.

El día del sorteo, mientras dormía la siesta, soñó que le había tocado el premio mayor.

Al despertarse, oyó que iban voceando el cotejo ó lista oficial, bajó á la calle y compró una. Como recordaba el número de su billete miró al instante á ver si había obtenido premio. Su sueño salió cierto. El billete de Chang-Chuy estaba premiado con 45.000 pesos.

El afortunado sectario del descendiente de Hoang-Ti, expresó su alegría dando saltos que le hicieron pasar por loco á las miradas de los que ignoraban la causa de su alborozo.

Impaciente por recrearse con la vista de su billete, corrió al departamento que ocupaba en la casa donde le tenían de huésped. Precipitóse al punto sobre su *payo*, y rompió la caña. El billete no estaba dentro.

Abrió por medio toda la caña, temblando á la idea de que se lo hubieran robado, pero nada halló.

Su sorpresa era demasiado natural para que no se comprenda. En el tono más gutural que permite la garganta de un chino, comenzó el infeliz á lamentar su desgracia, mesándose el cabello con tal violencia, que le quedó entre los dedos la mitad de la coleta.

Chang cogía el cielo con las manos: en su desesperacion quiso abrirse la cabeza contra un *harigue*. Como el *harigue*

era de molave, madera tan dura como el hierro, sin duda le dolió el golpe y suspendió el calamocheo para rascarse.

El rascarse la cabeza no negaríamos que sea inconveniente, será hasta grosero, mas es la verdad que en ciertas organizaciones hace brotar las ideas.

A Chang-Chuy se le ocurrió que muy bien podía no ser aquel su *payo*, porque en la misma habitacion dormian otros varios chinos, cada uno de los cuales tenía el suyo.

Lo vió detenidamente, y en efecto, no era aquel. Registró todos los rincones, pero no pudo hallarlo en el cuarto. Fué á la tienda donde estaban sus compañeros y les preguntó si habian visto su *payo*.

Uno de ellos le dijo :

— ¿No está junto á tu arca ?

— El que hay allí no es el mio.

— Pues bien, es lo mismo. Tuve que salir esta sjeita : no encontrando otro á mano, cogí el tuyo. He estado en distintos puntos y no sé cómo ni dónde se me extravió : el caso es que cuando volví no lo traia. Entónces te he comprado el que está arriba. Supongo que no te pesará la pérdida del otro, porque así te hallas con uno nuevo en vez del estropeado que tenías.

Cuando Chang oyó esto creyó desfallecer. Dominó, sin embargo, su emocion y le dijo :

— Te lo agradezco ; pero no habrá necesidad de que sufras ese gasto, pues se podrá encontrar el mio, buscándolo en los sitios á donde fuiste.

— Es imposible ; lo hice yo bien detenidamente para no tener que comprarte uno : mis pesquisas han sido infructuosas. ¿Tendrías tú mejor suerte ?

Chang marchó desesperado á su cuarto ; temia que el

dolor le hiciera vender su secreto, lo cual no le convenia, en razon á que, no sabiéndolo nadie, tal vez tendria la fortuna de recobrarlo. Con esa esperanza y la terrible idea de que sin su extravagante ocurrencia de colocar el billete dentro de la caña del *payo*, podia ser rico en aquellos momentos, ni podia sosegar, ni dormia, ni cesaba de discurrir sobre el modo de recobrar su sombrilla.

Al cabo tuvo un feliz pensamiento, pero necesitaba dinero para realizarlo.

El problema era difícil; cuando más preocupado estaba buscando una solucion, se abrió la puerta del cuarto, apareciendo en ella uno de sus compañeros con un paquete de cartas.

—¿Duermes, Chang? preguntó.

Chang-Chuy pudo haberle contestado, como el gallego del cuento: «aunque parece que dormo, nun dormo», pero no estaba de humor, y le contestó:

—¿Qué quieres?

—Ha llegado esta noche el vapor *Formosa* con el correo de China: aquí traigo dos cartas.

Chang se levantó en el acto, poniéndose á leer su correspondencia.

Cierta jóven de su país, con quien Chang habia estado en relaciones amorosas, escribia reprendiéndole su veleidat y le amenazaba con vengarse si no iba á-cumplirle sus promesas.

El padre de Chang, por el contrario, censuraba su extraño proceder con la hija de Tieng. Le daba consejos, que pasó por alto sin leer, y le remitia una eficaz recomendacion para el acaudalado Ho-Chau-Chau, comerciante amigo suyo, residente en Manila, á quien, en caso de necesitarlo, encargaba protegiera á su hijo.

La carta le vino á Chang-Chuy como llovida del cielo; así es que se entregó al sueño, gozoso por haber hallado el complemento de la idea que abrigaba para hacerse con su *payo*.

### VIII.

Llegada la mañana Chang-Chuy hizo llamar al barbero Lim-Juaco, famoso por lo hábil entre sus compatriotas.

Lim-Juaco le afeitó la cabeza, no dejándole más pelo que los correspondientes á la parte superior de la region occipital, los cuales formaban una larga coleta, que trenzó.

En seguida le limpió la nariz, los oídos y los ojos, operaciones difícilísimas que los barberos chinos practican con admirable maestría, valiéndose de ciertos instrumentos especiales. Esta última es causa de muchas oftalmias, si no son muy hábiles los que la ejecutan.

Terminada ésa parte de limpieza, que los chinos repiten frecuentemente, se vistió una limpia y bien planchada *visia* de tela blanca de Canton, unos pantalones blancos tambien, en extremo anchos, y cerrados por delante, sujetándose los con una jareta; se puso la *bueca*, cinto que todos llevan con una bolsa para el dinero; se calzó sus zapatos de tela negra y de gruesas suelas con punta redonda, y marchó á casa de Ho-Chau-Chau con la carta de su padre.

El chino Ho-Chau-Chau vivía en la Escolta; Chang-Chuy le entregó la misiva: habiéndole manifestado aquél lo mucho que estimaba á su padre, y que le serviría en todo, le dijo Chang:

—Tengo un proyecto de cuya realizacion depende mi

fortuna, el cual no da espera á que mi padre pueda mandarme los fondos que necesito: deseo un anticipo de seis mil pesos, respondiéndole de mi honradez y del pago de esa suma tan luégo sepa mi padre que la he recibido.

Le explicó la causa de su desavenencia con Tieng-Chuy, agregando que conocia lo bastante el país para saberse manejar por su cuenta.

Ho-Chau-Chau le entregó esa cantidad, lo primero, porque amaba mucho al padre de Chang, y lo segundo, porque le sobraba el dinero y tenía por hábito, como la mayoría de sus paisanos, proteger á los demas, existiendo entre ellos una verdadera fracción masonería en lo que respecta al mutuo auxilio que se dispensan.

Chang-Chuy se despidió de su protector, dándole infinitas gracias por su generosidad.

Aquel mismo dia alquiló un local á la entrada de la calle de Jolo; tomó varios dependientes, paisanos suyos, yendo juntos á comprar todos los paraguas chinescos de papel que halló á la venta.

Cuando reunieron un número considerable, los hizo trasportar al local alquilado.

Al siguiente dia apareció en los periódicos de Manila el siguiente extraño anuncio:

• En la tienda n.º 4 de la calle de Jolo se cambian *payos* chinescos nuevos por otros de igual clase usados, sin retribucion alguna. •

El mismo anuncio puso á la entrada de su tienda con caracteres chinos, en dialecto tagalo y en español.

Los que lo leyeron entraron á cambiar sus sombrillas, viendo con asombro que en vez de una sucia y rota les entregaban otra flamante.

Corrió la voz entre los indios, mestizos y chinos, que son

quienes las usan más, y en tres días había cambiado Chang dos mil *payos*.

Inmediatamente de recibir Chang-Chuy uno, lo llevaba á su habitacion, y luégo á solas rompía la caña, á ver si hallaba el billete de lotería, objeto único que se propuso al idear la ruinosa negociacion de cambiar un objeto nuevo por otro usado.

Como todos son iguales, Chang no conocia el suyo, viéndose precisado é romper la caña ó agujerearla, lo cual no siempre tenía paciencia para verificar.

Él se arruinaba, pero la sombrilla del billete no llegaba á sus manos.

Las personas caritativas creian que Chang se habia *chiflado*: sacramental frase con que en Filipinas se explica todo lo que parece extraordinario, ó revela rareza en el autor de un hecho cualquiera.

Los demas decian á voz en grito que Chang-Chuy estaba loco.

Los vendedores de sombrillas chinescas se daban á Lucifer, con la extravagancia del famoso Chang. Éste los consoló, en parte, comprándoles su mercancía, aunque á ménos precio.

Nadie, ni áun los mismos dependientes suyos, comprendian el móvil de Chang al obrar de aquel modo; esto no obstante, cuantos tenian un *payo* roto se apresuraban á llevarlo á su tienda.

Ho-Chau-Chau estaba en áscuas, Tieng-Chuy no dormia pensando en su sobrino; y hasta el barbero Lim-Juaco, cuando le trenzaba la coleta, tardaba una hora más que con cualquiera otro, pensando que aquella cabeza que con su navaja habia dejado tan raida, estaba por dentro hueca.

Cuatro meses hacía que Chang-Chuy se dedicaba con admiración del vecindario de Manila al comercio expresado, tan beneficioso á los de afuera como perjudicial para sus intereses, y en ese tiempo habia roto doce mil *payos* sin haber hallado su billete en ninguno.

Su padre, enterado por Tieng-Chuy de lo que pasaba, le escribió furioso, ordenándole que desistiera de su monomanía y realizara inmediatamente el casamiento convenido con su prima.

Ho-Chau-Chau reclamó á Chang los seis mil pesos que éste le debía, en vista del mal uso que de ellos hizo. Pá-ning, desengañada de las falsas promesas de su amante, volvió los ojos al interesante chino que con su nuevo sistema de hacer fortuna era una celebridad en Binondo.

Pensando estaba Chang en la manera de salir de aquel atolladero, cansado ya de romper *payos*, y perdida la esperanza de recobrar su billete, cuando vió llegar á Tieng-Chuy.

El tío cogió al sobrino de las narices y le llevó al rincón más apartado de la tienda, diciéndole :

—No mereces que yo descienda á buscarte despues de tu proceder conmigo; pero en consideracion á que por tus venas corre la misma sangre que por las mías, y á que tu padre me encomienda que haga sus veces, obligándote á realizar el objeto que se propuso al enviarte, he venido; aquí tienes sus cartas. Si rehusas, mañana mismo marcharás á China.

Chang se arrojó en sus brazos, diciendo :

—Tío, si ántes no acudí á implorar su perdon, fué por vergüenza. Agradezco mucho su bondad; mi más vehemente deseo es unirme á Páning desde luégo.

— Pues en ese caso, vénte á casa: ántes de un mes se-



rás su esposo. Tu deuda con Ho-Chau-Chau corre de mi cuenta.

Chang lloró de gusto al ver la magnífica solución que iba á tener tanto embrollo, yendo gozoso á protestar de su constancia y amor á los piés de Páning.

Su prima le dijo que no habia probado la morisqueta desde el dia que supo que no la amaba, y que los celos la impidieron dormir.

Chang se admiró mucho de la noticia, hallando más gruesa á Páning que en el tiempo en que comia, y le dijo :

—Yo, loco por tu amor, desde que te perdí he estado cambiando *payos* nuevos por viejos, sin saber lo que hacía.

—Olvidemos lo pasado, Chang; ya somos felices; quiero sellar nuestra reconciliación con un plato de *pansit*, al que agregaré otro de *bagon*, langostas y *tinapá* que he mandado servir. Acompáñame al comedor.

Chang, manejando sus *sipit* airosamente, y Páning los cinco dedos de su diestra con tanta desenvoltura como si jamas hubiera interrumpido ese ejercicio, dieron fin al banquete, bebiéndose despues cada uno un *tabo* de agua, con lo que quedaron tan satisfechos.

## IX.

Hacia dos semanas que Chang-Chuy moraba en casa de su tio. Los preparativos para su boda con Páning estaban tan adelantados, que se fijó el dia de los dichos para fin de aquel mes.

En ese tiempo Chang-Chuy iba a, rendiendo la doctrina para hacerse cristiano.

Como su tío y su futura lo eran, no les costó mucho trabajo vencer sus escrúpulos.

Una noche Chang-Chuy fué al inmortal teatro tagalo de Tondo, acompañado de la familia de Tieng.

Se ponía en escena un drama en diez partes y doscientos cuadros, el cual abrazaba un período histórico de mil años, figurando en él los paladines más afamados de las principales naciones de Europa.

Menudeaban los sablazos entre los actores, sonaba la música con estrépito, los versos tagalos parecían los más bélicos del mundo en boca de Carlo-Magno, departiendo acaloradamente con el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, y el último rey de los godos, á presencia del sultan Saladino; en el momento en que los guerreros de uno y otro bando se daban de nuevo soberbios cintarazos, bailando el *moro-moro*, un embajador del rey de Persia llegó con tanta oportunidad, que la reñida batalla comenzada, que iba á convertir la escena en otro campo de Agramante, quedó en suspenso para oír al Embajador (1).

La familia de Tieng se volvía toda oídos para no perder nada de la relacion del personaje persa, y Chang-Chuy admiraba el valor de aquellos feroces guerreros, cuando sintió que le tiraban suavemente de una de las anchas mangas de su *visia*.

Al volver la cabeza, un chino de atrabiliario pelaje le entregó un papel, alejándose rápidamente.

Vió que estaba escrito en su idioma natal, y leyó lo siguiente:

---

(1) Con este y otros argumentos análogos se han representado algunos *dramas* (!) en el teatro de Tondo.

•El que solemnemente promete amar á una mujer hasta el fin de sus dias, debe ser fiel á sus promesas.

•El que ha dicho á una mujer que jamas se unirá á otra, no debe casarse más que con ella.

•El que la abandona sin motivo, debe buscarla y sincerarse, si es que sigue amándola.

•El que la engaña y falta á sus promesas, merece la muerte.

•Acuérdate de Ningpo, y teme.

La carta no llevába firma; los caractéres en que estaba escrita le eran desconocidos.

Cuando Chang concluyó su lectura, un copioso sudor frio bañaba todo su cuerpo.

Su asustadiza imaginacion le hizo creer que le estaban asesinando, y exhaló un grito de muerte.

El embajador persa suspendió su relato. Los espectadores del coliseo de Tondo volvieron la vista hácia el lado de que partió el grito. La familia de Tieng miró sobresaltada á Chang: al verle pálido y distraido, le preguntaron afanosas qué le ocurría.

— Nada, les replicó; me siento enfermo.

— Retírate á casa.

— No es necesario; esto pasará, dijo Chang, temeroso de que le sucediera algo al salir.

Continuó el espectáculo; las primas de Chang se distrajeron otra vez, pero el infeliz chino apenas veía de miedo.

Sin duda la conciencia le remordia por alguna mala accion.

Durante el curso del espectáculo estuvo meditabundo é intranquilo. Cuando terminada la estupenda tragedia se retiraban á casa, Chang volvía la cabeza á todos lados, temiendo á cada momento ver aparecer al chino que le en-

tregó la carta en el teatro, el cual tenía todas las trazas de un asesino. Sin embargo, nada le aconteció. Al verse libre en su lecho se le quitó del corazón un peso que le martirizaba horriblemente, y las piernas dejaron de temblarle.

Pasaron ocho días sin que Chang-Chuy fuese molestado por nadie, y nada notó que pudiera revelarle que se tramaba algo contra su vida.

Se tranquilizó, creyendo que sería broma de algún paisano suyo, olvidando por completo el asunto.

La ceremonia para su conversión al catolicismo estaba tan próxima, que su tío Tieng hizo distribuir las esquelas suplicando á sus amigos honraran el acto con su asistencia.

Aquella misma noche el sirviente de Chang le entregó cierto paquete que para él había llevado un chino que no quiso aguardar contestación.

Chang abrió el paquete, que era voluminoso. Contenia un precioso ejemplar del *Chu-King*, obra de Confucio, la más respetada entre los cinco libros escritos por los filósofos chinos, ó sea del *King*.

Acompañaba al libro un papel, que decía :

•El que sin justificado motivo reniega de la mujer que amaba y de la que era amado, no es extraño que reniegue de las creencias de sus padres.

•Lee ese libro con detención, medita despacio lo que vas á hacer, y que Kong-Fu-Tsen te ilumine.

•Los Gei (1) se han apoderado de tu cuerpo, y Ti-Kang (2) te espera.

---

(1) Espíritus malignos.

(2) El dios del Averno.

• Si el arrepentimiento está léjos, la venganza está cerca. Acuérdate de Ningpo, y no olvides tu deber. •

Tampoco estaba firmado este papel, pero Chang empezó á ver claro en el asunto: léjos de calmarse, sus temores se acrecentaron. Temia un desastre si se casaba. Retroceder ya, cuando tan adelantadas estaban las cosas, y dada la situacion en que le habia colocado el negocio de los *payos*, era imposible.

Chang-Chuy no acertaba el medio de resolver nada con acierto. En vano torturó la imaginacion con ese objeto. Viendo que no podia dormir, se puso á leer algunas páginas del *Chu-King*. Aquella lectura hizo vacilar su espíritu. Cuando el crepúsculo matutino anunció el nuevo día, Chang-Chuy cerró el libro.

El sobrino de Tieng, como buen chino, era extraordinariamente caviloso. Su natural cavilosidad aumentó de tal modo en aquellos días con lo que le pasaba, que de nuevo temieron le atacase la chifladura.

El día designado para cristianarle no se pudo levantar del lecho: tenía fiebre. Hubo, pues, precision de trasladar la ceremonia para más adelante.

La indisposicion de Chang fué tan ligera, que al segundo día estaba bueno. Salió breves momentos de su habitacion; al volver á ella encontró sobre el catre una carta que decia:

• Kong-Fu-Tsen te ha inspirado. Si fuese sincero tu arrepentimiento, el perdón no se haria esperar.

• Mañana, á las cinco de la tarde, eres aguardado en la Loma.

• La entrevista debe ser secreta, y por ello he elegido ese sitio, único seguro para conservar mi incógnito.

• Nada temas, y acude á esa hora. Si desoyes mi llama-

miento, no podrás quejarte del mal que te sobrevenga. Mañana sabrás quién soy.

Chang-Chuy extrañó mónicos aquella cita que la manera de llegar la carta á su poder.

Ni su sirviente ni ningun otro de la casa supo darle razon de quién habia penetrado en su cuarto ó llevado la carta.

Aunque la prudencia aconsejaba que no concurriera al lugar á que le citaban, pudo más el deseo de conocer á la misteriosa persona que de tal modo le asediaba á cartas; como era, aunque medroso, de carácter algun tanto aventurero, y la carta no tenia nada de alarmante, decidió ir.

A las cinco en punto de la tarde que indicaba, Chang-Chuy se hallaba en la Loma.

## X.

La *Loma* es el cementerio de los chinos que mueren en Manila profesando sus creencias.

Los convertidos al cristianismo son enterrados en los cementerios católicos.

Forma el de los chinos idólatras de Fo ó Confucio una pequeña prominencia, cubierta de lápidas á manera de escalones, con inscripciones en caracteres chinos, encarnados, negros y dorados, algunas de las cuales denotan lujo y riqueza.

Cuando Chang-Chuy llegó á la Loma habia en sus avenidas muchos carruajes, y en el interior gran concurrencia de chinos vestidos de blanco y con una cinta negra al cuello en señal de duelo.

En el centro se veía el cadáver de un chino en un ataúd de molave, con gran cantidad de alimentos, entre los que sobresalía el *cutchay*, arroz cocido, y *pansit*. También contenía la caja algunas bujías, tiras de papel encarnado y blanco, con versículos chinos en caracteres dorados y negros, una tetera pequeña llena de *chá*, y dos tacitas vacías. Los parientes del muerto, derramando lágrimas, referían al auditorio las bondades que en vida le distinguieron; en seguida le inhumaron á flor de tierra, cubriendo la sepultura con tierra y piedras.

Terminada la ceremonia, se marcharon con la conciencia tranquila por haber cumplido un deber sagrado, seguros de que no había de faltar al difunto con que saciar su apetito en el viaje que iba á emprender, para cuyo objeto habían puesto en el ataúd los manjares que hemos expresado.

La necrofobia dominó á Chang-Chuy en tales términos al encontrar semejante espectáculo, que olvidó el motivo que le condujo á la Lõma.

Durante algunos momentos no se dió cuenta de lo que allí le llevaba. Notando que todos habían abandonado el cementerio, lo recordó, admirado de verse sólo.

Ya iba á marchar, pero le detuvo un ruido que sintió á sus espaldas.

Miró hácia atrás sobresaltado, y se halló en presencia del chino de faz siniestra del teatro de Tondo.

Chang-Chuy se estremeció.

El aparecido, con mucha política, le invitó á seguirle, echando á andar por entre las sepulturas. Chang le seguía maquinalmente.

Al extremo N. del cementerio, donde existe un mauso-

leo piramidal de mármol negro, coronado por un dragon, el guía se detuvo.

Dió dos golpes en la alta lápida que lo adornaba, y giró ésta como si fuera una puerta, dejando ver un saloncito pequeño, á que daba luz una claraboya.

Chang-Chuy entró empujado por el otro chino, que cerró la lápida, quedándose fuera.

Viendo que le enterraban en vida, lanzó un grito de espanto, pero se repuso al observar que no estaba solo.

Habia allí una mujer cubierta con un manto.

— Al fin te veo, Chang-Chuy, le dijo en correcto chino.

— ¿Quién eres? preguntó él.

— ¿No me conoces? replicó la mujer dejando caer el manto que la envolvía.

— ¡Khukhu-noor! exclamó Chang espantado.

— Sí, Chang, yo soy: yo, que he venido exclusivamente á vengarme de tí si no estás dispuesto á cumplirme las solemnes promesas que me hiciste.

Chang-Chuy estaba como petrificado de asombro.

Khukhu-noor era una jóven de Ningpo, á quien Chang-Chuy habia jurado en su país amor sin fin. Ella le amaba con toda su alma. Cuando ménos lo esperaba, cuando más segura creía estar del amor de Chang hácia ella, desapareció su amante, llegando luégo á su conocimiento que iba éste á casarse con una prima suya de Manila.

Chang no pudo avisarle su partida ni despedirse. Ella lo atribuyó á menosprecio.

Se veía engañada, víctima de la falsía de quien tan sinceramente amaba: los celos y el deseo de la venganza no la permitian un instante de reposo.

Khukhu-noor era de carácter enérgico, de exaltada imaginacion, colérica y vengativa.



Chang lo sabía bien, y empezó á temer por su suerte.

La jóven china apenas contaria diez y siete años de edad. Tenía las cejas en exceso arqueadas, los ojos sumamente rasgados y vivos, el cútis fino y delicado, cualidades que constituyen en China la suprema belleza.

Su traje era muy parecido al que usan los chinos.

La pequeñez artificial de sus piés denotaba que no pertenecía á la clase ínfima, que los tiene naturales.

El ponderado pié de las chinas, sin embargo, es una deformidad que causa horror verla. Desde que nacen se lo vendan fuertemente, y muy pocas veces le quitan el vendaje, calzando luégo unos zapatos de forma muy rara.

El pié, así aprisionado, se desfigura, adquiere una forma repugnante y pierde toda su belleza.

El andar de las chinas tiene que ser dificultoso, y aunque algunas corren, se les tambalea el cuerpo como si estuviesen ebrias.

En el Celeste Imperio es un distintivo de cierta nobleza, ó por lo ménos de posicion desahogada en las familias, el tener las hembras inutilizados los piés, constituyendo esto una parte importantísima en la belleza de las jóvenes. Tiene por fundamento á la vez impedir que salgan mucho de casa las damas chinas, ventaja que ellos han sabido apreciar mejor que nosotros, aunque pese al bello sexo.

Continuarémos nuestro relato.

— ¿No me contestas? dijo Khukhu-noor á Chang, que parecia haberse convertido en estatua.

— ¡Khukhu-noor en Manila! exclamó Chang distraido.

— Sí; disfrazada de hombre y seguida de ese fiel servidor que aguarda afuera mis órdenes, he venido á este país para impedir que seas perjuro. Tu sentencia está dicta-

da : ó mi amor ó tu muerte : yo no consiento que seas de otra.

— Pues eso es imposible, articuló Chang.

— ¡ Imposible ! Nada lo es cuando se tiene voluntad.

— Escucha , Khukhu-noor. Yo te amaba mucho, y aún te amo : mi padre me obligó á dejar precipitadamente la hermosa ciudad donde tan felices hemos sido, para que en esta realizara un casamiento que rechaza mi corazón. En un principio lo rehusé ; pero hoy que me veo ligado á mi tío por una deuda ; hoy que la situación mia es tan precaria ; que mi padre ordena mi casamiento, y que de no hacerlo he de sufrir incalculables males, por razones que sería largo referirte, tengo que contrariar mis deseos y sucumbir á la necesidad de enlazarme con esa prima á quien no amo. ¡ Ya ves si el sacrificio es grande !

— Tú mientes, Chang. ¿ Es posible que por frívolos motivos, que no estando tú apasionado de esa mestiza, que amándome á mí, como indicas, me abandones por ella y apostates de la religion de nuestros padres, la que juntos hemos ensalzado en el templo, la que está revelada en las sublimes páginas del Chu-King, que te mandé ?

Khukhu-noor, al expresarse así, parecía estar atacada de la enteomanía, segun la expresion de ira que se revelaba en su rostro, su actitud y el brillo de su mirada.

— Pues aunque lo dudes, contestó Chang, es una verdad cuanto te dije. Ya no tengo más remedio que obrar así. Tú harás perfectamente volviéndote á Ningpo.

Khukhu-noor, al oírle esta contestacion, no pudiendo contenerse, y con movimiento más rápido que el pensamiento, descargó sobre la pelada cabeza de Chang tan tremendo golpe con el mango de una sombrilla chinesca en que se apoyaba, que le sonó como si fuera un coco, partiéndose la caña de la sombrilla por la mitad.

Chang-Chuy, exhalando un lastimero alarido, se echó mano á la parte dolorida, pero se le calmó el dolor repentinamente viendo que por entre la abierta caña del *payo* de su amada asomaba un papel.

Se avalanzó á él como el leon hambriento sobre su presa, y al reconocerle, dejó asombrada á la ardorosa china con las exclamaciones de gozo que lanzó al aire, en vez de los gritos de dolor que ella aguardaba, pareciendo que habia perdido el juicio, segun los saltos que daba y el contento que tenía.

Khukhu-noor estaba muda de asombro.

Cuando Chang logró dominar la emocion inmensa que sentia, explicó á su amada en breves palabras la historia de su perdido billete, que de impróvisio aparecia en poder de quien ménos imaginó, pues no otra cosa era el papel que asomaba por entre la caña de la sombrilla.

— ¡Pero si este *payo* lo adquirió mi sirviente Kuei-Cheu en China, hace algunos meses, de uno que desembarcó en nuestras playas, procedente de estas islas! decia ella admirada.

— Confucio nos protege, le respondió Chang filosóficamente.

Chang y Khukhu-noor se abrazaron bendiciendo la idea de ésta al descargarle el tremebundo golpe que le devolvía un tesoro que creyó perdido para siempre.

La cabeza de Chang estaba doblemente abultada por la caricia de la jóven; pero no sentía dolor alguno: el placer de haber encontrado su billete le tenía loco de contento.

Chang-Chuy y su antigua novia abandonaron el cementerio de la Loma, seguidos de su sirviente Kuei-Cheu. En vano su tio Tieng-Chuy le aguardó aquella noche. Chang no volvió á aparecer más por casa de su tio.

Dos días hacía que le buscaban por todo Manila con la mayor zozobra, hasta que recibió el desdichado Tieng una carta de su sobrino.

En ella le manifestaba que no se acordara más de su casamiento con Páning, porque aquel mismo día marchaba á China en compañía de la única mujer que amaba.

Acompañaba á la carta en billetes de Banco la suma que por él había pagado á Ho-Chau-Chau, y además mil pesos por los gastos y disgustos que le causó desde su arribo á la capital de las Filipinas.

Chang había cobrado el billete al siguiente día de su entrevista con Khukhu-noor, y marchó á China, donde se casó con ella, yendo en peregrinación á Kio-Len-Hien, ciudad de la provincia de Can-tung, patria de Confucio, para desagraciarlo por el intento de renunciar á su culto.

Después pasaron á Ningpo. Como el dinero todo lo allana, Jalung-Chuy, padre de Chang, le perdonó su desobediencia, viéndole volver más rico de lo que salió de su tierra, y Kia-Ling-Kiang, padre de Khukhu-noor, no cabía en sí de gozo al considerar que la fuga de su hija dió por resultado tan ventajoso enlace.

Tieng-Chuy y su pariente Jalung cortaron todo género de relaciones después de una correspondencia entre ambos algo picante.

Páning, la desdichada joven, dos veces á punto de casarse con Chang, y las dos burlada, no pudo sufrir con paciencia el rigor de su estrella, y para alejarse por algún tiempo de la vista de las personas que la señalaban por donde quiera que iba y que referían su infortunio á cuantos lo ignoraban, entró en el beaterio-colegio de la Concordia, que por su alejamiento de Manila, y la apacible vida que

en él hacen las educandas, lo creyó el lugar más á propósito para su intento.

La Concordia es un hermoso edificio, situado en una alegre campiña del pueblo de Santa Ana, donde se educan y aprenden preciosas labores muchas niñas y señoritas de todas las provincias, en clase de internas, bajo la direccion de las hermanas de la Caridad, que en Filipinas prestan útiles servicios, especialmente en los hospitales y en el ramo de instruccion pública. Páning distraia los pesares del alma con los juegos y ameno trato de las compañeras de colegio, confiando en que otro amante ménos voluble que su primo Chang, de feliz memoria, la sacase de aquella tranquila mansión para conducirla al altar. No habia perdido la esperanza de entrar en el gremio de las casadas, esperanza que ninguna mujer pierde, aunque las arrugas surquen su rostro y los amantes vayan pasando como pasan las estaciones del año. ¡Es tan desconsolador eso de quedarse para vestir santos!

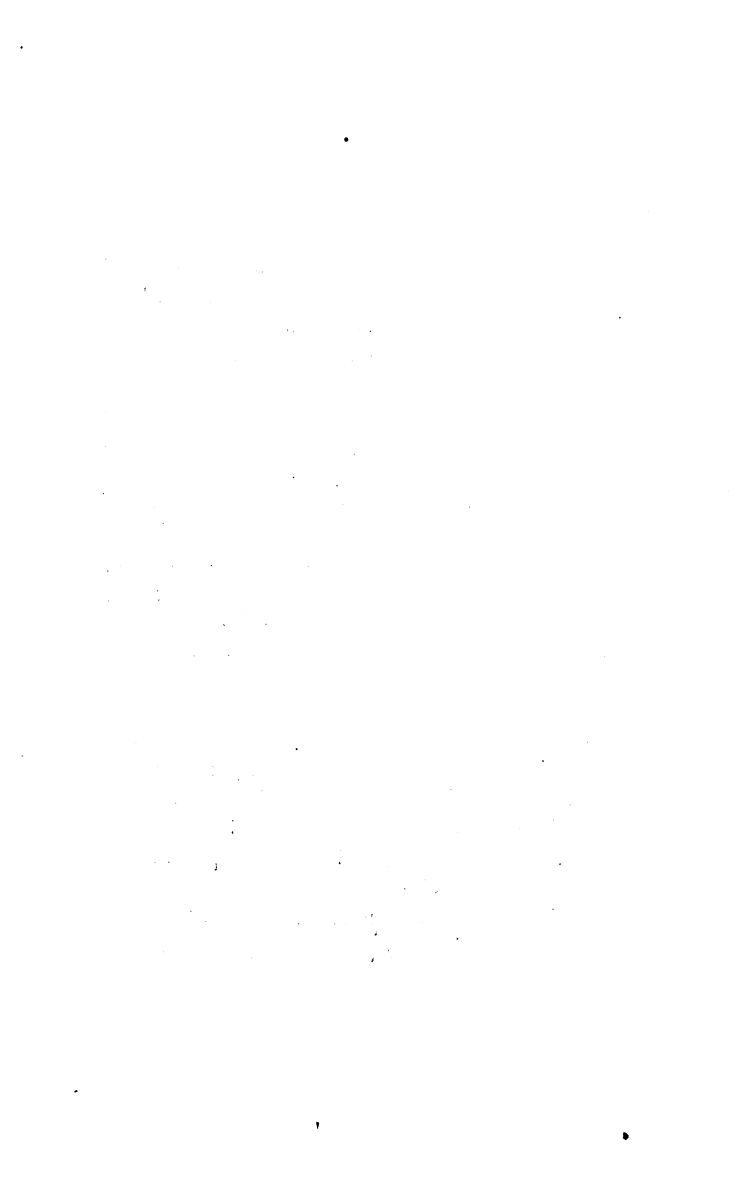
Ignoramos si se realizaron al fin las ilusiones de Páning.

Respecto á Chang-Chuy, cartas de China nos han hecho saber que está grueso como un mandarin, y que hace muy buenos negocios con el comercio del *Chá*, que despues de aspirar los chinos su delicado aroma y saborearlo á pequeños tragos, secan las hojas al sol y lo exportan á Europa á muy buenos precios.

¡Y aún habrá quien crea que los chinos son tontos!

El que no lo sepa bien y tenga el capricho de averiguarlo, no es necesario que llegue á China : basta con que vaya á Manila.

---



---

---

# EL CALAO VENGADOR.

---

## I.

En el pueblo de Mabalacat, provincia de la Pampanga, residia hace veinte años un indio sexagenario, llamado don Hermenegildo Basco de los Reyes, que gozaba de gran prestigio por un privilegio otorgado á su padre en recompensa de importantes servicios prestados durante la invasion inglesa, siendo Gobernador general de las islas don Simon de Anda y Salazar.

Habia sido ademas *gobernadorcillo* del pueblo dos veces, y era en la época á que hacemos referencia, *juez de ganados*.

Las riquezas que poseia, sus servicios, sus años, y la tradicional nobleza de su familia, le hacian respetable y querido en el pueblo; y hasta las personas más caracterizadas acataban con veneracion cualquiera providencia suya.

Las acciones del padre de D. Hermenegildo son tan dignas de alabanza, que vamos á indicarlás para que su conocimiento sirva de enseñanza á los pampangos que las ig-

noren, y puedan enorgullecerse de que haya nacido en su provincia el buen patriota D. Luis Basco.

Para ello habrémos de recordar ciertos acontecimientos históricos.

Inglaterra y España estaban en guerra en 1762. El Gobernador de Filipinas, interino en aquel entónces, era el arzobispo D. Manuel Antonio Rojo, el cual ignoraba por completo la ruptura de hostilidades entre ambas naciones; su sorpresa fué grande al ver en la bahía una escuadra inglesa, compuesta de trece buques de alto bordo, conduciendo 6.800 hombres de desembarco.

El Jefe de la escuadra intimó al Arzobispo la orden de entregar la plaza; pero hubo de contestársele que la ciudad se defendería.

En la noche del 23 de Setiembre efectuaron los ingleses su desembarco, poniendo sitio á la capital. El 29 arribaron tres navíos á reforzar á los sitiadores.

Sabido esto en la inmediata provincia de la Pampanga, don Luis Basco convocó buen número de *principales*, de paisanos y de servidores suyos, y les dijo:

— La patria está en peligro: diez y seis navíos ingleses han invadido la bahía: Manila se halla sitiada por numerosas tropas extranjeras. Si los peninsulares son vencidos, quedarémos esclavos de los ingleses, que nos considerarán solamente como despreciables instrumentos para ayudarles á explotar la riqueza del país, segun han hecho en sus colonias. Es necesario que corramos en auxilio de la causa española, que es nuestra causa. Los españoles sacaron á nuestros padres de la vida salvaje en que vegetaban para darles una civilizacion que nos envidian todos los países vecinos. No son dominadores que nos esclavizan, sino protectores que nos gobiernan paternalmente. Las leyes que



ha dictado España para que rijan en Filipinas son más benignas que las vigentes en la Península. Respetan nuestras propiedades y nuestros usos y costumbres. No se desdennan unirse en matrimonio á nuestras hijas ó hermanas, y han creado escuelas para la educacion de nuestros hijos. A ellos les somos deudores de cuanto significamos y tenemos; pues cuando arribaron á estas playas, vivian nuestros antepasados lo mismo que viven ahora los *igorrotos*. Si ellos no hubieran venido con la noble mision de civilizarnos, seriamos salvajes todavía. Ellos nos han dado los conocimientos que poseemos de agricultura, industria y comercio; nos han enseñado á edificar y á construir buques; nos han iniciado en todas las artes, poniéndonos en condiciones de poder llegar á la altura de las naciones europeas. Les debemos inmensa gratitud; y ésta es la ocasion de mostrarles nuestro aprecio por tanto beneficio, para que vean que no somos incapaces de conocer las ventajas que de su gobierno hemos obtenido. Si consentimos que otra nacion, ya sea inglesa ó alemana, portuguesa ó china, holandesa ó rusa, se apodere de este suelo, la más horrenda esclavitud nos aguarda, y habrémos labrado por nosotros mismos nuestra desgracia eterna.

El puesto que el deber nos señala está en Manila: corramos á defender la patria ó á morir lealmente al lado de nuestros compatriotas los españoles. ¿Hay alguno que opine de distinto modo?

— ¡Nadie, nadie! gritaron todos, embriagados del santo amor de la patria. Volemós á Manila, que nuestros hermanos están en peligro: tú serás quien nos mande, dijeron aclamando á Basco por jefe.

— En marcha, compañeros, y viva España!.. gritó Basco.

— ¡Viva España, y en marcha! respondieron todos.

## II.

El día 3 de Octubre, los pampangos, en considerable número, armados de lanzas, flechas, *bolos* y *campilanes*, penetraron en la plaza de Manila, por la parte de tierra, capitaneados por D. Luis Basco.

Los sitiados les recibieron con vivas y abrazos.

Apretaban el cerco los ingleses, y en varias salidas que los indios efectuaron, fueron éstos rechazados á causa del mejor armamento y mayor estrategia de los contrarios, que se asombraban del arrojo con que eran combatidos.

El Arzobispo, más inclinado, por su profesion eclesiástica á la paz que á la guerra, capituló la entrega de la ciudad, considerando que era imposible su defensa.

Don Simon de Anda y Salazar, oidor de la Audiencia, opinaba que la plaza debia resistirse hasta el último trance; pero al ver que se hizo lo contrario, abandonó la capital, trasladándose, por el rio, á Bulacan, en un débil esquite, sin más séquito que su fiel criado.

Convocó al jefe de la provincia, á todos los españoles, á los religiosos y *principales* de la cabecera, y exponiéndoles su proyecto de resistir al enemigo, le juraron fidelidad y obediencia.

El 5 tuvo noticia oficial de la rendicion de Manila. En el momento dirigió una proclama á los habitantes del Archipiélago en calidad de Capitan General, excitándoles á unirse á él para defender las islas contra los invasores, fijando su residencia en Bacolor, cabecera de la Pampang.

Don Luis Basco acudió el primero á ponerse á sus órdenes, en union de un verdadero ejército de indígenas, empuñándose desde aquel dia ruda guerra entre el heroico

patricio D. Simon de Anda y Salazar y los súbditos de Inglaterra.

La provincia de la Pampanga y cuantas le enviaron auxilios, se cubrieron de gloria en aquella acasion.

La lealtad de los indios pampangos es merecedora de eterno renombre, porque habiendo cometido el Jefe inglés la perfidia de ofrecer cinco mil pesos al que llevara á Anda vivo ó muerto á sus manos, ninguno fué traidor; ántes al contrario, cumplian fielmente las órdenes del ilustre anciano. Basco era quien mejor secundaba sus proyectos.

Hecha la paz entre España é Inglaterra, llegaron órdenes del Gobierno inglés para la evacuacion de la plaza.

Comunicáronlo así á Anda los ingleses, pero se negó á recibir el oficio, porque en él no le trataban como Capitan General de las islas, manifestando de este modo la entereza de su carácter y la seguridad que le inspiraba su residencia en Bacolor.

El Gobierno de España avisó el convenio de paz ajustado con Inglaterra, y entónces solamente propuso Anda á los ingleses la suspension de hostilidades, indicándoles la manera de verificar la devolucion de la plaza de Manila.

Efectuóse al cabo dicho acto, no sin graves disgustos suscitados por el Arzobispo y otros oidores, que le disputaban el Gobierno, á pesar de que no habian sabido imitarle en su patriótico comportamiento durante la lucha. Anda resignó despues el mando en la persona nombrada competentemente para sustituirle.

Don Simon de Anda y Salazar mereció bien de la patria por su conducta heroica y digna. La memoria de su valor vive en Manila y se perpetuará siempre en la historia como recuerdo glorioso y de útil enseñanza para las generaciones venideras.

Enfrente de la fortaleza de Santiago, á la entrada del Malecon, entre el rio Pásig y el mar, existe un obelisco de catorce metros de altura, con base de granito y mármol de Italia, que se erigió en su honor por suscripción pública. También Bacolor le dedicó otro monumento, llevando además su nombre un pueblo de la provincia de Zambales y una calle de Manila. Los restos de este ilustre magistrado, depositados bajo una losa que habia detras del altar mayor de la catedral, fueron conducidos á la iglesia de la Orden Tercera, cuando se removieron los escombros de aquel templo, arruinado por el terremoto de 1863, donde en la actualidad existen.

Fué generoso con cuantos le auxiliaron en su noble empresa durante la campaña.

Don Luis Basco, como hemos indicado, recibió un testimonio honorífico en señal del aprecio que le mereció por su lealtad, su personal valor y los auxilios que en hombres y provisiones prestó con generoso desprendimiento hasta la terminacion de la guerra.

Desde entónces vivió D. Luis Basco atendido del jefe de la provincia y de sus paisanos, siendo visitado por cuantos españoles iban á la Pampanga. Al morir dejó un nombre ilustre á su hijo Hermenegildo, designado al principio de esta historia, y de quien vamos á ocuparnos.

### III.

Los moradores de Mabalacat encomendaban su alma á los santos de su devocion en una tormentosa noche.

Los truenos retumbaban en el espacio, las nubes eran

rasgadas por incesantes relámpagos, y el aguacero azotaba las sencillas viviendas del pueblo.

Serian las diez, y ni un sér viviente se distinguia en las calles.

Como la noche estaba por demas lóbrega y no habia alumbrado público, ni lo hay aún en los pueblos de las provincias filipinas, el de Mabalacat se veía envuelto en densa oscuridad, hasta tal punto, que hubiera sido difícil apercibir un bulto á dos pasos de distancia.

El pueblo yacia en el mayor silencio, sin que turbase aquella solemne calma otro ruido que el de los truenos y el del fuerte aguacero que caía. Parecia que todos sus habitantes estaban entregados al descanso, ó que era un pueblo desierto; y sin embargo, en el interior de las casas sus dueños elevaban pécas á Dios, ante imágenes alumbradas por velas benditas.

Cada trueno que se oía, cada relámpago que brillaba, cubria de palidez las mejillas de los hombres, y llenaba de terror pánico el corazon de las mujeres, temiendo que el rayo las abrasase. Su temor no carecia de fundamento, pues las tormentas en Filipinas, que son muy frecuentes, rara vez dejan de producir desgracias lamentables. Por fortuna, en la noche á que nos referimos, ningun daño grave aconteció á las personas; pero sí á dos pacíficos *carabaos*, cuyas descomunales astas tienen indudablemente particular atraccion para la electricidad.

La tormenta pasó sin otras consecuencias. Los relámpagos iban siendo por instantes ménos frecuentes é intensos, y los truenos apagaban su ruido. Dijeron los vecinos de Mabalacat la última oracion, y apagando las milagrosas velas, buscaron en el lecho el reposo de que les habia privado la tormenta.

El pueblo continuó en el mayor silencio; y las calles, como ántes, desiertas por completo.

El reloj de la iglesia dió doce lentas campanadas. Al extinguirse el eco de la última, se oyeron débilmente al principio, y distintamente despues, las pisadas de un caballo al galope. Atravesó con rapidez algunas calles, deteniéndose en el portal de una de las mejores casas. Se apeó el jinete y dió fuertes golpes á la puerta, repitiéndolos á poco con doble violencia. Miéntras abrian, se envolvió cuidadosamente en una manta que desató del arzon de la silla. Preguntaron quién llamaba, y contestó con un enérgico juramento. Sin duda conocian su voz, pues que abrieron en el acto.

— No te esperaba esta noche, Juan, le dijo una mujer á quien acompañaba una niña, que á su vez agregó: Buenas noches, padre.

Ni á una ni á otra respondió nada el interpelado, y se encerró en su cuarto, encargando solamente que pusiera en la caballeriza el caballo y se acostaran pronto, porque queria descansar.

La que abrió, que era su esposa, atribuyó el mal humor del marido á que le habia cogido la tormenta, calculando que habria salido aquella noche de Ángeles, á donde marchó el dia anterior, é hizo lo que le encargara.

Al irse á acostar, notó que estaba cerrado el cuarto de su esposo: creyéndole dormido, pasó con su hija á otra habitacion.

Así que todo estuvo en silencio, el hombre á quien vimos llegar á caballo momentos ántes, descendió al zaguán de la casa, levantó dos baldosas, abrió un profundo agujero, y enterró en él varios objetos cuidadosamente envueltos.

Colocadas las baldosas como estaban ántes, limpió la tierra extraída; y despues de observar que ninguna diferencia habia entre las levantadas y las demas, volvió á su cuarto.

Aquel hombre estaba lívido: el espanto se veia pintado en su rostro. Permaneció meditabundo algunos instantes con la cabeza entre las manos, apoyados los codos en una mesa: luégo alzó la frente más sereno, brillando en sus lábios cierta sonrisa sarcástica. Adoptada una resolucion, á no dudarle, la calma principió á brillar en su rostro, y cuando se echó en la cama parecia completamente tranquilo.

#### IV.

Al dia siguiente el *gobrnadorcillo* de Mabalacat se hallaba en el *tribunal* hablando con varios individuos sobre la tormenta de la noche anterior, con objeto de enterarse de los daños que hubiera causado, para dar cuenta á la Alcaldía mayor.

Impaciente parecia por la tardanza del capitan de cuadrilleros, á quien comisionó con el indicado propósito, cuando le vió aparecer seguido de algunos alguaciles y labradores. Apeóse de su caballo el capitan y corrió á noticiarle que en lo más espeso del bosque que conduce al pueblo de Capas, habian encontrado el cadáver de un hombre horriblemente desfigurado.

En el instante hizo llamar al *directorcillo*, y seguido de sus *testigos acompañados*, y de los cuadrilleros y alguaciles, se trasladó al punto referido. Una vez allí, practicadas las

diligencias legales, pusieron el cadáver en unas angarillas, conduciéndolo al *tribunal*.

Identificada la persona del muerto, resultó ser la del *capitan pasado* D. Hermenegildo Basco de los Reyes: tenía un pistoletazo en la cara, dos heridas causadas con arma punzante en el corazón, y muchas en el rostro, inferidas sin duda con el designio de desfigurárselo.

Aquel asesinato en persona tan respetable y querida, así como el ensañamiento que revelaba, llenó de pena y de ira á todos los allí presentes.

En el momento dispuso el *gobernadorcillo* que salieran los cuadrilleros en todas direcciones, á ver si algo descubrieran; y por su parte principió á hacer cuantas gestiones pudo en averiguacion del autor de aquel horrendo delito.

Cundió la voz por el pueblo, llenando de consternacion al vecindario. Hubo las hablillas más variadas y absurdas, se hicieron los más extravagantes comentarios, y todo era conversaciones sobre aquel hecho.

La numerosa familia del *capitan* Hermenegildo hizo cuantas diligencias fueron necesarias para descubrir al homicida, prometió considerables sumas al que lo denunciara, y no descansaba un solo instante en sus averiguaciones.

El Juzgado de primera instancia de la Pampanga, al cual se pasaron las primeras diligencias instruidas en *Mabalacat*, á pesar de su celo, nada pudo conseguir, como tampoco el *gobernadorcillo* y sus agentes, ni la familia del *capitan*. Hubo, por tanto, que sobreseer en la causa que se instruyó, sin que el menor indicio apareciese de quién fuera el asesino, cosa que consideraron al fin imposible de averiguar.

La desesperacion de todos era inmensa, general el des-



contento por tan terrible crimen, y poco comun el interes desplegado, no ya sólo por los dependientes de la autoridad, sino hasta por los particulares. Tal era el afan que habia por saber el nombre del delincuente y las causas de su delito.

Nada, sin embargo, se logró descubrir, y el homicidio perpetrado en la apreciada persona de D. Hermenegildo Basco de los Reyes quedó envuelto en las sombras del misterio.

## V.

La Pampanga es una rica provincia próxima á Manila. La parte llana está bien cultivada, y produce caña dulce en abundancia. Para extraer su jugo, en vez de los trapiches de madera, construidos por los mismos labradores, que se usan en las demas provincias, posee molinos de vapor. Con estas máquinas se economiza tiempo, la caña queda mejor triturada, y los *carabaos* que destinan á los trapiches pueden ser dedicados á otras faenas. El azúcar de la Pampanga se estima mucho en los mercados extranjeros por su buena calidad.

Una gran parte de la provincia se halla inculta. Bosques espesos de elevados *cogonales* sirven de guarida á los más temibles bandidos del país. Entre Mabalacat y Capas especialmente, existe un sombrío bosque, cuya tierra es colorada, en el cual se han cometido grandes robos y asesinatos sin cuento.

En la actualidad, con los destacamentos de Guardia civil allí situados, son ménos frecuentes esos crímenes.

Los montes de esta provincia son notables por la abundancia de canteras de piedra, jaspes y mármoles. Cuenta

con muchos rios caudalosos, que prestan gran servicio á los campos y no pequeño á la navegacion, facilitando la importacion y exportacion de frutos, y el desarrollo de la industria por la facilidad de comunicaciones que hay entre ésta y las de Manila, Bulacan, Pangasinan y Nueva-Écija. En una extensa llanura que tiene por nombre Candava se forma en la estacion de aguas una notable laguna.

Las calzadas ó carreteras son anchas, pero mal cimentadas, por lo que en la época de las lluvias se ponen poco ménos que intransitables.

En los pueblos principales existen casas que negocian alquilando coches, caballos y carromatos con escuálidos rocines, pero fuertes y ligeros.

Hay innumerables barrios ó *visitas*, cada uno con su pequeña ermita, y un *bantayan*, ó sea cuerpo de guardia formado de indígenas, dependientes de la autoridad local, á las órdenes de un teniente.

En las cercanías de estos *bantayanes*,<sup>1</sup> suelen tener sus viviendas algunos industriales, que desempeñan el servicio de los posaderos de España, dando albergue y comida á los transeuntes. En cambio los *tribunales* prestan muy mal servicio á los viajeros; y si alguna vez facilitan los bagajes que se les piden, lo hacen tan tarde, tan mal y tan caro, que es preferible no acudir á ellos. Actualmente se proyecta la construccion de una vía férrea de Manila á la Pampanga, con el propósito de ir la prolongando hácia el Norte de Luzon. Si el proyecto se realiza, los beneficios serán inmensos para esas provincias. Los pampangos son laboriosos y buenos agricultores. Bacolor es poblacion bonita; San Fernando tiene buen caserío; y en Guagua, donde está la Administracion de Hacienda, hay mucho comercio y animacion. El rio, por donde van los vapores á

Guagua, presenta vistas preciosas. La campiña de la provincia agrada á cuantos la ven. Algunos de sus pueblos son muy pintorescos.

El monte Arayat, que se eleva en el centro de la Pampanga, domina todas las provincias limítrofes, divisándose el mar hasta una grande distancia. Es una atalaya magnífica.

La poblacion asciende á 200.700 habitantes. Bacolor dista de Manila doce leguas. Sus naturales son ilustrados.

## VI.

Vamos á referir lo que sabemos acerca del atentado que tan profundamente ocupó la atencion pública en la Pampanga, ó sea el asesinato de D. Hermenegildo Basco.

Juan Ibana, natural de san Isidro, capital de Nueva-Écija, que se hallaba acopiando azúcar en la Pampanga, casó con Eugenia Basco, sobrina de D. Hermenegildo. Los padres de la jóven le impusieron la condicion de vivir en Mabalacat, por lo que trasladó allí su domicilio.

Juan era orgulloso, soberbio, dominante y vengativo. A poco de casado, tuvo desavenencias, por cuestion de intereses, con la familia de su esposa, desavenencias que ésta hizo desaparecer con suma delicadeza. Eugenia, modelo de mansedumbre, deploraba que su marido tuviese tan mal carácter; pero lo supo conllevar con paciencia, evitando de ese modo más de un disgusto.

Ibana era tan disimulado y astuto, que en el pueblo le designaban como modelo de buenos esposos; jamas dejó traslucir su descontento por la tutela que sobre los intereses de la familia de su esposa ejercian algunos parientes de

ella, á quienes odiaba, cansado de sus consejos y recomendaciones.

Don Hermenegildo Basco de los Reyes, en particular, impidió más de una vez que se arriesgase en cierta clase de empresas y especulaciones, haciendo con sus advertencias que los padres políticos de Ibane temieran facilitarle el dinero que pretendía. Él quería más independencia, ménos consejos, y sobre todo, dinero para sus negociaciones.

El tío de Eugenia no aconsejaba mal; pero era pesado, algo entremetido, y por lo tanto una eterna pesadilla para Juan Ibane.

Murieron los padres de su esposa; y cuando pensó entrar en el exclusivo dominio de los bienes, que por herencia correspondían á aquélla, D. Hermenegildo, por pactos y contratos que con ellos tenía, quiso retener algunos.

Juan no pudo sufrirlo, recurriendo al Juzgado despues de agotados todos los recursos para un arreglo.

La razon estaba de parte de D. Hermenegildo, y así lo resolvió el Juez: apeló á la Audiencia, y ésta confirmó la anterior resolución. Vióse, pues, precisado á perder una buena parte de los terrenos que creía pertenecientes á su mujer; pero juró vengarse, y al efecto disimuló su ira, tratando con astucia de engañar á su víctima.

Desde que tal idea abrigó se mostraba más deferente con su tío político. Engañado éste con la fingida humildad de Ibane, decía muy satisfecho que al fin Dios le había tocado el corazón; que la soberbia ya no le cegaba, y que la razon venció su orgullo. Contento con esa trasformacion, que atribuía á su habilidad y buenos consejos, y con la pesadez propia de los ancianos, cuya autoridad es tan respetada entre los indios, D. Hermenegildo redobló sus visitas á la casa de Ibane, del cual era consejero obligado. Ibane

tenía que ajustar todas sus operaciones á los caprichos de su tío. Por lo mismo que los indios respetan tanto á los ancianos, créense éstos que sólo ellos saben hacer bien las cosas, y en esta confianza acostumbran á disponerlo todo.

Cansado ya de un interes que Ibane conceptuaba impertinente, afan de someterlo todo á su voluntad y conveniencia, lo cual se avenia muy mal con su indómito carácter; deseoso de vengarse, ademas, por el pleito que le ganó, y enardecido á consecuencia de haberle negado cierta suma que le pidiera en préstamo, decidió deshacerse de él á toda costa, no tardando en presentársele la ocasion de realizarlo.

Supo que el capitán Basco iba á una *sementera* de Capas, y fingiendo un viaje á Ángeles, cuando aquél debia regresar, corrió á ocultarse en el espeso bosque que entre Mabalacat y Capas existe, y se apostó próximo á una senda, por donde con seguridad tenía que pasar, pues tal era su costumbre.

Don Hermenegildo volvia, en efecto, por dicha senda, y á mitad de camino le sorprendió una tormenta. Los elementos desencadenados parecian presagiar el horrible drama que iba á representarse en el peligroso bosque por donde principiaba á internarse, pero como allí no habia donde guarecerse, continuó su ruta, haciendo que su cabalgadura apresurase el paso.

En medio del bosque, por donde otro ménos práctico que él no habría podido pasar, á causa de la oscuridad, le gritaron :

— ¿Quién va ?

— Gente de paz, replicó el capitán.

— Adelante, dijeron.

Avanzó con precaucion, pero á poco se sintió empuja-

do fuertemente, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Su caballo, espantado, salió huyendo. Al caer D. Hermenegildo en tierra, se vió sujeto por la garganta y el pecho, oyendo á su sobrino Juan Ibaná, que le decía :

— Al fin logro desprenderme de ti, viejo impertinente. Ahora ponme pleitos, róbase mis bienes y entrométe en mis asuntos. Diciendo así, le disparó una pistola sobre la cara.

Al ruido que produjo el arma, un pájaro *calao*, de proporciones gigantescas, que estaba en la rama de un árbol á cuyo pié se hallaban tío y sobrino, lanzó su estridente y pavoroso graznido, yendo á posarse sobre otra rama más próxima aún á ellos, hasta tal punto, de que sus alas rozaban ligeramente el cuerpo de Ibaná. Aterrorizado éste dejó caer la pistola, intentando huir. Su tío D. Hermenegildo, herido solamente, le sujetó por un brazo, diciéndole :

— Eres un infame, porque alevosamente me asesinas, sin consideración á mis canas ni al parentesco que nos une; pero Dios no dejará sin castigo tu crimen: pájaro *calao*, añadió, mirándolo á la luz de los incesantes relámpagos que iluminaban todo el bosque, tú, que eres el único testigo de mi muerte, véngame.

El pájaro, como si hubiera comprendido lo que le decían, agitando ruidosamente las alas, emprendió su vuelo vertiginoso lanzando lúgubres y pavorosos graznidos, que poco á poco fueron perdiéndose á lo léjos.

El terror de Ibaná se acrecentó en extremo, pero reponiéndose al ver que se incorporaba su tío, sacó un puñal y le cosió á puñaladas, primero en el corazón y luego en el rostro, dejándolo espantosamente mutilado.

Recogió en seguida sus homicidas armas, y montando á

caballo, emprendió la vuelta á su casa, chorreando agua y salpicado de sangre.

Ya hemos visto, puesto que él era, cómo al llegar á su casa enterró bajo las baldosas del zaguan su camisa y las armas con que realizó el crimen, sonriendo despues, al ver el feliz término de su inicuo atentado, y la candidez de su tio por encomendar al pájaro *calao* su venganza.

## VII.

Diez años despues de los sucesos que acabamos de referir, Juan Ibana era el más poderoso y feliz de los vecinos de Mabalacat.

La muerte de su tio D. Hermenegildo, que tanto dió que hablar, estaba olvidada. Nadie, ni remotamente siquiera, sospechó fuera él el autor de semejante crimen, siendo pariente tan cercano de la víctima, y uno de los que mayor sentimiento demostraron cuando se hizo pública su muerte, y más interes parecia tener en averiguar quien habia sido el asesino.

Cierto dia le dijo su mujer :

— Han venido á avisar de la hacienda de Capas que está en sazon el *palay*, y conviene que vayamos á presenciar su recoleccion, porque como terreno adquirido el año pasado, no es prudente que en la primera cosecha confiemos esa operacion á los inquilinos. Así sabrémos el número exacto de *huyones* que produce.

— Tienes razon : mañana irémos, le contestó su esposo.

Fueron á la hacienda, pasaron allí algun tiempo, y al regresar, ya anochecido, el cielo principió á cubrirse de

negros nubarrones. Soplabá un viento frío, precursor de abundante lluvia, y lejanos truenos començaron á dejarse oír, iluminándose de tiempo en tiempo el lejano horizonte.

— Paréceme que nos va á coger la tormenta que por allí avanza, dijo la mujer de Ibaná, señalando las oscuras nubes.

— Sí, y debemos apretar el paso á ver si logramos salvar el próximo bosque ántes que nos alcance. Si hay tempestad, sería peligroso atravesar ese lóbrego sitio á estas horas.

Obligaron á las cabalgaduras á marchar deprisa, pero la tormenta se les adelantó, como temían; cuando entraron en el bosque, un clarísimo relámpago lo iluminó por completo. El estampido fragoso de un trueno hizo retemblar la tierra, y gruesas gotas de agua fueron á chocar ruidosamente con las hojas de los árboles.

Algunos momentos despues el bosque parecia un infierno. El choque violento del agua con las ramas, el ruido estrepitoso de los truenos, y los deslumbradores relámpagos, que sin cesar lo iluminaban de pronto para sumirlo en seguida en mayor oscuridad, eran capaces de infundir pavor áun al hombre mejor templado.

Los indios son supersticiosos hasta la exageracion. Aquellos elevados árboles, cuyas verdes hojas adquirian colores diversos con la azulada luz del relámpago, se les figuraban el *cafre* ó el *asoan*, horribles fantasmas, cuyo sólo nombre intimida, no ya á las clases ignorantes del Archipiélago, sino tambien á las más ilustradas.

La mujer de Ibaná, que iba temblando de miedo, manifestó á su esposo que le era imposible sostenerse más tiempo sobre el caballo. Su marido no estaba ménos asustado



que ella, así como los sirvientes que les acompañaban.

—Es necesario, dijo Ibana, que á toda costa salgamos del bosque; el detenernos aquí, cuando tan tarde se nos ha hecho, es imprudente y arriesgado: sigamos adelante.

Su mujer, que estaba poseida de pavorosas ideas, y que cada sombra se le figuraba un grupo de *tulisanes*, de que entónces se hallaba infestada la provincia, preguntó á su marido:

—¿No es aquí donde asesinaron á mi tío Hermenegildo?

Al terminar aquella pregunta, un prolongado y brillante relámpago iluminó el bosque en toda su extension, y al mismo tiempo un pájaro *calao* de descomunal tamaño, que alzó el vuelo de un árbol inmediato, pasó rozando con sus alas la frente de Juan Ibana, á la vez que lanzaba su estridente graznido, que repitió á poco, perdiéndose con el estruendo ensordecedor de un fuerte trueno.

Ibana exhaló un grito de espanto, cayendo del caballo sin sentido.

Durante los primeros instantes, ni su esposa ni sus domésticos pudieron atenderle, llenos como él de mortal espanto. Repuestos un poco, corrieron en su auxilio y le prodigaron los mayores cuidados.

Ibana tenía el rostro desfigurado por el terror; estaba lívido como un cadáver, y temblaba lo mismo que un azogado.

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo? le preguntaba su mujer.

—No; el *calao* miente: yo no he asesinado á mi tío, decía delirando.

—¡Qué dices!

—Que no creas al *calao*; lo asesinó otro, murmuraba interrumpiendo lo que decía.

La esposa de Ibana quedó muda de asombro : aquellas incoherentes frases hicieron nacer en su mente una sospecha tenaz.

Ibana habia dejado de hablar ; pero á poco , lanzando un suspiro , volvió en sí.

— ¡ Dónde estoy ? ¡ Qué ha pasado ? preguntó.

— Nada , replicó su esposa disimulando ; un trueno que te ha asustado.

— ¡ Ah ! Sí , ese relámpago último me causó horror , y no sé cómo me ha impresionado tanto.

Juan Ibana mentia. La inesperada pregunta de su esposa , la vista de aquel enorme *calao* y su terrorífico graznido , llevaron á su memoria el asesinato de su tío , cuya venganza habia encomendado á ese pájaro. La viva luz del relámpago le hizo reconocer el sitio donde cometió su crimen , con la casual circunstancia de hacer aquella noche diez años justos que lo realizó. Esas extraordinarias coincidencias , y no lo que á su esposa dijo , fueron la causa de su agudo grito y subsiguiente trastorno.

En cuanto pudo sostenerse , quiso alejarse de un lugar que tan aciagos recuerdos llevaba á su imaginacion , por lo que emprendieron una precipitada marcha , sin temor al copioso aguacero que caia. Ni una palabra más pronunciaron en todo el camino.

Eugenia iba atemorizada y resuelta á aclarar sus dudas.

Al llegar á su casa , Ibana habia recobrado la tranquilidad. Gozoso por haber salido con bien de la tormenta y del paso del sombrío bosque , despues de mudarse de ropa , se puso á conversar con su esposa.

## VIII.

Juan Ibane parecia preocupado, y de cuando en cuando interrumpia la conversacion con una risa sardónica, cuyo fundamento no queria descubrir á su mujer.

Ésta le importunaba á preguntas sobre el significado de aquella risa, pero él seguia resistiéndose á manifestárselo, sin cesar por eso de reir de rato en rato.

El motivo de la risa de Ibane, risa que en vano trataba de contener, era el recuerdo de la recomendacion que su tio hizo al pájaro *calao* para que le vengase, como si el pájaro hubiera sido algun sér dotado de comprension, capaz de llevar á cumplimiento la mision que le confiaba.

Su risa era tanto más justificada, viendo que habian trascurrido diez años sin que nadie le hubiese creido ni por un solo momento autor de aquel asesinato, que ya ese hecho yacia en el más profundo olvido, y que él era feliz, independiente y rico, sin que tuviera que dar cuenta á nadie de sus acciones, ni sufrir consejos ni impertinencias de ninguno.

Entregado á estas ideas, su risa era por momentos más frecuente, y la curiosidad de su esposa estaba de tal manera excitada, y sus sospechas aumentaron tanto, que hasta llegó á sentirse indispuesta por no quererle comunicar su marido la causa de su risa.

Importunado incesantemente por ella, tuvo al fin la debilidad de referirle el verdadero motivo de su alegría, contándole, sin ocultar detalle alguno, cómo llevó á efecto el asesinato del capitan Hermenegildo.

Ella entónces disimuló tambien sus impresiones, viendo confirmada la revelacion de Juan durante su delirio. De-

mostró una calma de que no se creía capaz, prometiendo, como su esposo le había exigido, guardar absoluto silencio.

Variaron de conversacion, terminado que hubo Imana su relato; y fingiendo á poco su mujer que tenía que comprar vianda para la cena, salió de su casa aterrorizada por lo que acababa de saber.

En vez de ir á la tienda, corrió á casa de una anciana parienta suya que siempre habia sido para ella una segunda madre, y no pudiendo retener aquel secreto que le abrasaba el alma, le reveló cuanto momentos ántes le habia confiado su esposo, añadiendo que le espantaba volver al lado suyo.

La parienta indicada puso el grito en el cielo, y recomendando á Eugenia que no se moviera de allí, salió de la casa ideando un pretexto, y fué á dar cuenta al pedáneo de cuanto la esposa de Imana le habia dicho.

A pesar de que eran ya sobre las diez de la noche, el *gubernadorcillo* se hallaba trabajando en el tribunal. En el acto de oír aquella declaracion, puso el auto, cabeza de proceso, y seguido de sus testigos y algunos cuadrilleros, se trasladó á casa de Juan Imana, á quien redujo á prision.

Levantaron las baldosas del patio, encontrando allí la pistola y puñal que diez años ántes habia ocultado; y aunque estaban oxidados, notábanse evidentes señales de sangre. Tambien se encontró la camisa, cuya tela aparecia casi podrida.

Cuando Imana se vió descubierto, perdió la serenidad y confesó su crimen.

## IX.

Una calorosa mañana en que los rayos del sol, verdaderamente tropical, caían como lluvia de fuego, reinaba desusada animación en el pueblo de Mabalacat; y como si fuera día festivo, los campos se veían sin labradores, las tiendas cerradas y los trabajadores holgando.

Córría la gente en tropel hácia un mismo punto, por distintas calles, con la emoción pintada en el rostro y revelando en su precipitada marcha grande ansiedad.

La espaciosa plaza del pueblo se veía llena de gente de todas clases, edades y razas, atropellándose unos á otros por alcanzar mejor puesto, y sin que cesara de afluir multitud compacta de personas por todas sus avenidas. En el centro de la plaza se elevaba un tablado: sobre él un terrible instrumento de muerte, y á su lado veíase la siniestra figura del verdugo de Manila, vestido de encarnado.

Un piquete de soldados indígenas de infantería rodeaba el cadalso.

A las nueve de la mañana se abrió la capilla, situada en la misma plaza. Entre una fila de soldados y cuadrilleros, arma al brazo y tambor batiente, y en medio de dos frailes agustinos marchaba lentamente con el arrepentimiento, el dolor y la vergüenza señalados en su descompuesta faz; el reo Juan Ibaña, en quien la justicia iba á castigar con pena de muerte el premeditado y alevoso asesinato que diez años atrás había cometido en la persona de D. Hermenegildo Basco de los Reyes.

Subió el reo al patíbulo, y con él los religiosos que le iban auxiliando; después de rezar algunas oraciones y de pedir humildemente perdón á Dios por su crimen, el ver-

dugo le sentó en el banquillo, lo ató de piés y manos contra el palo, púsole al cuello el corbatin de acero, y, mientras los sacerdotes le acompañaban en su rezo del Credo, dió vuelta al tornillo, arrebatándole la vida.

En aquel mismo momento se oyó el graznido pavoroso de un *calao*; al alzar la vista el inmenso gentío que llenaba la plaza, vieron la gigantesca ave cruzar el espacio, dar varias vueltas alrededor del cadalso y desaparecer al instante lanzando sus terroríficos gritos. El pájaro había cumplido su mision: el capitán Basco estaba vengado.

Los rezos de los religiosos que estaban de rodillas ante el cuerpo del ajusticiado se confundieron con los gritos de la multitud, asombrada ante aquel prodigio que calificaba de milagro.

Por oculto que esté el crimen, por mucho que sea el tiempo trascurrido, y por seguro que se considere el criminal con las precauciones empleadas para burlar la justicia humana, la Providencia, que abomina el crimen y que no consiente la impunidad del delincuente, facilita los medios para descubrirlo y aplicarle el castigo que merezca.

Ojalá que este ejemplo, presenciado en la provincia de la Pampanga, sirva de provechosa enseñanza á los naturales de las demas del archipiélago filipino, procurando no dejarse arrastrar por sus pasiones hasta el punto de convertirse en criminales, pues eso sería caer en la abyeccion más despraciable y deshonrosa á que puede descender el hombre.

---

---

---

# AVENTURAS DE UN CHIFLADO.

---

## I.

En 1860 fondeó en la magnífica bahía de Manila una fragata procedente de Méjico, conduciendo á su bordo numeroso pasaje que iba en busca de fortuna á la *Perla del Oriente*, engañado por la fama de aquella nueva Jauja.

Distinguíase entre los pasajeros un vejete llamado don Facundo Matasanos, herbolario ó cosa parecida, que habia sido en su tierra, hombre singularísimo por más de un concepto, enamorado y locoaz como estudiante que despues de ocho años de reclusion entregan de lleno al mundo, poseido de su ciencia y conocimientos profundos en Botánica, feo y pobre por añadidura, y habilidoso en captarse las simpatías de las damas, por los buenos remedios que, segun él, les facilitaba para que recobraran su perdida belleza unas, su antigua juventud otras, y consiguiesen conservar novio todas, adulándolas siempre con la admirable elocuencia de sacamuelas que universalmente se le reconocia.

Este extraordinario personaje, al oir que uno de los

*banqueros* que siempre acuden en busca de pasajeros se quejaba de dolores en las piernas, se apresuró á ofrecerle su ciencia, exigiendo en pago le trasladara á tierra. El indio, más que récipes facultativos, hubiera deseado dinero; pero á falta de éste y de pasaje, acept  la oferta de D. Facundo, cargando con él y su escasísimo equipaje, compuesto de una caja que, segun rezaba su rótulo, contenia drogas.

La fortuna, que parecia mostrarse propicia al mejicano, le abandona de repente; al entrar en el P sigo choca la *banca* en que el infeliz iba con el cable de un pontin, balancea la frágil embarcacion, D. Facundo se asusta, se incorpora con juvenil ligereza, pierde por completo el equilibrio, y cae en el rio.

Al cabo de no pequeños esfuerzos, pudo el desdichado asirse del mismo cable que le ocasionó aquel inoportuno baño. El *banquero*, temeroso de su furia, máxime cuando la caja de las drogas habia ido   envenenar   los habitantes del Támesis filipino, no cuidándose ya de los dolores de sus piernas ni del ofrecido remedio, y sí solo de escapar el bulto, como decirse suele, se alejó lo más pronto que pudo del lugar de la catástrofe, dejando al enfurecido D. Facundo en la situacion más crítica.

Ni sus voces, ni sus gestos, ni sus súplicas, ni sus amenazas fueron bastantes   conseguir que algun alma caritativa le socorriera, viéndose obligado á permanecer en aquella desconsoladora situacion un buen espacio de tiempo, hasta que, compadecida de él la mudable diosa, mand  en su auxilio   un capitan de buque, quien recog ndole en su bote, le dejó en la Aduana, malparado y tiritando de frio, á pesar de que la estacion era la m enos   propósito para ello.



Una vez en la Aduana, rodeado de curiosos que se reían de su figura y del capricho de haberse *bañado*, vestido, principió á hacer uso de su elocuencia, lamentando su triste suerte, el inhumano proceder del *banquero*, y sobre todo, la pérdida irreparable de su cargamento de drogas, con cuyo importe pensaba ser millonario, y por la excelencia de ellas el dispensador de la salud, un consuelo para la humanidad, y el ángel del bien que iría derramando la alegría por donde quiera acudiese con sus salvadores específicos.

Le miraba con suma curiosidad un respetable boticario que, ó condolido de sus desgracias, ó mirando en aquel droguero un felicísimo hallazgo, le tendió su benéfica mano, invitándole á seguirle á su morada.

No pretendia otra cosa D. Facundo; así es que acogió con mil protestas de gratitud la seductora oferta.

## II.

Instalado en la bien surtida botica de su generoso protector, se admiraba D. Facundo de tanta felicidad, no pudiendo dar crédito á su fortuna. Orgulloso cruzaba con afectados pasos el local, hablando á solas en voz alta, cuando al alzar la vista divisó una agraciada morena en la ventana de la casa vecina, que se reía inocentemente notando sus gestos y ridículo atavío.

D. Facundo, que pecaba de enamorado, lanzó un lastimero suspiro al ver aquella deidad, y le envió el homenaje de su respeto y el fuego de su amor en la más tierna á la par que ardiente de las miradas; pero fijando con disimulo su vista en el desgarrado vestido que le cubría, se

llenó de rubor, corriendo á un espejo á ver si la belleza de que carecia su traje la hallaba en su para él agraciada faz.

¡Desventurada ilusion! Su figura famélica se ostentaba en tan horrible desnudez, que el mismo D. Facundo, sin embargo de su excesivo amor propio, no pudo contener un grito de horror al contemplarse tan soberanamente feo.

— ¡Irreparable desgracia! se decia. Hé aquí tal vez perdida una ocasion de entregarme á las delicias del amor por el que se consume mi pecho sin ver jamas realizado el logro de mis vehementes afanes. Esta bellísima vecina, que, á juzgar por su aspecto y el de la casa en que habita, debe de ser una privilegiada hija de la fortuna, ¿qué habrá pensado de mí al verme en el miserable estado en que me encuentro? ¿Será posible, añadia, que esta circunstancia adversa sea la causa de que provengan mis posteriores desdichas, al privarme de los favores con que en otro caso me habria de distinguir esta incomparable beldad?

Preocupado con tan desconsoladoras ideas, queriendo remediar en parte la causa de los males de que se lamentaba, dirigióse al boticario su protector, y adoptando la posicion más cómica, en tono melodramático, le dijo:

— Conocidas os son, mi generoso amigo, todas las desgracias que al divisar la tierra de Magallanes, de Legaspi, de Salcedo, de Urdaneta, de Labezares y Anda me han ocurrido, y no se os oculta mi desnudez; ruégoos que á cuenta de las inmensas ganancias que más adelante obtendréis por la eficacia de las píldoras, cuyos ingredientes únicamente sé confeccionar yo, tengais la bondad de adelantarme alguna suma con que ponerme en disposicion de exhibirme al público en un estado decoroso y propio de vuestro acreditado establecimiento, pues nada hon-

ra tanto al amo como la limpieza, el aseo y hasta la elegancia en sus servidores. Por experiencia sé, mi amado señor y amigo, que la exterioridad y las apariencias cautivan, seducen y entusiasman generalmente al vulgo, ignorante de la desnuda realidad; ved, sinó, un elegante coche con lacayos lujosamente vestidos, de afectadas maneras, y dos briosos corceles arrastrándolo con la velocidad del rayo; por doquiera que pasa, la admiracion de todos le acompaña, con respeto se apartan para dejarle paso, y no faltará alguno que, seducido por aquel boato, se lleve la mano al sombrero para rendir un homenaje de humildad al dueño del lujoso tren, que á veces resulta ser un pedante tan lleno de necias pretensiones como vacío de inteligencia y valer, al que la caprichosa fortuna ha concedido sus dones, para poner más de relieve su vanidad y petulancia. Pues bien, si vuestra oficina la rodeais de alicientes que llamen la atencion del público, y los que al frente de ella estén se ostentan tan flamantes como la moda requiere, conseguís el objeto de más importancia para un establecimiento: el de atraer la atencion y halagar la vista, y de aquí infinito número de compradoras, á quienes la vista de vuestros dependientes tal vez les sea más grata que cuantas medicinas reconoce la ciencia de Hipócrates. Recordad sinó.....

El boticario tenía que salir precisamente en el momento que el charlatan D. Facundo principió su discurso; así es que, aburrido ya de tanta conversacion, y viéndose amenazado de tenerla que sufrir por mucho más tiempo, le interrumpió diciéndole:

— Bien, D. Facundo, ya comprendo el objeto de vuestra elocuencia; tomad esos billetes, y equipaos cual conviene á la importancia de vuestra persona.

Mientras D. Facundo cogía los billetes y se preparaba á pronunciar otro discurso de gracias, el boticario marchó, murmurando para sí :

— Si este bueno de sacamuelas trabaja como habla, he encontrado la mejor alhaja conocida.

### III.

Era un domingo: la cáfila de desocupados que en este día da tregua á los trabajos de la semana, se recreaba con la lectura de la cuarta plana de los periódicos de Manila.

Desde el primer momento saltaba á la vista un anuncio, de letras tamaño de avellanas, con profusion de admiraciones é interrogaciones, cuyo principio decia :

• ¡¡¡ LA SALUD ASEGURADA !!!

• ¡¡¡ NO MAS ENFERMEDADES !!!

• Ha llegado la época envidiable en que la humanidad se vea libre de las infinitas dolencias que con cruelísimo rigor la vienen agobiando.

• El mundo está de enhorabuena: las vigilijs de los mártires de la ciencia, de los verdaderos héroes que consagraron su preciosa vida á buscar los remedios necesarios á la salubridad universal, lograron al fin el apetecido fruto, por tantos siglos y con tan loable abnegación y es-peluznantes trabajos buscados.

• El orgullo del Asia, la joya valiosa, la culta « Perla del Oriente », Manila, en una palabra, es la capital del orbe, que tiene la dicha incomparable, la fortuna increíble de ser la primera que conozca las ventajas del notabilísimo

descubrimiento recientemente realizado por el genio insignie, por el sabio sublime, por la eminencia gloriosa, por el nunca bien ponderado D. Facundo Matasanos.

• Este varon inmortal, esta luminosa lumbrera de la ciencia médica, está ¡oh dicha inesperada! en Manila.

• Sí, público dolorido; el felicísimo inventor de la Panacea que ha de proporcionar una salud indestructible á los humanos, lo tenemos entre nosotros. En la afamada botica de..... tendrán ocasion de admirarlo los que quieran conocer al benéfico é ilustre D. Facundo, y adquirir, mediante una suma insignificante, tratándose de remedio de tanta importancia, el seguro más eficaz contra las enfermedades todas, etc. »

¿Quién, ante la seguridad de gozar de una salud completa, dejaria de acudir presuroso en busca del salvador remedio? La pereza, diosa que en los países tropicales domina en absoluto, vió con asombro cómo salian precipitadamente, en direccion á la botica consabida, lo mismo los jóvenes que los ancianos, las mujeres como los hombres, sin importarles un ardite el sol abrasador que convertia las piedras en merengues, ni el temor de dejar exhausto su bolsillo ante la respetable personalidad de don Facundo.

Indescriptible, en verdad, se hallaba el náufrago del Pá-sig. Los billetes de su protector habian operado en él una trasformacion completa. Teñido el cabello, destilando pomada por todas partes, y con esmero peinado; cuello de tirillas y enorme corbata; levita inglesa, toda abotonada; pantalon de color mahon, ceñido á la pierna, y bota blanca muy pequeña para su desmesurado pié, constituian el adorno del ya célebre curador de las enfermedades.

Faltábanle ojos para contemplar su arrogante figura en

los espejos que adornaban el salón: con femenino coquetismo estudiaba ante ellos los ademanes más distinguidos y propios á causar efecto para captarse las simpatías de las dolientes damas que acudirían á comprar un remedio que les devolviese la salud.

Su vecina, la interesante Nínay (Saturnina), que tal era su nombre, divertíase en mirarlo; él, envanecido, loco de contento, calificaba de amor vehemente hácia su airosa persona, lo que hasta entónces sólo era burlona curiosidad ó falta de mejor entretenimiento.

La botica se vió invadida aquel día por inmenso gentío que, penetrado de cándida fe, dejaba su oro á cambio de las plateadas píldoras que contenían el seguro contra las enfermedades. Don Facundo estaba fuera de sí; tanta felicidad amenazaba arrebatárle el juicio.

El boticario apenas pudo comer, y ménos dormir la siesta: tal era su admiración. Aquel continuo sonar del oro que iba depositándose en los anchos cajones del mostrador, en cambio de las cajas de píldoras, cuya confección no le habían costado más que el aumento en el gasto diario de algunos panes y una *banga* de agua que reclamó D. Facundo, le quitaba el apetito. El considerar que poseía un sabio del calibre de su protegido, verdadero socialista, cuyo valor es inapreciable en los desdichados tiempos que corren, le tenía embriagado de satisfacción.

Las píldoras produjeron, casualmente, resultados maravillosos.

#### IV.

La superioridad de D. Facundo quedó reconocida desde que los habitantes de la capital de Filipinas experimentaron los excelentes efectos de su descubrimiento.

Hubo serenatas, bailes y festines en su obsequio. Por donde quiera que pasaba descendía sobre él una nube de elogios y hermosos ramilletes de flores que las jóvenes más bellas se apresuraban á arrojarle, cual testimonio de gratitud y admiracion hácia el sublime sér que les facilitaba el medio de no quedarse aburridas en casa, pudiendo ir al paseo, bailes, reuniones ó teatro, á causa de alguna inoportuna dolencia, como ántes sucedía.

Todo era plácemes y protestas de reconocimiento á don Facundo, verdadero Doctor Garrido de Manila, más buscado en su botica que el célebre curador de los desahuciados en su afamada farmacia de la calle de la Luna.

No se escuchaba otra cosa que el nombre de Matasanos.

Por todas partes se oía esta ó parecida conversacion :

— Buenos días, vecina.

— Muy buenos, doña Pánfila.

— ¿Cómo andamos de aquella jaqueca ?

— ¡Ay, amiga mia ! No hablemos más de ello : desapareció por completo.

— ¿De véras ? Cuénteme como fué.

— Pues qué, ¿ ignora V. que tenemos en Manila al sabio más grande del mundo, al humanitario D. Facundo Matasanos, inventor de unas pildoras con las cuales la perdida salud se recobra y se asegura á la vez para toda la vida ?

— Ya supuse que no podia ser otra cosa. ¿Cómo quiere que no conozca al famoso mejicano, cuando mi niña, que sabe V. el tiempo que hace viene padeciendo del pecho, experimentó una curacion completa á la primera toma del salvador remedio ?

Hablan ahora dos niños, el menor de sesenta años.

— Don Nicomedes, ¿ no se sale á dar el acostumbrado paseo matutino ?

— Bien lo quisiera, D. Júdas.

— Pues qué, ¿está V. malo?

— Fatal, amigo mio. Desde ayer no puedo tenerme; siento un malestar tan grande, que no me atrevo ni á asomarme á la ventana, y pienso enviar por una purga.

— ¡Purgas ya! D. Nicomedes, ¿está V. loco?

— ¡Hombre! ¿Acaso se ha descubierto que sean mortíferas?

— Lo que se ha descubierto, incauto habitante del limbo, es un remedio, cual V. ni yo jamas nos hubiéramos figurado; un talisman admirable, un prodigio propio del siglo de los grandes adelantos, ¡la panacea universal!

— Pero, hombre; explíquese V.

— Tenga V., D. Nicomedes; lea ese anuncio.

— ¡Dios santo!, ¿será verdad? dijo éste despues de haberlo leído.

— ¿Cómo, si lo será? ¿Acaso desde que la bondad de esas píldoras se ha demostrado, existen enfermos en Manila? ¿No ha oido V. hablar de las admirables curaciones de D. Ruperto y de doña Gerundia, y de la salvacion, cuando ya estaba casi repartida la herencia, del anciano D. Homobono?

— ¿De qué manera lo voy á saber, si no ha venido nadie á casa que me lo pudiera decir? Voy á mandar ahora mismo por ellas y al instante las tomo.

Media hora despues D. Nicomedes tenía dentro del cuerpo una caja de píldoras, y contestaba á su amigo:

— Excelentes, milagrosas. ¿Sabe V. que me han abierto el apetito de un modo extraordinario?

— Pues nada, al cuerpo hay que darle lo que pida: haga V. que saquen un jamon, pan y vino, con lo demas que V. juzgue conveniente.



Cumplido al pié de la letra, resultó que, terminada la monstruosa colacion, D. Nicomedes repetia alborozado:

— ¡Ya estoy bueno! ; Me he salvado! Gracias, mi adorado amigo, mi salvador D. Júdas. Acompáñeme V., que quiero dar la enhorabuena en persona y estrechar la mano al genio insigne, al sabio cuya gloria eclipsa la del mismo Hipócrates, al ilustre inventor de la Panacea.

Tales eran las conversaciones del momento, y tal el inmenso prestigio alcanzado por D. Facundo con sus cacareadas píldoras. Más no paró aquí la cosa. En dos ó tres dias no cesó el dichoso inventor de recibir amorosas epístolas, tiernas endechas y flores fragantes que las hijas de Eva, llevadas de los ímpetus de su corazon ardiente, le dedicaban de continuo.

Don Facundo pasaba las noches halagado por las más dulces ilusiones, no ya por su futura gloria y las riquezas, sino por el amor. Su corazon se veia por el pronto satisfecho: infinidad de seductoras damas suspiraban por él en silencio; y otras, más atrevidas ó ménos pacientes, se lo revelaron en perfumados y sentimentales billetes.

Sin embargo, un pesar atormentaba su alma.

La vecina agraciada, la risueña morena, cuyas dulces miradas hicieron conocer al entónces desvalido D. Facundo el miserable ropaje que le cubria, léjos de mostrarse con él doblemente cariñosa, ahora que la gloria le rodeaba y la fortuna le protegía, apenas si demostró interesarse en tan notable cambio, mostrándose esquiva con él, cuando le tenía los lábios doloridos y la vista cansada de tanto soureirla y mirarla para significarle su pasion.

Esa extraña conducta de la simpática Nínay, le convirtió en el más miserable de los mortales.

— ¿De qué me sirve, se decia, la gloria adquirida, las

riquezas ganadas, la distincion y la gratitud de mis semejantes, si al cabo he de verme privado de la antorcha luminosa, del faro brillante que alumbra los desdichados dias de mi azarosa existencia? ¡Infeliz condicion humana! Ni el que te redime de la esclavitud afflictiva en que te tenía sumida el larguísimo catálogo de enfermedades que padeciste desde tantos siglos atras, deja de sufrir sobre la tierra las crueles decepciones, las penas acerbas con que se ven perseguidos los hombres ménos ilustres. ¿Será posible que yo, ídolo de las más preciadas damas de esta ciudad, tenga que lamentar los rigores de una ingrata, cuyo corazon, de seguro, no ha podido nunca comprender el riquísimo tesoro de amor que contiene un pecho cual el mio, enamorado y constante?

Poseido de la tristeza, D. Facundo, que por espacio de cuatro dias se dedicó con afán á la confeccion de sus afamadas píldoras, no pudo al quinto hacer nada de provecho.

Su protector le gritaba:

— Amigo querido, galeno distinguido, honra de la farmacopea, más ilustre que todos los sabios de la Grecia, ¿qué le pasa, qué pena le aflige, cuando sus manos permanecen inactivas y de su pecho brotan tan lastimeros quejidos?

D. Facundo no contestaba; pero resuelto á poner término de una vez á la angustia que le consumia, se dirigió á la casa donde moraba su encantadora Dulcinea, á la que por fortuna encontró sola, y puesta una rodilla en tierra, la faz demudada, temblorosa la voz y los ojos encendidos, le dijo:

— ¡Ninay de mis entrañas! ¡Ángel purísimo del primer amor, más querida que las niñas de mis ojos, con más fervor idolatrada que la tórtola amorosa, más bella que las flores del más hermoso jardin al despertar el dia, cuando

cubiertas de fresco rocío abren sus pétalos al sol, cual ellas aromática, tierna y seductora! Conocido habréis ¡oh virginal doncella! el vehementísimo amor, la inextinguible llama que consume mi alma y mantiene en ella el fuego del infortunio, en tanto que un soplo de vuestro cariño hácia mí no la apague, convirtiendo mi pena en gratisimo consuelo que endulce todos los momentos que me resten de existencia. Pagad, Nínay querida, mi amor con el vuestro apetecido é inapreciable; no destruyais de un solo golpe la dicha, para siempre, de un corazon que os idolatra; sed generosa, y si feliz ha sido alguna mujer sobre la tierra, yo, mediante mi habilidad farmacéutica, os haré más feliz que ninguna, elevándoos sobre todas, y poniéndoos á tanta altura de ellas, que al elevar la vista hasta vos, tengan que retirarla con la rapidez y admiracion que ocasiona el fijarla en el resplandeciente y luminoso sol del ardiente cielo de vuestro dichoso país..... Reparad, privilegiada hija del dia, sílfide caprichosa, nereida altiva, graciosa ondina, dulce sirena, hada gentil, tierno pimpollo, luz celestial, calmante activo, dulcísimo jarabe, tisana salvadora, flor cordial, astro.....

— ¡Abá! ¡inacú! pudo al fin exclamar la asombrada Nínay, cosa está vos jablando conmigo, seguro si aquel mi señora llega ha de enfadar con nosos; espera vos primero con aquel mi abuela que habrá de entender ese que vos platica (1).

D. Facundo en el arrebató de su pasion, al oír sus quejas, le dijo:

— ¿Qué dices, mujer divina? Acaso puede haber alguna

---

(1) Esta jerga será comprensible para los que residan ó hayan estado en Filipinas.

que contra tí se enfade, que no sea un tigre voraz, siendo tú la más cándida paloma? ¿Temes que tu abuela, quien sin duda ejerce sobre tí la autoridad de madre, repruebe nuestro amor, pues segun he podido colegir por la emocion que te embargá y la turbacion que yo siento, correspondes á mis afanes, premias mis desvelos, estás dispuesta á curar mi llagado corazon? Desecha de tu juvenil imaginacion tan pueriles temores: ella verá lo noble de mi conducta, las ideas sanas que me guian, la santidad de mis miras: ella.....

La puerta se abre de repente y la señora de la casa, tan sorprendida como airada, habiendo oido las últimas palabras del vecino, le echa en cara su mal proceder, su abuso punible al escalar una casa respetable en ausencia de sus dueños, para dirigir atrevidas proposiciones á su doncella; resultando de aquí que D. Facundo tuvo que tomar el portante triste y cariacontecido, miéntras que la pretendida Nínay quedaba sufriendo un sermon más para oido que para relatado.

## V.

Nínay era una india de pura raza, que prestaba sus servicios en calidad de doncella en casa de la señora que tan agriamente reprendió á D. Facundo y cortó el hilo de su amorosa peroracion cuando más entusiasmado estaba.

Para el inventor de las inapreciables píldoras, era la reina de la belleza, un tesoro de gracias y la única digna de merecer sus distinciones y amor.

La señora de Nínay, que no pudo conformarse con la idea de que su doncella fuera inocente, puso á la descon-

solada beldad en el duro trance de tomar una resolucion que la pusiese á cubierto de las iras de su señora.

La extremada curiosidad de Ninay fué causa de que el drama llegase á su desenlace mucho más pronto de lo que ella pensaba.

Una tarde que los carruajes se sucedian velozmente, Ninay se puso en la ventana para ver pasar las elegantes damas, cuyos adornos y vistosos trajes deleitaban su vista. Sorprendida por su señora, y creyendo que el motivo era ver á D. Facundo, la riñó severamente, acabando por despedirla.

Don Facundo, por su parte, estaba medio loco de contento suponiendo que Ninay, enternecida de sus lágrimas y ardientes protestas le correspondia al fin; á la vez quedó muy disgustado con la escena de la irritada señora, á quien él tomó por la abuela de su adorado tormento.

En vez de hacer píldoras, su ocupacion continúa era espiar la casa de enfrente por si lograba ver á su amada.

Extrañándole la ausencia de Ninay, que ántes no abandonaba el balcon, preguntó por ella á uno de los sirvientes de la casa, á lo que el despiadado mozo contestó:

— ¡Ah! señor: aquel Ninay ya no queda más aquí: el señora despidió con ella por causa de usted.

Nunca hubiera oido el enamorado D. Facundo semejante nueva: como herido del rayo cayó sin habla sobre la baldosa, y á no ser por los exquisitos cuidados de su protector, es seguro que de allí tienen que conducirlo á *Paco*.

Cuando recobró el conocimiento se deshizo en amargo llanto y tristísimas quejas. ¡ Maldiclon sobre mí! Yo soy la causa de su desgracia: yo el monstruo que ha destruido la felicidad de la más candorosa de las mujeres; mas juro que repararé debidamente su desdicha y con mi amor he

de curar la honda llaga que en ella habrá abierto la resolución de su abuela.

Fácilmente se comprenderá la pena acerba de D. Facundo, dominado como se hallaba por tan tristes pensamientos.

Incapaz de ocuparse de ninguna cosa de provecho, pasaba las horas en derramar sentidas lágrimas y en condolerse de la suerte de su ídolo, cuyo paradero le fué imposible averiguar.

A su generoso protector no pudo ménos que llamar la atención el cambio de conducta del genio á quien tendió su benéfica mano. Así es que le dijo :

— Mi respetable amigo; noto lleno de inquietud que alguna secreta pena le aflige, hasta el extremo de haberse olvidado de su bien adquirida gloria, y las ganancias inmensas que con su invento proporcionaba á esta casa. Yo le agradeceré en nombre de la buena amistad que desde un principio le ofrecí, que desahogue su corazón en el mío, como en el de un padre, y tal vez pueda consolar su pena, y V. dedicarse de ese modo á hacer las píldoras, cuya falta tanto se nota y tan perjudicial nos es por todos conceptos.

Don Facundo nada contestó, los ojos se le inundaron de lágrimas, el pecho le latió con inusitada violencia, las manos se le crisparon, y un escandaloso suspiro, que le fué imposible contener, salió de lo más íntimo de su corazón.

Comprendiendo, no obstante, la exactitud é importancia de las razones expuestas por su compañero, pidió el pan, agua y demas saludables ingredientes que entraban en la composición de las eficaces píldoras, y se retiró al lugar más apartado de la botica para confeccionarlas.

Su turbacion era tal, tan grande su infortunio, que todo lo hizo torpe y maquinalmente. Por un descuido infernal,

se equivocó en las vasijas que le sirvieran hasta entónces para hacer su masa, tomando otras en las cuales se acababa de componer una medicina cuyas propiedades distaban aisladamente tanto de producir los ventajosos resultados del pretendido por D. Facundo, que en breve veremos las consecuencias de su fatal equivocacion.

•  
VI.

Al cabo de algunas horas, gracias á su habilidad, D. Facundo tenía terminadas una gran cantidad de píldoras, que no pocas veces fueron á humedecer las continuas lágrimas que el pesar que le agobiaba hacía brotar de sus ojos.

Puestas á la venta, y con motivo de haberse visto privados por algunas horas los cándidos creyentes de la ciudad del Pásig, de adquirir el famoso *cúralo-todo*, en un momento pasaron de manos del boticario á las de los compradores, que, áun sin verse afligidos por enfermedad alguna, se apresuraban á tomarlas para evitar así caer enfermos en adelante.

¡Triste precipitacion! Aquella noche, más de cuatro personas temieron que el cólera les había atacado.

Apénas si hubo una sola casa en que no se contara alguno de los individuos de ella atacado del horrible mal. Doquiera, no se oían sino gritos espantosos y tristes ayes.

Los médicos se esforzaban por acudir á todas partes, pues cincuenta personas á la vez les llamaban con premura, mas era imposible. Su tardanza aumentaba el desórden en las casas donde había atacados, y con seguridad no se dió el caso de otra noche peor para los infelices habitantes de Manila, víctimas del asendereado D. Facundo.

Sometidas las píldoras á un análisis químico, y adquirida la completa seguridad de que las partes nocivas de que se componían fueron la causa del general peligro sufrido la noche ántes, era de ver la nube de energúmenos que acudió al asustado boticario en demanda del importe de las malhadadas píldoras é indemnización de gastos de médicos y medicinas á que dió lugar su averiada mercancía.

El boticario trató de oponerse, pero tomando cartas en el asunto quien le podía hacer entrar en vereda, no tuvo más remedio que abonar considerables sumas, con lo cual todas las ganancias de las píldoras y algunos ahorrillos suyos, desaparecieron como por obra de magia; que si listos anduvieron en proveerse de las píldoras días atrás, no ménos lo andaban despues para sacarle el jugo.

Esto provocó entre él y D. Facundo un altercado, que dió por término el poner á éste de patitas en la calle, y aún salió bien; pues si no hubiera sido por consideraciones á que no procedió con malicia, y la sacramental frase *está chiflado* terciara en la balanza, el desconsolado inventor del más famoso remedio conocido, va á dormir por algun tiempo á la sombra, poco grata, de Bilíbid.

Como era muy conocido, ya por la fama que adquirió, ya por su extravagancia en vestir, los muchachos le seguian por las calles gritando y haciéndole horribles muecas.

No era esto lo que más le desconsolaba: su cara Ninay perdida para siempre, por su ligereza al no dirigirse respetuosamente á la que creía la abuela de su amada; el recuerdo de las felices horas que pasó contemplando el hechicero rostro de aquella, aunque fregatriz y fea, para él resplandeciente y bella como un sol, le tenía desasosegado, y malavenido consigo mismo.

Bajo el influjo de sus desconsoladores pensamientos, re-



corria nuestro héroe una tarde la playa de Santa Lucía, batallando con la idea de arrojarse al mar, cuando acertó á verle un dependiente de la botica donde por algun tiempo fué honra del establecimiento. Corrió aquél á su encuentro, y saludándole afectuosamente, le dijo:

— Querido compañero, ¿qué se hace por aquí tan meditabundo? Yo no soy de los que queman incienso ante los poderosos para abandonarlos en la desgracia; desahogue su corazon en mí, que si no puedo remediar sus pesares, al ménos le acompañaré á llorarlos.

— Gracias, consecuente amigo, así lo haré, pues bien conozco que siempre os merecí singular afecto. Habeis de saber que el motivo de mi pena es la desaparicion de aquella mujer divina á quien nunca podré olvidar.

— ¿Nínay?

— Nínay, sí, la desdichada Nínay.

— ¡Ay! Triste es la nueva que voy á comunicarle, pero confio en que la soportará valerosamente. Nínay, viéndose abandonada, sola en el mundo, desesperada por la maldad de personas que hallaban un placer en gozarse con su infortunio, juró dejar la sociedad y se ha *remontado*.

— ¡Qué decís! ¡Será posible!

— Lo sé positivamente. Nínay, se encuentra en el país de los *ilongotes*.

— ¿Dónde está ese país?

— Se llama así el territorio ocupado por esa tribu, entre las provincias de Nueva-Écija y Nueva-Vizcaya.

— Luego se halla entre salvajes!

— Sí, compañero; pero no tema por ella, que aquellos infieles saben respetar tambien al bello sexo.

— Mi deber es buscarla para reparar las desdichas que por mi causa sufre. Iré al país de los *ilongotes*.

— Lo encuentro muy razonable : yo salgo mañana para Nueva-Écija con una comision de la casa, y si quiere acompañarme, de mi cuenta corren los gastos.

— Sois mi providencia, amigo mio. Acepto, y siempre os lo agradeceré.

Al siguiente dia partieron ambos para Nueva-Écija, á cuya capital llegaron despues de doce horas de viaje. El dependiente quedó en San Isidro, para cumplir la comision que llevaba : D. Facundo se internó en las montañas donde moran las tribus de infieles.

## VII.

El interior de los montes de Filipinas está poblado por diversas rázas de salvajes, de que vamos á dar una idea.

Los *aetas* ó *ítas*, primitivos pobladores del Archipiélago, vagan por las más altas montañas. Son de baja estatura, ágiles, de color ménos negro que los africanos, y de cabello muy encrespado. Debido quizá á ese instinto de pudor que, más ó ménos desarrollado, existe en todos los hombres, se cubren solamente una parte del cuerpo con la corteza de un árbol llamado *arandong*. Comen raíces y frutas silvestres, gustan del tabaco y de los perros, duermen á la intemperie, y cuando sienten frio encienden hogueras, sobre cuyas cenizas, calientes aún, se acuestan. Jamas abandonan su aljaba de bambú, donde llevan flechas emponzoñadas, terrible arma que manejan con admirable destreza. Los malayos, ascendientes de los indios, obligaron á los *aetas* á refugiarse en los montes, cuando se apoderaron del Archipiélago, en época bastante anterior á la llegada de los españoles. Por esta causa aborrecen de muerte á

aquellos. Este ódio se ha perpetuado de generacion en generacion, en tales términos, que el *aeta* no vive tranquilo hasta que logra dar muerte á algun indio. Para satisfacer tan bárbaro deseo, ocúltanse entre los árboles, y como si fieran á caza de fieras los acechan, y cuando están á su alcance, los asesinan. Esta raza de nómadas se hace acompañar de sus mujeres á todas partes. Las tribus más notables son las de los dumayas, malanaos, manabos y tagabotes.

Los *igorrotos*, raza enteramente distinta de la de los *aetas*, son fornidos, corpulentos y bien configurados. El color de su piel es algo más oscuro que el del membrillo. Tienen el cabello lacio, grueso y de un negro brillante. Visten una especie de calzoncillo llamado *baae*, de corteza de árbol. Se pintan el pecho y los brazos con el tizon de un árbol nombrado *saleng*, cuyo color es indeleble: la figura que generalmente copian es la del sol. Viven en rancherías, fabricándose casas de bambú. Su arma más usual es el *talibong*, que tiene dos filos y la punta roma. Tambien usan el arco. Comen la raíz del létaro, y carnes de jabalíes y venados. Algunos son antropófagos.

Los *busaos* ostentan en todo el cuerpo muchas pinturas imitando flores. Se adornan la cabeza con un casquete de plumas de *quiao*, y de sus orejas penden aretes de distintas dimensiones. Su arma es la *alioa*, parecida al hacha, y tiene un hierro sobresaliente, donde cuelgan las cabezas de sus víctimas. Ellos mismos se construyen ese arma con el hierro de sus montañas, ó fundiendo los *carajais* (1), que obtienen de los indios á cambio de tabaco.

Los *buriks* se parecen en las costumbres á los *igorrotos*.

---

(1) Especie de sartenes.

diferenciándose en que son de constitucion más vigorosa que éstos.

Los *ítetapanes* son pequeños, chatos, aunque de buenas facciones en general, y de color muy oscuro. Se cubren la cabeza con un casquete encarnado. Los más caracterizados adornan ademas el casquete con plumas entrelazadas con seda. Van armados de lanza y flechas. Usan tambien la *alioa*. Cuando llueve se ponen una capa corta de hojas de *anahao*, á cuya capa llaman *anao*. Muchos indios ilocanos la usan aún, teniéndola en gran estima.

Los *tinguianes*, procedentes de los chinos, tienen el color claro. En la provincia de Abra, que es donde más abundan, se han sometido muchos: son aficionados al comercio, que ejercen con los pueblos cristianos. Por única vestidura llevan el *jabaque*, y en la cabeza una especie de turbante. Sus mujeres visten cierto *tápis* que les cubre desde la cintura hasta las rodillas: los brazos, cuello y piernas se los adornan con abalorios. Los reducidos visten á la manera de los indios. Están en continúa guerra con los *guinaanes*, tribu belicosa, vengativa y cruel.

Los *ifugaos*, descendientes de japoneses, son la raza más sanguinaria. Su ocupacion constante es el asesinato. Los cráneos de sus víctimas los destinan á adornar sus casas. Por cada muerte que ejecutan se cuelgan un arete en las orejas, siendo más respetado el que mayor número ostenta. Son aficionados al robo y muy diestros en el uso del lazo. Jamas abandonan la *alioa*.

Los *gaddanes* son de color cobrizo oscuro, bajos de cuerpo y excesivamente chatos. La mayor parte, residentes en las inmediaciones de la Isabela, están sometidos al Gobierno. Los *ifugaos* les hacen cruda guerra.

Los *calauas*, más civilizados, viven en ranchos en la

jurisdicción de Cagayan, con cuyos habitantes tienen frecuente trato, cosechando tabaco de superior calidad.

Los *apayaos* poseen buenas casas, cuyo maderamen es de cedro, árbol abundante en los montes que ocupan. Cosechan cera y cacao, que venden á los cristianos.

Los *ibilaos* é *ilongotes* son dados al robo y al asesinato. Emponzoñan sus flechas, hiriendo siempre á traicion, pues les falta valor para ponerse frente á sus enemigos. Son endebles y de baja estatura.

Existe tambien una raza de *albinos*, que llaman Hijos del Sol.

La generalidad de dichas razas creen en un Sér Supremo y adoran infinitos ídolos. Las rancherías de *Ilamunt* y *Altasanes* reverencian al llamado *Cabiga* y á su esposa *Bujan*. Los *gaddanes*, á *Amanobay* y á su mujer *Dalingay*. Los *ifugaos*, y la mayoría de los *igorrotes*, rinden adoracion á *Cabunian*, Dios Supremo, y respectivamente á sus hijos *Lumabit* y *Cabigat*, y á sus hijas *Banigan* y *Danugan*, á quienes suponen progenitores del género humano.

Adoran á la lluvia como á divinidad bienhechora, con el nombre de *Pati*, dirigiéndole frecuentes plegarias, así como á las diosas *Libongon*, *Tibagon* y *Ligoan*, cuyas imágenes, talladas en madera, colocan en lugar preferente en sus casas. Las llamadas *Balitoc*, *Linian*, *Piit*, *Sancan*, *Tatao*, *Banguis*, *Oasiasoias*, *Batacayan*, *Ladibubu* y *Dalig*, son divinidades inferiores, aunque muy respetadas, cada una de las cuales tiene sus particulares atributos. Las imágenes que aparecen con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas, son las más consideradas, porque representan la beatitud y el reposo.

El culto de estos dioses es privado. A veces se reúnen todos los individuos de la tribu alrededor de una anciana,

especie de sibila ó agorera, quien hace sacrificios de búfalos ó jabalíes; unta de sangre al ídolo *Anito* y finge que le trasmite sus revelaciones, para lo cual practica extraordinarias ceremonias, invocando al Dios *Cabunian* con grandes gestos, contorsiones y alaridos. Todos los concurrentes gritan enajenados, juran, agitando sus armas, cumplir y hacer ejecutar los mandatos del ídolo, y acaban por celebrar una monstruosa orgía, bailando y bebiendo, hasta caer rendidos y á veces muertos. Su bebida ordinaria es el *basi* que hacen del mosto de la caña dulce. Sus alimentos, arroz, raíces, frutas, aves, jabalíes y venados.

Várias tribus adoran al sol: las hay que conceden los honores de la divinidad á las almas de sus parientes difuntos, y algunas, como los *apayaos*, guardan cuidadosamente sus armas. Si ruge la tempestad, sacrifican un cerdo á *Cabunian* para aplacarlo: luégo que luce el arco iris se humillan en accion de gracias. Gobierna las rancherías, por regla general, el más valiente, subdividiendo el mando entre los *barnaas* ó *bannanes*, los cuales tienen cierto número de esclavos. Los *barnaas* son muy temidos, y sus mandatos se obedecen sin réplica: cuando fallece alguno asan sus intestinos para indagar por ellos el porvenir. Colocan el cadáver en un sillón, y hasta que está bien avanzada la putrefaccion no cesan de bailar y cantar sus alabanzas, bebiendo y comiendo de las provisiones que tuviera. Si no las dejó, hay tribus en que se comen sus carnes.

A los *barnaas* los entierran en un lugar llamado *Lou-dent*, equivalente á un cementerio: á los demas de la tribu los inhuman en lugar distinto, pero sin confundir unas familias con otras. Los casamientos se acuerdan por las familias de los contrayentes, siendo lo más esencial el

dote: una vez convenidos, encierran á los novios en una casa, sin permitirles la salida durante ocho dias: únicamente los ven sus padres cuando les llevan la comida; los parientes y convidados cantan y bailan alrededor de la casa, al compás de un tambor cónico: las mujeres mientras tanto entonan canciones. Su baile es en círculo, dando vueltas con un pié al aire. Pasados los ocho dias de reclusion queda hecho el casamiento, y ambos cónyuges tienen el derecho de separarse, luégo que convienen en ello, perdiendo el dote. El adulterio se castiga con pena de la vida si son cogidos *infraganti*. El robo no se corrige hasta la tercera reincidencia. En todos los casos, si los condenados se arreglan con los ofendidos ó con sus familias, no se lleva á efecto la pena.

Al tratar de emprender un viaje encienden una hoguera: si el humo marcha en direccion opuesta á la que proyectan seguir, lo suspenden, por considerar que ha de serles funesto. El encuentro de una culebra lo tienen tambien por un presagio malísimo.

La Medicina es ejercida por los más ancianos, quienes conocen la eficacia de muchas raíces para la curacion de toda clase de enfermedades. Siempre que muere el jefe de una familia, cuidan de observar los parientes que le rodean cuantos dedos de la mano deja abiertos al espirar, y asesinan despues cuando se les presenta la ocasion, otros tantos individuos, creyendo que así es necesario para aplacar su sombra. Esta supersticion se conserva aún en muchos pueblos de cristianos de las provincias ménos civilizadas, habiendo sido causa de sensibles crímenes.

La guerra tiene irresistible atractivo para todas las mencionadas razas, algunas de las cuales no pueden vivir nunca en paz. Si vencen, celebran la victoria con entusiastas

banquetes, que duran meses enteros. Si son vencidos, huyen para reorganizarse y caer despues sobre sus vencedores, valiéndose de los más increíbles ardides. No olvidan la venganza miéntras viven, y una vez satisfecha les importa poco perder la vida. La guerra frecuente que los salvajes sostienen los diezma notablemente. Sin embargo de esto, se calculan en más de 200.000 los existentes en Luzon, y en 800.000 los que residen en Mindanao, ocupando una superficie de 450 leguas (1). Hablan el dialecto de su nombre cada una de estas razas, y difieren mucho en creencias y costumbres (2).

### VIII.

Dada una breve noticia de las distintas razas independientes que ocupan el interior del Archipiélago filipino, seguiremos en su excursion al atrevido D. Facundo.

Penetrando en las montañas de la provincia de Nueva Ecija, con penalidades que otro ménos enamorado habria hallado insuperables, llegó á una ranchería de *ibilaos*. Las fatigas y el hambre que pasó en su penosa marcha lo habian convertido en un espectro. Al verle los salvajes, quedaron mudos de estupor. Conducido á presencia del jefe de la ranchería, rodeado de un enjambre de hombres, mujeres y chiquillos, todos desnudos, que gritaban, mirán-

---

(1) Padres Buceta y Bravo.

(2) En Filipinas se conocen casi tantos dialectos como provincias hay. Los principales son los llamados tagalo, visaya, ilocano, vicol, pampango, pangasinan, ibanag, cebuano, panayano y zambal.



dole con ojos amenazadores, le preguntó en dialecto desconocido para él, qué buscaba por aquellos ocultos montes.

Manifestó por señas que no entendía, y uno de los *ibilao*s le hizo la misma pregunta en tagalo. Don Facundo, aunque no poseía este idioma, comprendiendo al fin de lo que se trataba, dijo:

— Vengo en busca de la más hermosa hija de Manila, de la sin par Nínay, á quien amo con pasión. Fuí causa, aunque involuntaria, de que adoptase la determinacion de refugiarse en este país; así es, que sin reparar los peligros á que me exponía he venido á demandárosla. Confío en que tendréis la bondad de avisarle mi llegada, si es que está entre vosotros.

Los salvajes se miraban unos á otros sin comprender á su vez lo que D. Facundo hablaba. El jefe de los salvajes llamó á una jóven que se hallaba al extremo del camarín, donde condujeron al infeliz Matasanos, y ella interpretó indudablemente la pretension de éste, expresándose en dialecto *ibilao*, porque todos prorumpieron en una carcajada, oyéndoseles exclamar: « ¡Está loco! ¡Es un embustero! ¡Es un simple! »

— ¿Qué hacemos con él? preguntó el jefe á los que le rodeaban.

— Servirá de blanco á nuestras flechas, y por el feliz augurio de su caída en nuestro poder, tendremos un banquete.

— Pues atadlo de piés y manos; lo poneis en lugar seguro, y mañana será su muerte.

— ¡Bravo! gritaron todos.

D. Facundo fué sujeto y encerrado en una covacha. Sus protestas y animados discursos no obtuvieron otra contestacion que algunos fuertes bejucazos.

Los *ibilaos* encendieron hogueras, á cuyo alrededor bailaron grande rato entre frecuentes libaciones: luégo se acostaron, pensando gozosos en la festividad que al día siguiente les aguardaba.

D. Facundo, sufriendo acerbos dolores, maldecía la infamia de los salvajes y su mala estrella.

A media noche sintió ruido en su encierro. Creyó llegada la hora del sacrificio, y exhaló un grito de horror.

—Silencio, exclamó una voz.

—¿Quién sois? preguntó D. Facundo.

—Una amiga que viene á salvarte, dijo en incorrecto español la india que sirvió de intérprete al jefe de la rancharía.

—¡Oh! seréis un ángel.

—Yo nací en Manila: desgracias que sería muy largo referir me obligaron á venir aquí, donde gozo gran poder con el jefe de los *ibilaos*. Sé que han resuelto darte la muerte, pero estoy decidida á impedirlo, porque me ha conmovido la pasión que sientes por una paisana mía; marcha en seguida, y que Dios guie tus pasos, dijo cortando las ligaduras que le sujetaban.

—Gracias, hermosa y compasiva jóven: toda mi vida os agradeceré este servicio, pero ántes de marchar quisiera saber si es cierto que Nínay se encuentra en estos lugares ó en los comarcanos, porque me dijeron que se había *remontado*.

—Es imposible, lo sabría yo; ni está, ni creo sea cierto que se haya arriesgado á internarse por estos montes; ve á Manila, que allí la encontrarás. Indudablemente tú eres víctima de algun engaño.

—¡Será verdad! Vuelo á Manila; adios, que ansío ver á mi amada y castigar al pérfido amigo que me ha engañado.

Marchó apresuradamente hácia los pueblos de la falda del monte, sin permitirle el más ligero descanso en seis horas. Una vez en poblado, comió frugalmente, y á poco emprendió de nuevo su marcha, llegando al cabo sin ningun contratiempo á San Isidro.

Allí supo la burla de que habia sido objeto, y desesperado, salió inmediatamente para Manila.

Durante medio mes no tuvo otra ocupacion que recorrer todos los extremos de la capital, sin lograr la fortuna que anhelaba tanto. Nínay no se veia por ningun sitio, ni nadie le daba razon de ella. El desdichado D. Facundo, semejante á un espiritu, pasaba y repasaba las calles, comia poco y sin ganas, dormia á la intemperie, y era el hazme reir de los chiquillos. Una tarde iba por el barrio de Tondo, y llamándole la atencion los fuertes gritos que partian del interior de la *gallera* ó reñidero de gallos, entró en ella, deseando averiguar la causa de aquella algazara.

La *gallera* es para los indígenas filipinos el templo de su felicidad, el *summum* de su dicha, su diversion sin rival. Los gallos son su mayor encanto, su entretenimiento más deleitable.

No ha principiado el sol á iluminar la tierra, y ya se ve al indio en *cucillas*, á la puerta de su morada, acariciando al gallo, hablándole, echándole el humo de su cigarro entre las plumas, y prodigándole cuidados, grata distraccion en que las horas trascurren para ellos como minutos.

Los dias en que se permite el juego, invade los asientos del anfiteatro innumerable gentío.

Los dueños de los gallos y los jugadores, unas veces entre sí, y más comunmente ante el *cazador* (1), conciertan

---

(1) Representante del dueño del Reñidero de Gallos.

con toda formalidad las condiciones de la lucha y cantidad de las apuestas.

Cuando se iguala la partida, ponen á los gallos la agudísima cuchilla de dos filos que los ígalos llaman *tari*; despues de aproximarlos y retirarlos várias veces para que se enfurezcan, los sueltan en la arena, y da principio la pelea. Miéntas los briosos bípedos se atacan y defienden con grande arrojo y especial maestría; miéntas saltan, se observan y se hieren, es indecible la emocion de los jugadores, la cual expresan con penetrantes chillidos, animando unos con sus voces al gallo *mapulá* (encarnado), otros al *maputí* (blanco), y otros al *maitin* (negro), siguiendo todas las peripecias de la lucha con ávida mirada, el cuerpo inclinado para ver mejor, y demudada la faz.

Conforme avanza el combate, crece la gritería y el ardor de apostar por el gallo que más confianza les inspira. Si un gallo es herido de gravedad y comienza á temer, los gritos aumentan prodigiosamente; cuando al fin vence alguno de ellos, cantando su triunfo sobre el cadáver de su adversario, los vítores, palmadas y descomunales voces atruenan el espacio.

Los dueños del gallo vencedor, y los jugadores que apostaron por él, le acarician con frenesí. Los del gallo vencido le arrancan las plumas á puñados, colgándolo de las cañas que rodean la *gallera*.

Los jugadores que tienen confianza en sus gallos conceden la ventaja al gallo contrario de que pelee con dos cuchillas, y el suyo con una sola, cruzándose considerables apuestas en favor de uno y otro.

## IX.

El indio, sin el gallo no comprende la existencia. Prohibir las *galleras* sería condenarlo á morir de pena. Por evitar la muerte de un gallo vencedor, herido en la pelea, ningun indio retrocederia ante el sacrificio de inocularle su propia sangre, aunque supiera que le costaba la vida.

D. Facundo vagaba por entre los jugadores, admirando su entusiasmo, medio loco por tanto ruido.

Al rededor de la *gallera* establecen los indios y los chinos multitud de puestos en que se sirve vino de coco, *mag-cacarig*, *apulit*, *bibimca*, *lúmpia*, *chau-chau*, *pansit* y *ampao*, bebidas y comestibles que hacen la delicia de los concurrentes, mediante el pago de una exigua suma.

Júzguese de la sorpresa del famélico Matasanos, cuando al pasar por entre una fila de interesantes *buyeras*, oyó un grito penetrante cuyo eco le hizo en su ardoroso corazon el efecto de diez ametralladoras descargadas á boca de jarro, y una voz destemplada y chillona que decia:

— ¡Inacú! ¡ang diablong boticario D. Pacundo, por quien despidió conmigo aquel mi ama!

— ¡Nínay mia!! articuló el inventor desairado, presa de indecible emocion: ¿será posible que cuando te creia perdida para siempre, por cuya irreparable desgracia me habias vuelto el más infortunado de todos los hombres, te encuentre y mi presencia produce en tí tan grata sorpresa? Ahora si que no existe sobre la redondez del globo poder ninguno bastante fuerte que me separe de ti: yo te contaré mis cuitas cuando estemos más despacio, pero tú dime qué ha sido de ti durante los dias, que para mí fueron siglos, que el cruel destino nos tuvo separados. Contéstame

por piedad, amada mia, que ardo en ansias de saberlo.

Ninay estaba asombrada, verdaderamente sobrecogida por la charla de aquel hombre especialísimo. Al cabo, no sabiendo ni qué decir ni qué hacer; ofreció un *buyo* al charlatan, el cual le dió las gracias en un larguísimo discurso, con lo que consiguió le tomara por loco la reunion de alegres vendedoras compañeras de su sílfide, terminando el complaciente Cupido por llevarse á la boca el *buyo* y tragarlo, no sin algunos gestos que pusieron patente toda la supina fealdad de su avinagrado y ratonesco rostro.

Su condescendencia debió sin duda agradar á la sentimental Ninay. Es lo cierto que quince dias despues se celebraba el matrimonio de D. Facundo Matasanos, inventor de un remedio que proporcionaba la salud universal, cuyo mérito no le quiso reconocer el mundo, y Ninay, la *buyera* de fondo.

Feliz con su nuevo estado, experimentada la falsedad de los hombres y los rigores de la suerte, que tan pronto ensalza á uno hasta los cielos como lo sume en las profundidades de la tierra, el héroe esclarecido, el sabio sin segundo el que estuvo expuesto á producir una revolucion universal con su descubrimiento de la panacea, y á dar fin con todos los récipes, se consideraba ahora dichoso sin comparacion, vendiendo *buyo* al lado de su cara costilla.

Parecerá extraño que aquel género de vida, la condicion de su esposa y no poseer ésta más capital que su *lancape*, el tarro de cal, las hojas del *buyo* y la encarnada *bonga*, cuando en un principio la creyó favorecida por los dones de la fortuna, no sacase á D. Facundo de su error y le demostrára todo lo ridículo de sus antiguos platónicos amores, causa de su infelicidad. Mas léjos de esto, el inventor de las celebradas pildoras encontraba un placer sin igual

en expender su fácil mercancía al aire libre, dormir en una fresca y ligera casita de *nipa*, al lado del mar, ir vestido á la ligera, cantar la pasión en corro con otras familias á la luz de un *tinjoy*, y no tener ni penas que le afligiesen, ni cuidados que le molestaran, ni trabajo alguno, y si solo la envidiable suerte de dejarse cuidar.

Aquel cambio de fortuna en su amada, se lo explicaba fácilmente creyendo que al despedirla de su casa su rica abuela, disgustada del amor que le tenía, la privó tambien de su hacienda, y de aquí su humilde posición actual, pues habia preferido, como buena y honrada, el trabajo que, aunque molesta, ennoblece, á la inactividad agradable por el medio criminal y reprobado de un mal vivir.

Ignoramos si fué siempre del mismo parecer D. Facundo y vivió tan en gracia de Dios con su costilla como prometia tan buen principio, ó si al cabo salió de su ceguera, acabando por tirarse los trastos á la cabeza: creemos que no, porque chifladuras del género de la que padecía el ínclito Matasanos, no dicen las crónicas de Filipinas que se hayan curado nunca. El chiflado en aquel país, si se chifló en regla, no se libra de esa endémica enfermedad hasta el día del juicio.

FIN.





---

---

# ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.....	3
Enriqueta.....	5
La Sultana de Joló.....	57
El Vago y el Matandá.....	85
Rosa Yácon, ó la mestiza ilocana.....	133
El Pirata Li-Ma-Hong.....	169
El Estudiante de la Laguna.....	183
El Payo de Chang-Chuy.....	225
El Calao Vengador.....	265
Aventuras de un Chiflado.....	289

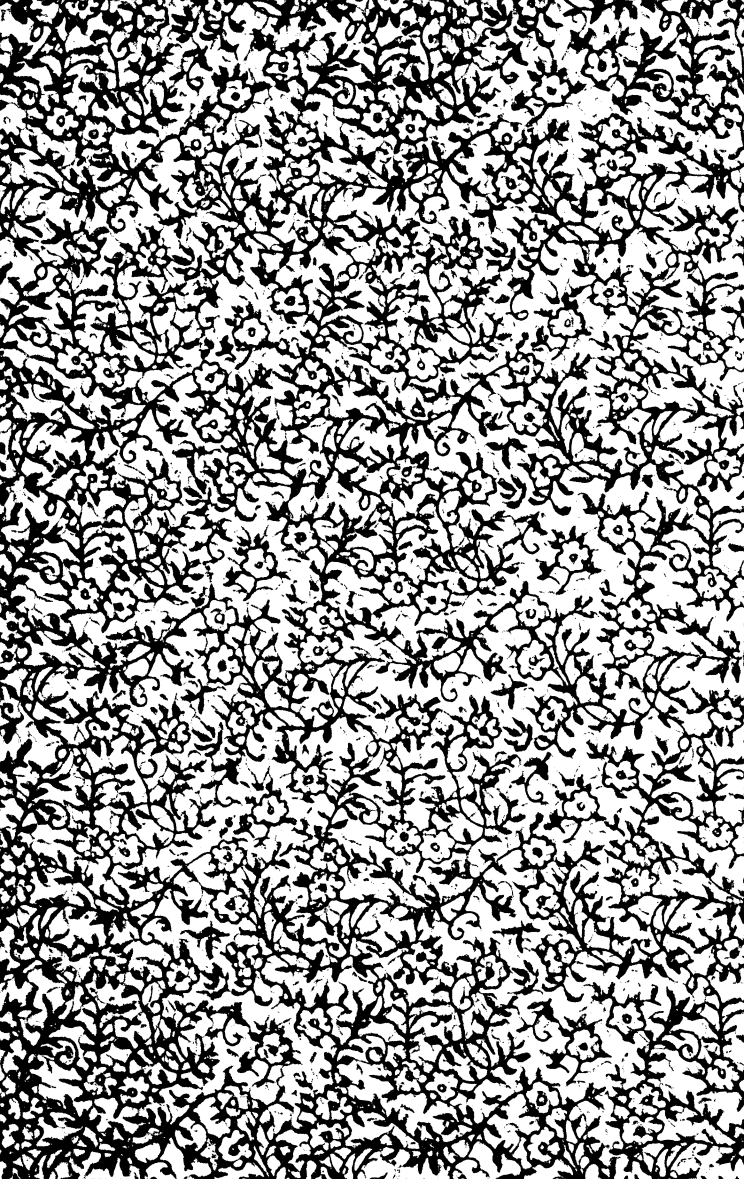
---







BKHZ067



UNIVERSITY OF MICHIGAN



3 9015 05448 8617

